THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7797
.W5
v.53
E.2

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00009384212

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/viajesyobservaci02wild

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT

PQ7797
.W5
V53
t.2

E. WILDE

VIAJES Y OBSERVACIONES

CARTAS A "LA PRENSA"

É

INÉDITAS

TOMO II

941

BUENOS AIRES
Imprenta de MARTÍN BIEDMA, Bolívar 535
1892

UNIVERSITY LIBRARY
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

CARTAS DEL DOCTOR WILDE

FLORENCIA—LOS TALLERES DE LOS ARTISTAS—LA RUTINA EN EL JUICIO SOBRE OBRAS DE ARTE, A PROPÓSITO DE ALGUNOS EJEMPLARES DE LOS MUSEOS FLORENTINOS

Estamos en una de las ciudades más artísticas de la Europa. Su situación es admirable; rodéanla numerosas colinas muy pobladas y cultivadas. De cualquiera de ellas se vé la ciudad y la falda de las otras con sus alegres casas, sus quintas y sus jardines. Se destacan las cúpulas de las iglesias, la torre del palacio viejo elegantísima y sosteniéndose en apariencia como por milagro, la torre de la catedral y otros monumentos más ó menos altos.

El Arno pasa entre las casas dejando á cada lado una parte de la ciudad y arrullándola con el ruido de las cascadas artificiales, ruido que abruma á los

prosaicos y encanta á los viajeros de buen gusto entre cuyo número me cuento, á estar á mi propia opinión.

Lo oigo ahora mismo desde mi casa mientras escribo con lápiz estas líneas sobre una tabla, compañera inseparable desde Buenos Aires y que ha viajado medio mundo conmigo, sin manifestar cansancio ni hacer reclamo alguno, prendida á las hojas de papel destinadas á llevar mis observaciones al otro extremo del mundo.

He dicho ciudad artística y no me arrepiento. Aquì se cultiva la belleza. La estética es una institución. Hasta el lenguaje es armonioso y bien usado aún por las gentes de la más descuidada educación.

Ejemplo: hoy hemos visitado el Instituto de levantamiento de planos, cartas geográficas y demás trabajos análogos. Viendo una piedra litográfica en la prensa, pregunto al artista si contenía algo; es vírgen me contesta. ¡Vaya una metáfora aplicada á la litografía!

Más tarde una banda de música y cantores ambulantes se pára en frente de nuestra ventana y dá rienda suelta á sus armonías. La orquesta y las voces eran dignas de figurar en un teatro y de dar pretesto al empresario para anunciar cinco ó seis notabilidades terminadas en *ini* y cobrar una gruesa entrada.

Estamos en lo crudo del invierno y las flores abundan.

Hemos paseado por las calles y nuestros ojos no se han cansado de ver mármoles, cuadros y mil objetos de arte.

Varios talleres de escultura y pintura nos han abierto sus puertas y hemos quedado maravillados contemplando millares de copias, originales y modelos de arte más acabado.

En uno de esos talleres hemos sido literalmente abrumados. No sabíamos qué mirar con preferencia. El tiempo empleado delante de una estatua nos parecía perdido porque dejábamos de mirar un cuadro.

En los talleres y almacenes artísticos se encuentra la reproducción de todas las obras célebres en el mundo, tanto en cuadros como en esculturas. Ningún museo tiene secretos para estos florentinos, cuyas copias, son, he de decirlo aunque me traten de ignorante, mejores que los originales, salvo excepciones.

Apelo al testimonio franco de todos los viajeros y les pido recurran á sus recuerdos para juzgar de la verdad de lo siguiente:

La Venus del Capitolio es en opinión de muchos la más bella de las cuatro ó cinco cuyo nombre conoce todo el mundo, á pesar de su actitud que recuer-

da la de un mono sorprendido en el acto de cometer un robo.

Pues bien, cualquier copia hecha por un buen artista es mejor que el original, sobre todo si el artista se cuida de corregir el defecto de la Capitolina, dándole un poco más de amplitud á la altura de los huesos iliacos. Un escultor de nota hablándome sobre ella me decía: es muy linda pero no tiene caderas.

Yo añado: no tiene venas en los piés ni en las manos y representando una mujer ya hecha, parte de su cuerpo corresponde á una niña de once años.

La Venus del Vaticano, conocida por la Venus *acroupie* agachada, diré, por no saber traducir la palabra, es chica y está muy deteriorada y remendada; sus manos son defectuosas y sin la menor necesidad, se ha sentado sobre un cántaro volcado cuya agua está derramando, lo cual provoca correlaciones desagradables.

Las copias, que desgraciadamente no pueden quitarle esa incómoda vasija ni mejorarle las manos, ofrecen por lo menos una Venus blanca y sin grietas, idéntica en las formas al original.

La Venus de Medicis semejante en la actitud á la Capitolina, tiene las manos más defectuosas aún; los dedos son larguísimos y sumamente delgados, pa-

recen agujas colchoneras. Las copias siquiera presentan un mármol más fresco, siendo en todo idénticas al modelo.

La Venus agachada florentina ha cambiado la vasija de la del Vaticano por una concha. Aquí á lo menos hay una alegoría mitológica de larga fecha. No es mejor que la otra sin embargo, y lo relativo á las copias le es aplicable.

La Venus de Milo tan celebrada, no es linda ni en el original ni en la copia.

. . . . . .

. . . . . .

Pongo estas dos líneas de puntos suspensivos para dar tiempo á que estalle el furor de todos los propietarios de ideas hechas.

He apuntado mi opinión lleno de miedo; temo un meeting de protesta, pero razonemos.

Esta señora, hablo de la Venus de Milo, tiene la colección siguiente de defectos.

1.º Un pescuezo muy largo.

2.º La nariz en línea recta con la frente y la misma frente muy recta. Dicen que este defecto es una calidad griega. Los griegos han hecho muy mal entonces de cambiar sus narices, porque así desacreditan á sus estátuas. Yo vengo de Grecia, donde he visto muy lindas mujeres; ninguna tiene la nariz así. He visto en el museo cráneos contemporá-

neos por lo menos de la Venus de Milo; ningún cráneo deja de tener la depresión natural debajo de la línea levantada de las cejas. De lo cual concluyo que eso de la nariz recta es una invención.

Pero doy de barato que los griegos en algún tiempo tuvieran los huesos de la cara en línea recta, contra todas las leyes del organismo animal; aun así sostengo que eso es un defecto ante las sensaciones estéticas: ninguna recta es bella, ni en arquitectura; las rectas serán matemáticas, exactas, perfectas, todo menos bellas; la calidad llamada belleza no les acomoda.

No hay en todo el organismo humano una sola recta, mucho menos en el de una mujer, cuya gracia y demás cosas buenas dependen de las curvas.

3.° Su cara no tiene expresión femenina; hay algo de varonil en ella y de inútilmente severo. Se busca en el rostro de una mujer de esta tierra, la gracia ó la ternura, ó el amor, ó la tristeza, el cariño, el dolor ó la lujuria, en fin, la lascivia ó la concupiscencia,

Ninguno de estos adornos, sentimientos ó vicios, expresa la cara de la Venus de Milo.

Es una cara correcta, metódica, serena, casi distraida, como desafecta, sin emoción humana.

Para comprender lo que expresa la cara de la Diosa sería necesario en mi opinión sacar en lo posi-

ble una resultante clara de este conjunto: frialdad, altivez, indiferencia, severidad, quietud y meditación desganada.

Si pudiera haber una mujer bella sin sexo, sin pasiones, sin amor, sin ternura, sin sentimiento material, sin ambición de agradar y sin gana de vivir, esa mujer tendría la cara de la estatua. La Venus de Milo es un hombre semi-preocupado con rostro y cuerpo de mujer. Mirándola uno encuentra inútiles los encantos de su pecho, lleno, admirable, de su espalda y hombros incomparables, cuando siguiendo con la visita á lo largo de su cuello, da por fin con la heladera de su fisonomía.

Todos cuantos han vivido oyendo ó leyendo ponderaciones de la Venus, han tenido una decepción al verla y si después han ingresado en las filas de los ponderadores, ha sido porque se han *rutinizado*, perdónenme esta expresión.

Es necesario aprender á encontrar bella á la célebre estatua, bella como mujer se entiende, humanamente bella, no como una forma escultural sin potencia sujestiva de los sentimientos que inspiran las mujeres; y como la sensación de la belleza no debe costar trabajo y como aprender es trabajar, la Venus de Milo no es el portento tan elogiado por los encarriladores del buen gusto, á quienes ninguna autoridad legítima y soberana ha dado el derecho

de legislar como lo hacen sobre materia de sentimientos.

La Venus de Milo, como alguien ha dicho, creyendo favorecerla, es demasiado Diosa.

Y yo añado: el sello divino perjudicial en ella al *género* humano.

Ya que hablamos de estatuas, seguiremos opinando sobre otros portentos.

El Moisés con cuernos y con barbas enroscadas de Miguel Angel, es desagradable, lo repito.

Habita este Santo varón uno de los altares de San Pedro in Vincoli en Roma, en compañía de dos mujeres de mármol, obra del mismo autor, y de un obispo acostado, cuatro santos, otra mujer y un hombre además. Ya sabe esto el lector. El Moisés parece más bien un Goliat grotesco; las barbas como trenzas recién desechas, le dan un aspecto chocante y los cuernos le sientan mal. Todos los visitantes después de haber llenado la obligación que les impone el renombre, y la guía de Bedecker, de admirar al gigante, apartan apresuradamente la vista de su horrible figura para mirar las dos estátuas de mujer realmente bellas. El alma reposa en ellas con agrado del tormento que causa la contemplación de Moisés.

Esto es la verdad, opinen como quieran en sus comentarios todos los fabricantes de obras maestras.

Acabo de ver aquí en la Academia de Bellas Artes el David de Miguel Angel, otro coloso.

Tiene el antebrazo derecho muy corto y la mano enorme, más larga que el antebrazo. Además hay algo de zurdo en todo el miembro; un médico le recetaría una fricción de linimento Stock en previsión de un reumatismo.

Las obras de arte, dice no se quién, no deben ser juzgadas por sus defectos. Juzgados así, todos somos unos portentos de belleza, añado yo.

Pasemos á los Apolos, Antinoos, Adonis y Narcisos.

He visto todos los de la Europa. Los más celebrados son los de orígen griego real ó supuesto. Estos son precisamente los más defectuosos; tienen sobre cada uno de los huesos iliacos un rollo de carne que les cuelga como una alforja. Los hombres de ahora no son hechos así. Dios se ha olvidado de darnos el molde griego. Este olvido y el de las narices rectas, es imperdonable.

Ya en tiempo de Miguel Angel las alforjas no constituían, parece, una belleza de forma masculina.

El David no tiene alforjas.

Tampoco las tienen los gladiadores de Canova.

Luego no soy yo solo y la anatomía quienes protestan contra esos colgajos.

Para fin de fiesta, todos los Apolos tienen cara de mujer joven y bonita.

Al Antinoo le sentaría muy bien una gorra y un vestido de cola, como á una joven señora casada en reciente data.

En cuanto á cuadros las ponderacioees inmerecidas pasan de límite.

Mientras tanto unas cuantas Madonnas de Rafael no tienen cejas y parecen vírgenes con hijos; es decir, la expresión de su rostro no es la que conviene á una madre; pero vaya esto en cuenta del orígen divino del muchachito.

La misma Vírgen de la silla que he mirado una hora en el Museo Piti, esta vírgen tan popular y tan reproducida, esta maravilla de la pintura ante la cual todos nos quedamos extaciados, tiene, como toda obra humana, sus defectos; nadie quiere señalarselos de miedo á la opinión admitida. El niño es muy grande para la edad que representa y solo hace armonía con el brazo derecho de su divina madre; este brazo debe ser de la Fornarina; Rafael llevado de su amor á esta robusta moza lo colgó sin duda por inadvertencia del hombro de la delicada María.

¡Pero quien mira el brazo cuando puede mirar el rostro, sublime, encantador, purísimo de la Vírgen y esa expresión inimitable no copiada aun por ningún artista y ante la cual la misma luz, maestra en fotografía, se ha declarado vencida: esa expresión

dulcísima con dulzura de sueño y acentos ténues de aire pulverizado, teñido con los colores más suaves de los cielos, del agua, de la vegetación y de las nubes!

Cierto: aquí el análisis debe apartarse, lo concedo, por inoportuno para ceder el sitio á la emoción.

Después de ver esa pintura, desearía uno quedarse ciego con tal que subsistiera en la retina la divina imagen. Todas las poesías de la tierra, todos los encantos de los sueños más deliciosos, todos los perfumes, todos los colores vaporosos de la flora delicada, todas las suavidades impalpables, actuando á un tiempo sobre el cerebro, no dan la sensación de ese cuadro tiernísimo escapado al genio humano para asentarse en la tela!

Cuando me acerqué á mirarlo tres artistas lo copiaban. Las tres copias casi concluidas, eran bellísimas, iguales en la forma al modelo, pero ninguna tenía su expresión, esa expresión que no verá nunca ni soñará jamás quien no se encuentre enfrente del original.

No es una expresión de ternura, no es de amor, no es de deseo ni de contento, de conformidad ni de dulzura, es de todo cuanto halaga en cualquier momento, viniendo de la mujer más amada, más querida, más respetada, más adorada, más pura y más ideal.

Rafael es un portento; su obra no será jamás copiada y ni él mismo levantándose de la tumba, con todo el vigor de su genio, volvería á pintar su incomparable cuadro.

En cambio, el de la Transfiguración, considerado como el mejor de los suyos en el Vaticano, adolece de imperfecciones notables como ya he dicho. Verdad es que su pincel no ha pintado todo cuanto el lienzo muestra; pero aun lo suyo propio no resiste al análisis.

Un enamorado transforma en cualidades los defectos de su amada y si es autor, copia sin sentir en sus obras esos defectos convertidos en seducción y atractivo.

Así, la fornida Fornarina ha echado á perder sin sospecharlo, algunos cuadros de su amante, obligándolo á copiar su poderosa musculatura en virtud de una sugestión involuntaria. Por eso probablemente la Vírgen de la silla tiene brazos de marinero.

Y no contento aun, la ha retratado con notable desenfado en el cuadro de la Transfiguración, donde se ha puesto él mismo, mirándola descaradamente, á pesar de los respetos debidos á los Papas y al carácter de la alegoría.

Ya hemos visto á Rubens pintar á sus dos mujeres vestidas, desnudas ó medio arregladas, figurando como todo, según el asunto en tramitación.

Tal vez algunas de estas indiscreciones deben ser atribuidas á las exigencias de las propias mujeres, pues de buena gana, expontáneamente, á ningún marido ó amante se le ocurre desnudar á su mujer ó á su amada en público y por los siglos de los siglos amén.

VENECIA—LA PLAZA DE SAN MARCOS—LA BASÍLICA—EL PALACIO DUCAL—EL PUENTE DE LOS SUSPIROS Y SUS VECINDADES—MONUMENTO A CANOVA—CONSIDERACIONES SOBRE EL TALENTO—EL MUNDO SE HA HECHO TRISTE.

Llegamos á media noche á esta ciudad.

Hemos hecho lo posible por venir durante la luna para ver si tenía razón Lord Byron, pero no había luna por dos razones 1ª porque había pasado el tiempo—2ª. . . .habiendo dado la primera pienso que la segunda está demás.

No solo no había luna sino tampoco luz; una niebla espesa envolvía la ciudad. La estación del tren quedó desierta en un segundo; no habían llegado sino unos cuantos pasageros y de primera solo dos; nosotros. La sala de equipajes estaba fría y parecía más grande por las sombras y por lo vacía; estuve observándola mientras despachaban nuestros baules cuyos golpes sobre el mostrador de madera resonaban lúgubremente en aquel recinto desnudo.

Tres ó cuatro pobres diablos trasnochados tomaron los bultos y alumbrando el andén con una lin-

terna nos condujeron á una góndola que se hallaba amarrada á la escalera.

Ni una luz en la gran extension de los canales, ni un solo ruido en el espacio; todo negro, sombrío, triste, helado y húmedo.

La escena me hizo recordar una igual en el Tigre, á las tres de la mañana, una vez que fuimos con Dardo Rocha á ver su padre enfermo.

Yo tengo una desgracia ó una felicidad, ustedes lo dirán, reproduzco con una fidelidad increible situaciones remotas ya y siento hasta materialmente las impresiones: el frío, la humedad, el viento, los efectos de la luz sobre los sitios y demás accidentes que experimenté.

Una ley bárbara ó de mal gusto prescribió que las góndolas todas fueran pintadas de negro y así se las pinta hasta ahora: de día, el tinte es tolerable pero de noche, sobre todo tras de nueve horas de tren y después de haber atravesado veinticinco socabones al pasar los Apenimos, las góndolas como fantasmas de luto acostadas en un lecho de tinta, infunden cierto pavor supersticioso.

Los golpes cadenciosos de los remos en el agua y en la borda de la embarcación; la ruta invisible; las sombras agrandadas de los edificios oscuros y silenciosos y la soledad absoluta en medio de las aguas, han sido los elementos con que se formó nuestra primera impresión sobre Venecia.

Para completarla añadióse la forma de la casilla de nuestra góndola; una especie de caja mortuoria forrada en una tela negra, por dentro y por fuera, un verdadero túmulo como lo llevan todas, con moños y adornos de luto para que la semejanza sea más completa.

El hotel estaba lejos; durante el trayecto otra reminiscencia me vino al pensamiento: la escena con que comienza Dickens uno de sus preciosos romances, la pesca de cadáveres en el Támesis.

La descripción es un cuadro que encanta y horroriza al mismo tiempo, principalmente cuando pinta los afanes de la barquera, una pobre muchacha hija del fúnebre pescador.

Nosotros como la joven ibamos también fijándonos en los puntos salientes sobre la superficie del agua y nuestra imaginación daba formas de cadáveres boyantes hasta á las proyecciones de los pilotes en las orillas de los canales.

Una vez en nuestro hotel, nos asomamos á la ventana y solo vimos sobre las aguas raras luces lejanas.

El silencio era absoluto. La ciudad parecía un cementerio flotante con sepulcros de piedra quemada.

No hay en Venecia carros, carruajes, caballos ni perros; están desprovistas sus calles de cuanto pue-

de hacer ruido y es, por lo tanto, la ciudad por excelencia para dormir.

—

Hemos visto la plaza de San Marcos; hemos dado de comer á las palomas como es de regla, nos hemos dejado picotear por ellas y hemos pasado á contemplar la Iglesia y campanario.

El frente de esta iglesia causa una agradable impresión; se ve las cúpulas, los adornos y muchos accidentes de la construcción, lo que no sucede en otros templos.

Figuran en el frontis cuatro caballos de bronce tan viejos como sería ahora Nerón, de quien son paisanos; han viajado como si fueran caballos de carne «ingleses» jóvenes y de carrera; han estado en Constantinopla, después vinieron á esta ciudad, luego fueron á París regresando por fin otra vez aquí; pasan por obras maestras y han adornado según se dice diversos monumentos del tiempo de los emperadores en Roma.

La iglesia vista por dentro no tiene formas majestuosas; es chata. Llaman la atención sus mosáicos más profusos que belllos.

Hay una tumba de un Dux cuyos relieves han sido muy bien trabajados, y un altar con la virgen, el niño y dos santos en bronce, enfrente de un mausoleo que ostenta la efijie de un cardenal, en bron-

ce también. En el bautisterio hay una piedra del Tabor con una depresión en el medio hecha por el pie de nuestro Señor Jesucristo.

Con esa van siete ú ocho piedras marcadas del mismo modo y por el mismo Dios. También está la piedra sobre la cual cortaron la cabeza á San Juan Bautista.

La autenticidad es aquí de poca importancia para los creyentes.

También figura una pila bautismal de un tamaño correspondiente á su antiguo destino; en ella se sumergía á los niños cuando el bautismo se hacía por inmersión.

De la Iglesia hemos ido al Palacio Ducal, el más célebre monumento de esta ciudad; hemos subido por la escalera de los jigantes y seguido por la de oro; hemos visto: la inmensa sala del Gran Consejo donde se reunían los nobles, adornada con cuatro grandes globos representando la esfera celeste, puestos en un pié sobre el suelo, y con muchísimas pinturas y cuadros, entre ellos varios de P. Veronese y Tintoreto, representando uno de este último, el Paraiso, cuadro con cerca de mil figuras cuyas cabezas solas son dignas de nota, el más grande, en tamaño de cuantos han sido pintados al óleo en tela hasta el día; el Salón del Senado con todas sus dependencias; la sala del Consejo de los Diez con sus salidas á las

prisiones donde nos ha sido recontada su terrible historia; las Bocas de león sin león ahora, ó sea los buzones destinados á recibir las denuncias anónimas que tantas crueldades y tantas muertes causaron; las demás salas y salones del Palacio con retratos, cuadros y frescos; el museo de escultura cuyo verdadero nombre debía ser «depósito de estatuas viejas, mutiladas y feas»; por fin las habitaciones particulares y la capilla de los antiguos magnates.

Todas las piezas nombradas y no nombradas tienen sus techos y muros pintados con alegorías ó escenas históricas ó adornadas con cuadros de varios autores célebres ó no.

A más del cuadro del Paraiso ya indicado, mencionaré solo tres: el Coronamiento de Venecia, la Batalla de Lepanto y el Rapto de Europa.

Vimos también: los corredores del Puente de los Suspiros que conducen á las prisiones construidas para ampliar las del Palacio, no tan horrendas como la de este, conocidas bajo el nombre de los Plomos; los Pozos de espantosa memoria; el sitio en el cual se hallaba la ventana por la que se echaba al mar ó á las embarcaciones los cadáveres de los asesinados; el pasadizo donde se daba garrote, se cortaba la cabeza ó se ahogaba clandestinamente á los reos; las células en que se los mantenía en

prisión y otros parajes testigos de las crueldades de aquellas épocas bárbaras.

Del patio del palacio, adornado con dos grandes brocales de bronce en la boca de las cisternas, se ve; la escalera de los jigantes, llamada así por sus dos estatuas; el descanso donde se coronaba á los Dux; los arcos en que muchos infelices fueron ahorcados; todas las fachadas no simétricas del edificio y entre las ventanas, la correspondiente á la célula de Silvio Pellico.

—

Nuestra segunda excursión ha sido hecha en góndola; nos hemos metido en la más ámplia, previa remoción del sarcófago ó sea la cámara y hemos echado á bogar por esos canales de Dios.

Primera visita. Casa ó palacio de un pariente de Rotschild. Hemos visto una escalera de mármol con medallones de bajos relieves en los muros y nada más, mediante el estipendio de costumbre. No se va al diablo el pariente del señor Rotschild! La escalera de la casa de gobierno nuestra es mejor y á nadie se le ocurre mostrarla. Del palacio en construcción no se ve ni se muestra otra cosa, pero el Guía nos ha llevado á verla por ser la escalera más nueva de la ciudad, y se prometía por la razón opuesta, llevarnos á ver la más vieja si lo deseabamos para establecer comparaciones; nosotros declinamos el

ofrecimiento por ser las comparaciones siempre odiosas.

Cuento este incidente para patentizar el furor de hacer perder tiempo á los viajeros ocupándolos en ver las cosas más vulgares.

Segunda visita. Fábrica de vidrio y tallados en madera. Realmente notable. En esta fábrica han mandado hacer sus muebles de comedor y su cristalería muchos argentinos.

Tercera visita. Iglesia de los frailes. Notabilísima. A más de preciosos cuadros de pintores venecianos, contiene el monumento de Canova, el más hermoso y bien ideado que he visto en mi vida, incluyendo los de los Papas de la Iglesia de San Pedro, en Roma.

Represéntense ustedes una pirámide de la forma de las de Egipto, de donde sin duda fué tomada la idea, en cuanto á la pirámide se entiende, con una puerta negra entreabierta figurada en una de sus caras.

A un lado de esta puerta se ve el Genio representado por un joven bellísimo con la expresión más doliente en el rostro, y más cerca de ella un león acostado cuya cara es un poema. Jamás he visto león más afligido por la muerte de un hombre; la boca expresa todos los dolores y todas las amarguras; si no fuera una boca de león tan verdadera,

cualquiera la tomaría por una boca humana. El autor de esta escultura ha tenido un momento de genio.

Al otro lado preséntase una mujer cubierta con un manto llevando una urna en las manos; parece que camina para entrar al sepulcro; detrás de ella vienen cinco estatuas más, dos representando mujeres jóvenes y tres en grupo bien dispuesto, niñas ó adolescentes. Las cinco son una alegoría de las artes.

En otros altares se encuentra el monumento del Ticiano y varios otros de grande y hermosa escultura. El de Canova es semejante al compuesto por él mismo para la archiduquesa Cristina, descrito en mi carta de Viena

Hemos visto además otras iglesias algunas de ellas ricas y hermosas; todas con cuadros de grandes pintores.

Cuarta visita—La Academia. Mis lectores, si los tengo, deben estar ya cansados de museos y galerías artísticas; yo lo estoy más y no me quejo.

Tintoreto Perugino, Sasso Ferrato, Durer, Bellini, Andrea del Sarto, Canova, Miguel Angel, Tiziano, Rubens, Murillo, Rafael, Veronese, Salvator Rosa, Teniers, la Escuela flamenca, la Holandesa, la Florentina, la Veneciana, la Francesa, la Española, Fidias, Praxiteles, Leonardo de Vinci,

Guido Reni, Benvenuto Celini, Dominichino, Rembrandt, Mengs, Luini, Poussin, Velasquez, Van Dick, Dolci, Torvalsen y Caparaccio armados de picas, lanzas y sables, me persiguen desde mi arribo á Europa á traves de Francia, Bélgica, Alemania, Holanda, Dinamarca, Noruega, Suecia, Rusia, Austria, Hungría, Servia, Bulgaria, Turquía, Siria, Palestina, Ejipto, Grecia é Italia donde me hallo ahora más acosado que nunca por el Capitolio, el Vaticano, la Galería Piti, el Ufici y la Academia de esta ciudad.

Sasso Ferrato, sueño con Sasso Ferrato, quizás á causa del nombre y con Rubens, el terrible Rubens.

Solo en los desiertos de Palestina no he encontrado cuadros de Rubens.

Al llegar á Jaffa, pregunté: ¿no hay museo?

—No, me respondieron.

Entonces pude calcular el buen juicio de la población!

Hasta en Jerusalem había Museo. En efecto, en un salón habían puesto un cocodrilo relleno de paja y cuatro fetos en un frasco, gordos y arrollados como las mujeres de Rubens.

Pues bien, á pesar de todo esto tengo que hablar de la Galería de Venecia.

En esta galería como en todas las de Europa lo diré con franqueza, una buena parte de los cuadros no sirve para nada.

Cientos y miles de pinturas pasan los años colgadas sin que nadie las mire.

Los mismos autores de los catálogos les tienen fastidio, y desearían quemarlas.

Y saben ustedes porqué los conservadores ó encargados de los museos no echan á un lado esos lienzos? Porque representan santos, vírgenes, mártires y escenas religiosas.

En realidad, sería cruel quemar otra vez á San Lorenzo y poner en un rincón á Moisés y parte por preocupación y parte porque nadie levanta la voz para criticar estos abusos de la tolerancia pública, los museos continúan llenándose de objetos sin importancia y llegarán á ser los parajes más aburridos de la tierra, si no se hace una selección.

La Academia de esta ciudad no tiene cien cuadros dignos de ser vistos. Otro tanto puede decirse de muchos museos que serían notables si se tomara solamente sus pocas obras selectas y se hiciera con ellas pequeñas galerías.

Dado este criterio no puedo mencionar sino los siguientes:

La Asunción del Tiziano más ponderada que bella. Hay una convención en Europa para encontrar sublime todo lo *actuado* por los pintores antiguos de cierto nombre, desconociendo esta ley fisiológica: el más grande talento hace cosas buenas y malas; el

mismo hombre no habla todos los días bien, ni canta siempre bien, ni pinta todas las semanas bien, ni duerme todas las noches bien, ni hace en fin nada uniformemente correcto y bueno. Por consiguiente Rafael y Murillo y Tiziano han pintado muchas veces mal como Gladstone y Bismark han hecho malos discursos y como la negra María hace mal ciertos días sus empanadas.

Miguel Angel, ya ustedes lo saben le ha puesto dos manos izquierdas á su David; no puedo expresar de otro modo el efecto que hace mirar el brazo derecho de la estatua.

Pero sigo con la enumeración de los cuadros de la Academia.

La Vénus de Contarini imitando una del Tiziano pero más decente y más linda.

Algunos cuadros de Tintoreto; el Milagro de San Marcos principalmente.

Otros de Veronese.

Por una feliz circunstancia este museo posee la primera y la última obra del Tiziano, la Visitación y el Descenso de la Cruz.

La Anunciación, es mirada como obra maestra, pero como un buen fotógrafo embellece sus retratos, así los críticos suelen ver en los cuadros lo que no hay y describirlos con exajeraciones destinadas á pasar de copia en copia á las posteridad.

Ponderan por ejemplo un San Sebastian de esta Academia, cuadro de Bellini; lleva el número diez en la série. La ponderación es sin el menor criterio; el cuadro es ridículo, á pesar de ciertos detalles de mérito. San Sebastian cuyo cuerpo atraviesan dos flechas tiene una cara complacida, inocentemente distraida como la tendría un joven al invitar á una niña para bailar en un salón. A más las dos flechas son milagrosas, no tienen peso. La una está clavada en la tibia, San Sebastian no la siente. La otra en el vacío izquierdo con igual indiferencia de San Sebastian, quien se muestra pronto á comenzar el baile. Las dos flechas clavadas horizontalmente, marcan dos líneas paralelas, matemáticamente paralelas. Metida la punta en una masa blanda, el otro extremo debía caer, como las banderillas en los toros cuyo cuero es, supongo, más resistente que el de San Sebastian; pues no señor. no cae la flecha queda como clavada en una pared. Un pintor debe ser verídico y no pintar deformidades y es tanta deformidad pintar un hombre con flancos de granito como ponerle seis dedos en el pié en lugar de cinco ó hacerle el antebrazo más corto que la mano, error de Miguel Angel en David.

Quinta visita ó más bien excursión por las calles y canales. Se nos muestra á lo largo del gran canal un sinnúmero de palacios, todos de nombre histó-

rico; la casa en que murió Wagner, la que habitó Lord Byron, la que albergó á la suave Desdémona antes de casarse con el áspero Otello y la que ocupó según dicen la virtuosa señora doña Lucrecia Borgia.

En una plaza vimos la estátua de Manini en cuyo pedestal hace guardia un león alado precioso á pesar de su aire pedantesco.

Las calles de Venecia son los canales; las diversas manzanas, verdaderas islas, están ligadas unas con otras por puentes.

Así toda la ciudad puede ser recorrida á pié, pues el hecho de haber canales no implica la supresión de calles ó callejones en tierra firme.

Este pueblo era antes muy alegre; ahora es más bien triste, como todo el mundo.

La preocupación de la vida y el furor por ostentar y aparecer han cambiado las costumbres y ya nadie se divierte ni en Europa ni en América; todos se ocupan de sus negocios ó de sus sinsabores; no se habla, no se ríe, no se canta, no se baila sino reglamentaria y oficialmente.

Ya no hay poetas por la poesía, ni músicos por la música. Los poetas son al mismo tiempo corredores de Bolsa y los músicos ó están contratados en los teatros á razón de diez mil francos por noche ó tocan y cantan en los cafées para recibir luego en

un sombrero deformado y sucio, los cobres de los pensionistas.

La alegría, franca, chacotona, sin reticencia malsana, ha desaparecido de la superficie de la tierra. Los niños fuman habanos y juegan á las carreras; los viejos no tienen papel en la sociedad y casi no lo tienen en la familia; los jóvenes se ocupan en perderse y en destruir su salud.

Hasta los mismos estudios contribuyen á entristecer la sociedad; la competencia es tremenda.

Las niñas no se ríen por no comprometerse ó por evitar que les atribuyan novios improbables. Las visitas sociales han sido borradas por el club.

La vida en todas partes es una constante defensa contra el *qué dirán*, contra la agresión de la vanidad, del lujo, de la política, de la especulación y la concurrencia profesional.

En Venecia los gondoleros no cantan ni favorecen aventuras románticas; solo se ocupan en transportar pasajeros que estudian antigüedades y visitan museos.

Para encontrar bella á Venecia se necesita recurrir á la leyenda ó cuando menos volver á los tiempos de Lord Byron, felices tiempos; las venecianas entonces tenían aventuras, novios ó maridos celosos y pretendientes ó amantes arriesgados.

Somos muy serios para ser felices. Nos pasamos

la vida trabajando, llenos de ansiedad y de zozobra sin pensar en que de repente nos morimos y todo concluye.

Las góndolas con su sarcófago en el lomo y su traje de luto, son el facsimil de la sociedad actual; se mecen, se mueven y navegan en un mar de tristeza, envueltas en tintes sombríos para cumplir la obligación de circular, circular, circular tras de una necesidad urgente y diaria sin ver en la costa una esperanza, ni en el camino una sonrisa.

MILAN—LA CATEDRAL—BRERA—OTROS INSTITUTOS Y MONUMENTOS

Las costillas á la milanesa han hecho de esta ciudad, una de las más populares y nombradas en el mundo. Algunos pretenden que debe su celebridad á su magnífica Catedral, pero incurren en un error. Pocos son en efecto los habitantes de las diversas naciones de la tierra que conocen el admirable Duomo y mientras tanto no se encuentra en toda la extensión civilizada de nuestro globo, una sola persona sensata que no conozca, aun cuando sea solo de vista, esas famosas costillas, envueltas primero en pan rayado y huevo y fritas después en aceite ó en manteca, según los gustos.

El arroz á la milanesa tiene también su parte de gloria como propagandista de los méritos de su ciudad natal, pero su popularidad no alcanza á la de las costillas.

Hemos discutido largamente el punto con el profesor Roseti á quien por suerte nuestra, tenemos aquí, complaciéndonos mucho su agradable compa-

ñía, y hemos convenido por fin en que por lo menos, antes de visitar la Catedral, sobre todo si se ha de subir á las torres, debe tomarse un par de costillas y un plato de rissoto, sazonado el todo con queso parmesano rayado y favoreciendo la dijestión de estos ingredientes, con un buen vino de Chianti lijero y perfumado.

Roseti es un erudito no solo como profesor de física y mecánica sino también como cocinero y anticuario.

Conoce la historia de su patria como pocos, habla de ella con claridad y método, intercalando anécdotas interesantes, y narra la biografía de cada monumento y de cada piedra de Milán.

Nos ha mostrado la Catedral ó Duomo de una manera perfecta por dentro, por fuera y por encima, explicándonos cada cosa y elijiendo los puntos de vista. Esta magna iglesia á primera percepción, parece un bosque de agujas de marfil haciendo emerjencia de un montón de encajes. Se trabaja en ella desde muchísimos años sin poder concluirla, á pesar de la constancia, de la laboriosidad y de los capitales disponibles. (La Catedral tiene sus rentas y fondos acumulados). Cada hendidura aloja una estátua y los nichos se cuentan por millares; ya no hay santos en la corte celestial para tanto pedestal y los milaneses no podrán completar su portentosa construcción si

el Papa no se apresura á canonizar por lo menos mil muertos en lo restante de este siglo. El Duomo tiene arriba escaleras, balaustradas, patios y corredores y en cada parte hay un enjambre de esculturas. Todo el edificio parece tallado en una inmensa montaña de mármol con la delicadeza, arte y paciencia con que los chinos hacen sus increibles esculturas en marfil. Según el plan primitivo la Catedral debe contener 4500 estátuas. El frontis es una infinita colección de figuras primorosamente cortadas en la piedra y todavía los milaneses no están contentos é íntentan cambiar el frontis por no corresponder á la pureza del estilo.

Sus torres son tan lijeras, tan aéreas y tan delicadamente esculpidas como si fueran hechas con espuma.

El interior corresponde al aspecto externo. Cincuenta y dos columnas cuajadas de estatuas en sus chapiteles sostienen la bóveda y dividen el recinto en cinco naves que alojan preciosas é innumerables obras de arte. Se vé marcado el meridiano en el piso de mosáico. Las ventanas son colosales y cerradas por vidrios pintados. Una placa que lleva la fecha 1386 indica la época de los primeros trabajos en la iglesia actual.

Como si todo esto no fuera bastante hay debajo del templo otro, subterráneo.

Aún cuando solo hubiera que mirar en Milán la Catedral, valdría la pena de hacer el viaje para conocerla.

—

Hemos ido, siempre con el Sr. Roseti y discutiendo por el camino, á ver una pequeña iglesia llamada *Divo Sátiro* ¡vaya un nombre para iglesia! Allí hay un modelo de arquitectura, un *bautisterio* de un estilo tan puro, que todos los arquitectos lo toman como objeto de estudio. Una de las particularidades de esta capilla es la pintura del muro enfrente de la puerta; el muro es casi plano, pero los ojos del espectador ven una prolongada nave por efecto de los tintes.

Luego hemos ido á la Biblioteca Ambrosiana, riquísima en antigüedades de inmenso valor y en autógrafos de hombres célebres.

Dejando la biblioteca hemos ido á ver el célebre cuadro de La Cena, de Leonardo de Vinci. Es un fresco que ocupa todo el lado de una sala en el edificio adyacente á la iglesia de Santa María dalle Grazie, llamado Cenáculo. Ha hecho en él tales destrozos el tiempo que apénas puede percibirse una mínima parte de sus bellezas. Los pintores toman copias de gran tamaño reemplazando con la imaginación ó con modelos anteriores, las partes ausentes ó deterioradas y debo decirlo, causa más agrado ver las copias que el ruinoso original.

Vimos en seguida el Palazzo de la Ragione con su chancho ó milano, orígen del nombre de la ciudad, *mediolanum;* la Logia degli osi, palacio de la Edad Media con el león de los quebrados, un león de piedra saliente sobre el cual se exponía á la vergüenza pública á los comerciantes poco afortunados en sus negocios; la iglesia de San Lorenzo que conserva los restos de las termas romanas ubicadas allí y sobre las cuales se ha construido el templo; la iglesia de San Eustaquio, con la capilla y monumento de San Pedro Mártir, interesantísima por su lado histórico y curiosa entre otras razones, porque presenta un hecho sin igual en arquitectura, una columna corintia con el chapitel abajo, puesto así por equivocación; la iglesia de San Ambrosio, célebre por ser en ella donde se coronaron reyes y emperadores con la corona de hierro lombarda, y por su bello pórtico hecho por Bramante, como también, creo, algunas de sus capillas y por fin, en esta excursión, el pasage ó Galería de Víctor Manuel, con su cúpula en el centro, galería que sirve de punto de reunión y paseo á las más hermosas milanesas y aun á las menos favorccidas por la naturaleza.

Otra de nuestras excursiones ha comenzado por la Galería de bellas artes llamada Brera, donde vimos: la estatua en traje romano de Napoleón, por Canova; el cuadro de Rafael, la joya de esta galería, ó

sea los Esponsales de la Vírgen cuadro realmente muy lindo apesar de la mano deforme de la vírjen y de la falta jeneral de relieve, Abraham y Agar, de Guercino; un retrato de mujer de Van Dick y otros muchos cuadros que ocupan los bien distribuidos, espaciosos y perfectamente alumbrados salones de la galería.

De ahí nos hemos encaminado al Hospital Mayor, muy grande, muy bien atendido, pero inferior á los institutos análogos descritos en mis anteriores correspondencias. No dejo jamás de visitar los hospitales y juzgo por ellos muchos puntos de la vida social de cada pueblo, puntos que se escaparían á mi exámen si no procediera así. He visto ya más de cien durante mi viaje. Tal vez mis observaciones podrán algún dia ser utilizadas en beneficio general.

Del hospital, por correlación de ideas, nos hemos ido al cementerio, hermoso establecimiento, lleno de monumentos y de estatuas, con un grande y elevado edificio llamado el Panteón, donde el lujo de las obras de arte hace competencia al de los otros sepulcros y decoraciones.

La práctica de la cremación está aquí en plena función; hay un departamento destinado á ese objeto donde se aplica dos procedimientos, uno antiguo para los pobres y otro moderno y más rápido para

los que pueden costear los gastos de la operación. Las urnas con los huesos calcinados son depositadas allí, á lo menos temporalmente.

—

Llámase la *Arena* á un circo, construido á imitación de los anfiteatros romanos, destinado á juegos ó representaciones públicas. Caben en él comodamente 30.000 personas. Durante el invierno la parte central del anfiteatro, llena de nieve sirve para patinar.

Volviendo de la Arena vimos el Arco del Simplon, monumento levantado en conmemoración del camino á través de los Alpes. Napoleón comenzó la obra. Es un arco magestuoso, lleno de altos relieves y coronado por una *cuadriga*, creo se llama así ese especial adorno, aun cuando los caballos sean más de cuatro como sucede en este caso, si no he visto mal.

—

Uno de los más lindos monumentos de Milán es el de Leonardo de Vinci, hombre extraordinario por su escepcional genio para hacerlo todo bien. Su estatua figura en un alto pedestal enfrente de cuyas caras se vé las estatuas de sus discípulos más notables ó favoritos.

—

¿Quién estando en Milán deja de ir al teatro de la Scala?

Nosotros hemos ido naturalmente y, penoso me es decirlo, ni el edificio ni los artistas nos han llamado la atención.

En verdad se puede recorrer toda la Europa sin encontrar mejores cantantes que los de nuestros teatros líricos.

Pero en el teatro de Milán el público tiene muchas comodidades y goza de varias ventajas.

Así por ejemplo, las empresas contraen el compromiso de dar cierto número de óperas nuevas en cada temporada.

—

Debe distinguirse el Milan antiguo del moderno, ó más bien el de las épocas romana, medioeval, de Federico Barbarosa, española y nueva.

El antiguo Milán en las memorias dejadas es más pintoresco; el actual es más lindo con sus calles anchas, sus arcos, puertas y jardines y sus cintas especiales concéntricas, acompañadas por canales de navegación.

Hubo un tiempo en que Milán daba la nota al mundo en materia de modas como las dán hoy París para vestidos de señoras y Lóndres para trajes de varones.

Ahora es todavía una ciudad de gusto y de arte donde puede pasarse una vida muy agradable. La

población es alegre y animada aun cuando no tanto como la de otras capitales de Italia.

Las milanesas son en general bien parecidas y graciosas. Su belleza es un tanto fornida y recuerda la de las españolas.

TURIN—DUELO POR EL DUQUE DE AOSTA—PASEOS —MONUMENTOS—INSTITUTOS—UN HOSPITAL Y UNA ESTANCIA.

Hemos encontrado triste á Turín por la muerte del Duque de Aosta tan querido en esta población.

Sus funerales han sido regios y sobre todo hay verdadero sentimiento en el pueblo.

Muchos espontáneamente llevan luto.

Los honores sémi-militares, civiles y populares que se le ha tributado han sido hechos, puede decirse, por toda la humanidad viviente en Turin, con escepción de los enfermos imposibilitados de moverse de sus camas.

¡El dolor de morir debe ser más grande cuando se cuenta con el amor de un pueblo!

Está además triste Turín porque su comercio ha decaido un poco. Las diferencias aduaneras con Francia lo han perjudicado y se añade á esto la penuría á causa de los capitales paralizados por las especulaciones ruinosas de Roma.

Pero esta ciudad tiene una gran vitalidad y pronto se levantará de su momentánea semi postración.

Su tipo es de las ciudades modernas; sus calles son cortadas en formas regulares; hay muchas anchas avenidas y magníficos edificios y monumentos.

El Pó la atraviesa y le añade una belleza más con sus márjenes convertidas en jardines y con sus elegantes fuentes.

Como muestra de arquitectura antigua puede citarse el Palacio de Madama que data de la edad media. En frente del palacio está el monumento levantado en honor del Ejército de Cerdeña.

Visitan también todos los extranjeros, el palacio real, donde se halla el Museo de armas, su principal atractivo, departamento muy bien cuidado y en el cual las armas, corazas, armaduras de hombres y caballos, las cotas de malla, vestidos y demás objetos empleados por los antiguos ejércitos, están distribuidos con método. Por lo demás el palacio pareciéndose á muchos de su especie, no ofrece particularidad notable.

La Academia de ciencias compuesta de museos, ocupa otro palacio. Allí están el Museo egipcio, el de antigüedades griegas y romanas, el de historia natural y mineralojía y la Galería de pinturas ó Pinacoteca. Los museos nombrados son semejantes á los ya descritos de otras ciudades en mis cartas anteriores. En la galería de pinturas, ví algunos cuadros de mérito con buenas firmas al pié,

como diría un comerciante. Recuerdo el de una Mujer en su lecho entre cortinas; una Madonna; la Vírjen, Jesús y San Juan y varios retratos.

La Catedral ostenta algunos buenos monumentos.

—

Con motivo del entierro del hermano del Rey, Superga se ha puesto otra vez á la moda. Superga es un sitio donde hay un convento y una iglesia, una de cuyas dependencias sirve de sepulcro á la familia real. La iglesia y sus anexos ocupan la cima de una elevada colina, á la cual se sube por un ferro-carril funicular. De la cúpula del templo se goza de una espléndida vista sobre Turín, su campiña y el valle por cuyo fondo corre el Pó. Durante el verano este paraje se convierte en el paseo favorito.

—

Hay en Turín varios teatros; estuvimos en dos de ellos bastante buenos y cómodos Nos sorprendió notar que la concurrencia, en parte considerable, era compuesta de militares; pero la explicación vino inmediatamente. Toda la Italia está militarizada, por exigencias, dicen, de la Alemania y por la necesidad de mantenerse á la altura del armamento de las demás naciones de Europa; y mientras no estalla guerra alguna ¿qué van á hacer los militares si no van al teatro y pasean por las calles, en las

horas libres, cuando la disciplina no reclama su permanencia en los cuarteles?

—

He sido presentado al director del hospital más lujoso de esta ciudad, y más nuevo, creo. Su construcción responde á los últimos adelantos. Debajo de las salas corre una inmensa galería semi-subterránea que sirve para la colocación de cañería y para la ventilación. Un conjunto de pabellones constituye el establecimiento. Cada pabellón tiene las dependencias necesarias y está provisto de un vestíbulo cerrado con vidrios, donde los enfermos, sin exponerse á la intemperie, pueden gozar de los beneficios de la luz y aprovechar la acción química del sol. Nada falta en este hospital. Los servicios técnicos y administrativos, son hechos con esmero y por personas competentes. Tiene laboratorios para examen y experimentos. Su sala de operaciones es muy adecuada á su objeto. El espacio concedido á cada enfermo es superior al que la ciencia exige. Puede duplicarse el número de camas en caso de guerra ó de epidemia.

—

Hemos estado en algunos puntos de la campaña de Turín, entre ellos en una especie de estancia, semejante á las nuestras, que perteneció á Victor Manuel y pertenece ahora al marqués de Médici; es-

tancia con un palacio capaz de alojar una corte y un ejército. El terreno se compone de más de dos leguas cuadradas encerradas por un muro, cultivadas en parte y destinadas en lo restante al pastoreo. El Palacio y las Villitas diseminadas, que hacen ahora el papel de puestos, conservan sus muebles, cuadros y decoraciones, como en sus regios tiempos.

No he visto por estos países y á las puertas de una gran ciudad, propiedad más llena de atractivos y comodidades. Hay allí caza en abundancia de aves y cuadrúpedos.

Se cría y adiestra caballos de raza para tiro y silla; se cuida ganado haciendo selecciones y por fin se explota los lagos, cortando en invierno en panes el hielo en que sus aguas se convierten y guardándolo en cuevas subterráneas hasta el verano para expenderlo en Turín. Muy curioso es el trabajo en los lagos para la extracción del hielo.

—

Viven aquí varios compatriotas algunos desde hace muchos años.

Ha sido para mí digna de estudio la transformación en el lenguaje que una larga permanencia en el extranjero, produce.

Una señora porteña me ha dicho la siguiente frase:

«Pienso *adesso* volver á Buenos Aires *pero il mio*

marido tiene un gran *labore cui* y no sé *ancora* cuando podremos salir. Felices de *loro* que se *retornan súbito;* á *mi tarda* ya la hora de ver á mis *fratelli.*»

Ha dicho esto sin vacilar, muy de corrido y sin apercibirse de la ensalada que estaba haciendo.

GÉNOVA—UNA CASA SOBRE EL MAR—LO ANTIGUO Y LO MODERNO—EL CEMENTERIO—UN PASEO Y UN TEATRO.

A poca distancia del centro de esta ciudad, en un promontorio que se avanza en el mar y sobre la peña, azotada dia y noche por las olas del Mediterráneo, se alza el palacio del señor Raggio, senador al Congreso italiano, hombre acaudalado y de buen gusto.

Su residencia aquí es una joya; parece un castillo moderno. Los salones y dormitorios regiamente decorados, están situados en los pisos altos y abajo los corredores, vestíbulos, jardines, el comedor, las salas de juego, de fumar y otro gran salón de recepción adornado con cuadros y estatuas modernas, figurando entre los adornos una copa de malaquita pariente de las de Rusia, de un gran valor.

La construcción de mayor gusto es un jardín en altos, en cuyo centro hay un acuario; este es el techo líquido de un vestíbulo del piso inferior, cubierta trasparente que deja ver el cielo cuando sus aguas están quietas y se satura de colores cuando se mue-

ven descomponiendo la luz en las facetas de sus cristales.

De noche el viento deja oir sus tonos traidos de los mares, y la luna, cuando hay, muestra la inmensa planicie alumbrada en partes.

En esta encantadora morada hemos pasado un dia, obsequiados como cuerpos de reyes; pero el señor Raggio, que no solo es senador y hombre de gusto sino también industrial, nos sustrajo de su palacio durante unas horas para mostrarnos su fábrica de planchas de hierro, establecimiento situado á orillas del mar y provisto de muelles para carga y descarga de materiales y artefactos.

He visto por primera vez en esta fábrica fundir el hierro en hornos infernales, vaciarlo en moldes, calentarlo de nuevo, martillarlo reduciéndolo á cubos y laminarlo por fin, haciéndolo salir en cintas incendiarias de entre los cilindros. Cada plancha se desprendía furiosa y parecía protestar del tormento que se le aplicaba, yendo ella por sí misma no obstante, á ponerse bajo las guillotinas que la cortaban en secciones.

De vuelta al palacio, el señor Raggio nos mostró otra ventaja de su residencia de verano: un baño de mar hecho en la peña, dando acceso á las olas y comunicando con otro de agua dulce, alimentado por un riacho tan complaciente que ha ido á terminar

precisamente en la casa del señor Raggio, para favorecer sus gustos.

La señora de este caballero es una de las damas más distinguidas que hayamos conocido.

—

Génova, como ya lo saben ustedes, está trepada en las peñas mirando al mar. ¡Que situación tan pintoresca!

Desde cualquiera de las casas vecinas á la costa se vé los trabajos del puerto, obra jigantesca destinada á aumentar inmensamente la riqueza de esta ciudad.

Los trenes bajan á los diques á tomar la carga y luego suben para desparramarla en toda la Italia.

Génova está rejuvenecida. Las calles viejas, angostas y tortuosas se han escondido en los barrios pobres como avergonzadas por la presencia de las nuevas avenidas.

Hasta los palacios, á pesar de sus méritos, sus títulos, su historia y sus pergaminos, hacen fea figura ante los monumentos modernos, limpios y airosos y las estátuas de mármol blanco, incluyendo entre ellas la de Cristóbal Colón.

La misma casa del amigo Cristóbal, tendría gana de abandonar su calle para presentarse en mejor compañía.

Una iglesia triste, sola, linda y solemne que visi-

tamos es uno de los pocos edificios destinados á hacer buen papel al lado de las innovaciones; así como algunos palacios vetustos pero grandiosos y protejidos contra la edilidad, por su belleza antigua y decrépita.

He visto un museo de cuadros instalado en uno de los Palacios; nada se me ocurre acerca de él, pero he admirado como corresponde otro museo de estátuas: el Cementerio.

Los muertos se han apoderado de una hondonada y de las faldas de las colinas contiguas para descansar en paz. Entre las tumbas y sobre algunas de ellas crecen las flores y los arbustos. Rodéanlo galerías altas y bajas donde los difuntos ricos han establecido sus reales, entre estatuas y bajos relieves conmemorativos de los méritos, virtudes y hazañas de los enterrados, pero más conmemorativos aun de la vanidad de los sobrevivientes.

En efecto, en muchos sepulcros figura la estátua del muerto y la de los parientes. Hasta creo haber visto en una, la del médico que asistió á su víctima en la última enfermedad, sin duda por un acto de gratitud de los herederos.

Otra tumba muestra la efigie de la difunta, una señora bastante robusta, digna de mejor suerte y á sus lados dos niñas jóvenes, de mármol, muy lindas, casaderas las dos, y llenas de atractivos, principalmente por su aire dolorido.

Cuentan las crónicas que los jóvenes aspirantes á maridos, suelen preguntar quiénes son y dónde viven esas bellezas, comenzando á abrir las puertas de su corazón en presencia de facsímiles tan edificantes.

No sospecho un propósito deliberado, extraño á los sentimientos de dolor, al formar estas obras de arte, pero afirmo que de ellas puede resultar un matrimonio.

Menos sujeto á interpretaciones torcidas sería que hicieran en Génova lo que hacían en Atenas los griegos en tiempo de Pericles; representaban á la persona enterrada despidiéndose de sus parientes y amigos, siendo, en el bajo relieve, la figura más saliente é interesante la del muerto ó muerta. Muchas esculturas de esta especie se hallan todavía en el antiguo cementerio de Atenas. El espectador suele conmoverse ante alguna de estas escenas.

—

Hay un lindo paseo en la *lovely* Génova situado en una altura desde la cual se domina la ciudad. Cuando está concurrido hace el efecto de una montaña de gente sembrada entre los árboles y esparcida en los caminos. Yo fuí á conocerlo acompañado de un caballero quien me contó varias aventuras amorosas que habían tenido por escenario ese sitio. Las aventuras no eran suyas, razón por la cual me permití creerlas al pié de la letra.

No recuerdo si Cristóbal Colón figuraba en alguna. Los árboles á cuya sombra pudo él sentarse á editar sus galanteos, ya deben estar muy viejos.

—

Asistimos al teatro donde se cantaba «Cármen», bastante bien. El teatro es bonito y cómodo. La concurrencia se muestra de buen humor, circunstancia favorable á todas las caras y principalmente á las femeninas, sobre todo cuando son lindas, y las genovesas no se quedan atrás en esta materia; su belleza no es clásica, pero es muy humana: grandes ojos negros, vivos, tez no muy blanca, mejillas rosadas y un aire de confianza encantador, son los puntos salientes en general.

Por lo demás, ustedes tienen allí ejemplares que podrán consultar, pues en Buenos Aires, hay tantas genovesas como en Genova.

NIZA Y SUS ENCANTOS—MONTE CARLO Y EL JUEGO—CANNES—MARSELLA.

Estamos en esta animada y alegre ciudad hace muchos días. Hemos pasado aquí el carnaval, la fiesta famosa de Niza y hemos podido apreciar la atracción que ejerce sobre todo el continente. De Lóndres, de Berlin, de París, de Viena y hasta de San Petersburgo, vienen caravanas á establecerse aquí mientras duran las fiestas.

Consisten estas en bailes de máscaras en los clubs ó salones públicos, en cabalgatas, en corsos de flores y en procesiones de gentes disfrazadas, precedidas por bandas de música.

Nadie puede hacerse una idea de la animación del carnaval en Niza, ni del monto de las sumas empleadas en disfraces y adornos. Los comerciantes naturalmente, aprovechan de este movimiento, pero debe decirse en verdad, que tampoco economizan su dinero, con tal de dar á conocer su negocio por medio de las figuras más originales exhibidas en las calles durante el carnaval.

La alegría sin embargo, en la gente culta, es una

alegría convencional; en realidad más es una muestra de vanidad que una animación espontánea. Las gentes de alto tono luchan á quien llama más la atención por su lujo y no á quién se divierte más; pero esto es en todas partes lo mismo. El placer tiene su domicilio entre la gente sencilla y sube cuando más hasta la de mediana condición, sin alcanzar á la alta y aburridamente colocada.

Niza como París, Lóndres, los pueblos de baños y otros sitios de moda, son simplemente férias de vanidades.

Cuando los viajeros, los curiosos, los desocupados, los aventureros y los buscavidas de tendencias aristocráticas, se cansan de exhibirse en una parte ó por cualquier causa el medio ó el sujeto se hace desfavorable, buscan otro escenario para satisfacer su pasión del momento.

Así, no hay gente más superficial que la agrupada en cada paraje á la moda durante la época designada por cualquier capricho.

Y hasta la parte ilustrada en tales ocasiones, cree de su deber hacerse insustancial y consigue llegar á la más alta insignificancia.

¡Dicen que es divertido hablar necedades todo el dia y no ocuparse sino de trajes y paseos! Así será, pero á mí me parece que debe darles vergüenza de ser hombres á todos los tontos que adoptan ese modo de pasar sus temporadas.

Tras de este aparato de lujo y de sociedad convencional, no hay nada en la mayor parte de los casos, ó cuando más llega á haber intrigas amorosas que se caen de fáciles y no tienen por lo mismo el menor encanto.

—

Niza es una ciudad preciosa. Está construida en la planicie de un anfiteatro rodeado de colinas; el valle continúa hacia el interior, verde fértil y florido; hace frente al anfiteatro el mar, un mar para baños y no para buques, y en su margen casi en toda la extensión de la playa, corre una ancha avenida con lujosos edificios ó pintorescas residencias, siendo casi todas ellas, hoteles para extranjeros, á los cuales debe esta ciudad, casi todas sus entradas.

Hay aquí dos clases de población; la estable y la flotante. Vive la primera de su trabajo y de su industria, obteniendo grandes beneficios, pues los consumidores, es decir la población flotante, gasta sin preocuparse y sin objetar. Los hábitos son idénticos á los de las grandes ciudades europeas, francesas principalmente.

Niza hace por parecerse á París y cuando uno dice á alguno de los habitantes «Niza es un pequeño París», la cara del interlocutor se ilumina y se llena de satisfacción.

Es la residencia obligada de todos los pedantes de

la Europa durante el invierno, so pretexto de su clima.

Otra ventaja más tiene esta ciudad; no hay en ella atigüedades ni museos sin que por ello le falten sitios de interés y de recreo. Toda ella es, puede decirse un paseo, siendo el barrio más agradable el vecino al mar. Hay un paseo construido en una pequeña montaña; se llama creo, el Castello; un pequeño *castello* ubicado en el camino hacia la cumbre sirve de pretexto al nombre. De esta altura y desde una plataforma formada en la cima se ve la ciudad con sus tres partes; los barrios viejos, los del puerto y la parte llamada el barrio de la Cruz porque en él fué puesta en conmemoración de la reconciliación entre Cárlos V y Francisco I, una cruz. Ahora bien, yo no sé cómo una cruz puede ser símbolo de reconciliación.

De uno de los bordes del paseo se desploma una cascada artificial, hecha con agua elevada por medio de cañeria. Esta cascada visible desde la ciudad presenta un aspecto bellísimo.

Concurren al otro paseo, al de los ingleses, es decir al formado á orillas del mar, todas las familias que vienen á pasar aquí la estación. Las mujeres de peso moderado hacen de él la escena de sus galanteos, sin que á nadie llame la atención semejante uso.

Los hombres solteros ó casados, viejos ó jóvenes, suelen encontrarse allí del brazo con las bellas aventureras, antes de ir á comer con ellas en los casinos ú otros sitios de recreo.

Ponderan mucho á Niza por su clima; la bondad de este depende enteramente del abrigo que le prestan las montañas; no es igual por lo tanto en todos los barrios de la ciudad y no puede gozarse sin precaución de sus mentadas ventajas. El clima aquí es un pretexto más que un beneficio real.

—

He visitado el Observatorio astronómico, gracias á la amabilidad de nuestro Cónsul, quien me presentó al director del Establecimiento.

Pocos hay en Europa iguales y menos aún son los superiores. Su situación es una de las más adecuadas. Su dotación es completísima; sus instrumentos de primera calidad, montados en maquinarias perfectas facilitan los estudios; su jefe y empleados gozan de un alto crédito muy merecido y trabajan asíduamente.

En su biblioteca he tenido el placer de ver los libros del Observatorio de Córdoba; los he hojeado y con una satisfacción muy explicable, creo, he visto mi firma en muchas de sus páginas.

¡Grand coup de chapeau! de parte del Director y empleados.

La excursión al Observatorio es una de las más agradables en Niza; se camina á través de los Alpes teniendo á la vista el mar, la ciudad, el río, sus puentes, los diversos valles que separan las colinas y los caminos en la falda de las montañas, practicados, según me dijeron, con fines estratégicos para defender el territorio de una posible agresión del lado de la Italia.

—

Pobre Gambetta; he visto su tumba, sencilla, poética y conceptuosa, en medio de un cementerio triste i descuidado. Allí me han contado un episodio de la historia de este grande hombre.

Durante la época de su poder, casi dictatorial, prefirió disgustar á su padre dicen, á quien amaba entrañablemente, á transigir con ciertas exigencias de éste respecto á nombramientos. El padre se resintió y no vió más á su hijo, pero cuando éste murió, el amor paternal volvió á establecer su imperio y los restos del hombre público, patrimonio de la Francia y dignos de un sepulcro monumental en París, se hallan en el pobre cementerio de esta ciudad.

—

Pienso estar condenado á ver museos. Cuando puedo prescindir de los públicos, algún particular me sale al paso. Así me ha sucedido aquí. No

he podido dejar de ver la Quinta ó Villa del señor Gamba y su famosa galería de pinturas.

La villa es una de las más lujosas y agradables de la comarca, tanto por su edificio como por sus parques, jardines é invernáculos, sin contar su admirable situación.

El señor Gamba, un anciano amabilísimo, recibe espléndidamente dos veces por semana, á las personas de su relación y á los pasajeros llevados por ellas.

La galería de cuadros es particularmente notable por los numerosos ejemplares de Rosa Bonheur, pintora de animales y eximia en este género.

Además en la casa del Sr. Gamba el visitante puede ver los retratos pintados al fresco de todos los grandes artistas de diferentes países con los trajes de su época, en la actitud más adecuada á la clase de su talento y agrupados en un orden puramente fantástico.

—

Hemos visto también la Villa habitada antes por un desdichado príncipe ruso de la familia real cuyo nombre no me viene ahora á la memoria.

En esta villa, en medio de árboles, flores y plantas cuidadas con tanto esmero como si el dueño viviera aún y habitara su casa, se ha erigido una capilla en el sitio donde murió. Es muy sencilla y muy triste.

La luz entra por las escasas aberturas esparciendo sus melancólicos tintes sobre los objetos. Una lámpara pequeña de plata arde constantemente en medio del solitario recinto. Todo está dispuesto como si hubiera sido acomodado el dia anterior con amoroso cuidado y hasta las hojas de los árboles, situados cerca, se mueven con precaución para no perturbar la tranquilidad del parage.

—

Hemos hecho dos excursiones más en esta ciudad: una á Monte Carlo y otra á Cannes, donde reside ahora el ex-Emperador del Brasil.

Monte Carlo es muy conocido; solo se necesita nombrarlo para provocar la idea de belleza en materia de paisajes. Estos son la continuación de los de Niza aumentados y corregidos. Habrá en la superficie de la tierra sitios igualmente pintorescos, pero no más que Monte Carlo.

A lo largo de la costa del mar se desarrolla el camino de Niza hasta el famoso paraiso donde se ha levantado el más suntuoso templo al vicio del juego. Cada paso ofrece un nuevo encanto; la ruta sigue las curvas entrantes ó salientes de la costa y muestra valles, colinas, villas, ensenadas, jardines, peñas y arrecifes arremetidos por las olas.

Llegando á Monte Carlo, el que no va ciego de ganas de jugar, observa uno que otro soldado como

muestra de aquella nación microscópica de semi-independencia tolerada no sé porqué ni para qué, El soldado pasa y la atención es solicitada por el escenario, maravillosamente variado en medio de una vejetación lujosa, completándose la decoración con las montañas vecinas, vestidas de verdura ó mostrando en sus flancos, grietas desunidas, sendero de las aguas de lluvia y á sus piés alfombras de flores salpicadas de árboles y arbustos.

Y mezclados con todo esto, grandes y elegantes edificios de arquitectura nueva y caprichosa; hoteles, casinos y villas; un enorme palacio cuajado de gente, una ancha terraza mirando al mar, otros jardines y tapices de verdura más abajo, el cielo limpio arriba, los buques á lo lejos y miles de hombres y mujeres, de la mejor sociedad en apariencia invadiéndolo todo y mostrándose en todas partes, con sus trajes vistosos y su cara alegre ó contrariada según la suerte que les cupo en el juego.

Y en los salones del Palacio consagrado al Dios del funesto vicio, al rededor de las mesas donde la ruleta funciona constantemente, un enjambre de jugadores, viejos, mozos, niños, mujeres, señoritas, damas y ancianas, mirando de hito en hito á la terrible máquina, con los ojos salientes, los brazos estirados ó penosamente mantenidos en quietud, con la respiración suspendida y el alma pendien-

te del acaso, mientras corre el oro recojido por las palas, sobre el verde tapete.

¡Escena desagradable para los no habituados á contemplarla!

Las personas más correctas se atropellan para ganar asientos, otras alargan la mano para entregar su parada ó recojer su ganancia. Se oye imprecaciones dichas en voz baja, suspiros, invectivas, cómputos y cálculos formulados en monólogos extravagantes acompañados de jesticulaciones grotescas. Los jugadores entran y salen distraidos, unos mantienen su compostura á pesar de todo, otros abandonan el recinto como desesperados, olvidando sus sombreros y sus paraguas para ir tal vez á suicidarse ó á retemplar su vicio en otras escenas inconfesables.

Todo esto había leido yo ú oido y lo creía al pié de la letra, como ustedes han creido tal vez mi descripción, pero ¡una ilusión menos! no he visto tal cosa en Monaco. No hay tal ansiedad, no hay tal desesperación ni tales conflictos. Los jugadores de ambos sexos, ganan ó pierden y después se van muy tranquilos á comer en los hoteles, á pasear por los parques, á visitar á sus amigos en sus encantadoras residencias, á jugar en el tiro de la paloma y á prepararse por fin para asistir al teatro, al concierto, al baile ó á otras diversiones en el nunca bien ponde-

rado Casino, el mejor de los establecimientos de su especie en el mundo.

La vida en Monaco es una vida de diversión inacabable.

El juego es un gran atractivo; todos juegan, algunos por primera vez. Yo jugué también y perdí, naturalmente. Las niñas y señoras de nuestro grupo ganaron unas cuantas monedas y era de verse el entusiasmo al recibir su dinero, solamente por lo extraordinario del caso.

La vuelta á Niza en carruaje ó en el tren, ofrece aspectos bellísimos. Las luces del camino, las escenas repentinas, el cruzar de los trenes, los buques de la bahía iluminados, los contrastes y el conjunto de todos los paisajes, abren ancha vía en el ánimo á las sensaciones más placenteras.

—

Cannes, como Niza tiene sus paseos y diversiones, su vida social amplia y á veces estrepitosa y su clima de primavera perpétua.

Nosotros fuimos á dejar nuestra tarjeta al Emperador D. Pedro II y visitamos la bella residencia que ocupa; paseamos por la pequeña ciudad entrando en algunos de sus jardines; estuvimos en calidad de curiosos en una casa que se alquilaba con todos sus muebles y decoraciones, situada en un paraje elevado, en medio de un parque; subimos á su

mirador y vimos el panorama delicioso de la ciudad y su campiña, oyendo las anécdotas relativas al valor histórico de algunos sitios, notablemente la referente al paraje donde estuvo detenido el General Bazain.

Los extranjeros visitantes de Niza, Monte Carlo, Cannes y sus vecindades, al retirarse de estos sitios envidian á los residentes, su vida de placer tranquilo y de confortable animación.

Muchos viajeros venidos con intención de pasar una corta temporada, se han estableeido en estos sitios renunciando á sù casa, su patria y su familia para consagrarse á dejar correr la vida tomándola por su lado menos duro y mortificante.

El egoismo encuentra aquí un nido de flores abrigado y adormecedor.

—

Un momento en Marsella, la ciudad más comercial de la Francia, que despacha buques para todos los mares y recibe los provenientes de todas las naciones del mundo.

Este amplio tráfico ha obligado á los marselleses á construir uno de los puertos más cómodos del Mediterráneo y les ha procurado los medios de formarlo.

Lo mejor de Marsella es su puerto, pero sus paseos públicos, sus fuentes, su jardín zoológico, sus

museos y galerías de pinturas, su Bolsa, sus edificios oficiales y sus iglesias, merecen también una mención. El extranjero debe visitar estos sitios y monumentos, siquiera para saber apreciar su valor con relación á los análogos de otras ciudades.

La animación de las calles en la nueva ciudad muestra la vida de la población.

Marsella tiene sus antecedentes literarios y un pasado histórico que le hace honor.

Los marineros de su puerto son muy devotos y han llenado de ofrendas la iglesia de Notre Dame de la Garde, donde hay una imágen de la Vírgen muy milagrosa, muy autigua y muy amiga de los pescadores y demás gentes de la marina mercante.

NADA SOBRE PARÍS Y LÓNDRES

De Marsella hemos venido á París y después de permanecer allí más de un mes, hemos tomado el tren hasta Calais; allí hemos subido á un Mareador de primera clase; no nos hemos mareado, contra todas las previsiones; hemos desembarcado en tierra inglesa y subiendo otra vez al tren, hemos caido sobre Lóndres como una gota al mar.

Pasando el canal, uno desea con toda su alma que no haya tal canal y comprende el atrevimiento, suscitado por un deseo análogo, de proyectar un puente ó un túnel debajo, dentro ó encima del mar para ligar, sin intermedio de buques, á Francia con Inglaterra.

Tan estupenda y portentosa obra se hace cada dia más necesaria y espero no morirme sin verla realizada.

Todas las dificultades técnicas y materiales pueden ser salvadas; las únicas subsistentes son las políticas, pero estas, cuya base actual es una pura rutina, cederán á la razón y á la conveniencia. Al fin

y al cabo, una isla no deja de ser isla porque le pongan un puente ó le introduzcan un tubo.

En París hemos continuado escudriñándolo y urgándolo todo.

No sé qué tiene este París para los sud-americanos y en particular para los argentinos. Todos lo consideran como la casa propia y sienten á gran distancia su poder de atracción. Siempre vuelve uno á París de cualquier parte donde se halle.

Así me ha sucedido á mí. Tres veces he estado en la capital francesa y cada vez por mayor tiempo, sin poder explicarme la causa, pues no tengo más motivo para residir allí que en otra parte.

Y ni siquiera alego el pretexto de conocerla mejor; cuanto más vivo en París menos la conozco. Mi inseguridad crece con el tiempo de mi permanencía; ahora no me creo habilitado para dar una opinión sobre la gran ciudad ni me siento capaz de bosquejar siquiera una descripción.

Lo mismo me sucede con Lóndres.

Yo debo haber nacido para entender y tramitar detalles.

Las cosas grandes me ofuscan.

Al hablar de ellas me parece que miento si no digo todo cuanto contienen, y decirlo todo es imposible.

Respecto á París y Lóndres espero que se forme

un sedimento en mi conciencia para arriesgar un juicio.

Toda generalización corre peligro de ser falsa.

Se halla mezclado en estas dos ciudades de un modo tan íntimo lo grande con lo pequeño, lo malo con lo bueno, lo horrible con lo bello, lo sublime con lo mediocre, lo técnico con lo práctico, lo natural con lo artificial, que ningún talento, sea analítico, sintético ó ecléctico, podrá jamás abarcar los detalles y sacar conclusiones ó fórmulas legítimas.

Las dos ciudades representan y contienen todas las manifestaciones de la humanidad entera. En ellas se halla acumulado el producto del trabajo de siglos. La ciencia y las artes han hecho de ellas sus almacenes, sus archivos y sus laboratorios. La historia les ha dejado sus mejores y sus más horrendas páginas. La biografía de cada hombre célebre ó simplemente notable, tiene conexiones con su vida social, literaria, científica y artística, y hasta para los individuos más oscuros ó menos ambiciosos, París y Lóndres son un objeto de mira y una final aspiración.

Temo mucho verme obligado, por la magnitud de la tarea, á dejar un blanco en mis correspondencias y hacer que mis lectores me vean pasar y repasar por estas grandes capitales sin aventurar una palabra acerca de ellas.

No me siento con fuerza para escribir la historia de la humanidad!

Sir John Bright, un pariente de Pellegrini, orador notable, rival de los grandes oradores y pensadores ingleses, ha dicho en un discurso. «Hace cuarenta años que paso seis meses de cada año en Lóndres y no conozco nada de él. No creo que haya un solo hombre que lo conozca!»

Si esto dice un inglés con los antecedentes de John Bright ¿cuál puede ser la pretensión de un extranjero, ave de paso en este cosmos donde no solo un individuo se siente perdido, sino donde hasta las gentes por millares son envueltas por la masa y totalmente absorbidas?

He visitado los barrios pobres de París y Lóndres. He estado donde no hay boulevares en la capital francesa y he pasado ocho horas de una noche en White Chapel, el famoso barrio de esta metrópoli.

Hé visto algunas de las faces de la vida de esa población que se desenvuelve en la sombra y mis dudas y vacilaciones para formarme un juicio de estas grandes colecciones de hombres, lejos de disiparse, se han aumentado, pues ni siquiera he encontrado en esos barrios los caracteres, situaciones y escenas que han dado tema abundante á la leyenda y la novela.

Hay tanto de casual en los procesos de la vida

en estas capitales, que ni siquiera se percibe dónde concluye el imperio de las instituciones para dejar campo abierto al capricho, á las pasiones, á las necesidades ó á la índole humana libre de presión inmediata.

Yo sacaré cuando más de mis excursiones, una conciencia vaga, una noción oscura capaz de hacerme discernir, en caso ocurrente, lo real de lo fantástico; pero ella no me dará título para formular conceptos positivos.

No sé nada de París ni de Lóndres, aun cuando conozco millares de hechos, objetos y principios relacionados con estos colosales organismos.

Cuando ustedes oigan decir: «en Lóndres se hace esto, en París hay tal costumbre» no crean una palabra.

En Lóndres y París se hace todo de todos modos y nada de muchas maneras.

Las costumbres abarcan grupos cuando más y en estos grupos las reglas y los procedimientos están sujetos á una perpétua evolución y á un cambio contínuo.

La costumbre de hoy quién sabe si subsiste mañana.

Esta idea no contradice la de estabilidad, de ciertos hábitos, la de los ingleses por ejemplo; esa estabilidad es más aparente que real, aun cuando en ver-

dad en Inglaterra duran más las rutinas que en el resto de la Europa.

Como prueba, observemos solamente las transformaciones del Parlamento. La nobleza tan encerrada en sí misma en los primeros tiempos, ha ido abriendo sus filas año tras año, para dejar penetrar á la audacia, á la riqueza, al talento y hasta á la disidencia religiosa que no eran nobles de orígen.

La misma constitución inglesa tan estable, sobre la cual dijo un pensador que «en ningún momento la mayor parte de ella dejó de ser tradicional y antigua», es una nueva demostración de mi tésis.

Si en cualquier momento la mayor parte era tradicional y antigua, en aquel mismo momento la menor parte no era ni antigua ni tradicional.

Dentro de algunos siglos á la constitución inglesa le habrá sucedido lo que á las frutas que se petrifican: la forma y el color se conservan, pero la materia orgánica ha desaparecido, reemplazada átomo tras átomo por la piedra.

ABORDO DEL «TEUTONIC» EN VIAJE PARA NORTE-AMERICA—DIGRESION FILOLÓGICA—LIVERPOOL —LA VIDA A BORDO.

Este buque parece una de las islas británicas. Al recorrer su grande extensión dá gana de cultivarlo, sembrar en su cubierta destinando cada sección á una sementera especial. Tiene más de doscientos metros de largo y el alto de cualquier palacio de ocho pisos; es, como dice el Comisario echándose para atrás y con aire enfático, el más grande buque del mundo. Eso no es verdad, porque el «Majestic» de la misma compañía es de igual tamaño, siendo este par de gigantes, los mayores navíos que viajan por los mares.

No es un edificio el «Teutonic,» es una ciudad en que cada departamento es un barrio. Los salones tienen el lujo de los más afamados y la comodidad y buen gusto superan á todo cuanto hasta hoy se ha visto en construcciones navales.

Los dos buques «Teutonic» y «Majestic,» han sido hechos en Belfast (Irlanda) á donde iremos á nuestro regreso de Estados Unidos.

—

Ya nuestros oídos se están acostumbrando á los diversos modos de pronunciar el inglés que tienen los compañeros de viaje. La libertad en Inglaterra y Nord America se usa hasta en contra del idioma. Cada grupo ó gremio de ingleses pronuncia como le dá la gana.

Los cocheros de Lóndres, por ejemplo, no dirán por nada de este mundo *hotel*, dirán *auteil* y usted no conseguirá que le entiendan si no habla como ellos.

Quise hacerme llevar en Lóndres al parque St. James; el cochero no me entendía, pero después de meditar un buen rato y con el aire de la más profunda lástima por mí ignorancia de la correcta pronunciación, dijo ¡Aoh *Sin Yinges!* Si, Sans géne le contesté yo, y fuimos al Parque.

Cosas curiosas.

En Lóndres discuten en este momento muchísimos caballeros por la prensa sobre el nombre que se debe dar al sistema de la locomoción eléctrica.

Una sección ha sido abierta en el «Times,» para dilucidar el punto y cada inglés á quien se le ocurre algo sobre la materia, puede escribir una carta expresando su opinión.

En las diversas comunicaciones se nota á veces los signos de una grande erudición y al mismo tiempo el más profundo desprecio por la etimología, con tal

de arribar á la comodidad. Se ha propuesto muchas palabras para el nuevo verbo, adjetivos y sustantivos. Recuerdo algunos: *volticer* de Volta; *electricer* de electricidad *to hom* del nombre de un físico.

A mi salida, las palabras que parecían tener más probabilidades de éxito, eran estas: *to trice* y *to sice* ó *size* para el verbo.

El proponente hacía la completa composición de las diversas frases en que las nuevas expresiones serían empleadas. Ponía ejemplos de lo ocurrido con la palabra *steam*, vapor, y decía que pódía llamarse *triceboat* ó *siceboat*, *tricecart* ó *sicecart*, *tramtrice* ó *tramsice* á un bote, carro ó tramway movido por la electricidad como se llamaba steamboat á una lancha á vapor. Añadía que para expresar el viaje de una parte á otra en vehículo eléctrico podría decirse «he *tramsiced*, *coachsised* ó *boat siced*, de tal á tal parte ó tanto tiempo» queriendo la frase decir «he ido en tramway, coche ó bote eléctrico, etc.»

Consagran en el «Times» á este asunto tanta atención como á las sesiones del parlamento, no pareciéndoles á los editores cosa de poca monta poder expresar una nueva acción con una voz corta y clara.

Si nosotros hiciéramos algo parecido, echando á un lado nuestro temor á la Academia española, nues-

tro idioma, el más rico, el más dúctil y el mejor constituido para ceder á todas las articulaciones y moldes que necesita el pensamiento humano, tal vez no se hallaría á punto de pasar á ser idioma muerto, no solo para la ciencia sino también para la literatura y el comercio de la vida.

Todos los idiomas son escritos como se los habla, en realidad de verdad, como dice Del Valle, pues cuando un francés escribe *eau* y pronuncia *o*, cuando un inglés escribe *kind* y pronuncia *caind*, aun cuando enseguida escriba *king* y pronuncie *quing* y cuando un español escribe *honor*, *quietud* y *general* y pronuncia *onor*, *kietud* y *jeneral;* es porque *eau* es *o*, *i* es *ai* (á veces) *ho* es *o*, *qui* es *ki* y *ge* es *je*.

Pero prescindiendo de esta sutileza y tomando la expresión «escribir como se habla» en el sentido vulgar, podemos decir que el castellano es, de los idiomas generalmente conocidos, aquel en que la forma escrita se acerca más á la forma hablada, ó de otro modo: aquel cuyas letras escritas, son casi en su totalidad pronunciadas, salvo las supresiones que la conjunción ó mezcla de las letras hace necesarias.

En inglés las vocales, por ejemplo y en francés la *e* tienen diversas pronunciaciones, pero en castellano las anomalías no son tan saltantes y aun estas mismas podrían desaparecer, en su mayor parte á lo menos, si un criterio racional en lo posible, presidiera á las reformas.

Las letras incómodas son estas: c, g, h, j, k, q, u, v, x, y, ch.

De estas podría suprimirse algunas y darse á otras un sonido diferente en la escritura. La q, la k, la v, la x, la y, y la ch, *escritas* estarían de más si la reforma se hiciera como yo pienso.

Ca, ce, ci, co, cu! sonarían *ca, que, qui, co, cu.*

Ga, ge, gi, go, gu serían *ga, gue, gui, go, gu.*

La *h* que no suena, no se escribiría; en cambio podía adoptarse ese signo para escribir el sonido de la *ch* que es ahora una letra compuesta de dos: ha, he, hi ho, hu, se pronunciaría entonces *cha, che, chi, cho, chu.*

La *y* (*ye* o *i* griega) sería siempre consonante, con lo que va dicho que no se emplearía como conjunción; ó mejor aún, sería suprimida reemplazándola por la *ll* ó bien por la *i* según los casos; podría decirse llegua ó iegua, en vez de yegua y nos evitaríamos una letra, y un sonido intermediario.

La *z* tendría su actual sonido sin repartirlo con la *c* en las sílabas *ce ci* como sucede ahora.

La *u* sería siempre pronunciada.

La *v* sería siempre reemplazada por la *b.*

Podría darse á la *ñ* un signo más fácil que impidiera tener que perder tiempo en poner el tilde y con esto y algo más que no se me ocurre en este momento ¿no es verdad que la escritura y la pronuncia-

ción ganarían en comodidad, claridad, facilidad y lójica?

¿Que expresión no tendría su escritura correcta y más vecina de la palabra hablada?

Pongamos ejemplos en que entrarían todas las letras comprometidas en la reforma y véase si queda en el idioma una palabra cuya expresión caligráfica no sea más sencilla y más uniforme en el sonido de sus sílabas.

Cielo, cerca, guerra, guión, honor, huella general, gitano, querer, quien, chala, chico, virtud, se escribiría zielo, zerca, gerra, gion, onor, uella, jeneral, jitano, cerer, cien, hala, hico, birtud.

Habrá confusión se dirá; la etimolojía no sería respetada por las supresiones de letras y la alteración en las nuevas combinaciones.

Contesto: si no hay confusión en lo hablado ¿porqué habría en lo escrito? El que oye la palabra *honor* oye *onor* y no confunde nada ni va á ver cómo está escrita antes de entenderla.

En cuanto á la confusión, el peligro no es grande; sólo figurarían en el idioma unas cuantas palabras más de igual sonido y escritura en cambio de otras que hoy son pronunciadas de un mismo modo siendo escritas de un modo diferente.

¿Quién confunde ahora *tiro*, del verbo *tirar*, con *tiro*, disparo de pistola; *rio*, de *reir*, con *rio*, el agua

que corre; *vino*, de *venir*, con *vino*, de beber; *vivo*, de de *vivir*, con *vivo*, listo, intelijente y *vivo*, sugeto viviente; *medida*, sustantivo, con *medida*, verbo ó adjetivo; *pelo*, cabello, con *pelo*, de pelar; *dura*, resistente, con *dura* de durar y millares de palabras escritas y dichas de un modo idéntico?

Algunos de estos cambios chocan á primera vista, pero meditando se los encuentra aceptables, mucho más si se piensa que en el lenguaje habitual ya son un hecho; nadie dice, por ejemplo, *viviente* haciendo sonar la *v* con su sonido propio, todos dicen *bibiente*.

Por lo relativo á la etimología, que no nos vengan con historias; no nos hablen del respeto que se le debe; jamás ha sido respetada ni lo será mientras los idiomas progresen.

Antes se escribía philosophia, ome, güeno, fecho, fijo, Alexandro. Ahora se escribe filosofía, hombre, bueno, hecho, hijo, Alejandro.

Mil palabras han cambiado de ortografía sin respeto á nada y leídas ahora, *agora* como se decía antes, parecen disparates: ñudo, non, tenudo, mesmo, tenello, truje, son ejemplos.

Otras han desaparecido como magüer, ca ó se han hecho imposibles.

Muchas son usadas sin ser castellanas y sin la menor sospecha de ello por parte del que las usa; peri-

cial, constatar, reportar no estaban antes en el diccionario. Ahora no sé si la Academia les ha abierto la puerta.

Nunca acabaría con los ejemplos y como vemos nadie pone el grito en los cielos por el cambio de letras y la falta de respeto á los orígenes de las palabras tomadas de los idiomas muertos ó agonizantes.

—

En este momento y en lo mejor de mi digresión filológica, me interrumpe una nueva avalancha de pasageros que sube en Queen's town; con estos somos mil setecientos y tantos á bordo.

Sin embargo hay todavía espacio en el buque para pasearse sin encontrar muchas personas.

Cuando veo subir estas masas humanas y perderse en el «Teutonic» me parece que este monstruo se las traga para no dejarlas ver más la luz del día. En tanto, apénas atruena los aires un plato de cobre, apaleado por un mozo de cámara, modo de llamar á desayunarse, almorzar ó comer, lo que los ingleses hacen á cada rato, se vé surgir de las entrañas del navío un pueblo inmenso en no interrumpida corriente é invadir el comedor, donde injiere con el mayor agrado unas cuantas docenas de platos sin gusto y sin olor, bautizándolos antes con una misma salsa aun cuando se llame con diferente nombre ó apodo.

Ha hecho muy bien Dios en suministrar á esta raza una dentadura capaz de competir con el teclado del mejor piano.

—

Salimos hace dos días de Lóndres, tan á prisa como siempre. Todavía no hemos aprendido á darnos tiempo y al emprender cada viaje, olvidamos mil cosas y dejamos lo más útil en el hotel.

El paraguas, por ejemplo, se me queda siempre. Ya he dotado á cada una de las naciones de Europa con un paraguas mío y nuevo, y estoy decidido á no tener mas paraguas aun cuando llueva á cántaros.

Para complemento, nuestros billetes eran de una estación y nos llevaron á otra, y mientras meditábamos sobre esto, ya en el wagón, el tren se puso en marcha hecho una furia, comenzaron á pasar las ciudades, los ríos, los puentes, los túneles, los campos y las montañas, como si el mundo se hubiera puesto á dar vuelta al rededor nuestro y antes de que tomáramos definitiva posesión de nuestros asientos, estábamos en Liverpool.

Allí, un mozo lleno de galones y con gorra, se apoderó de nuestro bagaje, y se lo llevó á un hotel sin darnos tiempo á hablarle; nos fué forzoso seguirlo.

Nos instalaron en un cuarto, sin decirnos una palabra, y cuando queríamos hablar á alguien, el interpelado nos volvía la espalda y se iba!

Tendrá que ser así, dijimos nosòtros, acordándonos de la filosofía de Pedro, uno de los personajes de la novela de Tolstoy, titulada «La Guerra y la Paz».

—

Liverpool es una gran ciudad; sus calles tienen en su mayor parte el espacio de nuestra antigua conocida la calle Buen Orden.

Todo el mundo vende algo y los transeuntes van apurados en cualquier dirección, caminando con unos zapatos de ocho suelas.

Tiene Liverpool monumentos artísticos notables. San George's Hall es un espléndido edificio de piedra, destinado á conciertos y otras fiestas sociales. El salón, rodeado de galerías altas para la concurrencia, la que además puede acomodarse en el recinto semejante á la platea de nuestros teatros, está provisto de un órgano precioso célebre en la ciudad.

Hacia uno de los extremos y separado del local de conciertos, figura otro recinto arreglado y dispuesto como para las sesiones de un cuerpo legislativo. Supongo que en él se reunen los directores del instituto para discutir sus cuestiones y si no lo hacen así, deben hacerlo.

Por fuera este edificio afecta las formas de un templo griego, con sus pórticos, columnas, galerías y escalinatas. En frente de uno de los costados hay

una plazoleta adornada con tres estatuas, la de Disraeli en pié, en el medio, y las de la Reina Victoria y príncipe Alberto á caballo, á los lados. Además hacia un ángulo del Hall, hay una linda estatua de William Earle, sable en mano en actitud de ataque

En la fachada del edificio se lee sobre la línea de los chapiteles de las columnas y debajo de un alto relieve que ocupa un espacio triangular, semejante al de nuestra catedral, este letrero:

«*Artibus legibus conciliss*».

Frente al otro costado está la pequeña iglesia de San Jorge, aislada en una plaza, y á poca distancia, la estatua del señor Alejandro Balfour, dueño de buques, empresario de líneas de navegación, comerciante en fin. ¿Porqué tiene estatua este caballero? La leyenda del pedestal lo dice: fué protector de los marineros, fomentador de la instrucción, contribuyente generoso para toda obra buena, benéfico y caritativo.

Detrás del Hall y calle de por medio, levántase una grandiosa construcción ocupada por el museo, la librería y la «Walker art Gallery». Un vestíbulo da, paso en frente, al museo, y al lado, á los salones de lectura. En estos hay dos reparticiones: una destinada á los periódicos y otra á las revistas é ilustraciones en forma de folleto ó libro. Cuando

yo las visité, cerca de trescientas personas de todas clases y condiciones las ocupaban, consagrándose á la lectura y era de ver el aspecto poco literario de los concurrentes.

En el vestíbulo se halla la estatua de Egenten Senett.

El plano inferior del museo sirve á la exposición de estatuas originales y de copias de las obras clásicas.

Los modelos originales son de Spence: hay una «Eva en la fuente» preciosa, adorable; una Esclava griega que no le va en zaga; un grupo representando á Moisés sacado del Nilo y varias otras obras de mérito. Figuran también Adonis, los Gladiadores, la Vénus de Canova y la compañía de estatuas de todos los museos que las tienen originales ó reproducidas.

En otro plano está la colección zoolójica, muy completa. Noté sobre todo un ciervo de especie extinguida con los cuernos unidos por una placa, como los dedos de un pato y un mono con nariz larga. Ya no les falta estos á pillos, sinó hablar y jugar en la Bolsa para ser hombres, me refiero á los monos.

Otras reparticiones están ocupadas por colecciones de medallas, joyas, objetos de uso, cuños, lozas y cristales.

Abajo está el museo ejipcio y el acuario.

En una rotonda separada fuera de este edificio, está la biblioteca, frecuentada por las ínfimas clases, lo que da una buena idea de las aficiones liverpoolenses. El museo, la librería y la biblioteca están siempre llenas de jente que entra, pasea y sale con la mayor libertad. Los muchachos callejeros sobre todo, concurren en enjambres á deleitarse delante de las vidrieras del museo zoolójico.

Una elevada columna sirve de pedestal en la plaza contigua, á la estátua de Wellington.

Casi en frente de este monumento se encuentra la entrada de la ya nombrada «Walker art Gallery» flanqueada por las estatuas de Rafael y Miguel Angel, cuyas fisonomías son ya tan conocidas para mí como la del doctor don Dalmacio Velez Sarsfield.

Los salones inferiores contienen varias estátuas; entre ellas la copia del Hércules Farnesio, cuyo cuerpo, con todos sus músculos contraídos, lo que no puede ser ni nunca ha sido, más que figura humana, parece un mar de olas enbravecidas. Hay también facsímiles en barro, ó yeso de castillos en ruina ó en buen estado. Por estos facsímiles se puede conocer todos los castillos del reino unido.

Arriba está la galería de cuadros, no obstando esto á que también haya cuadros abajo.

Se muestra con gran aparato el Cristo bajando del Pretorio, de Gustavo Doré, realmente precioso.

Hay otro lienzo de gran efecto: representa el Circo romano en la noche de un día de matanza de cristianos; los cadáveres mutilados están en la arena, las bestias feroces ya saciadas, elijen los mejores pedazos para cenar, mientras los ángeles bajan del cielo para llevarse las almas de los mártires. Otro cuadrito representa el Taller de un pintor; el artista se ha dormido y una criatura con un pincel sopado en pintura colorada, se entretiene en completar la obra; la leyenda dice «Finishing touches», toques finales. En otro, hay una madre jóven y linda calentándose al fuego y dos niños durmiendo en su cuna; la leyenda es «When the children are asleep», cuando duermen los niños.

Por fin una niña bellísima «Stary eyes»; otra «Faithful» y «A vew light in the harem» una Odalisca á la cual le ha nacido por casualidad un hijo que juega sonriendo, acostado en el suelo, mientras la madre y una esclava lo miran con delicia.

Pero la alta nota de Liverpool son sus diques, su puerto y sus embarcaderos que presentan comodidades insuperables á todas las flotas y á la marina mercante del mundo entero.

—

La vida á bordo es de suyo monótona, pero la nuestra en el «Teutonic» ofrece sus lados pintorescos. Los paseos sobre cubierta presentan el aspecto de los

de un parque. Jóvenes, viejos, niños, matronas y señoritas van y vienen conversando con animación. Naturalmente el gran atractivo son las jóvenes americanas é inglesas, muy lindas algunas de ellas, muy alegres y muy comunicativas.

Varias viajan solas, entre ellas una bellísima joven inglesa, más coqueta que cuantas criollas conocen ustedes.

Va á Nueva-York donde la espera su novio.

Un norte-americano con quién he hecho relación me ha contado eso.

—¿Y cómo viaja sola? le pregunté.

—Muchas niñas viajan solas, me dijo.

—Sí, pero yendo á casarse ¿cómo no la acompaña su padre?

—Estará ocupado.

—¿No tiene madre, hermanas, hermanos!

—Tal vez están ocupados.

—Pero un pariente cualquiera, un amigo.

—No dudo que tendrá algún pariente ó amigo, pero probablemente están ocupados.

—Y el novio? no le parece á usted más natural que sea el quién vaya en busca de la novia y no ella en busca de él?

—Sí, así es; seguramente está muy ocupado.

—De manera que la única desocupada es ella.

—*Oh! yes, no busines now, but flirtation.* (Oh,

sí, ningún negocio ahora, á no ser la coquetería).

—

La cubierta es la plaza de paseo, el salón de fumar un club, el de lectura un sitio de reunión selecta y el comedor, en la noche, el local de conciertos, juego de ajedrez y conversación.

Cuando uno se halla en cualquiera de estas partes no sabe si está embarcado.

—

Han pasado tres días desde el comienzo de esta carta. El mar furioso no ha permitido la menor animación; todos estaban de mal humor, excepto los insolentes que no se marean.

Por fin el tiempo se ha compuesto y comienza de nuevo la vida social.

Ha habido un concierto á beneficio de los huérfanos de los marineros. Los pobres niños son mantenidos y educados en un Instituto de Liverpool.

Los concertistas han cantado de un modo abominable, pero han sido aplaudidos extrepitosamente. Los ingleses aplauden siempre á quien pone su buena voluntad al servicio de una obra laudable, aun cuando la habilidad no corra parejas con el deseo de ser útil. Hacen bien. Nosotros nos burlaríamos, sin pensar en el esfuerzo de los que se prestan á desempeñar un papel cualquiera sin la preparación necesaria.

Pero ¿quién sabe si hacen tal esfuerzo? Los ingleses y norte-americanos son entusiastas; fríos en apariencia, pero movidos internamente por fuerzas poderosas. A un inglés le gusta cantar y canta aunque no sepa y cuando le piden que cante cree faltar á los deberes más sagrados si no lo hace.

Poco le importa que salga bien ó mal su aria ó romanza; él canta como quien paga una contribución y lo hace con la mayor seriedad y la conciencia del deber cumplido.

ESTADOS UNIDOS—NUEVA YORK—PRIMERAS INSPECCIONES.

El «Teutonia» ha hecho su travesía en menos de siete días; ha marchado algunos a razón de veinte millas por hora. Un dia hizo 503 millas; es decir un grado en menos de tres horas; ¡qué rapidéz!

Hemos entrado en la bahía de Nueva York, atracado á un muelle y bajado por una ancha planchada como si camináramos por la calle.

El buque hace ahora parte de la ciudad: es como cualquiera de sus casas y se puede ir á él á pie, entrar y salir como á cualquier oficina.

La bahía es preciosa. Antes de llegar á los diques se ve hacia un lado la ciudad de Brooklin, en frente, el puente y al otro lado el Fuerte, las barrancas cubiertas de verdura y salpicadas de casas de campo.

Alumbra con sus cien mil juegos de luz eléctrica la estatua colosal de la Libertad colocada en una isla para servir de faro y á cuyo lado nada es grande. Los buques más altos apenas llegan al nivel

de su pedestal. Pero, permítaseme: la estatua vista de lejos aunque distintamente, no es magestuosa, elegante ni bella. Tiene una antorcha en la mano y la sostiene de un modo desairado; nadie puede negar que al ver ese brazo levantado y tieso no le viene á la mente la idea de cansancio. «Baje, señora, el brazo, no se canse», dá gana de decirle á la estatua.

Cuando la actitud es armoniosa, semejantes ideas no se suscitan. La estatua parece estar haciendo fuerza para mantener la antorcha en alto y haber llegado ya casi al límite de su resistencia.

La bahía es un barrio de la ciudad por lo concurrido y transitado. Numerosos vapores de toda forma y tamaño van, vienen y dan vuelta muy apurados, llevando cientos de miles de pasajeros.

—

New York es larga y angosta; en ancho tiene pocas cuadras pero á lo largo hay calles que miden tres leguas como en Lóndres.

Su empedrado es malísimo, como el de Buenos Aires; á mí me pareció compatriota. Hace mal efecto sobre todo cuando se viene de Lóndres y París donde el piso es como el de un salón. Además los tramways lo echan á perder todo, perturban el tránsito y estropean los coches. Imposible es tener buena vía pública con rieles; con razón no los admiten en las grandes ciudades europeas.

En algunas calles hay ferro-carriles elevados; muy cómodos para quienes los utilizan pero abominables para los dueños de las casas vecinas. Los pilares de soporte y los encatrados además de afear la vía pública la oscurecen

Las veredas son anchas y hechas algunas con losas enormes, de siete metros por costado es decir cerca de 50 metros cuadrados, losas de las que con una sola habría para poner piso á una gran pieza.

En las calles principales cada casa tiene una escalera y el primer piso habitado por las familius está sobre el nivel de la vereda; abajo de este piso hay tiendas y almacenes ó talleres. Con la disposición mencionada, no solo se evita la inspección que los transeuntes pueden hacer de las casas sino se da mayor espacio á la circulación; entre escalera y escalera puede pararse la gente sin perturbar el tránsito.

—

Hemos visitado la *Escuela normal.* Es un lindo edificio, no mejor que los nuestros de la Capital y del Paraná, ni más bien tenido; más concurrido, sí; recibe diariamente dos mil ochocientas alumnas.

—

La Casa de la Compañía Norte Americana de impresión de billetes, supera á toda ponderación, no por el edificio sino por el contenido. Hace sellos

y billetes para los Estados Unidos y muchas otras naciones, y ya puede usted figurarse el material y la cantidad de talleres de que dispone. Hay en la casa: imprenta, litografía de varios sistemas, encuadernación, dibujo y grabado.

Llama sobre todo la atención el departamento del grabado de las planchas, donde se ve maravillas. En el archivo donde se guarda los cuños y las planchas desde que se fundó la casa, como los libros en una biblioteca, hay depositado un valor de cinco á seis millones, costo de los cuños y las planchas. Si este depósito se perdiera no sería repuesto en cien años, según el cálculo del director.

Son admirables las máquinas de grabar; parecen dotadas de inteligencia y hacen obras perfectas. Los billetes de esta casa son infalsificables.

De 1000 á 1500 obreros, en su mayor parte mujeres, trabajan en estos talleres.

—

Hemos visto también el palacio de la *compañía de seguros* llamada «Equitable». ¡Cómo habrá ganado la compañía para permitirse estos lujos! Dicen que esta casa es la mejor del mundo y aun cuando la aserción en general esté algo desacreditada, pues aquí cada cosa es la mejor del mundo, realmente las oficinas de la compañía son regias, vastas, lujosas y estan provistas de cuanto ha inventado hasta ahora

la industria humana para la comodidad. Tiene doce asensores que reparten el ejército de individuos concurrentes diarios á las oficinas, en los numerosos pisos del edificio. Además hay dos hoteles en la misma casa para que los empeñados en asegurar su vida, no necesiten ausentarse á comer antes de concluir su operación.

—

Vivimos en el *Hotel Windsor*, situado en la célebre Fifth Avenue,

Hemos tenido la suerte de encontrar aquí á la señora de Pearson y sus excelentes hijos, quienes nos han guiado en nuestras primeras excursiones. La señora nos ha presentado á distinguidas personas por cuyo medio nos serán más accesibles ciertas instituciones que intento visitar.

El hotel Windsor, como la mayor parte de los grandes hoteles de los Estados Unidos, está montado á la americana. Tiene no sé cuántos pisos y todo cuanto el viajero necesita, desde baños turcos, rusos, romanos, fríos y salados hasta cerrajero y corsetera.

Hay también correo, telégrafo y boletería de teatros y circos.

Su sistema es excelente; se establece un precio por la habitación y en éste entra el consumo de todo, excepto de vinos. Cada habitación ó departamen-

to separado tiene baño con agua fría y caliente y las demás comodidas que consultan el pudor de los viajeros y sobre todo de las viajeras.

Se come cuatro veces. Desayuno de 7 á 12; lunch de 12 á 3, comida de 5 á 8 de la noche y cena de 9 á 12. Esto es terrible. En cada uno de estos banquetes con diferente nombre, el alojado puede comer diez ó doce platos.

Qué bueno sería este hotel y todos los de Nueva York montados por el estilo, para convento, y qué deliciosa vida pasarían los frailes.

—

Por asociación de ideas hablaré de iglesias,

Hay aquí una *catedrál* católica muy linda, de arquitectura gótica correcta, se parece á la catedral de Colonia, á Nuestra señora de París, á todas las iglesias góticas. Ha sido hecha por suscrición entre la gente más pobre que aquí es la católica por ser poco trabajadora, según dicen.

De las iglesias protestantes, la más notable es la de la *Trinidad;* gótica también, muy rica en mármoles, adornos y vidrios pintados.

—

He visitado el hospital *Roosovelt*, fundando por el caballero de este nombre, según lo expresa un párrafo de su testamento grabado en una plancha de mármol de la entrada.

Es un hospital de doscientas camas; tiene tres pisos; su particularidad es el sistema de calefacción y ventilación; el aire de las salas es aspirado hacia fuera por las bocas comunicantes y la temperatura puede graduarse á voluntad. Los waterclosets no tienen válvula ni tapas, pero qué más válvula que la corriente de aire siempre hacia afuera?

La cocina, lavadero y panadería son muy bien ordenados. Se lava y se plancha á vapor y en un momento.

—

En frente de este hospital está la *Facultad* ó *Colegio de Médicos y Cirujanos*, donde se hace el servicio y enseñanza de las clínicas á más de la correspondiente á las materias teóricas.

El salón de disección está en el piso alto, bajo un techo de cristal. En el momento de mi visita disecaban diez y ocho estudiantes, sobre cadáveres ó pedazos de ellos no bien conservados. Había mal olor y las piezas anatómicas estaban negras. No me explico porqué no ocupa esta repartición un sótano como en Munich, para tener una temperatura más favorable.

Se halla provisto este edificio de una maquinaria muy completa para la ventilación y calefacción, no solo de los salones de la Facultad, sino también del pabellón de las clínicas.

El museo anatómico y los laboratorios no son muy ricos.

Pero en cambio los estudiantes son en extremo prácticos y no pierden su tiempo en aprender hojarasca, muy útil para el pedantismo médico, aunque no tanto para el alivio da los enfermos.

ESTADOS UNIDOS—BROOKLIN Y SUS TÍTULOS—EL FONOGRAFO Y OTRAS COSAS DE NUEVA YORK.

Hemos dado un paseo por Brooklin; nuestro carruaje, se ha metido en un buque en la mitad del camino, sin decir agua va; el buque se ha puesto á andar y al cabo de unos minutos, nos echó á rodar otra vez en tierra firme, debajo de un encatrado de hierro sobre cuyas mallas pasan las locomotoras y vagones de numerosísimos trenes.

Hay entre Brooklin y Nueva York una rivalidad antigua por ser vecinas. Brooklin cree ser mejor que Nueva York y afirma sus derechos en su extenso comercio, en ser morada de la gente de grandes y pequeños negocios que emigra de Nueva York, en mil otras razones y por último en la ilevantable de tener una calle con pavimento de asfalto y un parque hermosísimo, superior, en la opinión brooklinense, al Central Park.

En verdad el parque de Brooklin es muy lindo, bastante extenso, aunque central, con terreno quebrado, fuentes, lagos, buenos caminos y preciosos puntos de vista.

He tenido el placer de remar en un buen bote: en el lago había como cien botes amarrados á las rejas de la orilla.

No remo bien, ya se sabe, pero remo tolerablemente; debo no hacerlo tan mal, cuando por ello he crecido en la estimación de nuestro acompañante, quien en su calidad de yankee, suponía naturalmente, que un sud americano no debía servir para nada.

Mi compañera de viaje se quedó en la orilla abriendo tamaños ojos llenos de luz azul y de envidia. Ella no podía remar, de acuerdo con un letrero que dice «Only for men or boys». «Solamente para hombres ó muchachos.»

Las manos me han quedado ásperas y ya por esto ó por otras cosas, no se conocerá ahora tanto que no soy norte-americano. Hablo inglés con tonos nasales, conservando un cigarro en el extremo de la boca, pongo los piés sobre la mesa, cuando no estoy con frac, y discuto sobre instituciones libres con pleno conocimiento teórico de las constituciones norte americana y argentina.

He escrito eso de poner los piés sobre las mesas para expresar de un modo gráfico y corriente en nuestro país, mi metamórfosis; pero confieso que hasta ahora no he visto un solo norte-americano con los piés en otra parte que en el suelo. Más bien

los encuentro á estos newyorkinos un tanto dados á las formas. Se visten de etiqueta para comer, hablan despacio y se mueven en los salones con calma y mesura.

Sí, en los salones; lo que es en la calle si uno se descuida se lo llevan por delante; no tienen tiempo que perder en conservarle á uno la vida.

—

Si Brooklin tiene títulos á la consideración pública no es el menor por cierto el debido á su famoso enterratorio, un bellísimo parque en terreno quebrado y lleno de accidentes.

Los muertos yacen enterrados en las colinas ó en los pequeños valles divisorios. Cada familia tiene un reducido solar rodeado de una verja. Uno se entretiene, casi diré se deleita, mirando los árboles, arbustos, flores, estatuas y otras obras de arte. Nótase en medio de la variedad de paisajes, una singular uniformidad de gusto, en cuanto á mausoleos; casi todos son obeliscos. No sé de donde les ha venido á los habitantes de Brooklin, una afición tan desmedida por esta forma de adorno sepulcral.

Llámase *Greenwood* y justifica su nombre con sus verdes árboles. La entrada es una preciosa construcción gótica, adornada con bajos relieves, representando escenas religiosas. Uno de los trenes elevados conduce á los visitantes, desde cualquier punto de Nueva-York, al bello Campo santo.

A nuestra vuelta de Brooklin y desde las alturas del famoso puente colgante hemos podido darnos cuenta del espantoso movimiento de Nueva-York. El mismo puente es la mejor muestra; lo atraviesan sin descanso coches, carros, tramways y jentes de á pié. Este puente muestra el atrevimiento sorprendente de los yankees; por debajo pasan buques con sus mástiles más altos; no quiero decir su longitud, las cifras no dan la impresión que experimenta el viajero. Dos cables tendidos de ribera á ribera sobre el Río del Este, apoyados en dos murallas, sostienen todo este gigantesco peso.

—

Hemos visitado de nuevo el edificio de la «Equitable» para subir á su torre y ver el panorama de la ciudad.

Hoy he tenido dos ocasiones para acordarme de Tedin; la primera cuando remaba, pensando en la popularidad que ganaría en Lóndres y aquí mostrándose en unas regatas; la segunda, al subir los trece pisos de la Equitable.

Trece pisos si, y catorce con unas piezas construidas sobre la azotea. De esta se vé Nueva-York á vuelo de pájaro con su parque, sus dos ríos, su bahía, sus islas y sobre todo sus casas. Las de cuatro pisos parecen arrastrarse por el suelo; las de dos no son dignas de mención. Ninguna casa aquí se per-

mite tener menos de seis pisos si aspira á figurar decentemente; las de menos de cuatro se consideran realmente deshonradas y arrastran una vida miserable de enanas.

Se veía además el bosque de fábricas echando humo á un cielo claro y azul; semejaban jigantes acostados de espalda fumando su carbón á modo de tabaco negro en las pipas curadas de sus chimeneas.

—

Después de la Equitable, hemos entrado en una joyería. Si he de calcular por ella el lujo de las norte-americanas, diré que es asombroso y de buen gusto; la joyería puede rivalizar con cualquiera de Lóndres ó Paris. Se llama la joyería de Tifani; es también un gran depósito de relojes cuyas campanas dan la misma hora unas tras otras mostrando su desacuerdo como si pertenecieran á la raza humana. Esos relojes serán tal vez casados, y dos disidentes en la hora, marido y mujer.

—

La ciencia y el comercio andan aquí como hermanos. En una exposición de Edisson se vende objetos de mercería. Lo más inesperado para mí era hallar una tienda donde solo creía encontrar teléfonos, fonógrafos y motores eléctricos. Item más había música y un restaurant.

Oímos cantar en esta exposición al pobre Gayarre, muerto hace meses. El fonógrafo reproducía su voz admirable con bastante semejanza y no fué lo menos agradable para nosotros, reconocerla y entender algunas palabras.

Comienza á recibir aquí grandes aplicaciones el fonógrafo. Muchas casas de comercio lo usan. Conozco un caballero que *habla* sus cartas delante de un aparato y se lleva las impresiones fonográficas á su casa para hacerlas copiar.

Tanto adelanto sorprende y entristece!

En previsión de la muerte, si yo tuviera un hijo, recojería sus primeras palabras y sus frases mal dichas, en el fonógrafo para oir su voz en cualquier tiempo.

Un padre de esta época puede retener con su sabor de actualidad en los cilindros del fonógrafo, la voz, el timbre, el acento, la expresión y hasta la risa de un hijo pequeño, y cuando este se haya vuelto un mocetón barbudo, brutal y desagradable, el padre, en los ratos de melancolía por los disgustos presentes, puede renovar su ternura, oyendo la voz, las palabras y las gracias infantiles del ex niño, conservadas eléctricamente en un rollo.

Y uno mismo si es bastante vanidoso para guardar el retrato sensible al oido de su oratoria familiar y pública, puede encajonar sus frases durante veinte años para oirse hablar cuando el tono, el timbre y hasta la nota entusiasta hayan desaparecido.

El fonógrafo detiene la vida y perpetúa los fujitivos momentos; con él ya no hay pasado para la palabra hablada. Fenómeno curioso hacer hablar á los muertos! Dentro de cien años los habitantes de las grandes ciudades podrán oir cantar á la Patti y escuchar los discursos de nuestros políticos.

Las óperas, las canciones populares y las notables alocuciones son recojidas ahora por el fonógrafo con miras de futura especulación.

El fonógrafo es el complemento de la imprenta. Esta, por medio de los libros perpetúa el pensamiento humano; aquél con sus delicadas impresiones conserva los sonidos para darles vida en cualquier momento del más remoto futuro.

Después del teléfono, del fonógrafo y bien pronto tal vez, después de la reproducción de las fisonomías y paisajes á la distancia, de las temperaturas, los olores y cuanto afecta á los sentidos, no es aventurado esperar maravillas insospechables en la actualidad y prontas para nacer de un modo ú otro.

Muchos de los muertos enterrados en el cementerio de Brooklin, continúan hablando por los aparatos de Edisson.

—

Al día siguiente de nuestra excursión á Greenwod, estuvimos en la *Batería*, pequeño parque cerca de la Bahía, formado en el lugar de una antigua

fortaleza y de ahí, por un *eleveted,* nos trasladamos en pocos minutos al otro extremo de la ciudad, á ver los famosos puentes sobre Harlem River. El primero, llamado *High Bridge* es una construcción digna de la antigua Roma, según los entendidos en la materia. Se extiende sobre el río y el valle y soportado por catorce pilares, dá paso á un acueducto por el cual se llena un depósito situado á corta distancia. *Washington Bridge* es el otro puente, más notable en mi opinión que el primero; solo tiene dos arcos principales en su larga extensión; es muy ancho y muy elevado; las escaleras de acceso estarían bien en un palacio.

—

De este delicioso valle emprendimos nuestro viaje á la *Tumba de Grant* situada en las vecindades de un paseo á lo largo del Hudson River, en *Riverside Park.* El mérito de este sepulcro es puramente histórico; el sarcófago adornado con flores frescas. y coronas, está encerrado en una pequeña bóveda cuya puerta de reja deja visible el interior. Una guardia permanente vijila el monumento.

—

Riverside Park ofrece puntos de vista muy agradables sobre el río Hudson y la orilla opuesta. Es sitio predilecto de paseo para la gente acomodada, á par de Central Park, tan famoso en el mundo y tan justamente renombrado.

Central Park era antes un terreno escandalosamente desagradable y lo menos á propósito para parque, lleno de peñascos irregulares, hondonadas y accidentes extrafalarios. Pero la ingeniería supo aprovecharse de los defectos y convertirlos en bellezas.

Actualmente tiene cincuenta millas de sendas y caminos; las peñas han sido cubiertas con tierra vegetal y llevan ahora en sus faldas árboles corpulentos; las hendiduras son preciosos valles, las planicies artificiales extensas praderas; las grandes depresiones han servido para formar cinco lagos; numerosas estatuas de hombres célebres lo adornan, como también grupos alegóricos de pura fantasía; los depósitos de agua contienen cerca de 1200 millones de galones; hay puentes y construcciones adecuadas al escenario y por fin en su recinto y vecindad se levantan dos preciosos edificios ocupados respectivamente por el museo Metropolitano de bellas artes y el de Historia natural, situados en Manhattan Square.

También figura en el Parque una de las agujas de Cleopatra de que hablé en mi carta de Alejandría. Este obelisco, compañero del que está en Lóndres, es uno de los monumentos más antiguos de la tierra. Ya se sabe cómo vino á estos mundos.

El museo de Historia natural es más ó menos como los muchos ya descritos. El Metropolitano, notable

por sus obras modernas, es el sitio de cita para la mejor gente, la que pasa allí largas horas durante sus paseos en el parque; causa mucho agrado verlas. Las preciosas norte-americanas, vestidas con lujo y con arte esquisito, se reunen allí diariamente y disputan á las estatuas y los cuadros el premio de belleza. Sin duda muchos de los concurrentes no serían tan asíduos si solo contaran con el espectáculo de las obras artísticas.

—

A propósito de las damas norte-americanas, debo decir que jamás he visto jóvenes ó señoras más lujosas y de mejor gusto para sus vestidos, joyas y muebles.

Cada una de las de la clase acomodada es un modelo en su casa y en la calle.

Las reputadas como hermosas ó á la moda, tienen una belleza clásica, realzada singularmente con su gracia y su elegante y riquísimo tocado.

No puedo juzgar las formas, suponiendo apartados los vestidos y los adornos, por falta de datos como se comprende.

No he sido siquiera tan ventajosamente favorecido como un princípe japonés, quien viendo el pié desnudo de una dama norte-americana, no sé en qué circunstancia, por hacerle un cumplimiento, le dijo:

«Oh qué lindos piés grandes».

No juzguen por esto con desfavor los piés norte-americanos femeninos, pues los japoneses están acostumbrados á ver piés *chicos* deformados y consideran grandes los piés de regular tamaño en nuestra raza.

Los piés de las norte-americanas serán muy lindos pero yo prefiero sus ojos; todas las clases de azul de los cielos y de los mares, les prestan sus tintes. ¡Qué altiva ternura tiene la expresión de su mirada! ¡Qué serenidad y qué limpieza hay en el brillo de su luz!

Interpretando bien las leyes de las acciones *simpáticas*, término técnico en medicina, debía recetarse á los enfermos de la vista que miren largo tiempo los ojos sanos de las norte-americanas. El párpado bien cortado se aplica firmemente sobre el cristal pulido del globo ocular, y la esclerótica, blanca, nacarada, medio azul, engasta el iris como un disco matemático de límites netamente marcados. Ahora lo que hay en el fondo de las pupilas, Dios lo averigüe; habrá tal vez angelitos rezando ó demonios encendiendo hogueras infernales.

Puede servir para resolver el punto el dato siguiente:

En Central Park y en todos los grandes y pequeños jardines de las ciudades norte-americanas, juegan

diariamente hasta mil muchahos robustos, sanos, ágiles y fuertesl

—

Ahora me voy á conocer un poco el interior, á mi vuelta continuaré mi revista de Nueva-York.

ESTADOS UNIDOS—FILADELFIA—PRIMERAS CORRERIAS

Filadelfia ó Fila, como le dicen en toda Norte-América con esa manía de simplificar.

Continúan las casas elevándose hasta el cielo. No debe un viajero ponderar nada porque á lo mejor se encuentra con algo mejor ó más notable.

Cuando subía por ascensor á las casas de Nueva York, encontraba excesiva su altura; ella se disculpaba sin embargo por la escaséz de terreno. Pero aquí, en Fila, hay la misma costumbre arquitectónica sin el menor pretesto; la ciudad podría extenderse hasta donde quisiera.

¿Cuántos pisos tiene esa casa, señor? pregunté á un yankee en la calle. El interpelado sacó su pipa de la boca, estornudó, miró á la casa y me contestó:

—Siempre, señor, siempre.

La sustitución de un número por un adverbio de tiempo me releva de todo comentario. Una casa que tiene *siempre* pisos, iba yo pensando cuando el Guía nos paró en la puerta del Drexel Building, un

monumento. Seguimos muchos corredores, galerías y vestíbulos y tomamos un ascensor que fué recogiendo y dejando gente cada diez segundos en su viaje hacia el cielo; los últimos en salir de él fuimos nosotros y cuando salimos, todavía nos faltaba subir dos tramos de escalera. Sin embargo, esta casa solo tiene diez pisos.

De la azotea se ve Coindem, una nueva ciudad, al otro lado del río Delaware, catorce ó quince edificios elevadísimos de compañías de seguros; (es admirable el progreso de estas asociaciones en Norte-America; su prosperidad se revela en sus elevados, amplios y riquísimos palacios tan numerosos que cuentan por docenas en todas las grandes ciudades); un barrio entero de casas bancarias, si, un barrio de diez ó doce cuadras donde no hay sinó Bancos; á lo lejos una fábrica para refinar azúcar, quince pisos; otra de no sé qué, diez y ocho pisos!

A este paso nos vamos al infinito. Pero así como el ferro-carril y el buque á vapor han suprimido las distancias horizontales, el ascensor ha suprimido las verticales.

Un día en Norte-América nos van á mostrar una bohardilla al nivel de la luna. La torre de Babel no intentó ser tan alta como uno de estos monumentos? Dios no anduvo atinado al impedir su conclusión confundiendo las lenguas; los norte-americanos lo

han dejado en ridículo construyendo casas de Babel elevadísimas donde la más espantosa confusión de lenguas es un hecho normal y característico.

Después de contemplar un buen rato el panorama de la ciudad, espléndido y pintoresco, bajamos en un minuto á continuar nuestra inspección.

—

Fuimos primero á la modesta casa donde se juró la Independencia, un santuario en Filadelfia. Allí está la sala adornada con las sillas, mesas y demás muebles que sirvieron á los representantes del pueblo; en cada silla hay un letrero con el nombre de quien la ocupó. No existen dorados ni cortinas de seda, ni ricos tapices; todo es de una gran simplicidad casi primitiva. En una sala vecina se ha instalado un museo con las reliquias de aquellos tiempos: muebles, trajes, joyas, libros y el aparato del cual pendía una campana que se puso á repicar sola el día de la Independencia. La campana misma, rajada, se halla colgada como una lámpara en un vestíbulo. Según el Guía un águila voló del parque vecino y se posó en la torre donde estaba la campana y de ahí viene el hecho de figurar el águila como un signo nacional.

Tras de este monumento está el pequeño Parque llamado de la Independencia y en la manzana próxima, en dirección de la diagonal, el Parque de Was-

hington, notable por contener casi todos los ejemplares de árboles propios de esta región.

Después visitamos la Aduana, edificio de dos frentes con columnas dóricas. Su inmenso salón donde se hallan varias oficinas, tiene columnas jónicas (erudición recogida en Grecia).

«Compame Institutea 1724· Carpenter's Hall» es un letrero que se vé en el pobre recinto donde se reunió el primer Congreso de las Colonias Unidas en 1774. Está todo muy bien conservado. La sala del Congreso, ostenta dos columnas de pobre estilo jónico y clavados á las paredes los candeleros con vela y sus reflectores de espejo cortados.

—

Vimos en seguida: Christ Church; nada tiene de particular, á no ser sus campanas, las más antiguas de Norte América; esta iglesia es también una de las más viejas, pero la antigüedad de aquí es una edad infinitesimal en Roma. La Filosofical Hall, Instituida por inspiración de Franklin, perteneciente á la Sociedad filosófica y el Pensilvania hospital, con sus enfermos iguales á todos los enfermos de hospital de este mundo, sus árboles viejísimos su museo y su librería.

—

La Casa de Correos es un edificio enorme y suntuoso, cómodo y admirablemente distribuido, como

casi todas las oficinas públicas de esta ciudad, la más rica en construcciones grandiosas y de gran costo en Estados-Unidos. Aquí están además las Cortes y los Tribunales federales.

—

Quiero hacer ahora un paréntisis que será una revelación en Buenos Aires. Casi en frente del Correo se está limpiando de sus escombros un gran terreno donde había antes muchas cosas. Al pasar por él nuestro Guía, señalándonos un enjambre de obreros, nos dijo: «Van á levantar una casa de comercio de doce pisos; estará concluida el 1° de de Setiembre según contrato.» Es decir, en cuatro meses. La construcción más insignificante en Buenos Aires, necesita dos años; pero aquí el tiempo es dinero y se comprenderá cuánto se apresuran los constructores sabiendo que la renta de algunas casas se eleva á la suma de ochocientos mil pesos por año.

—

La librería mercantil tiene 150.000 volúmenes. Su sala de lectura es muy grande y los asistentes son servidos en el acto. Yo pedí un libro de Aldrich, donde se encuentra la famosa y esquisita novela *Marjory Dow* y me trajeron tres ejemplares.

—

Como nosotros tenemos también una casa de moneda, quise visitar y visité la de Fila, abierta al pú-

blico todos los dias de trabajo. Varios empleados toman por turno grupos de visitantes y los pasean por las salas mostrándoles los procedimientos para convertir el metal en moneda.

Yo ví primero un monton de barras de metal; en una sala estas barras eran laminadas, en otra cortadas, en otra acuñadas, después pesadas y conducidas al depósto ó tesoro, donde los millones en oro, plata y cobre, hacen sumas fabulosas. Las mujeres forman el más numeroso grupo entre los trabajadores; no tienen ociosa la lengua mientras sus manos ejecutan mil suertes de prestidijitación con las monedas. En un departamento apropiado está la colección de todas las monedas norte-americanas y en otro la fundición de metales para darles la forma y dimensiones requeridas antes de entregarlos á la laminación.

Compré unas medallas y un libro en el cual todos los procedimientos de la acuñación están descritos.

—

Logan Square, es un bonito parque á la sombra de cuyos árboles nos pusimos á descansar de nuestra larga caminata; caminata digo porque en Filadelfia las curiosidades ó sitios interesantes son tan numerosos y tan cortas las distancias entre unos de otros, que es inútil pensar en carruajes.

Dan frente á esta plaza la Catedral, de esquisito

estilo interior y exteriormente y la Academia de Ciencias naturales, una de las más extensas colecciones del mundo según Agassiz. Tiene la Academia una biblioteca de 30.000 volúmenes y sus colecciones ornitológica, zoológica, jeológica, mineralógica, etnológica y botánica, enriquecidas grandemente, causan admiración al visitante. Aquí he visto ejemplares que no se encuentran ó yo no he encontrado en ningún otro museo; entre ellos un esqueleto del *Hodro saurus Foulkil*, animal extraño cuyas patas traseras son del largo de las de una jirafa, siendo las delanteras extremadamente cortas. Pertence este interesante animal á las razas extinguidas.

—

De la Academia fuimos al Instituto de ciegos situado á corta distancia. Nos recibió una americana bastante bonita y nos entregó á un ciego como al mejor Guía del Instituto. El ciego echó á andar y nosotros trás de él. Llegados á la biblioteca, el ciego tomó un libro y se puso á leer con los dedos los renglones en relieve, más fácilmente que nosotros con los ojos. En seguida nos llevó á las aulas y nos dió una muestra de sus conocimientos en jeografía sobre un mapa de madera recortada y claveteada. Después nos condujo á los talleres donde las niñas ciegas hacían toda clase de trabajos de aguja, tejidos, flores y demás labores propias de su sexo, y los

varones chicos, y grandes, colchones, plumeros, escobas, asientos de sillas de esterilla, alfombras en máquina y varios otros artefactos. Al salir oímos las voces de un órgano hábilmente tocado; la organista, una muchacha ciega, ejecutaba una sonata melancólica, quejumbrosa, tristísima, acorde probablemente con los sentimientos de la pobre joven.

—

Naturalmente por las vecindades se hallaba el Instituto oftalmológico y hospital anexo para los enfermos de los ojos.

—No se puede entrar, me dijo el Guía.

—Qué no se ha de poder! le respondí, entrándome al Instituto.

Allí me encontré con un médico joven ocupado en atender á un paciente de los cien ó doscientos que llenaban los bancos del Dispensario para los enfermos externos. Suspendió su tarea al verme, le entregué mi tarjeta con todos mis ex-títulos; llamó á otro médico igualmente joven y éste me hizo visitar las salas de clínica y las diversas reparticiones para exámenes oftalmológicos.

Todo era muy bueno y muy apropiado, principalmente las salas de exámen de la acuidad de la vista y enfermedades del fondo del ojo.

—

Ya estando en asuntos del género, justo era ver como trataban en Filadelfia á los sordo-mudos.

El Instituto destinado al alivio de estos infelices ocupa una gran casa, no muy apropiada á su objeto; es vieja y mal distribuida. A pesar de eso los asilados en ella reciben una enseñanza esmerada que los habilita para ganarse la vida, si bien se descuida algo á mi entender, el tratamiento necesario para hacerles adquirir en lo posible el uso de la palabra.

Muy pocos de los sordos mudos hablaban y aun esos lo hacían muy mal. Sirva de atenuación á esta deficiencia el hecho de que todos los niños sordos de nacimiento á quienes se enseña á hablar, pronuncian muy pocas frases y hablan como las muñecas, con desentono y sin la propia articulación; el éxito por lo tanto no corresponde al trabajo. Los sordo-mudos que hablan hacen en realidad remedos de palabras, siéndoles casi del todo inútil su difícil aprendizaje.

En este Instituto se manejan con el dulce idioma de las señas, como decía Bernabé Lainez cuando viajábamos por Alemania y Rusia.

La casa sostiene un taller de carpintería, otro de zapatería, otro de sastrería, una fábrica de medias, un lavadero á vapor y una imprenta.

Los alumnos hacen el calzado y la ropa del establecimiento y muebles, puertas, persianas y demás obras de carpintería. La fábrica de medias á máquina emplea solo mujeres; estas trabajan también en otras labores.

Por la imprenta se publica un periódico dedicado á los intereses del Instituto. Tengo un ejemplar á la mano: una copia de los títulos de los artículos dará á los lectores de LA PRENSA una idea del periódico:

Su nombre es «Our little world», «Nuestro pequeño mundo». Artículos:

El Príncipe y el Pobre. Las dos cabras de Willie Smith. Departamento primario. Las agujas y su uso. Un niño guapo.

Muchos de estos *editoriales* son escritos por alumnos de corta edad como ensayo y enseñanza.

Todo el conjunto de trabajos es vigilado por una maestra joven encargada de la disciplina.

¡Ojalá el Instituto fundado en Buenos Aires, cuando era yo Ministro de I. P. dé alguna vez resultados análogos al de Filadelfia!

ESTADOS UNIDOS.—FILADELFIA.—ULTIMAS CORRERIAS.

Pasando por una calle he visto este letrero: «Al zapatero del sentido común»—He entrado á su taller á ver esa curiosidad, un zapatero con sentido común y he debido reconocer la exactitud del título.

«Necesito un par de botines», he dicho al maestro. Sin mirarme la cara el hombre ha clavado sus ojos en mis piés. Después con el aire del más soberano desprecio, ha exclamado *¡espanish boots!* y se ha dirigido á un armario del cual ha sacado una caja. Mientras me probaba los nuevos botines, el hombre ha tomado uno de los míos y mirándolo con una cólera no disimulada ha dicho «stupid».

Y tenía razón· Los botines que me ha dado tienen taco bajo, ancho y largo, terminan en lo que llamamos nosotros punta, por una línea curva tan extensa como el ancho del pie, y son horribles!

Pero ¡qué bien se camina con ellos!

Hágame usted el favor, señor director, si tiene

alguna señora conocida capaz de mostrarle su pie descalzo, sin faltar á la ley de la moral, de pedirle que se lo muestre. Si la señora ó mujer se calza á la moda y tiene ya de 25 á 30 ó años, es decir si su infame calzado ha tenido tiempo de deformarle los piés, usted verá unos dedos cabezones, como muchachos hidrocéfalos, montados unos sobre otros, oprimidos, contrahechos, martirizados, con las uñas aplastadas, paralíticos y sin articulaciones.

Vea en seguida el pie de un niño y compare. Y advierto que el pié de un niño de nuestra epoca, aun recien nacido, ya no es normal, ya ha sido alterado cumpliendo las leyes de la herencia.

Si se le corta la cola á un perro y luego á sus hijos, nietos y tataranietos y así por algunas generaciones por fin se consigue tener un perro sin cola desde su nacimiento. Yo le digo á V. que al paso que vamos, si el zapatero del sentido común de Filadelfia no impone por siempre su calzado, la humanidad concluirá por no tener dedos en los piés.

Los norte-americanos no corren este peligro sino á medias. Ellos en su mayor parte usan unos botines como chatas. Donde un norte-americano ponga la suela de su zapato, no crecerán las plantas, pero él conservará sus dedos y caminará por el mundo sin martirio.

A las niñas, sobre todo, quisiera hacerles entender

esto: el calzado ajustado y de forma inadecuada, lejos de componer los piés, concluye por hacerlos monstruosos.

Tal vez esta digresión inesperada y quizá impropia en una correspondencia, sirva para remediar más de una dolencia; yo no dejo de ejercer mi profesión aun cuando á la distancia solo puedo dar consejos.

—

Hemos ido á visitar la Penitenciaría. La nuestra ha sido hecha por el modelo de esta y es mucho mejor. Aquí también vemos un núcleo del cual parten varios radios. El centro es un octógono, pero los radios son más de ocho. Las celdas son grandes, cómodas, aereadas y con luz; á veces alojan dos personas. Algunas tienen un patiecito anexo al cual pasan los presos las horas fijadas. Pocas mujeres son admitidas; se trae solo á esta Penitenciaría á las que han cometido grandes crímenes.

Se muestra el edificio á todo el que quiere verlo y un guardian explica á cada grupo de visitantes el uso y objeto de las reparticiones.

Su administración es parecida á la nuestra. Los presos trabajan. Pueden conversar con los guardianes, pero no con los otros presos salvo excepciones.

—

Continuando nuestro paseo hemos visto:

La Academia de música, uno de los más grandes teatros; y lleva bien su nombre.

La Academia de bellas artes; contiene pinturas y esculturas. Las primeras son de mediano mérito lo que no les impide ser admiradas á falta de otras mejores. Las últimas son copias de obras conocidas salvo excepciones.

La Universidad figura también entre los buenos edificios. No debo ponderarla mucho sin embargo, aun cuando su museo y biblioteca sean de lo mejor. Los estudios médicos en Filadelfia y en toda Norte-América á pesar de ser prácticos como ya lo he dicho son deficientes. Los alumnos al comenzarlos no llevan, en mi opinión, el caudal necesario de conocimientos. Nuestra facultad está mejor dotada y quizá exageramos el número de ramos exigidos á los jóvenes, tanto en su preparación de Liceo cuanto en los estudios fundamentales.

—

He hablado ya mucho de las bellezas materiales de Filadelfia pero no puede pasar en silencio algunas aun cuando no nombre otras interesantes.

Paciencia! No es justo dejar en blanco su notabilísimo Colegio, su Templo masónico, su Municipalidad, su Memorial Hall, su Parque grandioso y algo más si á mano viene.

Conócese con el nombre de *Públic buildings*, un

edificio que tiene 520 cuartos para oficinas. Es de piedra; ha costado quince millones. Su torre se eleva á 180 metros; desde ella, si la vista alcanzara, como se dice vulgarmente, se vería la Tierra del Fuego y los Corrales de abasto de Buenos Aires. La sirven dos ascensores uno encima de otro.

El *Templo masónico* está cerca; es como la mayor parte de estos monumentos de las ciudades norte-americanas, de buen gusto y gran costo.

El Colejio Girard es la joya de esta ciudad, aparte la casa donde se proclamó la Independencia; por él todo el mundo se interesa aquí. No puedo hacer la descripción de ese monumento, ó más bien de esta série de monumentos.

Llevo un folleto que contiene la historia y el dibujo del Establecimiento para Amancio Alcorta; él entiende inglés y podrá enterarse de su contenido, pasándoselo en seguida al Dr. Zorrilla, quien tratándose de educación es capaz de leer en sanscrito con tonada salteña.

La «Amable Luisa» un buque, capitan E. Girard, en uno de sus viajes, fué tomada por una espesa niebla á la entrada del río Delaware.

Para salvar su buque, Girard tiró un cañonazo llamando práctico; la población se alarmó pues ocurría esto en estado ya de guerra y pocos días antes de la declaratoria de la Independencia. El capitán, enterado

del conflicto nacional, decidió no continuar su viaje y quedarse en Filadelfia donde en pocos años hizo una inmensa fortuna. A su muerte se vió en su testamento varias cláusulas disponiendo de una parte de su fortuna para fundar y mantener un Colegio de huérfanos. Figuraba entre las prescripciones una muy curiosa. Girard prohibía que fueran admitidos en su colegio los *sacerdotes de cualquier relijión* como profesores ó como predicadores. El colegio no debía tener ni relijión ni relijiones, siendo libres los alumnos de seguir los dictados de su conciencia. La cláusula se ha cumplido y el colegio ha dado á los Estados Unidos ciudadanos de mérito en todos los ramos del saber y de la industria.

Las rentas sobrantes, después de hechos los primeros edificios, han sido aplicadas al aumento de estos y á la mejora de las condiciones del Establecimiento. Creo que su capital ahora alcanza á 15.000,000. Aloja como 1300 alumnos; así lo infiero por haber contado en el comedor 64 mesas con 20 platos cada una, en los momentos en que un ejército de mujeres se preparaba á servir la comida á los estudiantes.

Ocupa el Instituto un extenso parque en el cual se se hallan diseminados sus diversos departamentos.

El principal de estos es una especie de templo muy parecido al Partenón de Atenas, donde están

la estátua, el sarcófago y varias reliquias del fundador, inclusive su carruage, tan conocido en Filadelfia.

Los alumnos son vestidos, calzados y educados por cuenta del Colegio; todos son huérfanos. Reciben educación militar, literaria y científica. Sus gimnasios son excelentes; hay piletas de natación calentadas á vapor en el invierno; lagos para remar en verano y patinar cuando se hielan. Los remeros del Girard encuentran difícilmente competidores en los clubs de la Unión. Un taller de máquinas sirve para la enseñanza de los jóvenes que quieren adoptar alguna de las carreras abiertas á los mecánicos.

La falta más grave en el colegio es la de la mentira. Girard recomendó el ódio al engaño y el culto de la verdad y la franqueza. Por esta razón no ha salido todavía del Colegio ningún político.

Un monumento levantado en honor de los colegiales muertos durante la guerra civil, figura en sitio distinguido. Su estátua representa un soldado joven.

—

La ciudad de Filadelfia está situada en la marjen Oeste del río Delaware y es atravesada en cierta extensión, por el río Schuylkill. Es la más extensa ciudad de Norte-América, la que mayor número de edificios notables contiene y por fin la poseedora

del parque urbano más *grande del mundo entero.*

Llámase el parque *Fairmount.* El río Schuylkill recorre siete millas dentro de su recinto y el Wissahickon Creck, seis millas más; tiene infinidad de colinas y valles; árboles inmensos, avenidas cuidadas, estátuas notables, edificios históricos, un jardín zoológico, varios reservatorios de agua tan grandes como lagos, casas de máquinas para el servicio de estos reservatorios, numerosos puentes y por fin abarca en sus dominios las tierras y el Palacio en donde se celebró el Centenario de la Independencia, con una famosa Exposición.

Hemos paseado largas horas por este parque sin ver repetido el paisaje y sin aburrirnos y hemos descansado un buen rato en el *Memorial Hall*, uno de los edificios subsistentes después de la Exposición, convertido ahora en museo artístico é industrial, cuya inspección detenida recomiendo á ustedes para cuando vengan Filadelfia.

Hemos visto también el Departamento de Horticultura. Sus construcciones de estilo morisco embellecen el parque. Este departamento contiene plantas tropicales de mérito á más de sus campos cultivados de hortalizas.

—

Me parece bastante ya de Filadelfia y termino repitiendo una opinión del Guia, respecto al bello

sexo de esta ciudad. «Creen que son, dice, las únicas mujeres del mundo». Por lo visto no solo las de Buenos Aires piensan así!

El Guia es de Nueva York y aquí como en todo el mundo las ciudades son enemigas unas de otras.

Así para Boston Nueva York es comerciante, y Filadelfia una artista petulante. Nueva York á su vez llama á Boston leguleya y literata, y Filadelfia á Baltimore, apegada á pergaminos sin pasar de ser una ciudad muerta y pobre.

Todo es falso; cada ciudad tiene su carácter pero eso no le impide tener en parte las calidades de las otras.

Algunos críticos más concretos expresan su juicio sobre las ciudades Norte-americanas en esta forma.

«En Nueva York, dicen le preguntan á uno cuánto tiene; en Boston, qué sabe y en Baltimore, quién fué su padre.»

Por mi experiencia en Nueva York, Boston y Baltimore, no le preguntan á uno nada.

ESTADOS UNIDOS—BALTIMORE—NATURALEZA—OBRA HUMANA—GUSTO ARTISTICO--AFICIÓN MERCANTIL—LOS NIÑOS GRANDES.

Salimos de Filadelfia dejando, naturalmente, un paraguas; no el mío, yo no tengo ni tendré ya más paraguas, el de mi compañera de viaje. Hemos dotado con un paraguas á todas las naciones de Europa, justo es proceder del mismo modo en este continente.

El espacio entre Filadelfia y Baltimore se salva en dos horas y media. La línea férrea cruza una región muy poblada y muy cultivada; hay en ella varias ciudades de importancia. El tren de Balt y Ohio atraviesa un río bastante grande sobre un sólido y largo puente de hierro y al llegar á Baltimore, cuando el pasajero menos piensa y casi sin cambiar de movimiento, se mete en un buque, deja de rodar, el buque lo sustituye en el movimiento y los dos navegan sobre el brazo medio del río Patapsco, haciendo el tren de pasajero.

Nosotros no habíamos advertido el cambio; el

guarda-tren se nos acercó y nos invitó á echar una mirada bajándonos del wagon y entónces solo supimos que ibamos embarcados. Era ya de noche. La ciudad iluminada formaba anillo alrededor del brazo del río; la luz eléctrica de nuestro buque caía á veces sobre las velas blancas de alguna embarcación, dejando por contraste más negros los buques no alumbrados; las aguas surcadas lentamente, ondulaban apenas, reflejando por trechos las luces de tierra y del vapor.

La escena era fantástica é inesperada; la combinación de sombras, de brillos, reflejos y penumbras era tan caprichosa que no la olvidaré jamás; constituía uno de esos paisages sin sujeto, destinados á quedarse en el cerebro como si estuvieran pintados en la retina.

Y acompañando á esta sensación de los ojos un rumor continuado venía de la ciudad á mezclarse con las notas *chapaleadas* de los hélices en el agua.

No llovía, era lo único que faltaba para la completa belleza, no llovía probablemente porque la Providencia se olvidó de la pérdida de nuestro paraguas; si se acuerda llueve.

—

Esta ciudad es muy comercial y de mucho movimiento. Su puerto, dispuesto en dos partes, dá abrigo á buques chicos adentro y á los grandes

afuera. Sus manufacturas son muy conocidas, las más importantes se relacionan con la construcción de locomotoras.

Se llama la ciudad de los monumentos por el gran número de estatuas y otras esculturas de sus plazas y paseos. No los he visto todos. Me han gustado mucho: el monumento de *Washington* y el de las *Batallas,* conmemorando la defensa de Baltimore en la guerra con los ingleses.

He visitado una *Fábrica de tabacos* con sus 1200 obreros y otra de *municiones* y artículos de caza; el *Correo;* la *Municipalidad*, uno de los mejores edificios de Norte-América, es de mármol, tiene cuatro pisos y llena una manzana; la *Catedral*, vieja de un siglo, linda, en forma de cruz, solemne y seria; en el círculo interno de la cúpula se lee estas palabras: «One Lord, one faith, one baptism The house of God, «Which is the churche of the living God, the pillar «and ground of the truth.» «Un Señor, una fé, un bautismo. La casa de Dios que es la iglesia del Dios vivo, el pilar y la tierra de la Verdad.» Dos mujeres, naturalmente ya entradas en años, arreglaban con flores blancas el altar. La iglesia tiene galerías como un teatro.

—

Paseando por las calles se nos señaló entre mil edificios comerciales é industriales, verdaderos palacios

levantados á espensas de muchos millones, el *Conservatorio y librería Peabody*, fundado por este filántropo banquero, para provecho de los estudiantes pobres; contiene una biblioteca, un conservatorio de música, una escuela de artes y la colección correspondiente; el *Templo masónico*, la *Universidad de Hopkins*, dotada con cinco millones y destinada al perfeccionamiento de los estudios y provista de laboratorios y gabinetes de primer orden; el *Hospital Hopkins* que ocupa dos cuadras y al cual su fundador ha puesto á la altura de los primeros del mundo para corresponder á su Universidad; el *Colegio de la Ciudad;* la *Escuela Normal* y otros utilísimos institutos.

Difícilmente una ciudad con la población de esta, tiene igual número de asilos y establecimientos de enseñanza; la fortuna de los particulares, entre los cuales se cuentan filántropos de una generosidad fabulosa, contribuye al sostén ó sufraga totalmente los gastos de estos retiros, hospitales y colegios.

Posee también un hospital de locos, otro de niños, una escuela de ciegos. un hospital de crónicos y otros asilos.

—

Baltimore me ha gustado sobre todo por su Druid Hill Park, su Federal Hill y su Eutow Place.

Nuestra primera excursión fué á Federal Hill, emi-

nencia situada al sud del dique interno desde la cual se ve el puerto, el fuerte, los dos brazos del rio y toda la ciudad casi á vuelo de pájaro. En la planicie superior de la colina se ha levantado un monumento que lleva esta inscripción «Armistead». Dice el Guía que este era el nombre del defensor de la ciudad contra los ingleses. Baltimore no fué tomada. No he podido verificar la exactitud de la referencia del Guía; ustedes, señor Director, puede hacerlo y comunicar el resultado á sus lectores.

A más se ve en las márgenes del Potapsco, los inmensos graneros donde cargan los buques y sobre lo ya apuntado, los colosales talleres del ferro-carril de Baltimore-Ohio, para la reparación de sus locomotoras y vagones, donde trabajan tres mil obreros.

—

Bajando del Federal Hill, fuimos á lo largo de la calle de los negocios, admirando la extensión y altura de las casas. En varias calles se practica en la actualidad aberturas para colocar unos paralelipípedos huecos destinados al pasaje subterráneo de los alambres de los telégrafos y teléfonos, pues ya los habitantes de Baltimore no pueden sufrir las telarañas metálicas sobre sus casas y sus calles.

Al dirigirnos á Druid Hill Park, visitamos un magnífico puente echado sobre un arroyito misera-

ble pero incómodo cuando crece; mucho lujo para ese pobre diablo.

Asistimos en seguida á la batalla de Gettysburg, exhibida en un panorama bastante feo, y saliendo de él entramos al bellísimo Parque.

—

No es con mucho igual al de Filadelfia en tamaño, pero á mí me gusta más. Estoy por decir que es el más lindo de cuantos he visto hasta ahora. Su terreno es quebrado, sus praderas semejan alfombras de verdura, sus árboles grandes y chicos lavados por la lluvia de las regaderas, se presentan como si sus hojas hubieran sido limpiadas una por una. Grandes reservatorios de agua ocupan las plataformas de algunas colinas como si fueran lagos en las montañas y extensos invernáculos sirven de cuna y domicilio á familias de plantas tropicales.

Hay poco adorno artificial en el Parque, pero la naturaleza ha ido más allá de donde habría alcanzado el arte. Por las anchas avenidas y por los caminos cubiertos con las ramas de los árboles, magníficos caballos trotadores manejados por jóvenes, varones ó mujeres, aparecen y desaparecen como relámpagos. Desde una eminencia vimos á la distancia unas máquinas cavadoras afanadas en remover una colina para nivelar el terreno y presenciamos la puesta del sol entre estratus de oro bruñido

y púrpura metálica. La lluvia nos hizo buscar abrigo bajo los árboles donde la música de sus hojas mecidas, continuó la acción del panorama, adormeciendo los sentidos con el encanto de las bellezas naturales, inimitables y jamás copiadas.

Probablemente el dia de nuestro paseo era de asueto para algún colegio, pues encontramos jugando muchos grupos de niños, mientras otros apiñados en grandes ómnibus, recorrían las avenidas saludando con gritos alegres á los transeuntes, batiendo sus pañuelos ó haciendo *pitos*, contra las ordenanzas establecidas. Para el juego en el Parque no habia diferencia de sexos entre los niños, siendo los varones los más retraidos, como sucede en la primera edad; todo lo contrario será más tarde, no sé por qué.

—

Entrando de nuevo á la ciudad, después de haber echado una ojeada á dos fábricas, una de tejidos de algodón con sus dos mil y tantas mujeres obreras y otra de manufacturas de hierro, con dotación análoga de trabajadores, pasamos por Eutow Place, un jardín bastante extenso y ancho, flanqueado de casas y adornado con estátuas, macetas de flores y otras obras de arte. Es uno de los paseos predilectos de la aristocracia.

—

Una cosa me sorprende en las ciudades de Norte-América: la afición simultánea á las bellezas naturales, á las obras artísticas y á las manufacturas; la mezcla del arte con la mercadería en contínua remoción. Apenas se comprende como pueblos tan ocupados pueden llenar constantemente los museos, pasear por los parques y visitar en grandes grupos las oficinas públicas, los monumentos y cuanto sitio de interés ofrece cada ciudad.

Los norte americanos no pierden tiempo, cuando no trabajan, gozan y hasta gozan trabajando ó trabajan gozando.

Son como niños grandes; en ciertas cosas han llegado á la más alta civilización y en otras no han salido todavía del estado natural. Como los adolescentes, son aunque muy adelantados, un poco faltos de aquella gracia y aplomo que dá la cultura.

Contemplando este pueblo, se me figura ver un muchacho fuerte y crecido, capaz de hacer todo cuanto hace un hombre, pero cuya fisonomía y forma corporal aun no está acentuada.

ESTADOS UNIDOS—WASHINGTON—LAS CAMARAS—LA MODA DE LOS DISCURSOS—EL CAPITOLIO—EL TESORO Y OTROS EDIFICIOS.

Nos encontramos en la capital de la Nación. El Congreso funciona y la vida política está en todo su apojéo. Hemos traido una carta de presentación de un distinguido caballero para el Vice-Presidente de la República y otra de Sanford, su buen amigo. A esta circunstancia debemos el haber podido ocupar en el Congreso sitios de preferencia para asistir á las sesiones. Tanto el Presidente como el Vice tiene en cada Cámara tienen un banco reservado para ofrecerlo á sus favorecidos.

Las señoras asisten aquí á las sesiones, con gran ventaja para la cultura de los debates y para la instrucción del gremio femenino, en asuntos generalmente fuera de su alcance. Sin embargo, no son, como se sabe, ni aquí ni en Europa, más cultos que entre nosotros, donde no asisten las señoras, por falta de hábito y de local apropiado.

Discute el Congreso, en este momento, una ley de tarifas.

Los debates en el Senado, son más calmados; los Senadores, en general, hombres reposados toman las cosas con frialdad.

¡Efectos del pasaje de la vida, que no deja sino cenizas más ó menos calientes.

Aquí se permite leer los discursos; un Senador ha leido durante cuatro horas el suyo y le han atendido. Los oradores hablan parados. Duran poco las discusiones, aun cuando se trate de asuntos importantes. Los norte-americanos no pierden tiempo y su idioma de palabras cortas y parco en expresiones, permite la emisión del pensamiento con suma rapidez.

No dicen *ómnibus* por ejemplo dicen *bus;* Masachussets es *Más;* Filadelfia, *Fila; el punto principal de la rivera del río Hudson*, es *the leading Hudson river side point,* suprimiendo como se vé, de la locución castellana *de la* y *del* sin perder en claridad.

He notado sin embargo un abuso de repeticiones. Para decir por ejemplo: «Aquí debemos trabajar, producir, economizar tiempo y facilitar el comercio; nuestra nación es la mejor del mundo, la más rica, la más floreciente y la más civilizada» un orador en el parlamento dirá:

«Los Estados Unidos deben trabajar..

«Los Estados Unidos deben producir.

«Los Estados Unidos deben economizar tiempo.

«Los Estados Unidos deben facilitar el comercio.

«Nuestra nación es la mejor del mundo.

«Nuestra nación es la más rica del mundo.

«Nuestra nación es la más floreciente del mundo.

«Nuestra nación es la más civilizada del mundo.

«*Unite States*, *our Natión*, es la mejor, la más rica, la más floreciente y la más civilizada del mundo.

Nosotros llamaríamos á esto aguar el agua.

La Cámara de Diputados es muy barullera y muy inquieta.

Sus miembros se sientan como les dá la gana, entran, salen, se mueven, llaman con palmadas á los sirvientes, escriben, despachan y reciben correspondencia, ocupándose al parecer de todo menos de la sesión, mientras el orador de pié grita y predica en el desierto, parado ó caminando adelante fuera de su sitio, seguido por el taquígrafo quien toma el discurso también parado, siguiendo al orador en sus andanzas.

Los discursos seguramente no influyen en el resultado; la composición viene hecha de antesalas. La cámara se divide como en todas partes en gubernistas y opositores; ahora aquí en republicanos y demócratas, división más nominal en esencia que real, pero determinante en cada asunto de una división.

Cuando los republicanos dicen sí, los demócratas dicen nó, y en llegando á cambiar los primeros de

opinión, los otros cambian también la suya inmediatamente. El objeto no es tener una opinión acertada sino diferente. Los republicanos se sientan en un lado y los demócratas en otro. Si un ocupante de los asientos de la derecha votara con el grupo de la izquierda, el hecho sería un escándalo sin nombre.

En un solo punto están conformes los dos grupos; en la necesidad de mirar á las señoras y señoritas de la barra. Justo es que se distraigan en algo siendo completamente inoficioso atender al orador; éste habla por forma, de otro modo no habría actas.

Por último, el Congreso norte-americano es semejante á muchos congresos y los miembros de él llevan al recinto de las cámaras sus pasiones, sus compromisos, sus aficiones y sus caprichos; su talento sirve cuando más para cambiar la apariencia sensible de los procesos internos del pensamiento.

No por esto deja de haber convicciones y honradez en la medida general constituyente de la dotación humana. Pero ¿para qué sirve la convicción si nadie toma en cuenta sus expresiones exteriores?

Cada día me convenzo más de la necesidad de suprimir los discursos. Desgraciadamente ello no se realizará jamás por los grandes intereses comprometidos en sostener la costumbre.

Véase cuál sería el efecto de la supresión:

Quedarían sin trabajo y sin pan los gremios siguientes:

El gremio de taquígrafos del congreso.

El de los dependientes encargados de tomar notas y consultar libros para suministrar datos á los oradores.

El de los confiteros proveedores de agua, azúcar y limones de la secretaría para componer la bebida de los oradores.

El de los copiadores de las notas taquigráficas.

El de los impresores de las actas.

El de los correctores de pruebas.

El de los encuadernadores del Congreso.

Una gran parte de las oficinas de reparto de publicaciones y mil otros que no me vienen ahora á la memoria.

Añádase á esto la disminución en el consumo de papel, tinta, lápices, tipos, máquinas, hilo, engrudo, lacre, carpetas y demás materiales y véase cuántas industrias serían afectadas por la supresión.

Todos estos gremios é individuos son los sostenedores de los discursos y lucharán hasta la muerte por su aumento.

Sucede con esto como con los guantes; son estos vestidos de las manos, incómodos, perjudiciales ó por lo menos inútiles en el mayor tiempo de la vida, pero su uso, á pesar de todo, será eterno porque

muchísimos millones de hombres y mujeres viven total ó parcialmente á expensas de su consumo.

Basta poner al lado de una moda un interés para decretar su perpetuidad.

Y la moda de los discursos, confesémoslo, es muy antigua.

Demóstenes y Cicerón han hecho escuela, con muy buenos discípulos á veces; los héroes de la revolución francesa han tenido también su época de boga, y yo he conocido caballeros que en su mocedad en Buenos Aires, se repartían los papeles de Dantón, Robespierre, Mirabeau y otros famosos revolucionarios, imitándolos en todo, menos en el final de la propaganda: dejarse cortar la cabeza.

«Hasta cuándo Catilina abusarás de nuestra paciencia» es un apóstrofe tan conocido como el Evangelio y yo lo he oído citar muchas veces en las cámaras como una de las frases más salientes de *Marat*, probando así cuanto se gana en los parlamentos con la lectura de los clásicos.

—

Las dos cámaras nacionales funcionan en el Capitolio en recintos separados y al mismo tiempo. No tienen estos la forma de anfiteatro conocida. Son salones cuadrados en los cuales solo las sillas de los congresales están colocadas en líneas curvas. Las galerías ocupan una situación elevada á lo largo de

los muros. No son lindos estos locales pero son cómodos. Su acústica es malísima, no se oye nada, pero como los diputados y senadores no tienen el menor interés en oir, el local de las sesiones responde á su objeto.

El Capitolio, es probablemente the most magnificent edifice in the world (opinión norte-americana, pero legítima.

El Palacio está ubicado en la cima de la Colina del Capitolio; es de piedra en su parte central. Una inmensa rotunda de 32 metros de diámetro interno por 60 de alto, más ó menos, coronada por su espléndida cúpula, es el núcleo del edificio. El frente principal ostenta tres grandes pórticos de columnas corintias. Lleva la escalera del pórtico central dos grupos de estátuas. En la esplanada delantera se vé la noble figura de Washington y á la entrada las grandes estatuas de la Paz y la Guerra. Arriba un bajo relieve representa la Fama y la Paz coronando al grande hombre. Las puertas son de bronce y tienen modeladas alegorías distintas.

La rotunda en su interior está decorada con bajos relieves, pinturas que los imitan con mucha perfección, cuadros alusivos á la historia norte-americana y frescos en la cúpula. De la parte exterior de esta se ve extenderse abajo el variado panorama de la ciudad y el paisaje de los parques y jardines que

rodean al Capitolio. Al Sud de la rotunda en el interior, se halla la antigua sala de Representantes, usada ahora como salón de estatuas nacionales, galería formada por contribución de los Estados, cuyos principales hombres han sido representados en las esculturas.

La Cámara de Diputados tiene la reputación aquí de ser la mejor del mundo; eso no es verdad en mi opinión, como ya se ha visto, aun cuando reconozco su bella ornamentación.

Las salas de comisiones y las de los altos dignatarios del Congreso, son lujosas y de buen gusto si bien sencillas.

Figuran también en el recinto del Capitolio, la sala de la S. Corte, cámara semi-circular bien adornada, y en otra dirección la Biblioteca con sus 600,000 volúmenes, en camino al millón; cada año entran 15 ó 20,000 más.

Digna de señalarse es la maquinaria y aparatos para ventilación y calefacción.

El Capitolio ha costado trece millones de pesos.

Sin duda, es uno de los primeros edificios públicos del mundo; tal vez, el primero, y sería probablemente proclamado el mejor, si todas sus partes fueran igualmente bellas y proporcionadas.

La impresión del visitante, queda aminorada al ver en el augusto recinto, tendejones donde se vende

objetos varios y reparticiones indebidamente incrustadas allí, como superfetaciones heterogéneas. La luz falta en muchos puntos. En la Cámara de Diputados, un tabique bajo, muy feo, semejante á un cerco de hipódromo improvisado, separa los asientos de los representantes del resto del salón. Este tabique no es el mejor tabique del mundo.

Terminadas nuestras detenidas visitas al Capitolio, emprendimos la inspección de los otros edificios y nuestras excursiones por la ciudad y sus alrededores.

—

Vimos....interrupción oportuna para evitar repeticiones....todos los edificios públicos de Washington son grandes, parecen nuevos, han costado muchos millones y son dignos de los mayores elogios, pudiendo servir de modelo muchos de ellos para oficinas semejantes á las que ocupan. Además se hallan abiertos al público, como los de todas las ciudades norte-americanas, y un Guía del establecimiento conduce á los visitantes á todas las reparticiones, explicándoles su destino, sin reclamar remuneración, aun cuando á veces la acepte á pesar de la prohibición administrativa. Vimos, decía:

El *Tesoro*, edificio real y verdaderamente grandioso, con sus pórticos de columnas de granito, muros de piedra, escaleras gigantestas y doscientas piezas entre cuartos y salones, adecuadamente de-

coradas. Ha costado 6 millones. El dia de nuestra visita contenía cerca de doscientos millones en oro y plata acuñada y metal en barra; estas sumas forman verdaderas montañas de monedas. Están en apariencia allí sin ocupación alguna, como testimonio de la inmensa riqueza de esta nación.

La *Casa de grabado é impresión de billetes*, donde se fabrica la moneda de papel de los Estados Unidos, los timbres postales y demás sellos. Trabajan allí miles de obreros, principalmente mujeres. El papel es fabricado especial y únicamente para esta casa, como lo son también todos los materiales é ingredientes que emplea. De ahí salen por toneladas los billetes á derramarse en toda la República, apreciados y codiciados en vista de la garantía que ofrece la fortuna nacional, tanto en recursos latentes como en especies matálicas. Para dar conciencia de esa garantía, se le muestra al pueblo todos los días los almacenes de oro y plata del tesoro.

La Oficina de patentes, otro colosal edificio. El viajero no sospecha cuánto contienen sus salones. Ocupa dos manzanas. Además de las oficinas del departamento del interior, tierras y patentes, hállanse en los salones de un piso superior, cuyo largo en conjunto es de la cuarta parte de una milla (estos si son los más grandes salones del mundo) los modelos en pequeño de cuanto mecanismo ha producido

la nación desde sus primeros tiempos. Nadie se hace una idea de la variedad de objetos. Todo cuanto hemos visto y no hemos visto en nuestra vida, hecho por las artes mecánicas, está ahí, pues por todo se ha pedido patente y esta no se dá sin dejar un ejemplar del objeto patentado. Desde las hachas de piedra hasta el fonógrafo, cuanto ocupa el espacio intermedio en los productos de la industria humana, está representando. Marea ver tanto objeto y el visitante se imagina estar recorriendo las edades, los tiempos y los pueblos, desde las chozas hasta los palacios y revisando los utensilios, máquinas y vestidos poseidos por el género humano. La variedad de zapatos solamente suscita las más sérias reflexiones!

No recuerdo si es aquí ó en otra casa donde he visto la prensa de la imprenta de Franklin. Este grande hombre no sacó patente de nada; su prensa no tendría razón de ser en esta oficina, pero no puedo afirmar que no haya estado.

La casa de Correos con sus curiosidades alusivas al ramo, como diría Carlitos Mansilla; *El Fensión Building* con su vincha de bajos relieves; *La casa Blanca ó Mansión* del P. E., situada en un parque bien cuidado, con fuentes é invernáculos. Las salas de recepción East roome, Red, Blue y Green room, es decir la gran sala del Este, y los salones rojo, azul

y verde están ricamente decorados. En uno de ellos tuvo lugar el casamiento de Cleveland. Los pisos superiores contienen oficinas y piezas para habitación particular.

Paseamos también por el vecino Parque de *Lafayete*, el mejor de la ciudud, adornado con la estatua ecuestre del general Jackson.

Por allí cerca se muestra el *Ministerio de Guerra*, y basta por hoy.

ESTADOS UNIDOS--WASHINGTON--INSTITUTOS—CHARLESTOWN, SU CEMENTERIO Y SU COLEGIO.

El Departamento de agricultura, tiene una buena casa, invernáculos y terrenos propios cultivados. La colección de árboles, flores y plantas exóticas es notable. Lo es también el *Jardín Botánico* por sus numerosos y ricos invernáculos esmeradamente cuidados. La famosa *Fuente de Bertholdi* derrama sus aguas en las inmediaciones deleitando la vista con sus juegos.

La visita de estos institutos nos ocupó medio dia; el resto fué empleado en la ascensión por elevador al monumento de Washington, un obelisco hueco de 555 piés de altura, es decir, como 185 metros. Pesa 81.120 toneladas que hacen una presión de cinco toneladas por pie cuadrado. Su elevador puede llevar 40 personas á la vez; fué probado con un peso de diez toneladas. Está alumbrado por luz eléctrica. Al rededor del ascensor sigue una escalera con 898 escalones y 50 descansos. Ha costada un millón trescientos mil pesos el monumento.

De las cuatro ventanas abiertas en el extremo

superior se ve la ciudad como en un mapa. El interior del obelisco ó pirámide lleva 179 inscripciones en mármol enviadas por los Estados. (*)

La ciudad de Washington tiene una gran cantidad de estatuas artísticamente ejecutadas y varios institutos que no menciono. No pasaré en silencio sin embargo:

El Museo nacional ó de historia natural con mezcla de etnológico, y su anexo en casa separada. Contiene una colección zoológica en la que llamaron mi atención principalmente las arañas y otros insectos norte-americanos. En otra sección los instrumentos de música, utensilios, armas, vestidos y modelos de pueblitos, aldeas y habitaciones indias de orígen antiguo, son las piezas de resistencia. Aquí están además los uniformes de Washington, su servicio de mesa y otras reliquias históricas.

La Corcoran Art Gallery ó sea Galería de Artes de Corcorán. Un museo muy bien dotado de estatuas y cuadros. Las primeras, salvo excepciones, son modelos en yeso de la estatuas renombradas de

(*)—Nota. Advierto al lector que tanto las cifras citadas, como muchas otras de esta publicación, no han sido cotejadas con las de los originales de las cartas enviadas á *La Prensa;* esos originales fueron destruidos en la imprenta, como es natural y es posible por lo tanto que exista algun error en los numeros.

El lector objetará que he podidido verificar la exactitud en los libros especiales y yo contestaré que eso es muy difícil y sobre todo que no tengo gana de hacerlo.

Grecia y Roma. Aquí están las Venus, los Apolos, los héroes, los filósofos, los emperadores y toda la fauna artística de la escultura. Los bronces ofrecen copias de monumentos célebres; recuerdo la reproducción de uno de Berlin.

Entre los cuadros hay tres bellísimas Carlotas Corday, de diferente edad y en diversa situación de ánimo; dos perros; la Vestal Torcia; la salida de la luna en Madera; un soldado *en poder del enemigo;* la familia de los sátiros; la procesión del buey Apis; *helping hand* (un niño que pretende ayudar á remar á un viejo en su bote); una Juana de Arco parecida á una niñita preciosa de Buenos Aires; el retrato de Julio II, según Rafael (de Rafael dicen aquí); por fin una escena antigua en la que figuran Victoria Colonna, Rafael y otros personajes contemplando la estátua desenterrada de Apolo. La señora Victoria Colonna de este cuadro es muy buena moza.

El Observatorio astronómico muy reputado pero inferior al nuestro como edificio y con menos títulos á la celebridad. El observatorio de Córdoba, bueno es recordarlo, ha hecho muchos trabajos nuevos en el mundo, no llevados á cabo por ningún otro instituto de su clase. La aplicación de la fotografía á las medidas astronómicas, por ejemplo de que tanto se comienza á hablar en los gremios científicos, es una vieja práctica en Córdoba. No

quiero con esto negar su mérito al observatorio de Washington. La lente de su ecuatorial tiene 26 pulgadas; la de Viena tiene 28, la de Rusia 30, y la de San Francisco de California la mayor hasta ahora, 36. Una pulgada es como 2 y medio centímetros.

La biblioteca de este observatorio en muy rica en obras astronómicas.

Hablé en mi carta de Niza sobre el observatorio de esa ciudad. Ahora confirmo mi opinión; es uno de los más notables.

—

Washington está separado de Virginia por el rio Potomac y unido á ella por el Long Bridge, puente de cerca de un tercio de legua sobre el rio; un buen puente como se ve.

El paraje de asiento de la ciudad es uno de los más pintorescos; el terreno quebrado con valles y colinas próximas, se ha prestado singularmente para el lucimiento de los edificios públicos. La población es quieta, silenciosa, casi triste en apariencia. Todas las calles tienen una copiosa arboleda; las casas cubiertas generalmente con enredaderas, están como sembradas en un inmenso bosque; su continuidad desaparece á la vista ocultándose parte de las series entre los árboles.

No se asemeja á ninguna de las ciudades de Norte-

América. Muchas calles llevan pavimento de asfalto, tan bueno como el de París. Hace bastante calor durante el verano y sin embargo el piso de asfalto no se destruye; observo el hecho con gusto.

La epoca mejor para visitar esta ciudad es la presente, mientras funciona el Congreso y los calores no son muy intensos.

La vida social de Washington es muy animada. Una señora de California, residente aquí por algún tiempo, nos cuenta que no ha comido una sola vez en dos meses en su casa y no se ha acostado ninguna noche antes de las dos de la mañana. La señora tiene un temperamento robusto; de otro modo no habría soportado el tremendo trabajo de sus diversiones. Sin embargo tal vez exajera un poco!

—

Hemos estado en la Opera; la sala es buena pero oscura.

La platea está muy bien dispuesta y es sin duda, la parte más cuidada del teatro. Se entra á los asientos cómodamente y uno puede guardar los anteojos y colgar su abrigo, sin molestar á los vecinos, en cajas y aparatos colocados en el respaldo de los asientos de delante.

—

Cerca de aquí está la ciudad de Charlestown, llamada también West Washington. Sepárala de la Ca-

pital un riacho sobre el cual se ha echado cuatro puentes facilitando así la comunicación. Esta pequeña ciudad edificada sobre una serie de colinas ofrece vistas agradabilísimas del valle del Potomac. Lo más notable de Charlestown es su Cementerio y su Colegio. Llámanle *Oak hill Cementery* al primero; su recinto es apacible y caprichoso; sus monumentos diseminados en la falda de las colinas, en las depresiones, en el borde de las barracas, en medio de árboles y flores, hacen de él un sitio delicioso, si tal palabra puede aplicarse á un Cementerio. La capilla con sus vidrios pintados y cubierta casi totalmente de enredaderas, suscita sentimientos suaves y tristes. A primera vista todo el escenario no dá la idea de un enterratorio. Escalas practicadas en la peña y caminos de pendiente moderada, facilitan el acceso á todos los puntos favorables á la contemplación del paisaje.

Charlestown College es el nombre del Colegio ya mencionado. El edificio es de piedra, triste, apático y temible. Un cañón viejo se muestra en uno de sus costados, probablemente como signo de autoridad y de fuerza. Pertenece á los jesuitas el Colegio y también supongo el cañón, cuya historia y objeto real no conozco. En el interior (del Colegio, no del cañón) hay, además de los jesuitas, otros instrumentos de tortura tales como un museo de his-

toria natural, un observatorio astronómico y una biblioteca llena de amenazas con penas del purgatorio, del infierno y de otros sitios desagradables. Libros curiosos y antiguos forman el tesoro de esta biblioteca.

ESTADOS UNIDOS--CINCINATI--NOTICIAS Y REFLEXIONES.

He visto unas ruinas al venir de Washington á esta ciudad.

Ruinas en Norte América! esto es un anacronismo. Las llamadas aquí antigüedades son objetos recién nacidos para la Europa. En Egipto se las consideraría embriones al lado de la edad provecta de sus monumentos, los que solo cuando cuentan de cuatro mil años arriba, comienzan á salir de la adolescencia. Un obelisco de cinco mil años, es allí un jóven obelisco!

Ruinas en Norte América! Debo haber padecido una equivocación! El guarda-tren, consultado sobre la materia me ha respondido secamente: «es un aviso.»

Tomé el anteojo y ví escrito en grandes letras, este anuncio: «Children cry for Castoria»; traducción: «Los niños lloran por Castoría. Castoria es un medicamento y el autor del aviso, y probablemente de la ruina, es un médico ó un boticario. Pero me pa-

rece una obra maestra de reclamo, más aún que la ruina, el avance respecto á la afición de los niños por Castoria, una confección de botica.

Ruinas en Norte América, donde todo se mueve y al viajero le dá tentaciones de encararse con los árboles y preguntarles porqué no echan á andar.

Ni tiempo de reflexionar sobre tales puntos tiene uno en los trenes, más veloces que las pesadas meditaciones. Cuando uno pregunta el nombre de una ciudad del trayecto, ya los últimos grupos de casas se han perdido en la distancia!

Los departamentos del tren son de un lujo y de una comodidad sin paralelo, hay comedores, salones de fumar, baños, gabinetes de lectura, biblioteca, provisiones de toda especie, papel, sobres y fórmulas telegráficas en escritorios elegantes, dormitorios y camas anchas!

Nosotros ocupamos *una casa* en el tren.

Se puede pasar desde la locomotora hasta el último wagón sin apercibirse del cambio de coche.

Y con todo esto, una rapidez que abruma, desconcierta y marea, en las varias líneas establecidas entre una y otra ciudad y cuyo número se aumenta diariamente para responder al más formidable tráfico.

Encontramos esta población envuelta entre la niebla cuando bajamos del tren, niebla negra, cargada

de partículas de carbón, como la de Lóndres. Cincinati es también fabril y manufacturera en grande escala y consume mucho combustible.

La niebla ha durado poco felizmente; la atmósfera se ha despejado y la ciudad se ha mostrado en todo su esplendor comercial.

Está situada á orillas del Ohio, que los norteamericanos pronuncian Ojayo, con grandes aspavientos; tiene como cuatrocientos mil habitantes; la forma de sus edificios es análoga á la de las otras ciudades de la Unión; sus calles se cortan en ángulos rectos. La ciudad ha sido levantada en dos planos de diferente nivel sobre las aguas del Ohio; está rodeada de colinas de cuya cima se ve un lujoso panorama, compuesto con el valle por donde corre el rio y las ciudades de sus márgenes, pues en la márgen opuesta á la que ocupa Cincinati hay otros dos pueblos.

Lo más atractivo para mí, de Cincinati, es su parque, *Eden Park*, formado en una colina desde cuyas alturas se ve el Ohio, las ciudades vecinas y sus alrededores. En este Parque han sido construidos los depósitos de agua para la provisión de la ciudad. Una maquinaria levanta el agua del rio y la proyecta por un tubo vertical haciéndola brotar como de un pozo artesiano y dérramándola primero en una cámara provista de compuertas y luego, por medio

de éstas, en los depósitos formados en la conjunción de cuatro colinas. Los depósitos son irregulares; en ellos cae el agua en forma de cascada llevando todas sus impurezas; no hay filtros; la ciudad usa el agua tal como se toma del rio.

Cuando visito obras destinadas á la provisión de agua ó extracción de líquidos de cloaca, ya sea en las ciudades de Europa, ya en este continente, y las comparo con las de Buenos Aires, me siento orgulloso, no obstante haber sido para mí las tales obras fecundas en desagrados.

Nuestro sistema es armónico y completo; ningún otro le supera y ni aun le iguala el de la ciudad mejor provista en todo el mundo.

Nuestra provisión de agua ofrece el primer ejemplo de una organización complicada y eminentemente acomodada á leyes científicas.

El agua viene por un túnel debajo del rio, ya refrescada y en parte filtrada; es levantada por bombas, aereada y echada en los depósitos de asiento que con sus tabiques internos, constituyen una novedad y un lujo de precaución; pasa á los filtros y de ellos gota por gota á las cámaras donde se refresca de nuevo. De allí otras bombas la absorben y la impelen al depósito de distribución.

Bien pues, en las obras que he visitado, no hay depósitos de asiento divididos por muros, no hay

elevación del agua del túnel de toma y no hay cámaras de refresco para el agua filtrada; lo cual constituye tres ventajas menos en comparación de las nuestras. Cuando más en ellas el agua reposa un tiempo antes de ser distribuida sin previa filtración.

Ahora en cuanto á las cloacas, la comparación nos es aun más favorable. Nuestra red con sus conductos de tormenta, introduciendo cierta novedad reclamada por nuestras lluvias torrenciales, responde á una idea injeniosísima y de gran mérito.

Para dar mi opinión, me he preparado visitando minuciosamente la provisión de agua y desagües de varias ciudades y en especial de Lóndres.

—

Hállase también en Eden Park en una eminencia, el magnífico edificio del *Museo de bellas artes*, donde figuran copias de las esculturas célebres, una colección etnológica y varios cuadros de mérito, entre ellos: «La explicación del Evangelio», cuadro de aldea muy lindo; «Brides of Venice», notable por las fisonomías bellísimas de las mujeres en él pintadas, reproduciendo escenas de los canales de Venecia y en este caso un episodio histórico. «Un fraile leyendo» pintura muy natural y bien ejecutada y otros de valor indiscutible.

El sitio predilecto para el corso de carruages en

este parque, es una plataforma de colina con preciosas vistas.

—

Bajando en dirección á la ciudad se encuentra otro sitio llamado English Place ó English Side, lugar predilecto de los ingleses para contemplar el rio.

Todos los caminos en los suburbios de la ciudad tienen á uno y otro lado bonitas casas de familia, de sencilla arquitectura, con jardines ó pequeños parques. Son á manera de casas de campo de los comerciantes que se retiran del centro de los negocios á descansar en ellas de los trabajos del dia.

—

Volviendo de nuestra excursión al Parque, entramos en una linda iglesia, apacible en su quietud y silencio; vimos el puente suspendido sobre el Ohio, orgullo de Cincinati, muy airoso y elegante; la Catedral de San Pedro donde hay un cuadro de Murillo «San Pedro libertado», una gloria artística en este país; Washington Park, hecho en un antiguo cementerio; Music hall, ricamente decorada, con asientos para cinco mil personas y poseedora de un órgano famoso «one of the best in the world», como dicen los americanos; una Escuela de equitación donde se ejercitaban á la sazón seis ó siete señoritae cincinatenses; una gran Biblioteca circuladora de libros á domicilio; una Sinagoga bella y severa;

el Edificio de la Policía; Opera house; la Cámara de Comercio, un imponente edificio; la Casa del Correo y de otras oficinas públicas, una de las mejores que yo haya visto; una Prisión desagradable y por fin la bella Fuente de Tyler Davison, una de las más lindas que haber pueda, llena de alegorías á la utilidad del agua para el género humano y á la delicia de los niños cuando juegan con ella; ha sido fundida en Munich y costó 200.000 pesos.

—

Cincinati posee una Universidad de no escasa fama, muchos asilos y hospitales, no pocas iglesias, numerosas estátuas y fábricas y manufacturas de alta importancia.

Los edificios públicos son como todos los de Norte-América, singularmente adaptados á su objeto; nuevos, sólidamente construidos y provistos de asensores para comodidad de los concurrentes.

En nuestras diversas excursiones hemos visto muchos en construcción.

Cincinati progresa á pasos rápidos. Su terreno quebrado é impropio en varias partes para la edificación, es rellenado y nivelado á gran costo. Muchas obras de ingeniería notables han sido construidas para dar paso á las vías férreas.

Los habitantes de Cincinati no necesitan salir de su ciudad para gozar de cuanta ventaja ofrece la vida civilizada.

ESTADOS UNIDOS—DE CINCINATI A CHICAGO—LA CIUDAD IMPROVISADA.

El tren sale de Cincinati como un ventarrón y llega á Chicago como un huracán.

Para que la comparación sea más exacta, la locomotora de nuestro tren silba con unos tonos idénticos á los del viento cuando sopla á través de una selva; la nota es quejumbrosa, lastimera, dolorida y repetida cada cinco minutos, probablemente para advertir á las poblaciones de uno y otro lado del camino el pasaje de la enorme masa de wagones.

Es admirable la rapidez con que andan estos trenes, á pesar de su trocha angosta: ni las paradas los perjudican ni las curvas los retardan. El efecto de las curvas combinado con la rapidez del movimiento es desastroso, el wagón parece un buque y la mayor parte de los viajeros se marean, á pesar de los limones, alcanfor, clavos de olor y otras sustancias que llevan y usan como antídotos.

Silba la locomotora como el viento, se queja y se lamenta, pero sigue comiéndose el camino, pasando

los puentes, salvando las colinas y dejando sembradas las poblaciones como puntos diseminados en la infinita extensión.

A pesar de las largas distancias, no hay dos cuadras sin una casa, fábrica, sementera ó indicio de habitación humana. Todo el camino recorrido desde Nueva York hasta aquí es, puede decirse, una senda abierta en el bosque. Las colinas se suceden en algunas partes sin interrupción; bajas medianas ó elevadas como montañas y todas cubiertas de árboles, arbustos y flores.

La línea de los trenes sigue las faldas de estas eminencias rodeándolas en curvas atrevidas ó costeando los ríos que corren entre ellas.

Raro es pasar media hora sin encontrar un tren rápido como un relámpago y de cuya precipitada fuga solo se tiene noticia por la proyección de una sombra instantánea y por el ruido de un latigazo formidable,

Y las locomotoras siguen su trayecto como perseguidas por un sér infernal, jadeantes y sudorosas, bebiendo el agua apuradas y fumando su polvo de carbón en las boquillas de sus negras chimeneas.

Fábricas, talleres, sembrados, grupos de casas, bosques, montañas y colinas, todo va quedándose atrás, viniendo de frente y apartándose á los lados para librar el paso al mónstruo infatigable.

El viajero no conserva en su mente sino una vaga impresión del conjunto, que acaba por adormecer las sensaciones, mientras la imaginación recorre el pasado, recuerda rápidamente las personas conocidas y se pierde en una fantasía aisladora, triste y dulce, al mismo tiempo, surgiendo de un escenario remoto escondido en la penumbra.

—

LA CIUDAD IMPROVISADA

Allá por el año 1812 era Chicago una ranchería insignificante. En 1830 tuvo diez ó doce casas y una población de 100 habitantes. La primera casa de material fué construida en 1833. Hacia el año 1850, la población era ya 30,000 almas. Había crecido hasta tener cerca de 300,000 habitantes, cuando fué totalmente destruida por el fuego; esto ocurría en 1871 y la catástrofe figura entre las mayores de este siglo.

Lo ciudad que tenía entonces como 18.000 casas, fué consumida en tres dias y sus ruinas continuaron ardiendo durante muchos meses. Casi todas las compañías de seguros de Norte América quebraron como consecuencia del incendio.

De esto hace un poco más de 19 años, si no hay algún error en las fechas del libro en que leo estos datos, y cuando el viajero se encuentra como yo

ahora en esta ciudad, apenas puede creer en la verdad de semejante relato. A los pocos meses del incendio, ya hacían negocio en tiendas improvisadas los habitantes y algunos años después, la mayor parte de la ciudad habia sido reedificada, realizándose en los siguientes, el prodigio que nos presenta hoy una población en el apojeo de la grandeza con una extensión edificada de 24 1|2 millas por 8 1|2, es decir de 8 leguas de largo por casi tres de ancho, conteniendo los edificios comerciales más altos del mundo, los monumentos más costosos, el comercio más emprendedor y la industria más atrevida y más afortunada de la tierra.

Una ciudad llena de vida, extensísima y nacida ayer, con seis parques inmensos; con una abundante provisión de agua levantada por poderosas maquinarias, del lago Michigan, ó surgente de sus varios pozos artesianos; con teatros capaces de contener ocho mil personas; con sus famosos depósitos de granos, sus inumerables vías férreas y con cuanto necesita y puede apetecer la civilización más avanzada.

Como una muestra de los progresos de Chicago ahora, es decir de la ciudad improvisada en 19 años, voy á dar algunos datos sobre ciertos edificios y más particulares detalles sobre uno muy notable.

La torre del Boardof Trade tiene de alto (poco más ó menos, reduciendo aproximadamente los piés

á metros)	75	metros
Torre de la G. C. Station	66	»
Chamber of Commerce	66	»
Tacona Building	55	»
Owings »	53	»
Rookery »	53	»
Pullman »	47	»
Torre del Auditorium	87	»

El Auditorium, visitado por su servidor, se compone de un *teatro* con local para 8.000 espectadores; de una *sala* (recital hall) para 500 personas; de un *departamento* para negocios (busines portion) con 136 oficinas ó escritorios; de una *torre* (tower observatory) de un *hotel* (auditorium hotel) con 400 cuartos para huéspedes, un comedor de 58 metros de largo y una sala para banquetes en la cual el material más empleado ha sido el acero.

La edificación de la casa ha durado poco más de tres años; la suma de sus frentes á las calles es de 237 metros, la altura de sus 10 pisos como 50 metros, la de los 8 pisos de la torre, como 32 metros; la de los dos pisos de la *Lantern Tower*, 10 metros. Total de la altura como 92 metros.

Peso del edificio 110,000 toneladas. Peso de la torre 15,000 toneladas.

Material exterior: piedra caprichosamente cortada imitando la piedra natural.

Material interior: hierro, acero, ladrillo, mármol, terra-cotta y madera pulida.

La casa tiene:

25 millas de caño para gas y agua, más de 8 leguas,

230 id., como 80 leguas de alambre para electricidad,

11 id. de cable para movimientos,

10,000 bombas de luz eléctrica,

11 dinamos,

13 aparatos motores eléctricos,

4 motores hidráulicos,

11 calderas,

21 maquinarias de bombas,

13 elevadores y

26 aparatos hidráulicos para mover plataformas.

El número de ladrillos invertidos en la casa es 17.000.000 y el de pedazos de mármol separados 50.000.000.

Costo total del edificio 3.200.000 pesos.

—

Chicago está situada sobre la costa oeste del lago Michigan, en la desembocadura del río Chicago; este atraviesa una parte de la ciudad, dejándose á su vez atravesar por una infinidad de grandes puentes giratorios que se abren con facilidad para dar paso á los buques y se cierran lo mismo para el tráfico de carruajes y transeuntes.

La inmensa planta de la ciudad no contiene sino en partes una edificación nutrida. Fuera del centro de los negocios, las casas son como las llamadas villas en Italia; preciosas moradas de familias, de caprichosa y elegante arquitectura, separadas unas de otras por jardines ó solares cubiertos de césped.

Así continuan las calles por larguísimas distancias, cortándose solo la uniformidad por plazas ó grandes parques.

Casi toda la costa del lago es en verdad un solo parque.

Chicago, á más de sus plazas, tiene como he dicho seis parques ligados por anchas calles ó boulevards.

Nosotros hemos visitado Lincoln Park donde está la estatua de Lincoln en un escenario muy bonito, lleno de inscripciones tomadas de las frases conocidas ó alocuciones de este grande hombre. Hay además en él lagos llenos de botes conducidos por niñas y caballeros, puentes rústicos, colinas artificiales, fuentes y manantiales de agua mineral; varias colecciones zoológicas, invernáculos y casas de campo. Se necesita caminar más de dos días en el Parque para pasar por todas sus calles.

Humbold Park y Garfiel Park, muy notables también, fueron igualmente recorridos.

Washington Park, tan bueno quizá como Lincoln

Park, contiene el Hipódromo. Lake Park, á lo largo de una parte de la costa del Lago, nos permitió contemplar la serena extensión de este mar interno, surcado por vapores, botes y buques de vela.

En Buenos Aires, si no lo dedicaran todo á casas de negocio, harían si quisieran, un paseo ó varios paseos semejantes á los de esta ciudad en los terrenos ganados al rio. Desde ellos, la vista del Plata sería aún más encantadora que la del Lago Michigan.

—

He visitado: La magnífica Casa de justicia que ocupa una manzana entera. El Board of Trade, compuesto de cinco edificios á prueba de fuego cada uno con trece pisos. La Opera, otro colosal monumento. La casa de Correos que tiene una torre elevadísima; nuestro Guía le daba cien metros de altura, colocándola así en primera línea. El Palacio de la Exposición, insignificante al lado de los de París. Un museo anatómico inferior al de nuestra Facultad de Ciencias Médicas. La galería de bellas artes, que contiene en materia de artes bellas puras reproducciones en yeso, y fuera de estas, una colección de historia natural sin importancia.

—

He visto una verdadera curiosidad, un pedazo del tronco de un árbol de California, Wellingtonia Gi-

gante, cuyo diámetro era de 41 piés, casi 14 metros; la cáscara solo tiene un espesor de 75 centímetros. Pero este ejemplar no estaba en el museo sino en uno de los invernáculos de Lincoln Park.

—

El *Union Stock Yards*, es un mercado en el cual caben 25.000 vacas, 100,000 chanchos, 22.000 ovejas y 1,200 caballos: total 148,200 animales vivos, con el alimento necesario para varios días.

—

La ciudad es recorrida por toda clase de vehículos; tramways tirados por caballos ó movidos por cables; el vapor y la electricidad, forman el principal medio de trasporte. En algunos *boulevards* no se permite la circulación de tramways. Bien hecho, nosotros deberemos sacarlos de nuestras principales calles.

ESTADOS UNIDOS—CHICAGO O MAS BIEN COSAS ARGENTINAS Y COSTUMBRES NORTE-AMERICANAS.

No somos tan pobres.

No sé si por el desarrollo á la distancia de una de las formas del patriotismo ó por otra causa, me he dado á reflexionar hoy, recorriendo los sitios atractivos de esta ciudad, en que si nosotros quisiéramos darnos un poco de trabajo, mirando por nuestros intereses y nos propusiéramos imitar á los europeos y norte-americanos en su afán de mostrarlo y ponderarlo todo, nuestra figura como personas poseedoras de cosas dignas de verse, no sería de las últimas.

El conjunto de edificios, bombas, aparatos y demás enseres de Chicago para la provisión de agua es pobre en comparación de nuestras instalaciones; aquí no hay ni filtros ni depósitos; todo se reduce á alzar y repartir el agua como se encuentra en el lago.

Nuestra biblioteca pública es tan rica y tan cu-

riosa como muchas de las muy ponderadas en Europa y en este país.

Nuestro museo si no tiene obras de arte, tiene obras de la naturaleza, de fama universal. En diversos museos, el bagaje se compone de pocas piezas originales, otras iguales á las de los demás y reproducciones en yeso, de las obras célebres: las Vénus, los Luchadores, el Gladiador muriendo, el Apolo, el Antinoo, Ariadna, Laocon, Hércules y Toro Farnese, Endimión, Mercurio y cuanto personaje conocemos. Cada vez que entro á un museo, me dá gana de dirigirme á las reproducciones, darles la mano y preguntarles cómo les ha ido desde nuestro último encuentro. De la puerta ya veo á Laocon, retorciéndose de dolor, á un Apolo con su cara de mujer y á la Milo amputada, mirando á sus compañeros de yeso, con sus ojos serenos y orgullosos.

¡Fácil nos sería tener todo esto, aun cuando mucho de ello no sea de mérito!

La galería de bellas artes de esta ciudad solo contiene reproducciones.

Siguiendo mis reflexiones me he puesto á enumerar lo que nosotros podríamos mostrar á los extranjeros, con tanto ó más derecho que aquel con el cual ellos nos muestran sus curiosidades, y he formado así de improviso, una pequeña lista tan numerosa como otra cualquiera de ciudades norteamericanas ó europeas.

Por ejemplo yo diría:

«Los sitios, monumentos y particularidades que ningún viajero debe dejar de ver en Buenos Aires, son los siguientes:

«El museo, rico en ejemplares de animales antediluvianos.

«Las obras del puerto.

«El establecimiento de bombas, depósitos y filtros de agua de la Recoleta.

«La torre de toma en frente de Belgrano.

«La torre de distribución de agua filtrada.

«El sistema de cloacas y conductos de desagüe, el más perfecto y completo del mundo.

«La casa de Gobierno, un espléndido palacio á pesar de sus defectos.

«La catedral, las iglesias de San Francisco, Santo Domingo, la Merced, San Ignacio, etc.

«La estación del ferro-carril del Sud.

«El cementerio de la Recoleta, con algunos buenos monumentos y otros de valor histórico.

«El parque de Palermo.

«La colección zoológica del parque.

«Los invernáculos y criaderos de plantas.

«El departamento de Agricultura.

«Los hipódromos.

«Las estaciones de tramways.

«Los teatros, más cómodos, mas lujosos y más

grandes que los de la inmensa mayoría de las ciudades europeas

«La penitenciaría, una de las mejores cárceles conocidas.

«La casa de la Corte de Justicia y Tribunales federales.

«La estatua de San Martín.

«Las plazas, á las que solo les faltan algunos árboles para llamarse parques como en Europa.

«La casa de la Policía.

«La escuela Normal de Mujeres.

«La casa de la Facultad de Medicina.

«El hospital de Clínicas.

«El nuevo hospital de Mujeres.

«Los monumentales edificios de las escuelas primarias.

«La casa de la Facultad de Derecho.

«Los bancos.

«Varias casas particulares con derecho á ser llamadas palacios.

«Las calles Callao, Florida y Santa Fé.

Y mil otros edificios objetos y sitios de interés.

Lo enumerado sin embargo, basta para sostener la comparación con los edificios, paseos, monumentos é institutos análogos de ciudades reputadas, señalados con gran aparato á los viajeros.

A más, después de haber recorrido casi toda la

Europa y gran parte de la América del Norte, afirmo que antes de un siglo, Buenos Aires será, salvo un cataclismo, la más grande ciudad de la tierra y una de las más célebres por su comercio, su industria, su riqueza, su lujo y sus elementos de instrucción y de cultura, consistentes en colecciones científicas y artísticas modernas.

En cuanto á establecimientos industriales, estamos en verdad en los principios; no obstante, algunos pueden ser señalados con muy dignos de recibir la visita de los extranjeros y merecer un justo elogio; por ejemplo: las fábricas de carne helada, los saladeros, las carpinterías mecánicas, las cervecerías y varias manufacturas de merecida reputación.

Desgraciadamente ni la más insignificante guía existe para dirigir al extranjero en sus excursiones.

En cuanto á instituciones estamos un siglo adelante de la Europa.

Si alguna vez en la práctica se falta á la letra y espíritu de nuestras leyes y principios fundamentales, ello no invalida nuestro adelanto en la materia. Errar es propio del hombre; pero cuando yo veo la absoluta ceguedad de los europeos respecto á nuestra forma de gobierno y su aplomo para hablar de república sin darse cuenta aún de aquello más vulgar y más común entre nosotros, me reconcilio hasta con nuestras más lamentables faltas.

Respecto á los caracteres de nuestra población opino ahora de un modo muy favorable para nosotros.

Los argentinos son cultos y elegantes por naturaleza; generosos y desprendidos, caballeros en el fondo y en la forma, altruistas, benéficos y entusiastas; un poco rumbosos y precipitados es cierto, pero nobles en general.

La intelijencia media es superior á la de cualquier otra nación de la tierra.

Nuestros hombres públicos serían verdaderas notabilidades en un escenario más grande.

Nosotros nos insultamos y deprimimos sin escrúpulo y solamente cuando viajamos hacemos comparaciones cuyos resultados nos reaniman.

Hay sin embargo un punto delicado en nuestro modo de ser como nación que se presta á los más sérios ataques, dejándonos en la imposibilidad de hacer honradamente la menor defensa. Este punto es la administración de justicia en lo criminal. La impunidad de los hechos más horrorosos, espanta á los extranjeros.

En realidad las penas de nuestros códigos para los asesinos no existen sinó escritas. La lentitud de los procesos, por un lado, y las sociedades de señoras por otro, con sus pedidos de clemencia en favor de los más grandes bandidos, mantienen viva esa llaga social, favoreciendo y alentando á los criminales.

Cuando me han hablado en varias partes sobre este punto me he visto obligado á confesar el hecho inexcusable, y á recurrir á un sofisma para explicar tan monstruoso proceder.

«Los sentimientos también se enferman, he dicho, y la impunidad de los asesinos en la República Argentina, es una enfermedad de la beneficencia.»

Pero si bien las mujeres entre nosotros echan á perder la justicia criminal, con su conmiseración mal entendida y su solicitud peor aplicada, mucho debe perdonárseles por haber tanto amado como dicen los Evanjelios y por su distinción, su gracia y su hermosura.

—

Aquí en Norte-América las mujeres gozan de una libertad sin límites y ejercen toda clase de profesiones. Son taquígrafos y escritores en máquinas; trabajan en los talleres y viajan solas.

En Nueva York nos encontramos con la familia del Dr. Ayer, médico tan conocido y reputado en Buenos Aires. La niña es una preciosa jóven de diez y siete años. Con ella mantuvimos el siguiente diálogo:

—A dónde van ustedes ahora, nos preguntó.

—Vamos hasta Chicago, respondimos, y daremos la vuelta por Niágara y Boston.

—Yo también voy por esos lados añadió.

—Con su mamá y su papá, suponemos.

—No, voy sola á visitar á unas amigas.

—Ah!

Pocos días después, en Washington, yendo en un carruaje al Observatorio Astronómico por un camino bastante malo, oímos una voz conocida que venía de atrás. Dimos vuelta y vimos venir en un tílbury liviano, á la linda muchacha, sola, conduciendo su vehículo llena de contento. La esperamos, conversamos un momento y oimos de su boca rosada y bonita esta increible noticia. «Me voy dentro de pocos días al Far West á conocer el país». Se iba sola, naturalmente.

Así las niñas desde su más tierna edad se habitúan á dirijirse por el camino de la vida, dueñas de su libertad y responsables de sus actos.

Las maestras de escuela feas, que parecen hombres por su extructura y su instrucción académica, defendidas por su falta de atractivos, pueden en mi opinión recorrer el mundo sin acompañante responsable, sin peligro, no causando extrañeza su proceder; pero sorprende que una criatura llena de seducciones se arriesgue á soportar los inconvenientes y hasta peligros de un viaje en lejanas tierras, entregada exclusivamente á sí misma.

La experiencia muestra, sin embargo, salvo, excepciones la inocuidad de este modo de ser.

Algunas jóvenes viajan con sus novios sin el menor escrúpulo ni miedo al qué dirán.

—

Pronto saldremos para Niágara, á ver la Cascada. De allí le daré cuenta de mis impresiones.

Me voy de Chicago con el sentimiento de no dejar ningún paragua. En cambio dejo un baúl hecho pedazos y lo abandono con sentimiento, pues ha sido mi compañero y depositario de mi ropa durante muchos meses. Era un baúl ruso, comprado en San Petersburgo. Ha viajado conmigo por media Europa, ha estado en Jerusalem y en Egipto. Lo han estropeado bastante en esas andanzas, pero ha necesitado venir á Norte-América para sufrir los más rudos y brutales golpes.

En Buenos Aires los peones son bastantes torpes con el bagaje de los pasajeros. Los europeos no lo hacen mal en esto de estropear baúles. En Inglaterra especialmente los tratan sin el menor miramiento. Pero todo ello es una pura delicadeza comparado con la salvaje grosería y rudeza sin ejemplo empleadas en las estaciones de ferrocarril de la república modelo.

Mi baúl ha sido reducido á polvo y astillas por la aplicación del tratamiento norte-americano.

—¡Hasta en eso es inimitable esta gran república!

ESTADOS UNIDOS—NIAGARA—LA CATARATA—IMPRESIONES—GEOLOGIA—EL PORVENIR.

Dios hace algunas cosas buenas, sin consultarnos.

Si se hubiese tomado el trabajo de existir, era correcto ir á darle las gracias por la notable obra de arte llamada Niágara.

No he visto ni espero ver escenario más fantástico y más real.

¡Qué hermosa barbaridad esta de la cascada!

Nadie se ha atrevido á describirla.

Un poeta, muy relleno de palabras, conocedor de todas las de su idioma y de las extrañas, vino á este paraje con el propósito de pintar sus impresiones, y después de visitarlo detenidamente, sacó su lápiz y su libro de apuntes donde sólo se atrevió á escribir este mal plagio:

«Vine á ver,
Pensé escribir,
Pero estoy mudo.»

Podíamos observar que los mudos escriben, ó pueden hacerlo si saben, pero aceptemos la metáfora.

¿Se han fijado ustedes alguna vez en las llamas de una hoguera, en las de un montón de leña ó carbón ardiendo en una chimenea?

¿Han notado la invariable variedad y la uniforme desemejanza de las lenguas de fuego?

Cuanto uno más las mira, más diferentes aparecen y cuanto más uno se fija, más igual, idéntico y estable se muestra el cambio de sus figuras y colores.

Igual efecto hacen las olas del mar.

Observen ustedes el movimiento de las aguas. Las olas se reproducen con una identidad invariable y se cambian con una variedad infinita.

¡Siempre la misma cosa diferente!

¡Nunca la misma cosa siempre igual!

Esto es una contradicción pero yo no tengo la culpa.

La naturaleza sugiere estas impresiones de variedad y de persistencia al mismo tiempo, siendo una prueba de ello que el espectador jamás se cansa de mirar la llama de una hoguera ni las olas del mar.

Además estos dos fenómenos se parecen á los aspectos de la vida cuyo espectáculo tenemos constantemente en la conciencia y en la mente.

Todo pasa siempre igual y siempre diferente: el mismo conflicto con otro escenario ó el mismo es-

cenario con otro conflicto, siendo la resultante cada día, una dósis idéntica de amargura para el sujeto viviente que va corriendo sin tino tras de una sombra hasta desbarrancarse como las aguas del Niágara, en el precipicio de una tumba.

Nadie tendrá jamás una imájen real de estos fenómenos psicolójicos si no contempla esta cascada.

El mismo ruido atronador se reproduce segundo por segundo; el mismo olor de agua de torrente; la misma forma en las curvas, en la espuma, en el vapor, en las cortinas líquidas jigantescas; el mismo color blanco, lechoso, diáfano ó transparente y cristalino.

Y ruido, forma, color y perfume de tierra humedecida, variando con violenta prisa y reclamando del espectador mayor tiempo para percibir los detalles que huyen y los detalles que vienen, las figuras que pasan y las figuras que subsisten siempre sin cambiar una sola vez.

El espectáculo de la cascada absorbe y entretiene.

Mientras la mira el espectador tiene la sensación de haberla visto antes y de verla por primera vez.

No se cansa uno de contemplarla y está cansado desde el primer momento, sin poder apartarla de su vista.

A cada átomo indivisible de tiempo, se espera ver una transformación y solo se nota la continuidad asombrosa.

Si uno se dá vuelta ó se distrae, cuando vuelve á mirar el espantoso torrente, encuentra una novedad, y si continúa mirando, le parece no haber visto otra cosa desde los primeros dias de la vida.

Ningún fenómeno en la tierra, produce semejante efecto.

Un minuto basta para satisfacerse con el espectáculo, y diez años seguidos no son suficientes para adquirir una impresión acabada!

Los habitantes de Niágara, ven cada día la cascada, como una novedad, en tanto que los viajeros encuentran en su conciencia la resurrección de un hecho eterno, antiguo, sin principio ni fin.

Aquí se tiene la idea del vacío y del universo, de la eternidad y del tiempo, todo á la vez.

La sugestión de la grandeza es inacabable. La duración sin fin parece corta y su pasaje rápido, infinito.

La vida entera no basta para ver la cascada y un minuto sobra.

Entiendan ustedes esto como quieran, ó no lo entiendan, pues yo tampoco lo entiendo.

Verdad es que yo no he entendido jamás nada de lo referente á sensaciones ó sentimientos. La

inteligencia cuando se mete á analizar cosas ajenas á su departamento, no dice sino disparates.

—

Un poco de geología no les estará de más á ustedes para distraerse de la política y de las finanzas.

Dios creó el mundo de la nada. Nadie lo vió crearlo, pero una vez inventado el dato, es cómodo admitir su realidad.

Sacó los continentes de las aguas é hizo otras varias hazañas allá en tiempos remotos.

En cuanto al valle del Niágara y á los planos actuales de los lagos grandes de Norte América, tuvo á bien tenerlos primero debajo del mar.

Así lo demuestran los fósiles marinos de esas rejiones.

Despues hizo levantar un tanto el continente, pero habiéndose equivocado en un detalle, volvió á poner una parte de él en salmuera. Más tarde resolvió lo contrario é hizo surgir de nuevo la plataforma de los lagos; estos se instalaron escalonados y el río Niágara que corre entre el Erie y el Ontario tomó vida, yendo á precipitarse en el mar, antes de la formación del lago Ontario.

El mar, ante tal agresión se retiró prudentemente, dejando una playa tremenda. El lago Ontario viendo la playa vacía, tomó posesión y se instaló en ella.

Entre esta playa y la plataforma había una diferencia de nivel muy grande, marcada por un corte á pique á la altura de Queenston, ó Lewiston por el lado norte-americano, como á siete millas de la cascada actual.

Tenía esta barranca una altura doble de la que hoy tiene la cascada.

De esto hace próximamente treinta mil años, cifra correspondiente á la primera juventud en materia jeolójica.

Las aguas del Niágara representantes del exceso de agua de los lagos superiores, continuaron precipitándose por la barranca de Queenston y llenando el lago Ontario, el cual á su vez se descargaba y continúa descargándose por el río San Lorenzo en el mar Atlántico, un mar cuyo solo nombre me marea.

Dios, en su infinita bondad había querido obsequiar al mundo con una formidable caída de agua, pero no tuvo presente sin duda que la formación subyacente de río Niágara, estaba constituida por capas de diferente dureza y espesor, dispuestas con cierta inclinación ó pendiente hacía el oríjen del Niágara.

¿Qué resultó de eso? Vamos á verlo.

Mencionan los escritores tres cascadas; éstas forman probablemente una sola en Queenstons. En realidad no hay sino dos separadas por la Isla de la

Cabra, Goat Island, aun cuando todavía se continúa hablando de tres.

En las diferentes épocas el río debe haber formado á veces una, á veces dos, tres ó quizás más según los desgastes de la barranca.

Antes de la caída de una gran plataforma ó meseta ó punta ó promontorio de roca conocida ya en nuestros dias, la cascada se dividía en tres partes: la Americana y otras dos, desde la Isla de la Cabra hasta la costa del Canadá.

Ahora, la roca divisora ha desaparecido y solo quedan dos cascadas propiamente; la del lado americano y la del Canadá, llamada Horse Shoe ó sea Herradura de caballo, por su forma asemejada por la imajinación á ese artefacto.

En el lado americano una pequeña Isla, Luna Island, deja entre ella y otra isla grande, Goad Island, una estrecha cinta ó pequeña caída de agua separándola de la cascada mayor, pero esto es un accidente pasajero en mi opinión y como la cinta es tan angosta, no tiene derecho á figurar como cascada aparte.

Bien pues, en Queenston toda el agua del río debió pasar junta arrojando al precipicio y de una altura desconocida, si bien más de cien metros seguramente, la masa líquida representada por estas cifras, variables según las lluvias:

Caudal que arroja actualmente por minuto la Cascada Americana...	pies cúb.	150.000.000
Id id la del Canadá.....	»	1.350.000.000
Total.....	»	1.500.000.000

¡Mil quinientos millones de piés cúbicos por minuto!

Calcúlese el trabajo mecánico de semejante fuerza!

La parte inferior de la barranca fué comida, disgregada y transportada por las aguas; la parte superior sin apoyo, sometida á la presión del río se desmoronó en seguida y sus pedazos fueron arrastrados por la corriente. Este fenómeno se repitió mil y mil veces y continúa repitiéndose por el mismo mecanismo, dando así por resultado la retirada de la catarata y la formación del canal entre el sitio actual de ella y Queenston, canal lleno de saltos y de un fondo pendiente sobre el que corren las aguas en forma de torrente, con una velocidad prodigiosa, constituyendo los llamados *rápidos inferiores* de la catarata.

Así, durante miles de siglos, el Niágara ha hecho el trabajo de excavación en la roca más ó menos dura, fraguándose un canal de siete millas de largo.

Como por la disposición de las capas en pendiente, ni la parte superficial ni la profunda son siempre de

la misma resistencia, la marcha retrograda de la catarata no ha sido regular, ni la excavación ha podido conservar la línea recta.

A causa de esto último se han formado en el trayecto curvas más ó menos acentuadas, donde las aguas hacen remolinos furiosos de los que el objeto flotante que entra, solo por accidente sale. Uno de estos remolinos es célebre por su tamaño y por el terrible movimiento de sus aguas.

He dicho que el retroceso de la cascada no ha sido regular. Tomando el término medio del desgaste de la roca, unos calculan en noventa centímetros por año y otros en treinta solamente, la marcha hacia el lago Erie.

La altura de la caída de agua ha disminuido por las mismas causas y se halla reducida á poco más de la mitad, comparando su estado actual con el de la época en que se verificaba el derrame en la barranca de Queenstone ó sea en las alturas de Lewiston.

La fuerza del agua y por lo tanto su trabajo mecánico, ha disminuido también y tomando estos hechos en cuenta, puede deducirse que en las futuras edades, la gran cascada, hoy asombro del mundo, será convertida en un *rápido*, semejante á cualquiera de los actuales, los que en realidad son pequeñas cascadas.

El río seguirá comiendo su propio lecho entre la

cascada y el lago Erie, según algunos opinan, hasta llegar á este lago, teniendo entonces lugar en la comarca una tremenda inundación al vaciarse toda el agua del Erie y parte de la de los otros que comunican con él.

Tal suposición es inadmisible. Antes de ser eso posible, habrá desaparecido la cascada ó se hará impotente para llevar adelante el trabajo de excavación, por estas razones:

1° Porque cada año la altura de la caída disminuye, tanto por la disposición de las capas subyacentes del río Niágara cuanto por la acumulación en su lecho, debajo de la cascada, de los enormes trozos de roca que caen.

2° Porque dada esta disminución y la tendencia del lecho á tomar una pendiente uniforme en el trayecto recorrido desde la cascada hasta el lago Ontario, la fuerza de las aguas será insuficiente para cortar las nuevas capas de piedra dura que su corriente encuentra.

3° Porque calculada la disminución de altura ya medida en el espacio de siete millas, y teniendo en cuenta la distancia que hay entre la actual cascada y el lago Erie, sobra extensión para obtener un lecho de pendiente casi uniforme, según la escala de la disminución ya señalada.

La distancia entre el lago Erie y el Ontario es de 36 millas.

La del lago Erie á la Cascada de 22 millas.

La de Queenston á la Cascada 7 millas y la de lago Ontario á Queenston otras siete.

La diferencia de nivel entre el lago Erie y el Ontario es de 336 piés; esta pendiente no uniforme es recorrida por el Niágara con las velocidades correspondientes á los desniveles siguientes:

Del lago Erie á los Rápidos, antes de la Cascada, 15 piés.

En los Rápidos, 55 piés.

En la Cascada 161 piés, término medio, pues la altura en todos los puntos no es la misma, siendo mayor en la parte del Canadá.

De la Cascada á Lewiston en frente de Queenston 98 piés.

De Lewiston al lago Ontario 7 piés.

El Niágara corresponde á un sistema de desagüe para la gran plataforma de los lagos Superior, Michigan, Huron, St. Clair y Erie que por su medio mandan el exceso de sus aguas al Ontario, situado abajo de Queenston; el cual á su vez por el río San Lorenzo, echa las suyas en golfo del mismo nombre y por ende en el mar.

Una pregunta ocurre naturalmente. ¿Qué se han hecho los materiales sacados por el torrente en su excavación de 7 millas y en una altura media de más de doscientos piés?

Han sido destrozados y transportados al mar.

Los materiales blandos han cedido á la fuerza de las aguas y se han pulverizado; la roca dura y la piedra caliza se han quebrado primero y gastado despues por el frote.

Las grandes moles que caían al precipicio, rodaban poco á poco, hasta los rápidos inferiores, movidas ya sea pór el torrente, despues de socavar el sitio de su asiento, ya sea por la espuma comprimida ó digamos aire encerrado en agua, ya en fin por el hielo, fuerza poderosa, como se sabe.

El agua al aumentar su volúmen helándose entre dos moles, las separaba y envolviéndolas disminuía su peso que se hacía liviano para los furiosos torrentes, al comenzar los deshielos.

Durante el invierno las corrientes acumulan montañas de hielo á los lados de su curso más violento y la cascada presenta una variedad de aspectos en que el cristal, la espuma como tul amontonado, quieta y escarchada y las aguas con su color natura. defendidas del frío por su movimiento, se disputan el premio de la eterna belleza.

Mañana seguiré dándole otros datos sobre esta preciosa sección de la tierra.

ESTADOS-UNIDOS—NIAGARA—NUEVOS ASPECTOS

Un ojo situado á diez ó doce metros de altura sobre el nivel de las costas del rio Niágara, un poco hacia abajo de la Cascada norte-americana y en la línea media de la corriente (la intersección de tres líneas determina la situación de un punto en el espacio—Geometría analítica) vería en este incomparable pedazo de la tierra el paisage que tengo dibujado, muy mal, sea dicho de paso, en una hoja de mi cuaderno.

La gran catarata en frente, hacia la izquierda las dos caídas norte-americanas y á la derecha, en la costa canadiense, otra pequeña.

Más allá el rio viniendo como una furia y constituyendo los *rápidos* superiores que son otras nuevas cascadas; las islas en diferentes puntos resistiendo á las montañas de agua, los puentes pequeños en el lado norte-americano y hacia abajo en dirección al mar, las aguas tranquilas primero, después de su tremenda caída, los rápidos inferiores más espantosos aun que los de arriba y por fin los puentes atrevidos sobre el profundo precipicio.

El paisage se completa con los bosques lejanos y la preciosa ciudad de Niágara llena de árboles, flores y edificios elegantes.

Una vez llegado el viajero al pueblito puede emprender la excursión á la Cascada y entonces siguiendo el mejor camino encontrará todos los puntos interesantes en el orden que van á ser indicados.

El puente de Goat Island, entre la costa americana y la isla ya mencionada. Del medio de este puente se goza de la asombrosa vista de los rápidos superiores donde el torrente viene atropellándose para precipitarse en el abismo.

La isla del baño, á la cual conduce la primera parte del puente de Goat Island y en la que antes hubo un molino de papel. Es una isla pequeña, bonita; parte de un sistema de islas chicas que se vé en la vecindad, destinadas á durar un momento. Se halla entre estas una llamada de los *Amantes* no sé por qué causa; cada cochero cuenta sobre ella historias ó novelas diferentes.

Pásase en seguida por el mismo puente á:

Goat Island, antes muy grande, hoy reducida en su tamaño, probablemente dejará de existir en tiempos no muy remotos, ya sea por la desaparición de la cascada norte-americana y la unión de la isla á la tierra firme, ya por la acción de las aguas. Su nombre le viene de haberse criado en ellas algunas cabras.

Luna Island, pequeña islita limitando ya con la catarata mayor norte-americana.

De Goat Island se baja por una corta escalera y pasando por un puente ligero, echado sobre la cinta de agua que va á formar la pequeña cascada, se encuentra uno en la Isla de la Luna, llamada así por que de sus bordes, rodeados de una baranda para evitar desgracias, se ve el más bello arco-iris lunar que sea posible ver. Muchos opinan que Luna Island es el mejor punto para contemplar el espectáculo de las cascadas y accidentes del paraje.

Escalera de Biddle—Volviendo de Luna Island á Goat Island se baja por una interminable escalera vertical, construida con el dinero de Biddle, un distinguido norte americano, á la famosa:

Cueva de los vientos, antro hecho por las aguas de la cascada en la parte media del corte á pique. Es necesario ponerse una capa impermeable y zapatos de goma para penetrar en la cueva. Una vez adentro el espectáculo es aterrador. La cueva tiene como 20 metros por 30 y 50 en las otras dos dimensiones. Brama el viento en la excavación de un modo atronador; una lluvia recia se proyecta en todas direcciones; la espuma y el polvo de agua ahogan, y para mantenerse en pié sometido á tantas presiones contrarias, es preciso apoyarse en la roca. La causa de estos fenómenos es la compresión que

el torrente ejerce en el aire encerrado y la proyección de la parte de agua que salta al chocar con las piedras. Mirando hacia afuera, se ve una espesa cortina semi-transparente formada por el gigantezco chorro.

El ruido en el interior de la caverna ensordece; silba y cañonea el viento, cruje la espuma al deshacerse y palmotean las aguas chocándose con las rocas. Los golpes y truenos en cualquiera de las antesalas del Infierno han de ser menos espantosos.

Saliendo de la caverna todavía puede uno procurarse el lujo de otra novedad. Caminando como se puede, se llega á un sitio desde donde, cuando hay sol, se ve, rodeando la caída de agua, un arco iris circular, completo, único en el mundo y visible solo en este paraje; su nombre debía ser *circo iris* pues forma una circunferencia entera.

Luego se va hasta el frente de la cascada y se presencia el momento terrible en que la formidable masa líquida llega al término de su caída, golpeando con indescriptible violencia el agua ya caída que la recibe abriéndose en un hoyo profundo de cuyos bordes se proyectan nubes de vapor, volúmenes de espuma y pelotones de gotas, salpicando un gran espacio. Quien haya estado aquí una vez, no olvidará jamás sus sensaciones.

Cerca de este sitio un individuo llamado Sam

Patch, saltó al rio desde la altura de más de treinta metros y repitió con éxito su peligrosa prueba. Queriendo ejecutar saltos análogos en otra parte, al dar uno de ellos encontró la muerte.

Ascendiendo por la escalera de Biddle y siguiendo por la costa de Goat Island hacia la gran cascada, pisando el terreno debajo de los árboles, en el cual cada palmo tiene un recuerdo se llega á

Terrapin Rock, saliencia de la roca, vecina ya al centro de la catarata mayor, dentro de sus dominios, puede decirse. El torrente ha traido y amontonado allí muchos trozos de roca que los encargados de Goat Island han ligado con barras de hierro para hacerlos resistir á la corriente. En este punto hubo antes una torre llamada Terrapin tower, desde cuya altura se veía un paisaje único en el mundo. La torre ha sido destruida, no por el río, sino por una confabulación de vecinos, so pretesto de inseguridad. Ahora quedan solo terrados y plataformas ligadas á la parte más alta de la isla por escaleras perfectamente construidas.

La vista de Terrapin Rock constituye la ambición de los viajeros. Todo lo anterior es poco al lado de esto. Estamos en frente de la Herradura, considerada como la Cascada canadiense, aunque en parte es Norte-americana. De aqui se vé á lo lejos hacia el oríjen del río, sus aguas relativamente tran-

quilas y más cerca, enfureciéndose poco á poco, hasta que en los rápidos superiores canadienses se convierte todo en un tumulto espantoso; las olas saltan se retuercen, se enroscan y se encrespan, mandando su espuma á los cielos; la furia aumenta; la velocidad de la corriente es de 28 millas por hora; el aire se estremece con el ruido formidable y la masa entera tranquilizándose en apariencia un momento, como para tomar fuerza antes de su terrible salto, se arroja por fin, como vaciándose del océano al insondable abismo. Las corrientes se han aproximado al centro atropellándose en el medio para pasar primero por el ángulo donde su profundo espesor les hace tomar un color verde unido, pulido, brillante como esmeraldas fundidas cayendo en un enorme crisol. A los lados las capas menos gruesas conservan su color, y abajo, cuando mil quinientos millones de pies cúbicos de líquido, llegan cada átomo inapreciable de tiempo á chocar viniendo de los espacios siderales, con el agua ya caída y muerta por el golpe, una orgía de espuma, de vapores, de chispas y de olas, se levanta del fondo como para anunciar una horrenda catástrofe.

Las rocas del abismo se estremecen, se conmueven ó giran sobre su asiento; un ruido de cañones y truenos lejano se siente y la tormenta continúa tremenda, eterna, perdurable, ensordeciendo y espantando.

La luz entre tanto venida del cielo azul ó nublado juega con las olas en su tránsito vertijinoso, sacándoles arco-iris, copos de brillantes, tules con lentejas de plata, mantos de púrpura y cortinas de esmeralda ó lápiz-lázuli.

—

En frente de Terrapin Rock en la costa canadiense se hallaba hasta hace pocos años Table Rock, una plataforma avanzada sobre el canal del río después de la cascada. Allí estuvo Dickens, nuestro conocido y sentimental escritor y allí escribió su frase tan repetida por los visitantes del Niágara, afirmando que a impresión de la belleza recojida en el divino escenario no se borraría de su mente mientras su corazón continuara pulsando.

La roca y Dickens yacen ahora en la tumba.

Yo he estado sobre los restos de la gran meseta, casi en el centro del río debajo de la cascada, y mirando las rocas resistentes á la furia de las olas y á las agresiones de la nieve en invierno, se me ocurría atribuirles un sentimiento de encono que las obligaba á no alejarse y á provocar las iras del temible causante de su caida.

—

Alejándonos de Terrapin Rock y siguiendo por la costa lindante con los rápidos canadienses á través del paisaje más encantador llegamos á

Las tres hermanas, Three Sisters Islands, situadas cerca del otro extremo de Goat Island. Son tres pequeñas islas ligadas con la grande por medio de puentes, debajo de los cuales corre el torrente formando cataratas. Las tres hermanas son, durante los ardientes días de verano, un hermoso y fresco paseo á donde van las novias norte-americanas ó extranjeras, los poetas y los melancólicos á decir y pensar mil idilios. De ellas se vé venir como para arremeter al expectador las olas quebradas de los rápidos, se oye su rumor uniforme y eterno, se contempla el descenso del río y el inimitable paisaje que en cualquier lado se muestra; y á la sombra del follaje de los árboles que están en pié ó sobre los troncos de los ya caídos, se pasa en revista todos los acontecimientos de la vida, al son de la música del río y de las notas veladas del viento.

Luego, si el viajero no es realmente un tonto, pasea toda la Isla de la Cabra, un precioso parque con grandes árboles y accidentes bellísimos. Hecho el paseo se vuelve á pasar el puente de Goat Island, y se va á ver las cascadas desde..... .....

Quedémosnos hasta mañana en Prospect Park.

NORTE-AMÉRICA—NIAGARA—PROSPECT PARK—VAPORCITOS VALIENTES—PUENTES SOBRE EL ABISMO—LOS RAPIDOS—EL REMOLINO—ASCENSORES Y FOTOGRAFIAS—DEBAJO DE LA GRAN CASCADA—EL HERVIDERO—LA VILLA NIAGARA.

Quedábamos, como usted recordará, en el paseo urbano llamado *Prospect Park*, un paseo en uno de cuyos extremos la autoridad del pueblito de Niágara ha construido una plataforma especialmente dedicada á las cascadas. Está provista de asientos y de una buena baranda. Allí se tiene á dos pasos la gran cascada norte-americana y á la vista otras dos, la costa canadiense y los puentes.

Prospect Park es un paseo en el cual se ha reunido todo cuanto pueden apetecer los habitantes del pueblo para su solaz y diversión. Hay fuentes luminosas, jardines, grupos de árboles grandes, sitios para juegos atléticos y un pabellón para la música; todo alumbrado con luz eléctrica.

Además allí está la estación del tren inclinado por el cual se desciende hasta el lecho del rio abajo de las cataratas para tomar un pequeño vapor, el

New Maid of the Mist, *Nueva Doncella de la Niebla*, heredero del anterior llamado La Doncella de la Niebla, que fué lanzado en los rápidos tripulado por tres hombres bajo la dirección del intrépido Robinson, ante mil espectadores, verificando así la más portentosa hazaña que jamás hombre alguno haya llevado á cabo con éxito. La Doncella de la Niebla después de haber sido juguete de las terribles fuerzas en los rápidos, entró en el famoso remolino llamado Whirpool con algunos destrozos, entre ellos la pérdida de su chimenea, pero la tripulación se salvó y el buque tuvo la gloria de navegar donde ninguna otra embarcación navegó jamás.

El vaporcito actualmente en servicio, ha sido como el anterior construido en el sitio y no saldrá nunca del lecho del río en su sección semitranquila. Pasean en él los viajeros yendo hasta muy cerca de las cataratas, sin peligro, pero no sin susto. Pueden también ser transportados á la costa del Canadá, pero es mejor ir por el:

New suspensión bridge, nuevo puente colgante, para carruajes y jente de á pie. Este puente, uno de los más largos del mundo, quizá el más largo de su clase, y sin quizá en la opinión de los vecinos de Niágara, fué destruido durante una tempestad. Poco antes de caer y cuando ya sus amarras estaban cediendo, un médico llamado al Canadá por un en-

fermo grave, lo pasó, escapando como por un milagro á la muerte. No puedo decir otro tanto de su enfermo, pues no sé si salió con vida de manos de su médico como este de los tramos del puente.

Hay otros dos puentes más en el Niágara rio abajo de las Cascadas, en los cuales los trenes pasan lentamente para permitir á los viajeros contemplar la escena en circunstancias particularmente favorables.

Uno de estos puentes es colgante y tiene dos secciones una encima de la otra. Por la de arriba van los trenes; la de abajo sirve para carruajes y caminantes; se llama: *Rail way suspension bridge* y es admirable visto de abajo, sobre todo en el momento en que lo atraviesan trenes, carruajes y otros vehículos.

El otro se llama: *Cantilever bridge*, por la forma de su construcción. Ha sido hecho por dos compañías de ferro-carriles y tiene dos vías.

Los tres puentes son obras de gran mérito y lucen mucho por su excepcional posición.

En New suspensión bridge, el primero que he nombrado, la vista de las cascadas es insuperable.

Antes de atravesar al Canadá nosotros fuimos á ver los rápidos desde el lado americano, los designados bajo el nombre de Rápidos del Remolino, Whirpool rápidos y el Remolino mismo, Whirpool.

¡Qué cosa tremenda! Desde las alturas de la barranca convertida en un bosque divino, por un ferro-carril inclinado cuyos vagones son alzados y y bajados por la fuerza del mismo torrente gracias á un mecanismo ingenioso, se desciende hasta las orillas de los rápidos.

El punto de observación está como á dos millas de las cascadas; allí el agua se encajona y si se concibe que pasan mil quinientos millones de piés cúbicos en un estrecho canal de gran pendiente y que este canal tiene en su extremo bajo, un recodo en ángulo recto, el Whirpool, se tendrá idea de la infernal lucha de fuerzas.

Las olas saltan unas encima de otras, se atropellan con furia, elevan sus crestas muchas veces á cinco ó seis metros de altura, ruedan en el abismo y ofrecen el espectáculo de una borrasca loca de elementos dementes y encolerizados.

El Whirpool, ó Remolino recibe esta avalancha y la mece, revuelve, bate y golpea entre sus muros, haciéndola girar por de bajo ó por encima de sus corrientes circulares, martirizando las olas, enfureciéndolas más y arrancándoles bramidos salvajes.

Tan grande es el conflicto de fuerzas que el remolino contrariando la ley del nivel de las aguas adquiere la forma de un segmento de esfera.

Las aguas perseguidas por la corriente circular

hirviendo en borbotones, consiguen por fin escaparse rio abajo por un estrecho canal que parece impropio para su pasaje.

No se sabe cuál masa se escapa primero si la recién llegada de los rápidos ó la que llegó mucho antes, pues á veces se ha visto flotar los cuerpos en el Remolino durante tres meses.

La garganta porque pasa el Niágara desde el Remolino hacia la planicie del lago Ontario es tan angosta que uno puede lanzar una piedra desde Norte América hasta Inglaterra, es decir, desde el lado norte americano hasta los dominios del Canadá.

Volviendo de los Rápidos y atravesando el rio se visita de nuevo esos mismos Rápidos, viéndolos bajo otro aspecto no menos interesante, pues según la hora del dia los efectos son más apreciables en uno ó otro lado del terrente por la diferente dirección de los rayos del sol.

El punto elegido es el llamado *Whirpool Rapids Park. Parque de los Rápidos del Remolino.*

A la orilla del torrente se baja por un ferro-carril inclinado muy ingenioso. Hay dos vías, por una sube un coche mientras baja otro por la contigua y la traslación se verifica por medio de un peso de agua. El vagón que está arriba recibe en un depósito su carga que lo obliga á descender y á levantar el de abajo; en llegando á su término infe-

rior vacía su agua y se encuentra en aptitud de ser levantado por el otro que ya ha recibido la suya.

Una casa de fotografía se ha establecido en la explanada en frente de los Rápidos. Allí nos hicimos retratar sobre un fondo de olas y de espuma de indescriptible belleza.

Volviendo por el mismo lado á las cascadas nos encontramos con un ascensor establecido en el sitio ocupado antes por Table Rock y con un establecimiento provisto de ropas impermeables, curiosidades para venta y fotografías hechas en la misma casa.

Nos pusimos el grotesco vestido, quedamos convertidos en figuras estrafalarias y ridículas y bajando por el ascensor, fuimos por un sendero y túnel practicado en la roca, hasta debajo mismo de la Cascada grande, la famosa Herradura.

En aquel socabón se repiten la orgía de los ruidos, los truenos, las ráfagas de viento, las lluvias torrenciales y el fragor de los elementos.

La luz se vé al través de la espesa cortina de agua que cae en tumulto, como cristal líquido hirviendo á deshacer las peñas en el fondo del abismo.

Todavía tengo la sensación de aquella escena y me reconozco un mérito en haberla presenciado; soy dueño de una impresión más que no sentirán nunca los que no hagan el viaje á Niágara y bajen á estos sitios de belleza infernal.

Vueltos al mundo vimos de abajo y por su lado externo la cortina que nos había tenido encerrados, la Herradura en todos sus detalles y después de vagar un poco por los escarpados senderos en la orilla del lago formado por el agua cansada de su salto, desmayada ó muerta por el golpe, de subir á los últimos restos de la Table Rock, fuimos por el ascensor á hacernos retratar en traje de Cascada, pues tal operación es inevitable y pasaría por loco el que la rehusara.

—Nada nos falta en este sitio? pregunté al guía.

—Si, señor, falta ver el *Hervidero* ó la *Fuente hirviente*.

Fuimos á ver la nueva maravilla.

La Tradición dice que esta vertiente fué objeto de culto de los indios, y yo lo creo aun cuando lo diga la Tradición generalmente tan embustera.

Los empresarios de la fuente la han colocado en un cuarto oscuro, de paredes negras; han rodeado su boca con un cilindro hueco y tienen á mano antorchas, fósforos y bujías para hacer los experimentos.

Apenas encerrados los curiosos en el cuarto, el maestro de ceremonias toma una antorcha y alumbra el interior del cilindro en cuyo fondo se ve el agua hirviendo en apariencia y soltando un gas (hidrójeno sulfurado).

Introduciendo un poco más la antorcha, esta se apaga naturalmente, antes de tocar el agua. Lo mismo sucede con bujías, fósforos ó maderas encendidas.

El manantial está constituido, pues por agua saturada de gases de orígen volcánico, que los deja escapar presentando el aspecto del agua que hierve.

Este local hace parte del establecimiento donde están la fotografía, el vestuario para la cascada y las tiendas de objetos curiosos.

La casa es linda, nueva, elegante y alegre. Arriba tiene un salón desde cuyas ventanas se ve toda la comarca inclusive las cascadas, puentes, villas é islas.

—

Me parecería una injusticia no hablar un poquito siquiera de la villa del Niágara.

He visto aquí dos fábricas de papel, una muy grande. La razón de la instalación de estas fábricas es, parece, la comodidad y ventajas que ofrece el Niágara.

La villa ó ciudad está muy orgullosa de sus cascadas, de sus industrias y de su comercio bastante extenso en realidad y se pone más vanidosa aún, cuando ve el encanto de los extranjeros con la naturaleza del paraje.

Nosotros podemos decir que no hemos pasado

mejores días en ninguna parte del mundo. Esto es un paraiso, un encanto, una sublimidad, un pedazo de tierra en que cada palmo ofrece una novedad y un atractivo. Jamás la naturaleza me ha hecho tan viva y tan intensa impresión de felicidad.

Pero falta otro párrafo acerca de las legítimas vanidades de Niágara; el de las proezas, las hazañas, las leyendas, las muertes, los suicidios y las locuras.

Lo escribiré antes de irme á Boston.

NORTE-AMERICA—NIAGARA—MAL EMPLEO DE DONCELLAS—ACCIDENTES, SUICIDIOS Y HAZAÑAS.

No solo en el Paraiso Terrenal han ocurrido desgracias que llora todavia la humanidad, deplorando la invitación de Eva y la aceptación de Adam á comer la manzana, hecho que, á pesar de las desagradables consecuencias, trasmitidas por la historia, no ha enseñado á los hombres á privarse de manzanas, con lo cual queda demostrado que la historia no sirve para nada.

Aquí también en este Paraiso los habitantes se atreven á comer manzanas y muchos jóvenes de ambos sexos, como consecuencia de su predilección por la fruta prohibida, han ido á sepultar su cuerpo y su amor en las aguas del torrente.

Otros sin comerlo ni beberlo han tenido la misma tumba.

Era costumbre entre los indios echar á las Cascadas una ó más doncellas por año para impedir las elecciones inopinadas del rio, quíen á veces se llevaba un padre de familia, una viuda con muchos hijos ó al único carpintero ó herrero de la tribu.

Tales accidentes repetidos, hicieron creer á los indios que el Padre de las Aguas, así era llamado el Niágara, necesitaba ahogar algunas víctimas cada año y más valía ofrecérselas voluntariamente que esperar su elección.

La ceremonia era tierna y sublime.

Elegida la doncella destinada al sacrificio, se la vestía de blanco el dia designado, se le ponía una corona de flores del aire y se la colocaba en una canoa blanca, llena de rosas, jazmines, diamelas y azahares. La canoa con su preciosa carga era lanzada en los rápidos arriba de la Cascada y un pueblo entero entonaba un himno de júbilo cuando la doncella caía en el precipicio.

Tocó una vez la suerte á la hija única de un guerrero distinguido en la tribu, huérfana de madre, la que había sido muerta por otra tribu enemiga.

La joven era el consuelo y la sola esperanza de su padre, como también el único vínculo que lo ataba á la tierra. Cuando le fué comunicada al anciano la noticia de la honra que le cabía á su hija de ser sacrificada al Espíritu de la Cascada, no protestó ni mostró la menor alteración.

Llegado el dia de la ceremonia, la doncella lanzada en su blanca canoa iba ya cerca de la Catarata, cuando se vió hender las aguas de los rápidos á otra canoa blanca también donde iba un anciano; era el

padre de la doncella que alcanzó á fundir en una sola mirada la de su hija de despedida y la suya propia de sacrificio.

Las dos canoas cayeron en la cuenca insondable y se perdieron en el torbellino.

Por esta vez el Espíritu de la Cascada debió quedar satisfecho, lo que no le ocurría con frecuencia, pues algunos años no contento con una doncella, mostraba su mal humor comiéndose la roca de su propio lecho, ó haciendo otros destrozos y era necesario ofrecerle nuevas víctimas.

Los novios de las doncellas tan mal aprovechadas, no quedaban contentos como se comprende y celosos del rio iban á buscar en sus corrientes, las vírgenes prometidas con una abnegación digna de mejor suerte.

Y fueron estos los primeros suicidios en el turbulento despeñadero.

Después, los hechos lastimosos han sucedido por distintas causas en que la locura ha tenido su mejor parte.

Algunos dramas tiernos y mortificantes han sido efecto de la casualidad.

Una familia paseaba en la Isla de la Luna. Había entre los paseantes una niña de tierna edad, bella como el satélite que dió su nombre á la isla é inteligente como Minerva. Un jóven amigo del

padre la tomó en sus brazos y queriendo jugar con ella le dijo «te voy á echar al rio.» La niña tuvo una convulsión de espanto y se escapó de las manos del jóven cayendo en la corriente. Este, apenas la vió caer, se arrojó tras de ella y los dos, en un segundo pasaron la Cascada arrebatados con furia indecible. Sus cuerpos se encontraron más tarde. El de la niña en la Caverna de los vientos, el del jóven en los Rápidos, aguas abajo,

Dejo á los sentimientos paternales y maternales la apreciación de la desesperación de los que presenciaron la tragedia.

Dos hombres en otra ocasión tomaron un bote en la costa superior á las cascadas. No se les vio más, pero más tarde se descubrió uno de ellos asilado sobre un trozo de roca saliente entre los rápidos. La población se puso en movimiento; soltaron botes, cuerdas, balsas, trozos de madera y cuanto podía servir de salvación al náufrago y dos ó tres veces estuvo este á punto de salir de su asilo. Por fin en un último esfuerzo cayó en el agua y desapareció en un segundo.

Innumerables suicidios, acccidentes y crímenes han ocurrido en todos los años. Solo recordaré unos cuantos.

Dos amantes se escaparon de sus casas con fines honestos; así se llama á la barbaridad de contraer

matrimonio. Para que la huida fuera más decente acompañaba á los novios un hermano de la joven. Llegados á Niágara y queriendo gozar de las delicias de Goat Island, los fugitivos tomaron un bote que bien pronto fué barrido por la corriente yendo los dos amantes á pasar su luna de miel en la eterna morada. La historia no dice nada del testigo.

Un matrimonio fué á tomar el fresco en las Tres islas hermanas. El marido volvió solo de su paseo, contando que su mujer por beber agua con la mano, había caido en el torrente. La esposa era bellísima. Su cuerpo se encontró al poco tiempo en el Remolino y dicen las gentes que la fisonomía de la joven conservaba todavía los rasgos de su hermosura y de una sublime resignación.

Entre los que han caido en los rápidos hay algunos que se han salvado.

El famoso Robinson, conductor del vaporcito *La Doncella de la Niebla* á través del Remolino hasta el lago Ontario, ha sacado de las aguas ó de las rocas á muchos, conservándoles la vida.

Algunos suicidios han tenido lugar precipitándose los perpetradores, de New suspensión bridge ó de otras alturas.

A estos hechos luctuosos y salvaciones milagrosas debemos añadir las hazañas llevadas á cabo en Niágara por intrépidos personajes.

Blondin ha pasado en un cable varias veces de una á otra costa sobre el precipicio. Una vez lo hizo con zancos.

La Spelterini ha hecho la misma proeza.

Otro equilibrista se descolgaba atado por una cuerda de caoutchuc desde la mitad de la maroma, se sumergía en el furioso elemento y volvía á subir gracias á la elasticidad de su atadura. En cierta ocasión casi se ahogó, con lo cual se le quitaron las ganas de bañarse de nuevo en forma tan extraordinaria.

Por fin el capitán Webb el famoso nadador, el primero del mundo, quiso poner el último florón á su corona de hazañas y tratando de atravesar los Rápidos del Remolino, encontró la muerte un minuto después de su fatal sumersión. El cuerpo del imprudente nadador fué á dar vuelta en el Whirpool hundido y levantado por las fuerzas en lucha, hasta que ellas mismas lo empujaron fuera de su jurisdicción. A los cuatro días hallósele en el rio cerca de Livingston.

—

Curioso es el medio empleado para conocer el grueso del agua al pasar el borde de la cascada mayor.

Un buque declarado inservible para la navegación y que calaba diez y ocho piés, fué condenado á servir de explorador.

Cargado con suficiente lastre se le soltó en la parte superior del rio y se le vió pasar la Cascada sin tocar con su fondo la roca, hecho del cual se dedujo que el agua en la cresta ó márgen del precipicio tenía á lo menos un espesor de veinte piés.

—

El pueblito del Niágara ha aprovechado hábilmente de su rio.

De los rápidos superiores se ha construido un canal que concluye por un túnel al llegar á la barranca de los rápidos inferiores.

En este canal el agua en abundancia corre con gran velocidad y su fuerza sirve de motor á varios mecanismos que por medio de cables y correas, trasmiten el movimiento á las maquinarias de algunos talleres y fábricas de la vecindad, realizándose así una notable economía en el costo de los objetos manufacturados.

He sido un poco extenso al hablar de esta localidad, pero no he querido guardarme para mí solo el conocimiento de tan ponderado paraje.

ESTADOS UNIDOS—BOSTON—SUS ATRACTIVOS, SUS RELIQUIAS HISTÓRICAS Y SU AMOR POR LAS HIPÉRBOLES.

He procedido esta vez como un tonto; y no es la primera en mi vida—lo reconozco—Pero la reciente tontera merece consignarse por increible y porque merced á ella hemos llegado á media noche á Boston hemos conocido Bufalo y hemos renegado como unos ángeles.

Nuestro boleto de Niágara estaba dividido en dos partes. Debíamos venir en un tren hasta Albani cambiar allí coche y seguir á Boston por otra línea.

Yo no ví el boleto y me bajé en Búfalo sin pasárseme por la imaginación que me equivocaba.

Por supuesto, he declarado culpables de mi percance al guarda-tren, al maquinista y á todos los compañeros de viaje, por su indiferencia y su descuido en no avisarme que mi boleto era para Albani. ¡Tan natural en la índole humana es buscar el causante de nuestros propios errores cuando lo tenemos á la mano!

Boston es una de las ciudades más bonitas de Norte América. Está dividida en varias partes: la vieja Boston, East Boston, South Boston, Dorchester, Roxbury, Charlestown, Brighton y West Roxbury.

East Boston ocupa una isla y no está ligado con puente á Boston propiamente dicho como lo están algunas de las otras partes incluyendo á más á Cambridge.

Hay tres ó cuatro calles que se llevan la palma por el lujo de sus tiendas y sus buenos edificios. En una de ellas se han establecido todos los zapateros del mundo, constituyendo la más grande manufactura que haya en ciudad alguna en ese ramo.

Common Park se ha hecho campo en el centro más nutrido de la población y corta la variada monotonía de los negocios con sus bellas colinas, sus lagos, sus árboles y praderas.

Cuando tendremos algo semejante en Buenos Aires! Common Park es una delicia. Sale uno del laberinto de los barrios comerciales y se encuentra inmediata y repentinamente bajo los árboles como si estuviera en un bosque. Allí la población se derrama hora por hora y circula por las avenidas, sube á las pequeñas colinas ó recorre la costa de los lagos, descansando, respirando aire puro y refrescando su sangre con las brisas perfumadas.

Los norte-americanos tan prácticos y tan trabajadores han hecho de los parques una necesidad vital y sacrifican grandes extensiones de terreno donde cada metro cuadrado vale muchos pesos, para procurarse aire, sombra y frescura.

Gozar un momento, aunque solo dure el tiempo empleado en atravesar un jardín ó una arboleda, es para ellos una ocupación imprescindible. Así prolongan la vida y robustecen su constitucíon desde niños.

Cuando comparo estas ciudades con nuestro Buenos Aires tan destituido de todo factor de salud y de agrado, me entristezco.

Quisiera tener el poder necesario para expropiar quince ó veinte manzanas en el mismo corazón de la ciudad y convertirlas en bosques y jardines.

Tengo la convicción de que semejante medida sería económica, pues la población con menos almacenes y tiendas que alquilar en el centro y también menor valor en los alquileres, tendría en compensación más salud, más larga vida y mayores elementos de trabajo y producción.

Si pensáramos cuán económico es no enfermarse, seríamos menos avaros de nuestra tierra urbana.

En Boston no se han contentado con un parque en el centro de los negocios; eso les ha parecido poco y al lado de Common Park, han establecido un

precioso *Jardín público*, con lagos, naturalmente, donde circulan todos los días y durante todas las horas de sol, unas embarcaciones originales llamadas aquí y en otras partes, *Lohengrin*, movidas por un mecanismo semejante al de los velocípedos; estas embarcaciones figuran un Cisne nadando, un enorme cisne blanco, dentro del cual vá el conductor; los paseantes se colocan en pequeños bancos delante del cisne, bajo un toldo muy limpio y bien ideado.

Nosotros dimos un paseo por el lago en compañía de ocho criaturas con sus respectivas niñeras.

Varias estátuas adornan este jardin; entre ellas una erijida en honor del «Eter Anestésico». Digo así, porque las inscripciones no hablan de los descubridores, ni aplicadores del medicamento, sino de la introducción de él entre los procedimientos médicos.

Una de las inscripciones dice que la aplicación se hizo por primera vez en *Masshopital*, en Boston, hace como cincuenta años; no recuerdo la fecha.

Hablando con el Dr. Gould á quien ví con mucho gusto el mismo día de la llegada, le decía:

—Vea Vd si los médicos son desgraciados; la única estátua conmemorativa de un hecho científico de nuestra profesión, que se encuentra aquí, no es la del médico á quien se debe el descubrimiento.

—No lo han hecho de intento, me respondió: la

inscripción omite los nombres para evitar reclamos, porque sobre este descubrimiento hay la siguiente anécdota: Cuando se quiso fijar el nombre del descubridor, tres personas reclamaron los honores ú otras los reclamaron para ellas. Parece que un dentista aplicaba el éter en su estudio y que un médico conociendo el hecho de la supresión del dolor, preguntó á un amigo del dentista qué sustancia empleaba—Eter, le contestó el interpelado. Poco despues el médico aplicó el eter en una operación en el hospital. Ahora bien.

Los partidarios del dentista sostienen que él fué el descubridor.

Los del amigo interpelado, que este fué el verdadero y genuino reformador, pues sin su noticia el médico no habría usado el eter.

Y por fin los partidarios del médico, que á él le corresponde el honor, pues él fué quien hizo primero la aplicación de donde tomó origen la práctica, importando poco cómo se apoderó de la idea.

Pues bien, para cortar disputas, el monumento conmemora el hecho y nada más.

—No me parece justo, repliqué—más lo sería contar el cuento en la inscripción poniendo los tres nombres con la referencia correspondiente á cada uno y que el público juzgue!

Públic garden contiene la estátua de Washington,

como todas las ciudades de cierta importancia en Norte América, y la de Edward Everet.

Donde quiera que Vd vea aquí una estátua sin nombre, tenga por seguro que es de Washington. Hay Washingtones en todas partes, hasta en los patios y salas de las casas particulares.

Lincoln, comienza sin embargo á luchar ahora con Washington y muchas toneladas de bronce y marmol han sido empleadas en modelar su interesante figura.

—

Cerca de estos parques está *State House* con su gran cúpula dorada y sus dos cstátuas de Webster y Horacio Mann en el frente. Nada tiene de muy particular ni bello este edificio, á no ser sus reliquias históricas.

—

Public Librery contiene 480.000 volúmenes, un departamento de lectura y otro para la circulación de libros en la ciudad. Esta repartición es muy importante. Diariamente concurren cientos de personas principalmente mujeres, en procura de novelas. Sus colecciones clásicas son de gran interés.

—

La galería de bellas artes, detenidamente visitada por el infrascrito, ofrece una notable colección de obras maestras de estatuaria, reproducidas en yeso.

Allí están todos los bajos relieves del Partenón, bien ordenados y también muchas estátuas de este templo y otras de la antigua Roma. La colección de cuadros y varias curiosidades, joyas, vestidos, muebles y adornos, ocupan la parte superior del edificio. Algunos de los cuadros son notables. Recuerdo tres: Uno representando un fraile que lee un libro mientras muchos cortesanos se inclinan hasta el suelo saludándolo sin que él parezca apercibirse de su presencia; lleva esta inscripción «Una eminencia gris». Otro, medio cuerpo de mujer desnuda visto de perfil, una verdadera perfección. Y un cuadrito pequeño muy atractivo por el tono de los colores y el dibujo; representa una mujer sin más vestido que su propia piel.

—

La casa de correos y Sub-tesorería es un grande edificio cuya pieza principal ocupada por la Tesorería hace recordar por sus dimensiones y decoración á las de nuestro Banco Hipotecario ahora casa de la Suprema Corte.

—

Faneuil Hall rivaliza en interés con Independence Hall de Filadelfia. Llámanle la Cuna de la libertad; fué erijida por Peter Faneuil, un hugonote; contiene su retrato y reliquias históricas. El piso bajo sirve para tiendas y almacenes, pues también el comercio

es histórico en Norte América. Su gran salón, cuando nosotros lo visitamos, presentaba un aspecto animado; había sido convertido en un bazar complicado con restaurant. Cien jóvenes vendían gorras, camisas de niños, canastitas, helados y costillas á la milanesa, á vista y paciencia de los retratos de los fundadores de la independencia y celebridades americas. Todos estos personajes parecían tener gana de salirse de sus cuadros y hacerse servir más de una costilla ecuatorialmente montada por un par de huevos fritos.

—

Otro casa histórica de la cual no habla «Appleton's General Guide», es *Memorial Hall*, conocida por nuestro cochero, quien nos hizo visitarla y nos proporcionó la ocasión de ver los retratos de los ya mencionados personajes, las fotografías de Boston antiguo, una prensa de imprimir de Franklin (tenía dos á lo menos, según parece, pues otra vimos en Washington) y á más una acta impresa en papel amarillo donde se contaba los títulos de aquel sitio para llamarse Memorial Hall.

Preciso es advertir que en cualquier parte por estos mundos hay un *Memorial Hall* y como prueba aquí vá otro:

—

Old South Church, casa de gran interés histori-

co; allí se reunían los héroes de la Independencia y estuvieron también los ingleses.

Ahora es un *Memorial Hall*, lleno de reliquias y retratos.

Es muy feo este Memorial Hall, parece una barraca; pertenecía cuando hacía las veces de iglesia á una corporación religiosa la que la cedió por sus antecedentes para su objeto actual, pero como no podía la corporación quedarse sin iglesia y no quería abandonar su tradición de nombre, construyó otra en distinto barrio y la llamó «New old South Church» es decir: *Nueva vieja* Iglesia del Sud». En esta asistimos, de puro entrometidos, al servicio religioso y oimos divinos cánticos sin acompañamiento de órgano á veces, música encantadora compuesta de voces femeninas y masculinas admirablemente combinadas y de un timbre delicioso.

—

También nos entramos en Trinity Church, una de las iglesias más bellas de U. S. ricamente decorada y muy concurrida. Oimos cantos agradables y un sermón desagradable, cuyo tema era esta proposición poco consoladora. «Los malos serán castigados alguna vez, aun cuando no lo sean en este mundo, donde generalmente gozan de mil ventajas».

—

Son innumerables los grandes y costosos edificios

públicos y particulares de Boston. Muchos son nuevos y se construye actualmente otros.

Puede darse como característico en las ciudades de los Estados Unidos el cuidado del pueblo por la erección de monumentos grandiosos para sus oficinas públicas. En todas partes la Aduana, el Correo, la Municipalidad y los Museos, son monumentos de arquitectura moderna y de gran costo, en los cuales los acensores han hecho inútiles las escaleras.

Subiendo una de ellas, llena de polvo y abandonada, me pareció oirle este monólogo al hacer crujir la madera reseca de sus escalones:

«Aquí estoy yo de más, nadie sube ni baja por mí; los ascensores me han muerto; dicen que me tienen para casos de incendio, pero ni eso les creo; si tal fuera su intención, no habrían hecho el edificio á prueba de fuego. Mi única esperanza para salir del aislamiento en que me hallo, es que los médicos declaren pernicioso el uso del ascensor, como lo creo positivamente.»

—

Los medios de locomoción en Boston son muy variados. Los tranways eléctricos unen muchos de los alrededores al centro; se mueven tomando la electricidad de un cable colocado en las calles como los hilos del telégrafo, por medio de una vara mantenida en presión por resortes.

—

Los hijos de Boston son un poco dados á la metáfora y á la hipérbole. *Amuchan* los hechos históricos y los hacen valer con nombres fáciles y vivaces. La *Matanza del Pueblo* por ejemplo fué uno de los hechos más explotados en tiempo de la guerra con los ingleses. Y saben ustedes lo que es la *Matanza del Pueblo?*

Unos cuantos negros se pusieron á tirar bolas de nieve, piedras y otros proyectiles á los soldados de una guardia; estos irritados al último, hicieron fuego y mataron *tres* negros, nada más que tres, pero como era necesario levantar el espiritu público, á este hecho le llamaron «The Boston massacre» como en francés para el mayor éxito.

La *Tea Party* es otro hecho con un nombre orijinal como se vé. Llegó un buque inglés cargado de té y algunos bostonianos inquietos, se fueron á bordo y destruyeron el cargamento. El motivo del acto era comercial, no se quería la introducción de la mercadería, pero el efecto fué político y precipitó los sucesos.

Así Boston con metáforas, hipérboles y nombres de facil retención, referentes á hechos de poca trascendencia en sí, contribuyó poderosamente á poner el país en pié de guerra, distinguiéndose después en muchas circunstancias por la parte gloriosa y á veces heróica que le cupo en la lucha.

ESTADOS UNIDOS—CAMBRIDGE—SU UNIVERSIDAD—UN PASEO CON EL DR. GOULD—CONVERSACIÓN SOBRE PESOS Y MEDIDAS—CRÍTICA DEL SISTEMA MÉTRICO.

Con un verdadero gusto he dado un abrazo al doctor Gould, en su propia tierra donde sin duda no esperó verme. Hemos hablado largamente de todo, en su casa en Cambridge.

Un tramway eléctrico nos ha conducido á esa ciudad. Mr. Gould nos esperaba en una esquina, como un simple mortal, y nos ha mostrado la Universidad compuesta de un sinnúmero de edificios separados, siendo cada uno destinado á una función especial.

Lo más interesante para mí ha sido el edificio central llamado *Memorial Hall*, con su gran vestíbulo lleno de inscripciones y sus vastos salones donde se dá lecturas y se celebra conferencias. Este mismo edificio sirve de club á los estudiantes; allí comen y pasan el tiempo. Los gastos de mantenución son cubiertos con el producto de la suscrición entre todos; cada uno paga su cuota mensual y por

este medio tienen una comida sana y barata, gozando además de la vida en común por mayor tiempo, lo que tanto contribuye al estímulo científico al estrechamiento de los vínculo de amistad y á la conservación del espíritu de cuerpo.

Vista la Universidad, fuimos á almorzar á la casa del Dr. Gould, conociendo su excelente familia. El Dr. Gould vive ahora patriarcalmente, descansando un poco y ocupándose solo de terminar la publicación de los datos recogidos en el Observatorio de Córdoba, obra que estaría ya concluida, si hubiera recibido del Gobierno argentino los fondos necesarios.

El Dr. Gould, para no suspender la publicación, ha tenido que adelantar una suma relativamente fuerte, de su bolsillo, rechazando ofertas que le han sido hechas por corporaciones científicas, de suministrar ellas los elementos necesarios, mediante algunas condiciones, siempre con la esperanza de que el descuido por parte del gobierno sería pasajero.

Un largo paseo en carruaje con el sabio astrónomo y su adorable hija, nos ha proporcionado la ocasión de conocer los alrededores de Cambridge, admirar sus parques, recorrer las diversas pequeñas ciudades agrupadas en el paraje y examinar los grandes reservatorios de agua entre los cuales recordaré el de Brookline.

Durante el paseo nuestra conversación ha versado sobre política, sobre instituciones y sobre pesos y medidas ¡quién lo creyera!

Gould hace esfuerzos porque se adopte en su país el sistema métrico decimal y me decía que se oponía á esa adopción la rutina ó costumbre y también la dificultad de obtener un acuerdo entre los Estados.

—Pero eso es materia de legislación nacional, le observé.

—No sé, me respondió, considero que el congreso no obraría prudentemente dictando una ley de carácter general.

—Pues yo á mi vez, le repliqué, no entiendo cómo semejante ley pueda ser dictada por los Estados. ¿Corresponde ó no á la nación sancionar el código civil?—Sobre esto no hay duda y es materia civil cuanto concierne á pesos y medidas pero como no hay ni puede haber contrato civil sin ellas sería curioso que un Estado se opusiera á la reglamentación de las transacciones, reglamentación cuyo carácter es esencialmente general para cada nación, so pena de caer en la confusión más espantosa.

—Parece que no lo comprenden así las cámaras nacionales, repuso el Dr. Gould, pues no han dictado ni piensan dictar semejante ley.

—Y ustud cree, pasando á otra faz de la cuestión, que el sistema métrico es el mejor.

—Si, el mejor de los que ahora se emplea; es el menos arbitrario.

—Pero es muy defectuoso.

—¿Cómo es eso?

—Sí, un sistema que no ofrece cociente exacto para las divisiones más elementales, para las primitivas diré, para las que verifican aún los que no saben dividir, es un sistema insanablemente malo. Las divisiones elementales son por 2 por 3, por 4 y el sistema decimal no tiene en su base ni tercera ni cuarta parte. No sé por qué rutina increible los sabios que organizaron ese sistema tomaron por base diez unidades, como lo hicieron los que comenzaron á contar por los dedos, sin más motivo que tener diez dedos. Si los hombres hubieran tenido doce dedos estábamos salvados y tendríamos un sistema métrico duodecimal cuya base daría cociente exacto dividida por 2, por 3, por 4, por 6, y sus múltiplos por otras cifras.

—Si pero no tendríamos la división por 5.

—Una ventaja contra cuatro, y 5 es menos elemental que 3 y 4.

—Entonces á usted no le satisface el sistema métrico?

—Ni á usted tampoco, mi querido Dr. Gould, ¡Cuántas veces en sus cálculos habrá echado al diablo al sistema, desesperado de su falta de exacti-

tud y obligado á manejar diez ó más decimales. Recuerde cuán fastidiosas son las fracciones contínuas y cómo, aun cuando uno se aproxime á la más grande exactitud, jamás llega á la verdadera.

—Bien, pero la aproximación infinitesimal equivale á la exactitud.

—No equivale, siempre hay que tomar en cuenta las diferencias y sobre todo para llegar á una conveniente aproximación, usted necesita calcular manejando ejércitos de cifras, haciendo un trabajo pesado, perdiendo el tiempo y esponiéndose á equivocarse; no es lo mismo multiplicar 2 por 3 que 0,014,579,152,285 por 29,459,382,576,102.

—Yo también preferiría tener un sistema de numeración cuya base fuera 12.

—Naturalmente. Vea usted, yo les encuentro razón á los ingleses en su resistencia á cambiar su moneda pues la libra esterlina, producto de 12, por 20 tiene una infinidad de factores siendo divisible exactamente por 2, por 3, por 4, por 5, por 6, por 8, por 10, por 12 por 15 y por 20 mientras que 100 no es divisible sino por 2 por 4 por 5 por 10 y por 20.

—No dirá usted lo mismo del absurdo sistema de pesos y medidas inglés y nuestro, supongo.

—Hagamos excepción de la milla, que representa un minuto, en los grados del círculo, medida muy cómoda para los marinos; pero yo hablaba solo

de la moneda y ni siquiera del valor, sino de la división. Si la libra esterlina fuera más chica y valiera 20 francos por ejemplo, el chelin un franco y el penique fuera la duocécima parte de un chelín como ahora, la vida sería más barata en Inglaterra.

—Es verdad, los precios de las cosas siguen á la unidad de moneda. En fin, con todos sus defectos el sistema métrico es infinitamente mejor que el nuestro y estoy casi seguro de que pronto será adoptado. La Inglaterra también lo adoptará; algun dia se le hà de gastar ese espíritu de rutina.

—No lo creo, no ve usted lo que sucede con la libra y la guinea; no hay tal guinea en ninguna parte ni inglés que no mida sus precios por esa moneda mitológica.

—Ah, en cuanto á eso no son rutineros sino prácticos, la guinea vale 21 chelines y pasa más cómodamente un precio unitario que uno compuesto por esa cifra estrafalaria de 21 chelines. El comprador no se asusta de una guinea y sí de 21 chelines preguntándose ¿porqué 21 señor?

Durante esta discusión casi se durmieron nuestras dos acompañantes, nosotros perdimos de ver paisajes deliciosos y la cuestión de los pesos y las medidas no adelantó nada; pero yo tuve el placer de lucir mi erudición aritmética ante un maestro tan competente como el Dr· Gould quien además tuvo

la exquisita galantería de escucharme con paciencia cuanto le decía sobre asuntos que él conoce mejor.

¡Quién sabe si en la República Argentina mi amable amigo hubiera procedido así! Los deberes de la hospitalidad lo obligaron en este caso, pues él es mucho más conversador que yo y ya lo hemos visto sumamente parco.

Nos despedimos, con mucho sentimiento, del doctor Gould, este excelente amigo á quien desearía ver de nuevo en nuestro país feliz y contento.

En Cambridge, se aburre un poco, lo sospecho á pesar de sus comodidades, de su vida tranquila, de su completísima biblioteca compuesta casi en su totalidad de obras de astronomía, y por fin á pesar de la veneración, respeto y cariño con que lo tratan sus compatriotas.

ESTADOS UNIDOS--EN NUEVA YORK DE VUELTA--HOSPITALES---LADIES EXCHANGE—HUDSON RIVER — ULTIMOS DATOS—UNA CONVERSACIÓN SINCERA.

Otra vez estamos en Nueva York; hemos venido embarcados en parte del camino. Los buques de los ríos en Norte América son verdaderos palacios donde el viajero tiene todo cuanto puede desear. El viaje es una fiesta contínua; hay música y baile, cenas, comidas y camas comodísimas en cuartos separados para los que no desean pasar la noche danzando, cantando, comiendo, bebiendo ó conversando.

Según nuestra regla invariable, perdimos á bordo un paraguas, no mío, yo ya no tengo, sino de mi compañera de viaje. Nos lo robó la negra camarera con más arte y gracia que un ladrón griego. Ojalá le sirva para no quemarse más.

La navegación de vuelta de Boston á Nueva York es encantadora.—Uno puede apreciar haciéndola, el inmenso progreso de toda la comarca y la colosal industria de la gran ciudad norte-americana.

Como en nuestra primera permanencía aquí no pudimos verlo todo, hemos continuado nuestras excursiones.

La señora de Pearson nos había presentado al Dr. Emmet, una notabilidad médica, y una carta me había puesto en comunicación con el Dr. Weisse profesor de anatomía y autor de un tratado de esta rama de la medicina, notable por su método, la admirable idea que lo preside, su bella impresión y excelentes láminas y sobre todo por la calidad inapreciable de tratar las materias según la necesidad intelectual del estudiante, pues cada página responde á lo que el lector ha deseado al leer la anrior. Tengo el libro y me propongo hacerlo adoptar en nuestra escuela para facilitar el estudio de una de las partes más difíciles y penosas de las ciencias médicas.

Los dos profesores me sirvieron mucho en mis investigaciones acerca de los hospitales y laboratorios.

El hospital de Bellevue es un establecimiento inmenso; caben en él 800 enfermos; tiene dos pisos y varias reparticiones, entre ellas una especial para los afectados de delirium tremens. Se halla situado á la orilla del Rio del Este, y su anfiteatro, sala de autopsias y depósito de cadáveres, están sobre el mismo rio, de tal manera que las aguas de lavado de

estas piezas caen á él, denunciando una imprevisión increible. En el depósito de cadáveres, el dia de nuestra visita había veinte, encerrados en sus cajas y próximos á embarcarse en apariencia para el otro mundo, en los buques vecinos al anfiteatro.

Este hospital en general me pareció un tanto descuidado.

Vi en cambio otro cuyo lujo no tiene igual en el mundo; el New-York hospital, á cargo de una sociedad. Las salas tienen piso de mosáico de madera limpio, rico y lustroso; en los pasillos del medio y cerca de las puertas, hay macetas de flores que se renuevan diariamente; las camas son lujosas; toda la vajilla de los enfermos es como la de cualquier casa acomodada; cada repartición tiene su servicio completo. La sala de niños no parece pieza de hospital; cada niño tiene sus juguetes apropiados á sus gustos; uno de ellos se había dormido abrazado de una muñeca y enternecía verlo. Algunos piden que los entierren con su juguete predilecto según me dijo la cuidadora. La sala de operaciones está primorosamente dotada de cuanto aparato é instrumento útil se ha inventado y la luz la innunda por todas partes. Un servicio completo de lámparas eléctricas portátiles recibe su aplicación durante las operaciones de la noche. Otra repartición del establecimiento que fué antes, en parte, una gran

casa particular de un propietario rico, contiene el museo patológico del hospital, el archivo en libros encuadernados con el expediente de cada enfermo y una biblioteca digna de cualquier ciudad,

El departamento de baños corresponde á lo descrito, pero lo que escapa á toda ponderación es la organización de las ambulancias. En el distrito que les está destinado se hallan las caballerizas, los coches y las camillas; cada coche tiene una dotación completa de aparatos, instrumentos y medicamentos para las primeras curaciones. Además, como todo debe andar á vapor, los arneses están suspendidos de tal manera que con solo tirar una cuerda caen y ensillan el caballo, este, apenas oye la campana de alarma, sale por sí solo de su pesebre y se coloca entre las varas del coche para recibir los arneses: La educación de los caballos y el arreglo de aparatos hace que en medio minuto la ambulancia esté pronta para salir. Solo falta en este hospital que los enfermos se curen sin ver al médico y que las drogas vayan por sí mismas al estómago de los pacientes.

He visto todos los hospitales de importancia de la Europa y afirmo que ninguno de ellos está á la altura del de Nueva York en cuanto á lujo y comodidad.

—

Hay aquí una tienda de ropas y adornos de género

llamada *Ladies Exchange.*– Yo quisiera ver cien iguales en Buenos Aires. El sistema de la casa consiste en recibir de cualquier familia ó señora sus labores y venderlos por cuenta de la dueña, mediante una módica comisión. Infinidad de personas decentes ganan su vida sin informar al público de que *trabajan para la calle* como decimos nosotros.— Así hasta la falsa vergüenza se evita y hasta las más distinguidas señoras, inclusive las que no necesitan vivir de su trabajo pueden obtener un precio por sus labores, lo que es una verdadera satisfacción. Ladies Exchange no admite factura que no tenga el orígen indicado y su surtido puede competir con el de las tiendas más bien provistas.

—

Hemos hecho una excursión por el Rio Hudson, el Rin norte americano, como le llaman. Trabajo le ha de costar al Rin ser mejor que el Hudson y dudo mucho que los castillos históricos, viejos y en ruinas de las orillas del Rin sean más lindos y pintorescos que las casas de campo y otras construcciones admirablemente colocadas en las márgenes del Hudson.

Fuimos hasta Newburg en uno de los palacios que navegan los ríos aquí; visitamos la graciosa villita llena de paisajes y jardines y vimos como es de regla *Head Quarters,* ó sea el cuartel general del

inmortal Washington, situado en medio de un bonito parque y convertido ahora en un museo donde se muestra desde las espuelas hasta el paraguas del gran de hombre ó de alguno de sus compañeros. Por cierto, las botas, las armas y los uniformes militares destruidos por la polilla ó por el tiempo abundan allí.

Mientras mi compañera leía las proclamas de Washington ó calculaba el tamaño de los piés de sus soldados por las dimensiones y peso de las botas exhibidas, yo me puse á leer el reglamento del museo y no me pesa haberlo hecho. En él encontré este artículo: «Es formalmente prohibido poner los piés sobre los bancos ó sobre las mesas y otros objetos de este recinto» y confieso que este dato semi-oficial es el único documento que ha destruido mis dudas respecto á si era ó no era una costumbre nacional la de poner los pies encima de los objetos destinados á otro uso.

Para volver tomamos el vapor que venía de Albani y llegó al muelle con una puntualidad admirable Estos vapores tienen calculada su marcha como la de un reloj, atracan y largan en un minuto, sin la menor pérdida de tiempo y jamás experimentan demoras, á menos de ocurrirles algún accidente por fuerza mayor. Una orquesta y un buen restaurant contribuyen á dar amenidad al viaje.

—

No he querido dejar Nueva York sin volver al museo de Central Park.—Cada vez lo encuentro más atractivo por sus preciosas estatuas y cuadros modernos y sobre todo por la concurrencia de las norte americanas más bonitas que sea dado imaginar.—Hay familias que pasan en el Museo casi todo el dia en agradable é instructiva conversación y muchas jóvenes encuentran allí buenos partidos.

—

Mañana 4 de Julio emprendemos nuestro viaje de regreso hacia el viejo mundo, y antes de abandonar quizá para siempre estas playas hospitalarias, según la expresión consagrada, me he preguntado á mí mismo qué impresión llevo de Norte-América.

Desde luego esa impresión no está fijada en todos sus detalles; para fijarse necesita tiempo; pero ya hay un bosquejo en el fondo de mi conciencia

Mi impresión es muy favorable á este pueblo.

Lóndres me ha dado la idea de lo colosal estático, Norte-América de lo colosal dinámico. Aquí todo se mueve con una velocidad vertiginosa. Lo característico es el movimiento, el espíritu de empresa desenvuelto hasta el último grado.

Un norte-americano no se acobarda jamás; si le va mal en un negocio, emprende otro; si no marcha rápida y cómodamente en un rumbo se dá vuelta y sigue otro sin escrúpulos de amor propio ni tenacidades inconvenientes.

Así no es raro encontrar individuos que en dos años han tenido diez profesiones ú ocupaciones y que habiendo comenzado por vender fotografías en la calle, á la vuelta de cuarenta meses se encuentran de pastores en alguna iglesia protestante, habiendo sido en el intermedio labradores, panaderos, músicos, dependientes de botica, fabricantes de anzuelos, relojeros, amansadores de caballos, inventores patentados de un tirabuzón mecánico, empresarios de circo y por fin eclesiásticos, todo ello con el mayor aplomo y dignidad profesional.

Hay un poco de hipocresía en las costumbres en materia religiosa, heredada de los ingleses. Jóvenes, niños y viejos van todos á la iglesia el domingo; leen la Biblia con un ojo y miran con el otro á los vecinos. Yo no creo en la sinceridad religiosa de los norte-americanos!

Un médico á quien interrogué sobre este punto me contestó.

«Yo no sé si hay ó no hay Dios; no tengo tiempo ni medios de averiguarlo, pero sé que hay una iglesia y que se juzga de la moral de un hombre por sus hábitos religiosos. Ir á la iglesia es pues como poner un anuncio que todos ven. Además el pueblo necesita creer y ver que otros creen.»

—Pero si todos piensan como usted, le objeté, la costumbre universal es una convención de hipocresía.

—No todos piensan como yo; en general no piensan cosa alguna, pero siguen la costumbre para que otros la sigan. Además no se pierde nada; el domingo es un dia desocupado y cada uno lo emplea en la religión que le gusta, antes de librarse á sus diversiones.

—Confiese que es un modo singular de entender la religión.

—Usted no nos comprende; no hacemos de este punto materia de discusión ni de reflexión; seguimos la senda que hemos visto seguir, por comodidad, por costumbre y porque también no hay otra cosa que hacer.

La iglesia nos descansa del trabajo de la semana.

—Y qué dirá Dios de eso?

—Que diga lo que quiera, nosotros somos así.

—Y porque persiguen á los mormones.

—Porque si el mormonismo se generaliza, la raza perderá su vigor y porque nosotros procuramos dignificar cada dia más á la mujer. Ya usted vé como la instruimos y la educamos dándole los medios de bastarse á si misma.

—Lo veo, pero en la exageración de ese propósito veo también un inconveniente; ustedes educan é instruyen tanto á la mujer que la desnaturalizan; sus mujeres tienden á ser hombres, calculan mucho para que la ternura propia de su sexo no disminuya ó se pierda.

—Está usted equivocado. Vea nuestra población cómo crece; el crecimiento no es el efecto de la escuela normal sino de la ternura. Dios lo libre de que se enamore de usted una maestra siendo casado. Las norte-americanas quieren con toda su alma y su instrucción no les impide todos los abandonos que el amor exije. Educamos á la mujer para darle independencia. Así, bastándose á si misma no buscará en el matrimonio un medio de vivir á expensas del hombre, podrá elejir su compañero con libertad y el hombre elejido no tendrá jamás la sospecha de deber su elección á un cálculo.

—Pero las norte-americanas como todas las mujeres, prefieren casarse cuando pueden, con un rico en vez de con un pobre.

—Eso es natural en igualdad de las otras circunstancias y más disculpable en Norte-América que en Europa, pues un hombre rico entre nosotros supone en general un hombre trabajador, virtuoso y equitativo; su riqueza es por lo tanto una muestra de sus méritos y ellos abogan en su favor ante el corazón de una mujer.

—Bien pleiteado está el asunto!

—Le aseguro que no hago sofismas; hablo con sinceridad. Nuestra profesión de médicos, como usted sabe, nos pone en el caso de descubrir muchos rincones del sentimiento, ocultos para los demás

hombres y yo he llegado á formarme una opinión fija á este respecto.

—Amén, le contesté, agradeciéndole sus explicaciones.

A BORDO DEL «BRITANIA»—EN VIAJE DE NUEVA YORK A QUEENSTOWN—LO QUE DICEN LAS OLAS.

1890, Junio 8.

Adios Norte América; adios por siempre tal vez!

Adios selvas embalsamadas y frescos valles, como dicen en Aida!

Adios templos de piedra consagrados á la industria; adios ferro-carriles vertiginosos, ascensores volantes, ríos encantadores, y lagos sin iguales en el globo!

Adios sublime Niágara, estruendosa reliquia de la tierra, joya de América! No me olvidaré de tí mientras entre la luz por mis ojos y pueda reproducir tu imagen, mientras mis oidos no se cierren á los rumores y los sonidos de este mundo, mientras corra la sangre por mi cerebro, friccionando mi pensamiento, mientras lata mi corazón y no cese mi aliento.

El «Britania», de la flota «White Star», sigue nadando á razón de quince millas por hora.

Hace cuatro días que nos hemos embarcado en Nueva York, en un muelle cubierto de gente.

Ha habido despedidas tiernas, abrazos, lágrimas, palabras cariñosas expresando el deseo de feliz viaje, frases ahogadas por la emoción y variadas escenas en que lo poético y lo doloroso de los últimos momentos previos á la separación, se mezclaba con la excitación apurada del viajero, el transporte de los bagajes y los cuidados de todos por atender á sus sentimientos, á su paraguas, á sus saludos, á su capa de goma, á sus lágrimas y á sus maletas.

Luego, de lejos, cuando las hélices se han puesto á aletear ya con cierto vigor, hemos visto alzarse en el muelle y en la borda del buque una niebla de pañuelos blancos, como si los viajeros y sus amigos de la costa hubieran puesto á secar la ropa íntima de su tristeza, mojada por el llanto de las despedidas, colgándola al viento, que se lleva, más tarde ó más temprano, hacia el olvido, todos los dolores y todas las satisfacciones de la vida.

La población del vapor ha entrado en calma; los pasajeros se han acomodado y ha comenzado la defensa contra las molestias de la travesía.

Los viajeros novicios, apenas el buque ha salido, se han puesto á escribir sus impresiones de viaje, como si no tuvieran más tiempo. Las mujeres se muestran más apuradas en el desempeño de esta grave tarea y redactan con una letra varonil de escuela norte americana, en sendos cuadernos ú hojas volan-

tes, las ideas penumbradas de su imaginación flotante.

Nosotros cada dia, cuando el mar no está enteramente desagradable, lo que le ocurre pocas veces en esta sección de sus dominios, nos sentamos á mirar su masa ondulante, encrespada, teñida y rumorosa como el follaje de los árboles movidos por el viento, escuchando *lo que dicen las olas*, según la inolvidable expresión de Dickens.

Lo que dicen las olas!

Ellas también cuentan sus penurias y sus angustias: relatan su eterno viaje por los mares, por los ríos, por las nubes, por la cumbre de las montañas, por los despeñaderos y los arrecifes.

Agitadas, anhelantes, enloquecidas, corren como el hombre, buscando su nivel, sin encontrarlo jamás y ván desatinadas, un dia al norte, otro al sud ó en cualquier rumbo, alzando su cabeza blanca de canas para mirar en el horizonte si la jornada tiene término.

Y se atropellan desatadas, trepándose sobre sus vecinas, inútil, estérilmente, hundiéndolas bajo su peso, en tanto que otras se levantan, y otras, y otras, y otras crecen más adelante, siempre más adelante en el infinito océano, renovando sus lomos hinchados y huyendo en curvas indolentes ó espumosas de cólera hasta perderse en una confusión inacabable.

Las olas cantan en tono mortificante la leyenda de nuestros pesares, retirando la mente á los lejanos tiempos de la infancia, cuando una madre desvelada mecía nuestra cuna, ó á los menos remotos del romance de nuestra vida, cuando la voz temerosa del amor correspondido nos murmuraba sus caricias en los oidos.

Traen los acentos de la patria abandonada, de la amistad insegura, del desengaño inmerecido, y se alejan llevándose nuestros suspiros y dejándonos en el pecho la amargura de sus entrañas saladas.

Allá lejos, las esperanzas como las aves blancas de los mares, aparecen en el tul de la espuma; avanzan, se acercan, y cuando les abrimos los brazos para estrecharlas contra nuestro corazón, las ondas se desvanecen y las burbujas de su penacho vuelan en invisible atmósfera hacia los cielos.

La historia de nuestra vida, con todos sus recuerdos confusos, anacrónicos, flota en las montañas que el viento levanta, se hunde en los valles fugaces que ellas forman, vuelve á subir en las olas siguientes y envolviéndose en sus ondulaciones, se aparta y se oscurece, engendrando una vaga sensación de martirio, de remordimiento y de duda respecto al mérito de nuestros actos pasados ó al acierto de nuestra conducta en la sucesión de los años.

—¿Por qué no fuí más bueno? se pregunta el es-

píritu atribulado —¿Por qué no fuiste? interrogan las olas á su turno, y nadando sobre sus flancos, se escapan palmoteando con sus vértices quebrados, como burlándose de nuestra miseria.

La sensación del ritmo vital se embota; las facultades embargadas por la suma de reminiscencias, languidecen, y una melancólica y suave aspiración á morirse se extiende como un sudario sobre el alma.

¡Un sepulcro en el mar insondable, la caida sin salvación, sin amparo, la muerte sin remedio, con el consuelo de la imposibilidad calculada contra la cual toda lucha es una quimera..... son las ideas indecisas, deslustradas, semi-dormidas que el cerebro fomenta mientras las olas pasan, golpean los costados del buque, juegan con su peso y se retiran encargando á otras olas su tarea!

¡Un sepulcro en el mar!

Las olas mecerían mucho tiempo nuestro cuerpo; sí, mucho tiempo, prolongando el simulacro de la vida, con su eterno movimiento; y la soledad de la tumba en un cementerio cualquiera, habría desaparecido con todos sus horrores, remplazada por el capricho bullicioso de las aguas, en un mundo infinito de atmósfera líquida, verde ó azul, con esmeraldas ó zafiros disueltos!

Y tal vez llevado por la marea hasta la costa, cer-

ca de la patria querida, al alcance de los amigos, de los parientes, de las gentes olvidadizas que alguna vez nos amaron, una lágrima de compasióu cayera sobre nuestra frente macerada ó sobre nuestros ojos cubiertos por los párpados hinchados.

Un estremecimiento nos despierta en medio de la horrible fantasía; las olas continúan su viaje interminable cantando su solemne romanza con acentos doloridos, y entre sus tonos, el oído sobrexcitado percibe los nombres de las personas alojadas en nuestro corazón, las melodías que aprendimos en tal ó cual época de la vida, los pedazos de frase cariñosa, los reproches, las discusiones y por fin, el silencio que resulta del ruido uniforme, cuando el cerebro se cansa y el sueño empieza á batir sus alas.

El viento silba en el cordaje del buque y, arrebatando en la boca de las chimeneas el humo negro, denso, como nube de tormenta, como aliento letal, lo lleva desmenuzándolo entre sus dedos, para dejarlo caer en copos, lenta, perezosamente, disolviéndolo en los confines de la vista, sin conservar ni el fantasma de su existencia.

Así los pesares y los ensueños, dicen entre tanto las olas, negros ó teñidos por la luz de las ilusiones, serán llevados por el tiempo y sembrados en el camino de la vida, como migajas de los odios ó los amores, cuando la edad marchando sobre el cuerpo llegue á enfriar el cerebro y á helar el corazón.

El sol descompone, es cierto, de tiempo en tiempo sus rayos en las aristas de las olas encontradas y los colores del arco-iris, apareciendo un momento, renuevan la esperanza y vivifican el alma.

Los mares entonan á la vez alegres sonatas, como música de bailes aldeanos, y la aspiración á vivir renace. Vivir en el bullicio del mundo, allá en las grandes ciudades llenas de intrigas y de conflictos que acortan, disminuyen y destruyen el tiempo, envolviéndolo en los pliegues de su permanente variedad hasta dejarlo invisible. Vivir sintiéndolo todo, como un curioso de las pasiones; dando valor á lo que no lo tiene ó quitándolo á las graves y trascendentales cuestiones! Vivir caminando hacia la tumba sin sospechar su proximidad y dejarse sorprender en medio de la despreocupación atolondrada, sin saber por dónde se vá ni por dónde se ha ido, como las olas, según el viento ó el calor de las corrientes marinas. Vivir sufriendo las torturas como juguetes del infortunio y tomando como hambrientos un pedazo de felicidad descompuesta, para roerla hasta el hueso sin dejarle un átomo de carne!...

Las olas pasan por debajo del buque encorvando la espalda y levantándolo en alto para mostrarlo cabeceando ó rolando sobre la superficie rugosa del Océano. El mar está áspero según la expresión de á bordo.

¡Quien sabe lo que sucederá!

IRLANDA—QUEENSTOWN—USO DE MI REVOLVER—EL PUERTO Y LA CIUDAD—UNA VERDULERA—OPINION DE UN COCHERO SOBRE EL BELLO SEXO DEL LUGAR—DUBLIN—SU CASTILLO—IGLESIAS—UN GATO Y UN RATON—TRINITY COLLEGE—PARQUES E INSTITUTOS INTERESANTES—CASAS DE WELLINGTON Y MOOR.

He sentido una impresión triste al dejar Norte-América, no sé qué me atrae á ella; me parece que yo mismo soy un poco norte-americano.

La travesía ha sido terrible; todos sin embargo declaraban que el tiempo era magnífico, con aquella imprudencia desvergonzada que tienen los marinos mientras uno se muere de mareado.

Había tomado odio á todas las figuras de abordo; al mozo que me servía el almuerzo en la cámara, lo aborrecía con toda mi alma porque entraba con una regular vida matemática, á preguntarme qué deseaba comer. Lo único que yo deseaba era mandarlo al infierno junto con su lista de comida.

Buscaba á quien echar la culpa del malestar; el buque era una vez el causante, pero el pobre no pro-

cedía por sí; las olas entonces, pero las olas eran producidas, por el viento, por las corrientes, por las temperaturas y otras causas. Quien tenía toda la culpa era el motor de los elementos. No querría hacer cargos gratuitos, pero me parece que Dios era el verdadero y único culpable.—¿Por qué no haber hecho de regla la navegación sin el mareo? ¿Qué le costaba?

Gana de fastidiar no más, sin ningún beneficio para él.

En fin llegamos á Queenstown después de nueve días de martirio.

Apenas entrados al puerto de esa ciudad llamado puerto de Cork, precisamente porque no es de él, ya nos olvidamos de todos nuestros padecimientos.

En el puerto de Qeenstown se registra minuciosamente los bagajes de los pasajeros. Al examinar el mío, el empleado me preguntó si no tenía revolver.—Oh si, le contesté, por ese prurito perjudicial de decir la verdad sin necesidad.—Dónde está? repuso el empleado.—En mi baúl respondí.—Démelo —Aquí lo tiene.

El revolver fué llevado á un oficial superior.

Nuevo diálogo.

—Es de usted esta arma?

—Si, señor.

—Qué piensa usted hacer con ella?

—Nada, conservarla, es recuerdo de un amigo. (En efecto, me lo regaló el Dr. Alsina.)

—Usted no puede tenerla en Irlanda, sin un permiso especial.

—Pero señor, si yo no intento hacer uso de ella; la he llevado por todo el mundo y nadie me ha pedido cuenta.

—Así será pero en Irlandia no se permite.

—No ha visto usted que lo traía en mi baúl.

—Yo debo hacer cumplir la ley; usted necesita un permiso.

Ya no sabía qué objetar; obtener un permiso era asunto largo, y estando ya á punto de abandonar mi revolver con gran sentimiento, se me ocurrió hacer al oficial este argumento:

—Mire, señor, yo no necesito revolver para nada; soy médico!

—Ah! eso es otra cosa, aquí tiene su arma, me respondió, entregándome el revolver.

Véase, pensaba yo entre tanto, la opinión que de los médicos se tiene en Irlanda y proponiéndome contarle el caso á Mr. Mulhall, redactor del *Standard* en Buenos Aires como en efecto se lo cuento, pues estos párrafos son para él, volví á meter mi revolver en mi baúl, consagrando un recuerdo cariñoso á mi amigo Adolfo Alsina, quien probablemente desde el otro mundo intercedió en mi favor, según nuestras creencias católicas apostólicas romanas.

Sin la menor duda, en el puerto de Queenstown caben todas las escuadras del mundo, literalmente todas: se ha hecho el cálculo. La naturaleza ha encerrado una inmensa bahía entre colinas y el puerto continúa puede decirse á lo largo de las faldas de cada una. Sus accidentes son tan extraordinarios, que un buque perseguido por una escuadra, pudo esconderse durante meses y salvarse por fin. Con la defensa que ahora tiene este puerto es intomable.

La ciudad ocupa una ó varias alturas; es pacífica, poética y llena de paisajes. Si alguna vez me veo en el caso de elegir un retiro, me vendré á Queenstown. ¡Qué ricura de pueblo, como dicen nuestras damas!

Tiene una iglesia gótica triste, sola, con una tumba de su fundador, un obispo que debe haber sido el hombre más feliz de la tierra; unas calles tortuosas en pendiente con jardines y bonitas casas á los lados y un paseo á donde concurren las mozas del lugar á lucir sus espléndidos ojos, sus cuerpos de Frinee y su color de leche y rosas.

Allí el amor primitivo, sabroso, hace de las suyas y cada queenstownina es una Graziela sin decepciones y con su correspondiente Lamartine, pasado presente ó futuro, bien robusto, nada ideal y muy capaz de hacer fechorías poco sentimentales.

Ví bajar, cargada con una canasta de verdura de

lo alto de la plaza principal, una moza que me sugirió el recuerdo de la infeliz y tonta Graziela y del no menos tonto y no menos infeliz Alfonso de Lamartine.

Vestía, como dice D. Vicente G. Quesada en sus Crónicas potosinas, al hablar de cada personaje, un corpiño azul prendido con un cordón delante, sobre los senos, una pollera corta y unos botines de hombre; las piernas sin medias mostraban una adorable sección entre los botines y el ruedo de la pollera, destinada á hacer pensar con su carne dura y tostada por la intemperie, en columnas de pórfido bien torneadas. La cabeza era pequeña, el pelo negro; los ojos brillaban como grafito pulido; la nariz era recta y dilatada en sus ventanas, la boca gruesa, chica, colorada y el óvalo de la cara por fin, robado á cualquier estatua griega de las célebres por esta facción.

Pues bien, esa muchacha era una de las tantas que recorren las calles, los jardines y las alamedas de Queenstown, superior á ellas solo en que tenía calzado.

Curioso de las causas de esta belleza inopinada tan general, interrogué sobre el punto á un cochero y este me dijo «son de raza española mezclada con irlandesa»—Acabáramos! pensaba yo, cuando el cochero continuando sus informes, formuló esta frase que no me atrevo á traducir:

«You can get á beautiful big one if you have á ring or any small present to give her.»

¡Jesús Maria y José!

I should have indeed á small present for the big one, but I was á married man and á very religious one.

—

Aspirando el olor á flores de Queenstown, tomamos el tren para Dublin á donde llegamos el mismo dia de nuestra partida, no sin haber admirado de lejos la preciosa población de Cork, las secciones de mar que se insinúan por largo trecho y los paisajes del camino, observando en cada estacion la clase de gente viajera entre la que había un eclesiástico por cada diez láicos, correspondiente á una iglesia por cada diez casas de las poblaciones.

—

Dublin es una ciudad encantadora. Atraviésala en una de sus secciones un río montado por una infinidad de puentes y cubierto en sus costas de fábricas, usinas y talleres.

Tiene un castillo célebre, el castillo de Dublin. La capillita de este es una pequeña joya, de estilo gótico adornado con esculturas de piedra y escudos y tallados de encina, de la más alta antigüe- y del mayor mérito. En el castillo muestran á los extranjeros la sala del trono, el comedor, el salón

de recepciones llamado de San Patricio, donde tienen lugar los bailes y demás reuniones. Todo ello es más viejo que bello; á mí me pareció bastante desmantelado.

No nos mostraron las torres; una francesita, nuestra guía, les daba muy poca importancia.

Hemos visto dos iglesias en esta ciudad: Christ's church catedral ó de la Santa Trinidad y San Patricio. La primera, de estilo gótico, tiene un hermoso piso de mosáico y varios monumentos; apuntaré los de Nataniel Snayd, Stevenson y otros de varios artistas, músicos principalmente, adornados con la copia de algunos trozos de sus obras, el mejor adorno para el sepulcro de un compositor. En los subterráneos se muestra como muy curiosa la escena de un gato y un ratón, realmente patética; los dos animales están muertos y sus cadáveres secos.

El gato y el ratón fueron encontrados en un conducto en forma de cono, sin más que una abertura. El ratón perseguido estaba en el vértice del cono, recogido sobre sí mismo y pegado al límite de su refugio; el gato había estirado la mano y casi alcanzaba á su víctima. Los dos murieron en esa actitud; la del ratón retrata al espanto y la vigilancia para mantenerse lejos de su enemigo; la del gato, la mayor ansiedad por alcanzar su presa. No pude conseguir una fotografía de esta tragedia tan

elocuentemente fijada por la muerte en las dos momias de los animales.

Aunque me critiquen, he de decir la verdad: me interesó más esta lucha por la vida entre el gato y el ratón que la iglesia gótica y los monumentos históricos y á cualquiera, creo, le sucederá lo mismo, pues iglesias góticas y monumentos se encuentra á cada paso, no así ratones y gatos en actitud tan angustiosa y tan propicia para mostrar cómo ciertas especies animales llegan hasta la muerte por firmeza de carácter como el gato, ó por terror, como el ratón.

San Patricio es una viejísima iglesia, gótica también. Ha sido levantada en el sitio elegido por el Santo de su nombre para practicar sus devociones.

Allí había un pozo con cuya agua bautizaba el Santo á sus convertidos y creo que se bautizaba á sí mismo cuando le faltaban clientes. Los vidrios pintados de sus grandes ventanas son muy lindos. Es un santuario muy favorecido por los devotos.

—

La Casa del antiguo Parlamento, ahora Banco de Irlandia es uno de los más lindos edificios de Dublin. Ha sido adaptado á su nuevo empleo sin cambiarle mucho. Los extranjeros gozan de todas las franquicias necesarias para visitar esta notable reliquia. A nosotros se nos mostró las diversas reparticiones con la mayor deferencia.

Las Cuatro Cortes, ó palacio de Justicia es otra bella y grande construcción, como lo es también el *Correo* y el *Nuevo Museo*.

Nuestra visita á *Trinity College* fué muy detenida. Un empleado nos entregó las llave de la Capilla por estar él muy ocupado, cuidando á unos estudiantes que preparaban su exámen escrito en un gran salón llamado Examination Hall. La capilla es muy linda, chica, bien decorada; tiene su ligero aire de teatro, un buen púlpito y un mejor órgano. La Biblioteca ocupa un salón semejante á los de nuestros grandes Bancos; los libros están colocados en estantes desde el piso hasta el techo, y se hallan al alcance de la mano, merced á diversas galerías colocadas donde han menester. Gran número de bustos de hombres célebres adorna el recinto. Los manuscritos de mérito son muy abundantes. La división de los volúmenes por letras facilita el trabajo. Toda la Biblioteca es un alfabeto. Las demás reparticiones de Trinity College están destinadas á los diversos servicios del Instituto y son muy apropiadas á su objeto.

—

Contiguo á este establecimiento se extiende un *Parque* muy bonito en cuyo centro hay un descampado donde tienen lugar dos o tres veces por semana, ejercicios físicos, juegos y partidas especiales.

Hemos asistido á una de estas fiestas y hemos podido apreciar con cuánta facilidad y ventaja el pueblo de Dublin se entretiene. Al rededor del descampado había como seis mil personas viendo los juegos. Parece que se trataba de una partida muy importante. La banda de música era escocesa; los músicos estaban vestidos con su gracioso traje nacional y tocaban unos instrumentos compuestos de un fuelle y cinco tubos; los ejecutantes desempeñan su tarea caminando; los aires nacionales que tocan son muy agradables. Cómo se conoce en estas diversiones la tranquilidad de que gozan estos pueblos! ¿Cuándo tendremos nosotros entretenimientos iguales, tan útiles, tan sanos y tan alegres!

—

El *Museo de Artes y Ciencias* es bastante completo. He visto en él una curiosa colección de herraduras, un megaterio completo, un animal intermedio entre el perro y el lobo, una variedad monumental de objetos japoneses y una sección muy buena de animales del mar. Es decir, lo enumerado es lo que me llamó más la atención y no todo lo contenido en el Museo.

La galería nacional ostenta un buen número de reproducciones de estatuas y varios cuadros notables. Entre estos el más interesante para mí es un jóven toro de Potter adornado con flores para ir al sacrificio.

Mr. Mulhall se resentíría conmigo, como todo irlandés, si no hubiera visitado *Fenix Park*. Por evitarme este inconveniente y por proporcionarme un placer he dado un largo paseo por este delicioso parque.—No es como se piensa aquí el mejor del mundo, pero es uno de los mejores. Sus grandes planicies hacen muy buen efecto. He visto en ellas hacer ejercicio á los huérfanos de los militares, cuya educación costea el gobierno en un Instituto especial; he contemplado el Obelisco de Wellington y la estatua ecuestre de Gauch y me he detenido por fin á mirar la cruz marcada en el suelo, en el sitio donde fué asesinado por un loco, según dicen, Lord Cavendish.

—

De vuelta del Parque he entrado en el grandioso *Royal Hospital* y paseado por su inmenso terreno; he visto una gran prisión y he recorrido la costa del Liffey y de algunos de sus canales.

Nuestra última excursión ha sido por la calle Sackville, una ancha avenida, lindísima donde están los monumentos de Nelson y de O'Connell, los dos muy notables.

—

Dublin es una de las ciudades más hermosas de la Europa; su puerto está á corta distancia y la pone en comunicación diaria con el mundo entero.

Orgullosa de los grandes hombres que ha producido, conserva en su primitivo estado las casas de Moor y de Wellington. En las dos estuvo un servidor de ustedes. En la primera se sigue todavía el comercio del padre de Moor, entregado ahora á personas extrañas; es un almacén de comestibles. En la segunda se muestra el cuarto en que nació Wellington. La madre de este gran guerrero debe haber sido una mujer muy hacendosa á juzgarla por el tamaño de su armario que parece un cuarto de caoba, ya ennegrecida por el tiempo.

La casa de Moor tiene el número 12 de la calle Aungier; la de Wellington el 24 de la calle Marys.

Estos datos les servirán á mis lectores en su viaje, si lo hacen, pues no los encontrarán quizá en la guía que se hayan procurado.

Pero más le servirá sin duda este aviso, de utilidad práctica: Dublin no tiene rival en sus manufacturas de géneros blancos, cuya finura, delicadeza y excelente calidad les han dado fama universal. Una de las casas especialista en estos géneros provée, desde hace cien años, á todas las cortes y á toda la aristocracia de la Europa.

IRLANDA—BELFAST—LA CUNA DE TEUTONIC MAJESTIC Y HERMANOS—UNA RAREZA GEOLÓGICA: GIANT'S CAUSEWAY.

De Dublin á esta ciudad se viene entre piezas de agua un buen trecho del camino; el agua proviene de los avances del mar; semeja lagos y presenta un aspecto de singular belleza. Después siguen valles, colinas, villas y ciudades con su correspondiente dotación de iglesias y ministros católicos y protestantes, más numerosos los primeros que los últimos.

Todos lo terrenos que atravesamos están cultivados sin perder un palmo de tierra.

La verde Irlanda es un nombre merecido de esta comarca y uno se admira de oir hablar de pobres cuando calcula el producto de las sementeras.

Sin embargo hay una razón para la pobreza, y es que el rendimiento del cultivo va en su casi totalidad á manos de los nobles poseedores de grandes extensiones de terreno, sin que el labrador pueda jamás alimentar la esperanza de adquirir un metro cuadrado en toda su vida.

Así conviene á la grandeza y estabilidad de la

Gran Bretaña, dicen algunos políticos, los tenedores de la tierra, pero yo con la mayoría digo: eso no durará; ningún arreglo basado en la injusticia y falta de equidad dura. Se puede abusar más ó menos tiempo del poder de hacer las cosas al placer de la gente gobernante, pero el abuso tiene un término, más rápido cada dia con nuestra civilización vertiginosa en la cual las organizaciones más sólidas apenas subsisten un momento.

La aristocracia inglesa no debería olvidar esto en presencia de los hechos y ejemplos diarios de nivelación que las sociedades ofrecen.

—

Desde mi embarque en el Teutonic, me propuse visitar los talleres donde él y sus compañeros de la Línea White Star eran construidos, y aquí estoy en Belfast llenando mi deseo.

Con un dia lluvioso y brumoso he salido del hotel y he seguido detrás de un grupo de obreros; ese grupo ha ido engrosándose en el camino, bastante largo, sea dicho de paso y al llegar á su destino componía una masa de *cuatro mil* hombres, siendo yo uno de ellos. Los obreros se dirigieron en secciones y comenzaron á entrar por diferentes puertas al Yard ó terreno que ocupan los talleres del Astillero.

Yo quise entrar como uno de tantos, pero me

fué imposible, no tenía número. Hube de ver por consiguiente al Director, declarar mis pretensiones y mi objeto y esperar una media hora la tramitación de mi expediente, hasta ser provisto de un amable acompañante encargado de enseñármelo y explicármelo todo.

Ví los detalles de la construcción de esos portentosos navíos tan livianos en apariencia cuando las olas los levantan.

Subí á dos de ellos, cuya altura recuerda la de los elevados edificios y quedé asombrado de la magnitud y complicación de los trabajos y ensordecido por el ruido de los martillos, las maderas y las planchas de hierro torturadas hasta acomodarlas como está resuelto.

En la construcción se ve salir el buque de la nada. Primero es un tirante curvo extendido sobre postes y rodillos; de este tirante comienzan á nacer prolongaciones laterales á manera de costillas; después los espacios intercostales se llenan hasta formar un tórax; luego se extiende una cubierta y comienza en el interior un trabajo titánico de mil obreros que hormiguean en las entrañas del futuro navío. Allí adentro como un proceso celular, principia á hacerse la segmentación; los salones, cámaras, gabinetes, espacios para las máquinas y demás reparticiones, se diseñan y hacen su evolución. Cada pie-

za viene ya preparada y numerada de los talleres á acomodarse como por sí misma en su sitio definitivo. El trabajo á la vista es muy fácil pero entrando en los talleres se nota la colosal y asombrosa labor y se apercibe el visitante de la cantidad de inteligencia, cálculo, prontitud, oportunidad y coordinación necesaria para llevar á cabo obras tan admirables.

En una gran barraca ó galpón se hace en grande el bosquejo del buque; en mil maestranzas se corta y prepara las maderas, las puertas, los tabiques los armarios, los lujosos muebles del buque; en otras se adapta el hierro á todas las formas exigidas: tornillos, barras, clavos, cintas, tubos, cadenas, todo sale de allí pronto para entrar en función. Los almacenes anexos á la carpintería y ferretería son depósitos universales de cuanto objeto é instrumento de cada ramo existe en el planeta.

Luego vienen: la fundición de los grandes trozos de hierro, cilindros y piezas de maquinaria con su departamento de ingenieros especialistas y su titánico trabajo; la organización de las máquinas, su prueba en tierra antes de la colocación en el buque y por fin su instalación en él. Mientras tanto otras reparticiones preparan las velas, los botes, lanchas, escaleras, salva-vidas, cuerdas, cables y mástiles; otras los utensilios, baldes, cubos, bajilla de cocina y de

comedor, servicio de los camarotes, ropa de cama y de mesa, loza, cristales, libros, mapas geográficos, é instrumentos, y otras por fin mandan sus obreros á pintar, decorar y tapizar el interior de la nueva casa flotante.

Falta todavía dotarla de sus objetos de almacen y repuesto de objetos para las máquinas y los consumos del navío, pues él debe llevar en su cuerpo cuanto pueda necesitar en caso de descomposturas y largas travesías.

En esta rapidísima enumeración, que apenas dá una pobre idea de un astillero, no olvidaré las oficinas de ingenieros y dibujantes para los cálculos, las de la administración para la preparación de los contratos y vigilancia de los trabajos y el cuerpo de empleados de los almacenes y demás reparticiones.

Yo salí admirado de que en la cabeza de un solo hombre cupiera tanta cosa y de que la ciencia humana hubiera encontrado el medio de construir en el aire tamaños edificios de madera, tomarlos después como un juguete y lanzarlos al mar, aptos para recibir tres mil personas y mantenerlas y servirlas proveyéndolas de todo durante largos meses.

—

Hemos hecho una interesante excursión á Giant's Causeway, empleando todo el dia en ella pues el paraje citado se halla á bastante distancia de esta ciudad.

Hemos ido por el tren hasta Port Rush, una pequeña ciudad muy bonita, dejando en el camino otras de igual mérito, tales como Antrim y Colerine.

En Port Rush hemos tomado el tramway eléctrico hasta Giant's Causeway ó sea, traduciendo el nombre «La Restinga ó Arrecife del Gigante», situado en una parte de la costa de Irlanda.

Nuestro vehículo tomaba su electricidad no como los tramways de Boston ya descritos, sino por medio de planchas elásticas laterales sobre una cinta de fierro suspendida á cierta altura, á lo largo del camino en uno de los lados. Se nota, teniendo en cuenta este medio dispendioso de locomoción en regiones relativamente apartadas de los grandes centros, cuán adelantada está Irlanda.

—

Al emprender nuestra excursión á los Arrecifes del Gigante, no esperábamos encontrar una originalidad tan extraordinaria como es la rareza geológica de su formación, y me sorprendió no haber oido hablar nunca de ella á los viajeros de mi relación.

Las curiosidades del Causeway se componen de grutas ó cuevas y unas agrupaciones de figuras geométricas de basalto tan raras como artísticas.

Bajando de una alta colina con honores de montaña, se embarca uno en los botes preparados y visita primero las cuevas hechas por el mar en la roca.

La primera se llama Porteoon; tiene 350 piés de fondo y una altura sobre el nivel del mar de 45 piés.

La segunda se llama Dunkerry; mide 600 piés de fondo por 70 de alto.

El mar entra en las dos produciendo un ruido infernal; el bote es violentamente sacudido por las olas y cuando estas son grandes, lo levantan hasta casi hacerlo tocar la bóveda. Estando el mar grueso la entrada á las grutas es peligrosa pues los tripulantes de los botes pueden ser aplastados contra las bóvedas como que son las olas las constructoras de las cavernas y no lo habrían sido si no alcanzaran su límite superior.

El ruido es más fuerte, más quebrado diré en la primera caverna; en la segunda en cambio la impresión es más intensa, pues siendo esta más grande la oscilación de las aguas suspende y baja el bote en líneas más extensas.

El agua es muy clara dentro de las grutas; se ve el fondo de ellas á gran hondura en diversas partes.

Los golpes de los remos y los menores ruidos son reproducidos y aumentados por el eco. Las rocas negras, pardas ó de otros colores oscuros impresionan, causando espanto. Uno se imagina estar en las antesalas del infierno y espera ver salir derrepente de las grietas una legión de demonios ó de almas condenadas al tormento eterno. La sensación que

uno experimenta no es desagradable, pero predomina en ella un elemento de terror.

Saliendo de estas grutas se puede inspeccionar otras más pequeñas, pero es inútil hacerlo.

Luego se ofrecen á la vista las otras curiosidades del paraje:

La entrada del *Anfiteatro* y el Anfiteatro mismo; un verdadero anfiteatro mucho más grande que el Coliseo romano. Este recinto se halla limitado por columnas cortadas en forma de asientos y no parece obra de la naturaleza sino del ingenio humano.

El *Organo*, una serie de columnas de basalto dispuestas como los tubos ó flautas de los órganos de iglesia.

La *Bahía de los españoles* donde según la leyenda se perdieron algunos buques de España por haber querido sus tripulantes desembarcar en aquel sitio, tomando por castillo una de las agrupaciones de columnas ó prismas situada en la parte superior de la roca, tal era su semejanza con un antiguo edificio.

La *Chimenea* una columna aislada sobre un alto peñasco.

La *Madre del Gigante*, la *Cabeza* del mismo y mil otras figuras de la rara formación á las cuales el vulgo ha dado nombres diversos segun las semejanzas con las formas humanas ú otros objetos conocidos.

La Madre de Gigante es una piedra cuya configuración recuerda la de una mujer; la leyenda dice que la madre del gigante fué convertida en roca por tener dos maridos. ¿En qué serían convertidas entonces las cortesanas de nuestros tiempos?

Lo más interesante del Causeway es la serie columnas que disminuyendo en altura desde arriba llegan á perderse en el mar introduciéndose hasta quién sabe dónde.

He puesto á contribución mis escasos conocimientos de ciencias naturales para explicarme esta formación y no lo he conseguido. Nadie tampoco la ha explicado hasta ahora de un modo satisfactorio.

La serie visible consta de *cuarenta mil pilares* de diversa forma, delineados matemáticamente. El conjunto constituye una plataforma escabrosa pues no todas las terminaciones de los pilares se hallan al mismo nivel. Visto este conjunto de cierta distancia y altura, parece sin embargo un piso de mosáico.

La sección de los pilares dá triángulos, paralelógramos, pentágonos, exágonos, septágonos, octógonos, y nonágonos; en estos concluye la serie. Las más de estas figuras son polígonos matemáticamente regulares; los exágonos y pentágonos sobre todo.

Pero lo curioso es que todos estos polígonos se casan exactamente, sin dejar intersticios, formando

el conjunto un dibujo de líneas rectas como una sección plana en un tejido celular.

No se puede calcular la altura de los pilares ni hasta qué profundidad se introducen en la tierra.

Tomados aisladamente se nota que se componen de tambores superpuestos cuyos extremos son planos, ó de superficie cóncava ó convexa. En una misma columna todos los tambores son sensiblemente iguales en forma y altura.

Hacia el medio de esta admirable y extraordinaria agrupación, un exágono más hundido que sus vecinos está siempre cubierto de agua dulce surjente del fondo como en una vertiente. A esta depresión el pueblo le ha dado el nombre de *Pozo del Gigante*. El agua de este pozo bebida sola y más seguramente, añadiéndole una tierra especial de la localidad, tiene la virtud de verificar dentro del año el deseo de quien la bebe, formulado en el momento de beberla. La tierra y el agua tienen su precio separado, pues hay tontos que prefieren beber el agua sola.

Habráse notado la repetición del nombre «gigante» en mi descripción. La leyenda tiene la culpa; todo en ella se llama gigante.

Entre las explicaciones científicas de la formación geológica admirable de Causeway, la única plausible es la siguiente: Había aliá en tiempos remotos un gigante, caudillo de Irlada, y otro gigante, caudillo de

Escocia. Este se dió á decir que nadie se le pondría en frente sin recibir una tunda de primer orden, lo cual llegando á oidos del gigante irlandés lo puso de muy mal humor.

Había añadido el escocés que si no fuera por no mojarse, atravesaría el brazo de mar ó canal é iría á dar su merecido al gigante de la otra costa.

Ya no podía aguantarse esto. El gigante irlandés pidió permiso á su rey para construir un camino hasta Escocia y quitar pretextos á las baladronadas de su colega; el rey acordó el permiso y el gigante construyó la restinga que hemos descrito. Los antagonistas pudieron así encontrarse y se encontraron sin mojarse, saliendo victorioso de la lucha el irlandés.

Desde entonces quedó para siempre probada la superioridad de Irlanda en todo y para todo, hasta en lo correspondiente á la noble generosidad, pues el gigante triunfador no solo perdonó la vida á su adversario, sino que lo hizo su yerno, á menos de tomarse esto como un nuevo castigo.

La obra del gigante vencedor se hizo con esto inútil en su calidad de puente, porque según declaración del vencido, en Escocia no había nada que hacer ni servía aquel país para maldita la cosa no estando él allí.

La obra del gigante irlandés se hundió en el mar,

dejando solo vestigios en la costa escocesa y las curiosidades señaladas en la irlandesa.

—

Volviendo de Causeway, vimos las desmanteladas ruinas del castillo de Dunluce, familia antiquísima, venida á Irlanda de Babilonia, hace tres mil años. Las ruinas montan un promontorio de roca avanzado sobre el mar; una gran caverna hecha por las aguas se ve debajo del castillo comunicando con uno de sus patios ó cuartos por un agujero, claraboya de la caverna. La vista de estas ruinas es inapreciable.

ESCOCIA—GLASGOW—SU COMERCIO E INDUSTRIAS—INSTITUTOS, EDIFICIOS Y PARQUES—LAGOS DE ESCOCIA—FORTH BRIDGE—EDIMBURGO—EL CASTILLO VIEJO—EL PALACIO HOLYROOD Y MARIA STUARD—SAN GILES—LA UNIVERSIDAD—LA CASA DE JOHN KNOX—CALTON HILL—MONUMENTOS Y GALERIAS.

De Belfast el tren nos llevó hasta Larne; allí tomamos un rapidísimo vapor y desembarcamos á las dos ó tres horas en la costa escocesa en un sitio cuyo nombre no recuerdo, en el cual el mar hace una gran entrada. Volvímos á tomar el tren y llegamos á Glasgow donde hay tantas chimeneas de fábricas como en Causeway pilares prismáticos de gigantes.

A propósito del recuerdo de Causeway, haré un paréntesis. Un Ingeniero me ha referido haber visto en el Paraguay formaciones iguales á los arrecifes irlandeses pero de columnas y pilares mucho más delgados y pequeños.

En Glasgow fué echado al agua el primer vapor en Europa, y Watt el célebre mecánico, cuyo monu-

mento ostenta la ciudad, fué el primero que empleó el vapor como fuerza motríz.

Los progresos de Glasgow en este siglo son increibles. Un escocés viejo me contaba que siendo niño había atravesado el Clyde dándole el agua á la rodilla; hoy por el Clyde entran los más grandes buques cargados, hasta el centro de la ciudad.

A principios del siglo las rentas de aduana eran de cuatro mil pesos, ahora son de más de cinco millones.

Primero comerciaba en tabacos principalmente y sus ricos mercaderes se llamaban los «Señores del tabaco»; después comerció en algodón y sus capitalistas fueron los «Señores del algodón». Ahora comercia en hierro, lo consume en cantidades colosales y los más fuertes manufactureros son por lo tanto los «Señores del hierro».

—

Glasgow tiene una abundantísima provisión de agua pura y fresca traida del famoso lago Katrine, es decir, de 34 millas de distancia.

La ciudad está muy orgullosa con su agua y ha conmemorado el hecho de su introducción con una preciosa fuente llena de alegorías é inscripciones en honor de los promotores y continuadores de las obras. Una estatua de la Lady of the Lake termina la fuente.

La catedral es una de las más lindas del mundo, de un estilo gótico purísimo, solemne y grandiosa. Sus criptas son dignos sepulcros de reyes y emperadores; espaciosas, aereadas, limpias y alumbradas por luz difusa, como no lo son generalmente los subterráneos de las iglesias.

Contiguo á la Catedral hay un antiguo cementerio que se extiende á la colina y plataforma vecinas, en cuya mayor altura se destaca una columna dórica sirviendo de pedestal á la estatua del gran reformador John Knox. Hay además otros monumentos entre árboles, flores y arbustos que dan á este sitio el aspecto de un artístico y alegre jardín de cuyas alturas se domina la ciudad. De aquí se puede contar los grandes edificios y observar la inmensa elevación de las chimeneas de fábrica; la de una fábrica de Productos químicos, mide 465 piés.

—

Una de las instituciones más benéficas de Glasgow es la *Cocina para los pobres* que les suministra alimento sano y abundantísimo, compuesto de varios platos en el almuerzo y la comida por el ínfimo precio de *quince* centavos de nuestra moneda diarios. El instituto fué creado por el filántropo Tomás Corbett cuyo nombre pasará á la posteridad.

—

No quiero enumerar los edificios importantes de

esta ciudad, pero no dejaré de mencionar: la Universidad con su hermosa torre de 100 metros de alto; el Royal Exchange de estilo corintio mirando á la estatua de Wellington; el Instituto mecánico donde se dá una sólida y científica instrucción á los aprendices de mecánica y por fin los Bancos y los Museos.

He paseado por cuanto parque y plaza con árboles hay en Glasgow. El terreno accidentado dá á estos sitios de recreo y de higiene una particular belleza. He visto en ellos los cañones tomados en Sebastopol y las estatuas y monumentos en conmemoración de hechos y de hombres históricos y he resuelto sobre el campo anunciar á mis compatriotas esta novedad: Nada hay en ciudad alguna más agradable ni más útil que los parques y jardines y la única ciudad importante que no los tiene es Buenos Aires.

Cuando me acuerdo de los desiertos de la Judea y de la plaza de Mayo una infinita tristeza me invade.

—

Demás está recordar los Yards de Glasgow ó sea los sitios donde se construye buques. Ya he hablado de uno de estos establecimientos en mi carta de Belfast y solo añadiré ahora que los de las orillas del Clyde no desmerecen en nada comparados con aquel.

Yo he conocido dos solamente en esta ciudad.

—

Si alguien viene á Escocia y no visita sus lagos las gentes le tomarán por loco.

Nosotros no éramos capaces de exponernos á merecer semejante calificativo. Hemos visto los lagos y hemos navegado en ellos en circunstancias lamentables. La lluvia caía á torrentes y no cesó en todo el dia.

Así sucede casi siempre en esos parajes según dicen.

Nuestra excursión á los lagos fué hecha de camino de Glasgow á Edimburgo.

Fuimos en el tren hasta un punto de la costa del Lomond; allí tomamos un vapor y atravesamos el lago desembarcando en Inversnaid; de ahí nos trasladamos por tierra, al lago Katrine; en él tomamos de nuevo el vapor y después de navegar unas horas, desembarcamos para seguir en carruaje hasta Aberfoile.

En el tránsito del lago Katrine á Aberfoile fuimos un largo trecho por la costa del lago Venachar; el resto del camino cruza colinas, montañas y valles, teniendo siempre á la vista algún arroyo ó colección de agua.

La belleza de estos sitios es indescriptible; ellos han inspirado á los poetas y á los más grandes escritores escoceses y han dado orígen á las leyendas más suaves y sentimentales.

El placer de nuestra excursión fué un tanto mitigado por la lluvia que, como he dicho caía á torrentes. No por eso abandonamos la cubierta del buque al atravesar los lagos ni dejamos de subir á los coches.

La excursión de los lagos termina en Aberfoile, una estación del tren á Edimburgo, situada en un valle cubierto de verdura é inundado de luz hasta muy tarde, como los sitios del norte de la Escocia y los de la misma altura, donde á las nueve de la noche todavía es de dia,

De Aberfoile cambiando trenes fuimos á Forth Bridge, la obra maestra del siglo, el puente más poderoso del mundo, la construcción de hierro más honorífica para la ingeniería y la mecánica, á cuyo lado la torre Eiffel solo puede figurar en segunda línea.

Para dar al lector una idea de esta gigantesca armazón, me bastará decir que por debajo de su arco principal pueden pasar á la vez tres buques de alto bordo con todo su velamen levantado.

Pertenece á la categoría de los puentes llamados *cantiliver*, ó sea de pesos compensados á los lados opuestos de un soporte; (perdonen los ingenieros esta semi-explicación para el común de los mortales).

No parece obra de hombres de la talla de la raza

humana, sino obra de gigantes. El viajero al mirarlo y al pasar en el tren sobre él como una flecha, no puede apartar un sentimiento de asombro y de admiración.

Cada columna de hierro que parte de la base hacía los cielos formando con sus compañeras un conjunto semejante á las varillas de un abanico, representa un proyectil inmenso, cilíndrico lanzado desde el centro de la tierra á los espacios siderales.

Los trenes cargados pueden insinuarse en sus tramos con un formidable peso sin que se mueva un tornillo de la colosal armazón.

Si al recorrer los lagos, mirando sus aguas claras que reflejan las nubes ó el color azul del cielo limpio y sus islas y costas pobladas de árboles, arbustos y casas, el viajero ha sentido una impresión dulce y pacífica, al llegar á Forth Bridge, la impresión no es menos intensa pero si diferente, es la impresión de la belleza formidable, asombrosa.

Con todo el puente es horrible, sin gracia ni elegancia; su belleza es semejante á la de Mirabeau ó Velez Sarsfield, dos hombres feos á quienes su elocuencia y su valor intrínsico hermoseaba.

—

Edimburgo es llamada la Atenas de Escocia. En efecto muchas de sus partes se parecen á la ciudad griega y el parecido natural ha sido aumentado por

el arte, imitando la extructura y disposición de los monumentos y eligiendo para su ubicación los sitios más á propósito para recordar el modelo.

La joya del pueblo es el Castillo viejo, reconstruido en parte, modificado en algunas secciones, pero bastante conservado aún en su carácter fundamental, á punto de infundir á todos los visitantes la idea de otra época ya retirada en los tiempos.

Una pequeña guarnición lo ocupa. Cuando nosotros hicimos nuestra inspección, los soldados hacían ejercicios de artillería.

Militares viejos jubilados tienen por misión servir de guías á los extranjeros y contarles la historia del castillo, mostrándoles sus reparticiones.

La historia es larga y conocida y la descripción inútil. Solo mencionaré el cuarto de las joyas donde se exhibe algunos adornos, cetros y piedras preciosas y la pequeñísima habitación donde nació el hijo de la desatinada María Stuard. La ventana de este cuartito da á un precipicio; la leyenda afirma que por él fué bajado el futuro rey de Inglaterra y Escocia para llevarlo á lugar seguro donde se hallara libre de las asechanzas de los partidos.

En un terrado en frente de la ex-capilla se muestra un célebre cañón, el más grande de su época, Fué llevado á la Torre de Lóndres y estuvo alli la miseria de 150 años, volviendo después á Escocia á

pedido de Sir Walter Scott,hecho al rey no sé cuántos, durante su vista á Edimburgo.

La joya núm. 2 de los tiempos antiguos de esta ciudad, es el Palacio Holyrood y los restos de la Capilla de la Abadía fundada por David I en conmemoración de un hecho milagroso: un ciervo salvaje lo perseguía, una cruz apareció en el cielo, el animal se asustó y David fundó la Abadía atribuyendo á la cruz su salvación; el ciervo declaró hallarse conforme con la interpretación.

—

He leido de nuevo la biografía muy conocida de la Reina María.

Fuí inducido á esta lectura por dos causas; haberme vendido á la fuerza un portero el folleto del Palacio y haber visitado sus reparticiones.

La Reina María recibió en Francia su educación y probablemente también lecciones muy acentuadas de coquetería, sabiamente aprovechadas y puestas en práctica con un tino digno de elogio.

María Estuardo, como le decimos los criollos, era muy cristiana, muy apostólica, muy romana y muy perdida, la pobre señora, Dios la tenga en su Santa Gracia y le haya perdonado sus culpas en atención á su grande amistad con el Papa de su época.

Tenía habitualmente esta señora un marido titular y varios suplentes ó vice-maridos como dice el

Dr. Victorino de la Plaza, entre ellos un italiano Rizzio, su secretario, hombre agradable, músico, muy feo, pero lleno de gracia y de habilidades.

En el Palacio nos mostraron el cuarto donde este simpático italiano fué asesinado por el primer marido titular de María y sus amigos, unos jóvenes calaveras. La sangre de Rizzio manchó las lozas del piso; las manchas se conservan, supongo que renovadas con la de algún gallo escocés.

Tuvo lugar el asesinato en el momento en que cenaban en gabinete particular, María, su secretario y otro caballero cuyo papel no era envidiable. La historia no dá la lista de los platos ni de los vinos de esta memorable cena.

La Reina, una vez muerto su italiano, para probar que sus relaciones habían sido de simple amistad, mandó enterrar su cuerpo en la bóveda real donde se hallaban los sepulcros de los monarcas de Escocia. No habiendo surtido el efecto deseado este expediente, el cuerpo de Rizzio fué removido de su regio sitio por no haber tenido éste más coronas que la del martirio y la del triunfo sobre la fácil virtud de su patrona.

El marido de María, el Sr. Darnley, un caballero bastante disoluto, se había enfermado de la viruela y después de su enfermedad, habitaba una residencia extraña al palacio de su señora esposa.

Un aspirante á titular prendió fuego á la residencia de Darnley con pólvora é hizo volar la casa, el propietario y un lacayo, víctima inocente sacrificada á los altos juicios de Dios.

Necesario es advertír que durante la enfermedad de Darnley, María fué varias veces á visitarlo, á pesar de los resentimientos intestinos y que en una de esas veces, al volver á su morada, fué víctima de un rapto y anduvo quince días perdida, dejando á su pueblo sin reina visible.

Muerto el titular Darnley, María para evitar toda sospecha, se casó inmediatamente con el asesino, quien después de haber sido enjuiciado y haber intentado salvar á su consorte defendiéndola contra el pueblo en armas, sublevado por tanto escándalo, la abandonó á su suerte.

La infeliz reina buscó su refugio en la corte de su rival Isabel de Inglaterra, siguiendo su lógica de no hacer sino tonteras.

Su presunta protectora la mandó decapitar, inútilmente, pues ya no podía hacerle sombra, aun cuando las gestiones del Papa no dejaban de producir alguna perturbación.

—

Nos mostraron en el Palacio todos los sitios célebres, escenarios de los escándalos descritos y de otros más. Vimos el dormitorio de María, su cama,

en el estado en que ella la dejó al fugar, las escaleras por donde subieron los asesinos de Rizzio y un salón lleno de retratos de monarcas, debidos todos á la misma mano, la de algún aficionado, pintor de imaginación.

De la Abadía fundada por el crédulo David, solo quedan las ruinas de la capilla, sepulcro de reyes y recinto donde María contrajo matrimonio.

La revolución reformadora destruyó la Abadía y la capilla, no dejando en pie sino unas cuantas paredes y columnas y de los sepulcros no más que trozos de mármol. Los huesos de los reyes fueron á parar quién sabe dónde.

Los sitios vecinos del Palacio han sido aprovechados para formar un paseo público donde figura y funciona una linda fuente.

—

La catedral de San Giles es una curiosidad histórica; su arquitectura es casi gótica, no encuentro otra expresión; su forma es rara, tiene cuatro naves y varias capillas; debajo del coro hay una especie de muro lleno de preciosas esculturas en piedra. En el año 1446 se hizo de ella una iglesia colegiada; entonces ostentaba cuarenta altares. Durante la reforma se habilitó cuatro sitios para el culto. Fué también teatro de una escena grotesca de gran trascendencia; una mujer le arrojó al Dean, durante

el servicio divino, un banco por la cabeza; el banco figura en un museo.

La plaza del Parlamento, parte del cementerio antiguo de San Giles, está adornada con la estatua de Cárlos II, obra de cierto mérito. Una losa del piso con las dos letras J. K. muestra el sitio donde fué enterrado el gran reformista John Knox.

La pieza realmente bella de la Casa del Parlamento, es Parliament Hall. La Suprema Corte funciona en el edificio y yo tuve que admirar en el grandioso salón á más de su magnitud, de su cielo raso esculpido y de su inmensa ventana de vidrios de colores pintados, los ridículos y singulares personajes abogados y demás que con la mayor seriedad, se pasean por la sala esperando su turno ó conversan con sus clientes llevando peluca blanca y vestido talar. No les es permitido funcionar en los tribunales sino van vestidos así, y hay quien asegura que pierden el uso de la palabra si les falta la peluca y la sotana, como á aquel profesor que suspendió su clase por habérsele caido á un alumno un botón, punto, de mira habitual del maestro durante sus lecciones.

Vi también el gran edificio de la Universidad con sus muros de piedra, sus dos pisos, su patio extenso y su grandioso vestíbulo; la Facultad de medicina que tiene un buen museo y un Hospital capaz de

contener 800 enfermos y cuyo costo fué de 30,000 libras.

Nadie estando en Edimburgo deja de ver la casa de John Knox, antiquísima, sencilla, elocuente en su pequeñez y desmantelamiento. Todo es allí original y pobre, comenzando por el llamador de la puerta formado por una argolla encerrada en un eslabón con dientes; la argolla subiendo y bajando á lo largo de los dientes del eslabón produce un ruido atronador.

Los cuartos son pequeñísimos; el estudio no tiene tres metros cuadrados. La ventana convertida en púlpito por el reformista, cuando no pudo predicar en las iglesias, es objeto de un culto especial. Los muebles están como los dejó su dueño; la casa fué edificada en 1561.

—

Caltón Hill es una alta colina especialmente favorecida por monumentos históricos. Allí se ve el consagrado á Nelson y el de los Héroes de Waterloo semejante ó más bien idéntico, al Partenon, pero incompleto por falta de recursos. El Observatorio y los monumentos de Dugal Stewart y de Burn están vecinos.

—

Vimos también recorriendo los accidentados para-

jes de esta ciudad: El precioso monumento de Walter Scott decorado con esculturas sobre temas de sus obras; allí está la estátua del gran escritor; Al ponerse la piedra fundamental se depositó una lápida con una elocuente y sentimental inscripción y vale tanto como un poema. El hermoso y caro monumento levantado en honor del príncipe Consorte. La Torre de Hume. La estatua de Wellington. La Alta escuela, de forma griega y muchas otras construcciones y estatuas que adornan profusamente esta capital.

—

Nuestra visita á los museos y galerías de pintura y escultura nos tomo más de medio dia. Los edificios ricos y bien dispuestos donde se hallan instaladas estas colecciones, se prestan admirablemente á su objeto. En las galerías especiales se permite el estudio á los aficionados ó alumnos de pintura; las mujeres forman la mayoría de los copistas. Hay galerías permanentes y salones para exposiciones anuales. Los museos contienen, según su género, antigüedades, objetos históricos, estatuas y variedades etnológicas semejantes á las dotaciones de otros museos ya descritos.

—

No es verdad que los escoceses anden vestidos con el traje nacional, Salvo uno que otro músico, la casi

totalidad de la gente se viste á la francesa ó á la inglesa, lo cual no nos impidió comprar para recuerdo algunos géneros á cuadros y una cola de caballo de las usadas en forma de delantal por los que visten trajes escoceses.

ALEMANIA OTRA VEZ—COLONIA IDEM—VIAJE POR EL RIN—DIALOGOS DE A BORDO DE NUESTRO BUQUE.

¡Cuarta salida de París para conocer el Rin y viajar por la Suiza, siendo esta nación y la madre patria, España, las únicas de la Europa no visitadas hasta ahora por el infrascrito!

Nueva inspección de la catedral de Colonia que encuentro más bella, más solemne y más sin paralelo en el mundo!

Primer entrada en su museo sin encontrar en él nada notable! ¡Paseo con Seeber por todas partes y obligación de ponderarle todo por ser alemán simplemente. En este punto Seeber es intransigente!

¡Asistencia á la exposición militar con el mismo Seeber, donde vimos cómo un ejército puede llevar en medio métro cúbico una cocina completa, una oficina técnica militar con todos sus intrumentos y aparatos, una carpa y no sé cuántas cosas más.

Pasaje á la exposición industrial donde se muestra los aparatos de la Cruz roja, camas, camillas, botica, un hospital completo y cuanto Colonia ha

producido de nuevo ó de perfeccionado durante el año!!

Y por fin embarque en un vapor para hacer la excursión del Rin en compañía de una sociedad cosmopolita, con gran mayoría de norte-americanos é ingleses.

—

Los buques del Rin recuerdan los del Hudson en Norte-América, siendo los norte-americanos superiores. Aquí apenas caben los pasajeros á bordo; los sirvientes comienzan en el número uno y concluyen en el nómero doce; el capitán y el segundo son muy gordos y muy alemanes; la parte masculina de los pasajeros es muy variada; la parte femenina se compone principalmente de inglesas viejas y norte-americanas jóvenes.

La conversación á bordo reza sobre el Rin, sus bellezas, los castillos de la costa y la política internacional.

Algunos alemanes cantan, los ingleses conservan su seriedad hipócrita, á pesar de estar muy divertidos por dentro; las mujeres hablan cuánto se les ocurre.

Las conversaciones sueltas que llegan al observador, de diferentes grupos son los siguientes:

—A qué hora partiremos?

—Esperan más pasajeros.

—Pero ya no caben más, vamos á ir amontonados.

—Mejor, así será el viaje más divertido.

—Con tal que no los acomoden en nuestras faldas!

—Y qué tendría, si fueran buenos mozos.... Los más son viejos.

—Por fin salimos.

—Vamos á tener un viaje muy incómodo, hay mucha gente.

—A mí no me quitarán mi silla.

—Yo le pagué medio marco al mozo.

—No por eso está más segura.

—Aquí no da el sol.

—Pero cuando gire el buque dará.

—Entonces nos pondremos del otro lado.

—Eso será si encontramos sitio.

—Han visto qué trio de viejas! Apuesto á que son inglesas; no hay como ellas para viajar, aun cuando no puedan moverse. Dame la canasta que tengo hambre!

—No tiene sino tortas y carne.

—Y vino.

—Pero no del Rin, sino de California.—Toma esta rebanada.... Qué rica está la carne con sal!

—

—Vea usted aquella moza con que desparpajo

come; ha de ser norte-americana. No me gusta esa educación tan libre que les dan.

—Si llama usted á eso educación! Mírela, parece que estuviera sóla en su cuarto; hace todo lo que se le ocurre sin cuidarse de que la miren!

—Es verdad, á mí me ha dado un pisotón sin decirme siquiera: «escuse»!

—Y con esos pies!

—Si, con esos piés calzados como para subir montañas.

—Pero es garbosa y muy fresca; luciría en New-Bond Street.

—Cuando no había de salir usted con su New-Bond Street.

—No será porque haya frecuentado Burlington Arcade como alguien que yo conozco lo hacía, hace muchos años.... muchos años!

—Me quiere decir vieja? mírese usted la cara.

—Vaya, no comencemos otra vez la misma disputa por tonteras. Aquí no estamos en nuestra casa.

—Pero si la señora siempre me dice alguna impertinencia porque me acuerdo de mi patria, como si fuera un pecado.

—No es de su patria, sino de su calle; cuando hay muchas mejores! Ahí está Regent's Street. Oxford Street, Picadilli.

—Bueno, bueno, ahora recomienza la cuestión de

las calle. Estamos en Alemania viajando en el Rin que tanto deseábamos ver.

—Y que no es mejor que el Tames, digan lo que quieran .....

—

—Parece que las viejas se disputan, míralas.

—Yo no he venido á mirar viejas.—A ver el mapa.

—

—Qué es aquello.

—Una balsa; así llevan la madera.

—Parece un barrio flotante; mira las casillas de los conductores.

—Y dónde está el timón de la balsa.

—No tiene timón, sigue la corriente.

—

—Cómo se llama aquel castillo á la derecha?

—Son ruinas; voy á busca el nombre en la guía.

—Qué lindo!

—Nada tiene de lindo; á mí me parecen paredes viejas.

—Pero son ruinas históricas.

—

—Helados, señorita, cerveza ó rom, ó una ala de pollo ....

—Nada mozo.

—Yo quiero agua.

—¡Agua en el Rin!

—

—Pero quién ha levantado mi banco?

—Aquel señor que habla de Bismarck.

—

—Bismark no es lo que era; está furioso fuera del gobierno; parece que le pesa haber presentado su renuncia.

—Sin embargo no podrá llegar hasta ponerse en la oposición.

—El emperador es un hombre muy dueño de sí mismo; admite consejos, pero no se deja gobernar.

—Pasea mucho.

—Eso es hacer política; cada visita al extranjero es calculada para hacerse un amigo, entibiar una oposición ó establecer las relaciones sobre una base conveniente.

—

—Quiere usted un asiento en la mesa?

—Yo sí.

—Yo no, prefiero mirar la costa durante todo el viaje.

—Pero de Colonia á Bonn nada hay interesante, ni de Bingen adelante; lo bello del Rin está entre Bonn y Bingen.

—

—Aquel castillo fué destruido por los franceses.

—Usted no ve en ningún mal sino franceses.

—No soy yo, es la historia; los franceses han

quemado, destruido ó inutilizado todos los castillos de las costas del Rin.

—Y dígame, para qué servirían ahora los castillos? ....¿no son mejores sus ruinas?

—Para la estética puede ser, pero no para los propietarios.

—

—Digan lo que quieran, ninguno de estos castillos puede compararse con cualquier tienda de New-Bond Street,

—Dele con New-Bond Street; cada cosa en su sitio; si usted piensa que New Bond Street es lo mejor del mundo para qué sale á viajar?

—Harto me pesa; estos alemanes son unos mentecatos, ni le entienden á uno lo que habla!

—Pero si usted les habla en inglés, ¿cómo quiere que le entiendan?

—Toda persona decente debe hablar inglés.

—Sí, prescindiendo del sentido común para pronunciar la misma letra de cuatro modos diferentes.

—Yo no soy filóloga; sé solamente que el inglés es la lengua universal.

—Eso es, como New Bond Street es la mejor calle del mundo.

—

—Digame, porqué el agua del Rin es verde.

—Usted no sostendrá que los franceses le han dado ese color.

—No, porque no hay mal ninguno en que sea verde.

—

—Señores, soda water and brandy.

—Traígame sandwiches, mozo, un banco y cigarros.

—De medio marco la pieza; no tenemos cigarros más baratos.

—

—Oiga usted eso; en New-Bond Street.....

—Al diablo, con New-Bond Street.... me voy á proa.

—Vamos á pasar por debajo de ese puente?

—No, por encima!

—Ni por encima ni por debajo; el puente se abre.

—¡Qué maravilla!

—Maravilla que el puente se abra?

—No, señor, todo el paisaje; los castillos á uno y otro lado que con sus muros comidos, sus puertas y ventanas sin maderas, sus torres y balaustradas, parecen encajes colgados como cortinas; las casas de campo, los terrenos cultivados en la falda de las montañas, las viñas hasta el borde del río, los trenes entrando y saliendo en los túneles de las dos márgenes; los vapores y balsas que navegan sobre las aguas verdes; las villas y ciudades, las colinas vestidas, las cabañas, los ganados, el cielo

azul, el conjunto de tanta belleza, en fin, es de una deliciosa fantasía!

—Hasta los santos y las vírgenes talladas en la piedra en las montañas á pique.... eso es grotesco!

—Será, pero contribuye á la variedad del paisaje.

—

—Otra parada; aquí suben y bajan pasajeros.

—Qué bonita es esa rubia.

—La que sube ó la que baja?

—La que sube, la que baja es una vieja, rubia, porque casi todas son rubias.

—

—Señores, á la mesa; los que bajan en Bingen tienen poco tiempo!

—Mozo ¿cuánto falta para Bingen?

—Usted tiene tiempo de comer.

—

—¿Comer, comida alemana? si estuviera yo en mi casa de New Bond S...

—Usted comería papas y roast beef!

—Papas y roast beef! pues sepa usted que en New B.....

—

—Las norte-americanas no van á la mesa.

—Pero si ya se han comido una canasta entera!

—Si ahora me da otro pisotón la joven, no respondo de mi pie.... tiene unos zapatos....

—Cómo los que se vende en New Bond Street.... verdad señora?

—Oh! hablar así.

—

—Pues Bismark es ahora mucho más accesible; recibe á todo el mundo y tiene un trato muy agradable.

—¡Qué hombre! ¡Cuando muera el mundo quedará vacío!

—Y los franceses harán una fiesta!

—No lo crea, los franceses lo aprecian en lo que vale.

—

—Bingen, Bingen; los pasajeros para Bingen.

—

—Se queda mi paraguas.

—El paraguas, dónde está el paraguas de la señora?

—Sí, un paraguas de New Bond Street, nuevo de N. B. St.

—New Bond Street.... aquí está.

—

Sobre el terrado de un precioso hotel, mirando el Rin y contemplando las faldas de las montañas en las que van apareciendo unas tras otras las luces en las casas habitadas, como las estrellas en el cielo al comenzar el crepúsculo, los pasajeros que dejaron el vapor sin haber comido en él, se sentaron á la

mesa, mientras llegaba el tren y pudieron continuar el viaje.

Nosotros hacíamos parte de esta sociedad y tuvimos la satisfacción de comer al lado de la señora de New Bond Stret, quien casi tuvo un síncope de gozo al saber que habíamos vivido en Bristol Hotel, á unos cuantos pasos, ni más ni menos de New Bon Street, calle en la cual yo compré una gran bolsa de cuero que la señora examinó llena de júbilo y calándose los anteojos.

—Ah! New Bond Street! exclamó, terminando su inspección y mirando cariñosamente mi bolsa!

Yo pensaba entre tanto, «¡Este es el amor pátrio que hace de la Inglaterra una gran nación!»

ALEMANIA OTRA VEZ—FRANKFORT—LA ARIADNA—LA CASA DE GOETHE—PALMER GARTEN—HEIDELBERG—UN PARAISO—LOS ESTUDIANTES—LA UNIVERSIDAD—EL CELEBRE BUNSEN—EL CASTILLO—UN CAFE CONCIERTO Y SUS CONCURRENTES.

En Bingen, en compañía de New Bond Street, tomamos el tren para Frankfort á donde llegamos muy tarde. La noche estaba muy linda, el cielo lleno de estrellas y sin nubes; la ciudad muy quieta y muy callada; solo una fuente metía bulla con sus juegos de aguas cerca de un hotel y en medio de una plaza. El hotel era el más nombrado; á él nos había dirigido Seeber cuya erudición en todo lo referente á Alemania es incontestable, pero su lujo principal consistía en no tener habitaciones disponibles. Nos dirigimos á otro tan bueno como él é instalado en un verdadero palacio.

Al dia siguiente recorrimos Frankfort según nuestra costumbre en cada ciudad.

Hay más judíos en Frankfort que en Jerusalem; no es bonita ni es fea; es manufacturera, industrial é im-

portante como plaza comercial. El más apurado de los viajeros no sentirá destinarle tres ó cuatro días de su tiempo y quedará satisfecho de su permanencia, sobre todo si necesita comprar y compra ropa blanca, cuyos precios no son judíos.

Vimos una iglesia de piedra pintada imitando ladrillos. ¡Vaya una ocurrencia! Estuvimos á ver la Ariadna de Dannecker en su museo, cuya habitación comparte con algunas reproducciones de yeso. La Ariadna es admirable; representa una mujer desnuda sentada en un tigre; este parece orgulloso de su carga y ella muy contenta de lucir sus formas, aprovechando, para realzarlas, de la disposición de luces en su gabinete particular, de su aislamiento y del aparato preparado para mostrarla.

De allí fuimos á la casa de Goethe; la visitamos cuarto por cuarto, admirando por obligación la sencillez de sus muebles, semejantes á los de cualquier viejo de su época.

Nada había de notable y no sacamos de nuestra visita sino la sensación de haber estado en la casa del gran poeta.

Después recorrimos las calles, parques y jardines y por la noche fuimos á Palmer garten, un precioso café-concierto al aire libre, donde nos encontramos con toda la población de Frankfort matizada agradablemente con jóvenes judías de hermosa cabeza y

suave y dulce fisonomía. La música ejecutada por sesenta profesores era alemana y exquisita y retuvo á la concurrencia hasta una hora muy avanzada.

—

De Frankfort fuimos á Heidelberg ciudad ó aldea ó las dos cosas.

Heidelberg es un poema; ha oido uno mil veces su nombre, y ninguna persona medianamente ilustrada deja de alimentar por ella una curiosidad mezclada de afección.

¡Tanta aventura de estudiante, real ó inventada, escrita en los libros y leida en la juventud, predispone en favor de este paraje!

El conjunto de casas pintorescas por su construcción y sus jardines, rodea una alta colina ó montaña, asentándose en su falda. El valle es recorrido por un rio, el Neckar, habitualmente poco caudaloso. Del centro de los puentes que unen las dos márgenes del rio, se goza de una vista encantadora, cuyo principal paisaje es constituido por el famoso y antiguo castillo.

Heildelberg es un paraiso; las montañas, el río, los árboles y las casas están acomodados como por la mano de un artista, expresamente para producir efecto.

Se ve en las calles y jardines bastante gente, generalmente formando parejas y estas son en su ma-

yoría de jóvenes, hombres y mujeres. Nosotros veíamos en cada joven un estudiante y en cada muchacha una novia ó su equivalente corregido y aumentado.

El tipo del estudiante descrito por Dumas padre ha casi desaparecido. Ya no se ve por las calles perfumadas y bajo los árboles frondosos esos grupos desastrados de estudiantes pobres y desalmadamente despreocupados. Los jóvenes están vestidos á la última moda; hay más anteojos y monóculos que pipas, y el amor clásico destituido de bienes de fortuna, ha llegado á convertirse en una curiosidad excepcional.

La misma Universidad ha perdido su importancia; la ciencia moderna ha barrido la teología, la metafísica y las ciencias morales; los grandes estudios y los sorprendentes descubrimientos han elegido otro escenario en Alemania. Berlín lo absorbe todo. Hasta los más célebres profesores vejetan ahora en Heildelberg y esperan con una paciencia tranquila la hora de la muerte, tramitando oscuramente su vida científica en un cuerpo decaido y sin reacción.

Hemos tenido la ocasión de conversar con el profesor Bunsen, el famoso autor de la pila eléctrica de su nombre. ¡Pobre profesor Bunsen! Ya no tiene ni gana de vivir; es un despojo, una tradición, una antigüedad arqueológica.

Ni hablando de su pila se conmueve; no recuerda ni cómo, ni cuándo, ni dónde la descubrió. Habitualmente está callado, quizá por ser sordo, y cuando uno le habla, hace un esfuerzo para contestar como un moribundo importunamente perturbado en su viaje hacia el otro mundo.—He ahí el fin de toda celebridad y de toda gloria en la tierra cuando la muerte no se apresura á tomar su presa.

Viendo uno de estos ejemplares de la sabiduría humana, hundido en la indiferencia por la muerte de todas las pasiones, dá gana de acostarse á dormir y no empeñarse por nada más mientras llega la quietud eterna.

Y sin embargo qué bueno es vivir en plena salud, en contacto con la naturaleza, que no discute, ni gestiona, ni reprocha, ni atormenta! Vivir, aun cuando solo sea unas horas en Heildelberg por ejemplo, un «Tigre» sin mosquitos, lleno de árboles olorosos por entre cuyas hojas ve uno la montaña invariable con su vestido de verdura, la vieja Universidad por cuyas grietas se escapan la tradición de la ciencia y las leyendas sabrosas, el viejo Castillo con su vieja historia y su fecunda biografía.

Hemos salido á vagar á pie, pesándonos sentir la delicia del escenario, mientras en nuestra tierra se están matando en las calles y mandan en hojas aterradoras las noticias de sus grandes angustias

hasta al cerebro desalojado del profesor Bunsen, quien habla también de nuestra revolución con palabras de ultra-tumba, oscuras y sin timbre.

Pero bastante he sufrido yo también en esta vida, tras de mi cortina de indiferencia ó de indolente descreimiento, para no darme un momento de reposo, donde lo encuentre, hablando con los árboles que no contestan, pero tampoco procuran desengaños, ni ratifican las tristes verdades del pensamiento á cerca de la índole humana tan llena de dolorosos variantes.

—

Hemos visto tres iglesias; son chicas, sin pretensiones; dos de ellas góticas sencillas. Una música dulce, en armonía con el paraje esparcía una suave tristeza en las naves durante nuestra visita.

—

Vimos también el museo donde figura una colección completa de reproducciones en yeso de las más célebres estatuas y de algunos monumentos, siendo la pieza principal una copia del frontis del Partenon con todo su continente. Es la primera recomposición completa que he visto del célebre templo griego.

Recorrimos la Universidad, pobre edificio á pesar de su nombre célebre; vimos el arco erigido en honor de un Cárlos no sé cuantos, lo mismo que los monumen-

tos de uno de los puentes y por fin el Castillo enorme, trepado en las montañas ostentando sus ruinas poéticas y denunciando en sus murallas caidas y sus estatuas mutiladas el poder destructor de los franceses y del rayo.

No debe haber sido ni más interesante ni más concurrido el Castillo durante sus famosas épocas que ahora. Una serie de grupos ó colecciones de curiosos visita sus ruinas durante todo el dia y ellas pierden su aspecto imponente con el tráfico de los viajeros y la variedad pintoresca de sus trajes; las ruinas pobladas así, toman vida y se recomiendan á la memoria como un escenario compatible con la época moderna. El Castillo tiene numerosos y grandes compartimentos todos destruidos en menor ó mayor grado, pero todos interesantes. Una de las torres caidas sobre el hueco de un precipicio, no representa una construcción humana, sino una montaña derrumbada.

No puedo dejar de hablar del popular tonel; inmenso, el más grande del mundo, dicen; debe haberse escapado de Norte-América donde cada cosa es la mayor y la más notable de cuantas existen.

Se sube á la cubierta de este coloso como á una plataforma de cualquier edificio; mide catorce pasos de los mios á lo largo, por nueve de ancho, y puede contener cerca de trescientas mil botellas de

líquido. En una repartición vecina hay otro enorme tonel cuyas dimensiones solo sirven para hacer comprender él tamaño de su hermano mayor.

La arquitectura del Castillo no es agradable; hay exceso de estatuas y molduras, siendo la distribución de los compartimentos complicada y sin plan como obra hecha á retazos. Era una fortaleza inexpugnable y sólo se pudo destruirla en ausencia de sus naturales defensores. Ahora se llega á él ó bien haciendo á pie el camino ó subiendo en un ferro-carril funicular, cuya última estación no es el Castillo sino un paseo situado más arriba, donde hay música dos veces por semana y donde los concurrentes, media población de Heildelberg, goza de un panorama novedoso teniendo á sus piés los valles del Neckar y Rin, los puentes, las sementeras, los bosques y las casas de la ciudad sembradas entre los árboles.

—

En un café-concierto situado cerca de la Estación del tren y de los grandes hoteles en el centro se dan cita durante las noches de verano las familias del pueblito; no van solamente las personas mayores, van hasta los niños y es agradable mirar los grupos al rededor de las mesas, pues representan el comedor íntimo del domicilio trasladado al aire libre.

Por las sendas del jardín concierto, se suele ver

de tiempo en tiempo personajes estrafalariamente vestidos, con la cara llena de tajos y un andar desencuadernado. Son estudiantes que persisten en conservar los antiguos hábitos aun cuando figuren como originales. Necesario es advertir, sin embargo, que los combates no han cesado del todo. La Universidad se divide en grupos sostenedores de cualquier cosa diferente de la sostenida por otros grupos, en lo cual ponen su punto de honor. Los combates se repiten reglamentariamente; el arma usada es la espada de dos cortes, bien afilada. La autoridad no se mete en estas cuestiones internas.

Cosa rara! el profesor Bunsen no tiene un solo tajo en la cara; su fisonomía dulce y apacible no muestra sus ochenta años de edad; los estudiantes más descalabrados é insolentes se apartan saludándolo al verlo encaminarse hacia el bosque á gozar de la última delicia de esta vida, según su propia expresión, paseando distraido bajo el follaje de los árboles.

—

La civilización de la propina no ha respetado el pueblo de la clásica Universidad. Como prueba doy al lector este diálogo original que he oído en la portería de mi hotel.

Un norte-americano.—¿Cómo, tres marcos por bajar una maleta.

El mozo del tren.—Señor, somos tres de la compañía.

—Sí, pero uno solo ha bajado la maleta.

—No importa, Señor, somos tres compañeros para todo trabajo,

El dueño (interviniendo).—Son de una sociedad.

El norte-americano.—De modo que si fueran mil los de la compañía yo debería pagar mil marcos por bajar mi maleta?

—No son sino tres, señor.

OTRA VEZ ALEMANIA—BADEN-BADEN—POSICIÓN DELICIOSA—BIENESTAR FÍSICO POR EL CLIMA—BAÑOS MEDICINALES—CASTILLO VIEJO—PALACIO FAVORITA—COMO SE ROBA Y DESTRUYE POR AMOR AL ARTE—LA CIVILIZACION MEDIDA EN UNA PILETA.

Algunos de mis lectores conoce la situación de Baden-Baden, entre montañas ocupando un valle de la Selva negra, llamada así probablemente por el tono oscuro del verde de sus árboles, la espesura de los bosques que se come la luz y por cualquier otra causa más. Todos los parajes comprendidos en la extensión de la Selva negra son muy lindos y Baden-Baden lo es en grado supremo.

Un arroyo civilizado, vestido, peinado, encajonado, retenido, prudentemente entre sus márgenes, donde lo ha metodizado la mano del hombre, recorre el valle y divide á lo largo la ciudad.

Este arroyo baja de las montañas y toma con justo título el nombre de torrente cuando la lluvia excede ciertas proporciones. A lo largo de su cauce se ve muchas cascadas artificiales total ó par-

cialmente. Un número racional de puentes pone en comunicación los diversos grupos de casas de las dos márgenes sin obstar al desagüe del arroyo aun en sus mayores crecientes.

Los principales hoteles extienden sus jardines hasta el mismo borde del agua, así como el Parque ó paseo público, uno de los más lindos de la Europa, por sus grandes árboles, su fértil y accidentado terreno, sus construcciones y su esmerado arreglo.

Los habitantes de Baden, viven puede decirse, en este parque, en los jardines ó en las calles, entre el bosque y las numerosas alamedas que extienden su red en todas direcciones en el llano, en las faldas de las montañas y en las plataformas de las colinas, convertidas también en jardines bien decorados, gracias á las numerosas fuentes, piezas de agua y lujosa vegetación.

So pretexto de baños, Baden era antes un sitio de juego al cual afluían de todo el mundo, los aficionados á perder en dinero lo que ganaban en salud.

Ahora no hay juego, libre á lo menos; la autoridad lo ha prohibido, curando esta llaga social en el pueblo. Pero no por eso ha disminuido la importancia del paraje ni escasea la concurrencia. Los baños medicinales y el delicioso clima son bastante aliciente para atraer á los viajeros.

La temperatura ambiente es casi uniforme, el aire es perfumado y contiene mucho ozono (oxígeno electrizado) el mejor ingrediente respirable en la justa medida. Las nubes flotan á poca altura envolviendo con frecuencia la cima de las montañas. Los corpúsculos de vapor se pegan en las hojas de los árboles y, agrupados, caen goteando sobre la tierra negra, siempre nutrida por la materia orgánica de los vejetales muertos que buscan en ella su sepulcro para resucitar después en forma de tallos, flores ó follaje.

Respirando la atmósfera de Baden se siente una delicia física adormecedora; las sensaciones tienden á dormirse y los sentimientos se ponen á soñar fantasías agradables retrospectivas que la gloria de vivir pone en vigencia.

Los paseantes, numerosos siempre en las avenidas, con sus caras extranjeras y su andar indolente, parecen sonámbulos y se adivina en cada cerebro la tramitación de un encanto egoista formado por el bienestar del hígado, del bazo, de los pulmones y de la sangre. Domina en general una especie de embrutecimiento distinguido incapaz de ocultarse y contento de sí mismo.

Hay aquí numerosas fuentes y vertientes cuyas aguas ricas en sales y otras sustancias medicinales, constituyen el capital de la localidad, curando á los

enfermos ó haciéndoles creer que les curan. En ninguna parte el agua es objeto de mayor culto; las fuentes son tratadas con todo miramiento, las quieren, las miman, las adoran y les hacen santuarios especiales ó sea edificios, á donde van los inocentes á beber su líquido desagradable, frío ó caliente. El *Trinkhall* es muy popular y acreditado.

Los establecimientos de baños son muy buenos, pero los clientes son víctimas de un tratamiento poco delicado en cierto modo, pues se hallan expuestos mientras se bañan en las piletas, en los sudatorios ó en los estanques de arena y agua caliente, á las miradas de los visitantes. y estos á su vez pagan cara su curiosidad presenciando un espectáculo repugnante. Los y las pacientes no tienen en general cuerpos de Apolos ni de Venus ni Ledas. Las mujeres, sobre todo, ofrecen un cuadro muy desagradable. Viejas reumáticas, flacas, torcidas, narigonas, coloradas, se revuelcan en el baño de arena y hacen dudar al espectador del sexo y del atractivo del género humano en su mitad más ponderada, si toma aquella colección de arpías británicas ó teutónicas como muestras femeninas.

La disposición de las reparticiones en los establecimientos es buena, pero no mejor que la de las casas actualmente instaladas en Buenos Aires, salvo lo dependiente de los accidentes del terreno.

Por cierto no comparo estas casas con las nuestras en lo tocante á la calidad de las aguas.

En el establecimiento principal *Frederic Baths*, la sección de gimnasia higiénica es semejante y no superior á la casa fundada en Buenos Aires por el Dr. Aberg, en la calle General Lavalle.

—

Una excursión muy agradable es la del Castillo viejo, cuyas ruinas ningún viajero deja de visitar. Estas en su género, son de las mejores que se puede ver en Europa.

Se va al Castillo por entre una hermosa selva, subiendo la montaña donde el desmantelado edificio se halla instalado. De lo alto de los espesos muros se ve el valle con todos sus detalles y la ciudad de Baden. Las inglesas y norte-americanas llevan á este triste y poético paraje, sus labores ó sus libros y pasan el dia entretenidas á la sombra de las viejas paredes y bajo los árboles vecinos. Naturalmente hay en el Castillo un restaurant y varias tiendas de fotografías.

Nosotros, al volver de nuestra excursión vimos otras ruinas, las del Ebersteinburg, situadas también en una eminencia á poca distancia del viejo Castillo.

Luego fuimos á ver un Palacio llamado Favorita, nuevo en apariencia ó refaccionado, con parques, bosques y jardines anexos, muy cómodo y bien ador-

nado. Tiene también como los de su especie su salón de espejos, su cuarto de porcelanas y su sala de gobelinos.

Había leido, yo no sé donde, que los ingleses destruían los monumentos y se llevaban como recuerdo cuanto podían arrancarles, burlando la vigilancia de los cuidadores; nunca quise creerlo.

Pero al ver en uno de los salones del Favorita á una jóven con cara de ángel, arrancando canutillos de vidrio del vestido de un rey muy respetable, retratado en un antiguo tapiz, encontré razón á un Guía que en Roma, mostrándome un monumento me dijo «El tiempo y los ingleses no han dejado más que eso.»

La muchacha se llevó media manga del rey difunto; pero esta ladrona no era inglesa sino alemana.

Nos mostraron en este Palacio hasta la cocina con su batería de cobre completa y la despensa con su loza antigua, en la cual las fuentes y soperas figuraban repollos, mazos de espárragos, melones y cabezas de jabalí; las tazas y saleros, alcachofas y frutas y las demás piezas, todo cuanto se le ocurrió al fabricante. ¡Linda loza!

A la jovencita ladrona se les iban los ojos tras de una salsera que representaba un pollo barcino en la edad interesante de su pasaje á gallo.

Favorita tiene una capilla ridícula cuyas imájenes de santos, cristos y vírgenes de barro ó madera pintada, son execrables; se necesita ser muy religioso para adorarlas.

—

Hemos ido á la *Conversación*, así se llama un casino teatro, salón de conciertos, jardín, paseo y demás adminículos de un monumental establecimiento levantado para diversión y entretenimiento de los habitantes de Baden. Una concurrencia inmensa llena todo el recinto de la Conversación, asiste á los conciertos, á los bailes en el salón regio, lujoso y colosal, pasea en los jardines y prepara ó desenvuelve sus aventuras.

La orquesta es muy buena; en ciertos momentos los músicos dejan de tocar sus instrumentos y poniéndose de pié cantan, continuando con la voz las piezas comenzadas; esta es la primera banda ú orquesta cantante que he visto.

La vida en Baden es tranquila y agradable.

A no ser por las noticias de nuestra tierra, habríamos pasado días felices, gozando del bienestar que procura un clima suave y un conjunto de elementos calculados para borrar las inquietudes, despreocupando y adormeciendo.

Ha llegado ya la solución definitiva de la revolucion y sus consecuencias; los telegramas anuncian

la composición del nuevo gabinete. Con este motivo escribo en mi cuaderno algunas páginas cuyo texto será comunicado en oportunidad, si leyéndolo otra vez, lo encuentro digno de mostrarse en letras de molde. Por ahora sólo le reconozco una calidad, la absoluta libertad de juicio, fuera de toda presión ó reticencia, calidad que sólo escribiendo á la distancia puede imprimirse á los conceptos.

—

Cerca de nuestro hotel hay una casa de baños rústica, servida por una familia adorable, compuesta de un viejo alemán, sano y fuerte, dos muchachas frescas y sencillas como flores del campo y un adolescente, hermano de las dos jóvenes é hijo del viejo.

Si las angustias de la revolución no han cambiado el sentir general de mis conciudadanos respecto á familias, ya mis lectores habrán deducido que las dos muchachas son también hijas del padre de su hermano.

Las bañaderas en esta casa son grandes piletas de agua corriente instaladas en chozas, y los baños de natación son estanques de trescientos ó cuatrocientos metros cuadrados; hay dos, uno para mujeres, donde nada á su gusto mi compañera de viaje y otro para hombres donde yo, lo digo con orgullo, no encuentro competidor, habiéndome conquistado

con mis aptitudes acuáticas, la estimación de todos los alemanes clientes de la casa.

Uno de ellos me preguntó de dónde era.

—Soy de Sud-América, le contesté.

—No los creía á los sud-americanos tan civilizados, replicó.

—Oh! si, le dije, estamos muy adelantados; en mi país hasta los senadores del Congreso saben nadar.

Le eché esta mentira por puro patriotismo y sin el menor escrúpulo, aun cuando bien me sé yo cuantos de nuestros hombres públicos son respecto al agua como los gatos.

OTRA VEZ ALEMANIA—STRASBURG — FORTIFICACIONES—LA CATEDRAL—OTROS EDIFICIOS—EL PARQUE—SUIZA—LA ANTIGUA BASILEA O BAAL—LOS TRES REYES MAGOS—UN INGLÉS Y LA TEMPERATURA UNIVERSAL—MIRANDO EL RIN.

Debidamente explotados en Baden como en todas partes, salimos para Strasburg á donde llegamos después de cambiar dos veces de tren y pasar el Rin y sus canales por buenos puentes.

Hemos recorrido las fortificaciones admirando la tremenda defensa que los alemanes han constituido en esta plaza; cada cinco metros hay un cañón sobre parapetos ó casa matas ó no sé cómo se llaman, y debajo están las municiones, las pilas de balas de un tamaño increible y los demás artefactos de guerra.

Es, dicen ahora, Strasburg la plaza más fuerte de la Europa.

Nuestro cochero no se mostró contento con el nuevo orden de cosas; sin embargo, en apariencia no lo pasa mal, está bien vestido y goza de una salud excelente; se queja de las contribuciones mayores, según él, que durante el régimen francés.

Yo le observé que la ciudad progresaba pues apenas se conocía los horribles destrozos de la guerra.

—Mejor sería, me contestó, no reparar tanto edificio y fomentar más bien el comercio.

La inspección, aun superficial de las fortificaciones y acopio de materiales de guerra, causa espanto.

—

Como es de regla, hemos visto la Catedral, con su torre al lado, la más alta de la Europa según dicen, su estructora de encaje en piedra, sus puertas llenas de preciosas esculturas y sus columnas delgadas como hilos tendidos sobre las mallas transparentes de sus dibujos. La torre es original, tiene por fuera escaleras de caracol al aire, situadas en construcciones separadas del cuerpo principal y que terminan en una plataforma al comenzar la pirámide final, compuesta de un sinnúmero de columnitas delgadas y dibujos airosos.

Sobre una puerta lateral en un alto relieve están asando un mártir, San Lorenzo, supongo.

Por dentro, la iglesia es oscura en general; tiene tres naves; las ventanas ostentan preciosos vidrios pintados. Hay un púlpito de piedra tallada admirablemente. El órgano como colgado en la luz de un arco, está á un lado, en la misma mano donde figura el púlpito.

Pero la pieza maestra de la Catedral es su famoso reloj, héroe de mil leyendas á cual más originales; representa el sistema planetario adornado con objetos de nuestro globo, también planetarios por consiguiente, como son: gallos, muñecos y otras figuras que entran en escena á las doce del dia.

—

Entre los edificios señalaré: Una nueva Cámara y una Biblioteca. La Universidad llena de estatuas en el remate de los muros, espléndido y grande monumento situado en medio de un extenso espacio, con árboles, arbustos y jardines por adorno. El Palacio ó Castillo del Emperador y la antigua Prefectura, ahora casa del Gobernador de Alsacia y Lorena.

—

Al lado de la Catedral está la casa más vieja de la ciudad según el cochero; fué dice, de las pocas salvadas en el incedio de 1810; presenta el aspecto de una torre de madera con cristales, pero es de piedra, á lo menos en su parte inferior.

—

Por último recordaré el Parque Coudart, muy lindo, los barrios viejos con su aspecto pintoresco y los lavaderos públicos en los canales de ciertos circuitos.

Con estos elementos se compone la primera im-

presión del viajero al visitar la muy nombrada capital.

—

De Strasburgo, pasando otra vez el Rin, como es forzoso, nos hemos trasladado á la antigua Basilea, muy nombrada por su Concilio y por otras causas de largo detalle.

Nada ofrece de muy particular, aunque las guías ponen un rosario de curiosidades.

Es un punto central del cual se parte para visitar la Suiza y al que se vuelve después de haberla visitado. Central he dicho porque así la llaman, pero el mapa protesta.

Los Tres reyes magos figuran en el frontispicio del hotel que lleva su nombre y son en mi opinión una de las cosas más importantes de Baal, aun cuando ningún autor habla de ellos. Era de sospecharse un espíritu aventurero en estos tres reyes desde su arriesgada é incierta excursión á Belen, para entregarse al solaz de adorar al niño Jesús, pero no entró por cierto en los cálculos de persona alguna que andando el tiempo, ese espíritu les conduciría á instalarse en un hotel suizo y á darle su nombre.

Aparte de los reyes magos y empresarios de hotel, ha contribuido á hacer muy agradable nuestra corta permanencia aquí, el Rin que corre al pié de nuestro cuarto y un inglés que come á nuestro lado.

El inglés ha viajado mucho, por ser inglés; los ingleses viajan por obligación; y ha recogido en sus largos viajes una sola noción, la de las temperaturas.

—Ha estado usted en Florencia? me preguntó.

—Sí, he estado, le contesté.

—Ahora hace allí mucho calor.

—Y usted ha estado en Nápoles.

—Oh! sí; en este tiempo no es bueno, hace mucho calor.

—Y en San Petersburgo?

—También; hace allí bastante frío en invierno.

—Baden-Baden me gusta mucho, y en general todos los parajes de la selva negra.

—La selva negra, verdad, he estado varias veces en Baden y otros puntos; aun en invierno allí la temperatura no es muy fría.

—Cómo encuentra usted esta sopa? le pregunté por fin, por ver si lo sacaba de la red termométrica.

—Fría, me contestó, muy fria.

—¡Sea todo por el amor de Dios!

—Es usted argentino?

—Si, señor y desgraciamente nuestro país pasa ahora por momentos muy difíciles.

—Verdad, me dicen que allí hace siempre mucho calor.

—No hace tal calor, lo han engañado á usted,

hace un frío á veces capaz de helar al más escarchado de los ingleses.

—Le agradezco mucho este informe, yo pensaba que hacía mucho calor.

Al despedirse me dió la mano; la tenía helada, lo que no le impidió añadir «Voy á tomar un poco de fresco á mi balcón.»

—

Lo mismo que el inglés, nos fuimos también á nuestro balcón á ver pasar las aguas del Rin atropellándose entre los pilares de los puentes y reflejando las luces de los faroles.

Tanto he oido hablar toda mi vida del Rin, tanto he leido sobre él, los poetas y los prosadores lo han aprovechado tanto para sus versos ó sus romances, que ya su causa está ganada ante mis impresiones.

Lo veía á través de las leyendas, lo desglosaba de la historia y lo reconocía en medio de las metáforas más forzadas de los poemas.

¡Rin, sublime Rin! Sobre sus ondas flota la sombra de las vírgenes infortunadas y el alma de los caballeros románticos de los siglos pasados. Sus riberas han visto el pasaje de los ejércitos enemigos, los desastres de la guerra, la destrucción de los castillos encantados y soportan ahora sobre las rocas avanzadas, las ruinas melancólicas de las regias ó aristócratas moradas.

Tema constante en la lucha secular entre dos naciones ambiciosas, que según la suerte ó las épocas lo alejan de sus fronteras ó lo encuentran en su territorio, ignorante de su importancia, corre entre márgenes de verdura, fecundando inmensos territorios y atrayendo á los viajeros de todo el mundo á contemplar sus bellezas mil veces cantadas en verso y prosa!

¡Ya se sabe todo eso, pensaba yo, como queriendo borrar los recuerdos ó reflexiones, para ocupar solo mi pensamiento con la impresión del momento.

La noche estaba oscura, nublada y ligeramente brumosa. El rio, negro en partes, solo enviaba de tiempo en tiempo, algún reflejo miserable de la luz indigente de los faroles; los rumores de su corriente continuaban hablando acordes con las fantasías tristes entonces, como hablan siempre los ruidos uniformes, poniéndose al unísono del alma de quien los escucha. Los golpes acompasados de dos remos y el silbido particular del agua cortada por la quilla de un bote, me transportaron á las orillas del rio Luján, allá lejos en la patria; los golpes de los remos suenan en todas partes lo mismo y despiertan en la noche callada, una zozobra infinita, como si los navegantes estuvieran en peligro ó fueran á cometer alguna mala acción.

A donde irán á esta hora por el Rin, aguas abajo?

Los ruidos se acercan, las pausas son mayores; se ve una sombra negra en el fondo negro de las aguas; la sombra vacila, se alarga en un sentido y acorta en otro; es la embarcación que da vuelta; no podrá gobernar quizá. ¿Pero qué hacen en medio del rio? La imaginación comienza á encontrar misterios; la noche no es hecha para andar en botes ó embarcaciones con remos. Un rayo de luz ha caido sobre la mancha negra y se ha visto subir y bajar la sombra.

Pero qué me importa; serán algunos lancheros que se van á sus casas! La corriente del rio es muy violenta; así es siempre en este paraje. Los del bote deben saberlo; no se embarcarían si no estuvieran seguros de sí mismos. ¿Por qué no habrá otros botes?—Será porque los dueños de ellos no tienen necesidad ó gana de ir á parte alguna. . . .

De repente oigo una voz que me saca de mis comentarios sobre la causa de la excursión del bote á esa hora.

—Oh, oh! dijo la voz, parece que usted también gusta del aire fresco. Las aguas del Rin son muy frías, y con razón, pues toman origen en los deshielos; sin embargo, en su tránsito podían calentarse porque ahora en Suiza, en los valles y en Alemania hace mucho calor. Buena noche.

La voz cesó después de su monólogo.

Era, como ya lo habrá calculado el lector, la voz del inglés.

Yo me olvidé del Rin, de las leyendas, de la embarcación misteriosa que nada tendría de tal probablemente y me puse á pensar en cómo un hombre podía tener un solo asunto de conversación en este mundo, sin ser un loco.

En fin, el inglés había tomado un tema inocente: el frío ó el calor de las cosas y de los pueblos.

SUIZA—NEUHAUSEN—LA CASCADA DEL RIN Y LOS JUEGOS DE LUZ—MAGNÍFICO ESPECTACULO.

Son las 10 1|2 de la noche y acabamos de ver uno de esos fenómenos maravillosos en que la naturaleza y el arte se dán la mano para producir sorprendentes efectos.

Estamos en frente de la cascada del Rin, que no pasa de ser uno de los rápidos del Niágara. El rio cuyas aguas son de un verde claro, viene rujiendo desde lejos por las escabrosidades de su lecho.

Sus márgenes elevadas están pobladas y ostentan preciosas casas de campo. El hotel que nos aloja mira hacia los rápidos y á la cascada; tiene un terrado, un ancho corredor abajo donde se reunen los trescientos ó cuatrocientos viajeros, atraidos en esta época del año á las orillas del Rin.

Del corredor y terrado, lo mismo que de las ventanas, se vé el panorama completo: á lo lejos el rio que comienza ya á inquietarse, más cerca un puente de nueve arcos y más cerca aún, la cascada dividida en secciones por dos peñascos de forma cónica, milagrosamente subsistentes.

El agua se precipita rugiendo de una altura de cinco á siete metros, en apariencia, saltando por escalones hacia el lecho inferior.

Torbellinos de vapor, nubes y polvo de agua se elevan, proyectados por el choque de la masa líquida, blanca ya como espuma de jabón. El ruido es horroroso, y la nota uniforme, reforzada ó disminuida solamente por las corrientes del viento.

La noche está oscura, una gran tormenta flota en el aire; la lluvia cae á torrentes y los relámpagos sacan de las tinieblas el admirable escenario, cada dos ó tres minutos.

Todos los viajeros se han retirado del terrado y contemplan los efectos de la tormenta desde las ventanas del hotel.

De pronto, sin cesar la borrasca, la cascada se ilumina con la luz del medio dia. Los rápidos, las arcos del puente, las casas de las orillas y las hirvientes olas del rio aparecen en todo su bellísimo esplendor. Después los peñascos del centro de la caída comienzan á lanzar fuego de diferente color como si fueran volcanes. A los lados, nuevos incendios aparecen. Las casas vecinas son consumidas por el fuego que por grados y en diversos puntos se anima ó se aplaca como si el incendio ganara en una sección y cesara en otra falto de alimento.

Todo el paisaje ha tomado un tinte rojizo como alumbrado por los edificios envueltos en llamas.

Luego, poco á poco, la luz vá cambiando del rojo al verde, del verde al azul, del azul al blanco de luna.

La cascada representa plata fundida hirviendo, al vaciarse en la concavidad del precipicio y el espectáculo concluye, continuando solo el rumor pavoroso de las aguas.

Explicación.

Una poderosa instalacion de aparatos de luz electrica, combinada con fuegos artificiales de la más científica excelencia, han producido el fenómeno.

Funcionan todas las noches para atraer á los viajeros y realmente el espectáculo que les ofrecen es por sí solo, un lejítimo aliciente que compensa las incomodidades del viaje hasta este sitio.

La tormenta ha completado la emoción causada por la bellísima escena constante y natural y su ornamentacion artificial y adventicia.

Nuestro propósito era seguir viaje al dia siguiente, pero hemos decidido quedarnos un dia más, para absorber con todas nuestras facultades estéticas las delicias de este paraje.

Ahora mismo mientras escribo estas líneas, la luz de los relámpagos invade nuestro cuarto, las gruesas gotas de lluvia golpean los vidrios de las ventanas y el rumor de la cascada llena el ambiente, tratando de grabarse para siempre en nuestros oidos. Así será.

—

Hemos paseado por los alrededores, mirando la cascada de todas partes pues á todas parece presentarse de frente.

La lluvia ha caido repetidas veces pero los árboles plantados en todas direcciones o nacidos espontáneamente, nos han ofrecido el abrigo de su follaje, verde intenso, más oscuro que el verde blanquecino de las aguas del Rin. Anoche hemos visto otra vez la iluminación y hemos tenido lástima á la pobre Cascada, compelida á ostentarse á la vista de los curiosos aún después de la invasión de las sombras, por las fuerzas propias de su corriente que imprime movimiento á las máquinas productoras de la luz eléctrica, encargada de exhibirla desnuda aun en las horas destinadas al sueño y al reposo y á seguirla hasta su lecho inferior donde sus aguas ván á buscan el descanso después de su carrera de saltos sobre los despeñaderos.

SUIZA—SCHAFFHAUSEN—ZURICH—BERNA—GINEBRA—FIESTAS EN HONOR DE UN CONCURSO MUSICAL—ESTABLECIMIENTO DE FUERZAS MOTRICES—BAÑOS DE NATACIÓN—EDIFICIOS, MONUMENTOS Y PASEOS.

Solamente por no dejar en blanco un itinerario, hablaré de un viaje hasta Ginebra desde Neuhausen, pues nada nuevo podré decir sobre un trayecto mil veces descrito por otros.

Neuhausen, como lo recordará el lector, es un conjunto de hoteles y de casas al rededor de la Cascada; y Schaffhausen es una pequeña, pero importante ciudad, por sus antecedentes y sus industrias.

Los hoteles de Neuhausen han hecho mucho daño á Schaffhausen; antes los viajeros pasaban en esta población y solo hacían excursiones á la Cascada; ahora se alojan en Neuhausen y solo van de paso á Schaffhausen, cuando van, desconociendo sus méritos, olvidando visitar su famosa Ciudadela, los restos del Claustro consagrado á todos los santos, los nuevos edificios públicos, las viejas casas estra-

falariamente decoradas y por fin el relój astronómico y las maquinarias de los talleres establecidos á orillas del Rin y movidas por sus aguas de rápida corriente.

—

El trayecto hasta Zurich ofrece puntos de vista agradables sin notarse nada particularmente bello en los paisajes.

Zurich admirablemente situado en la falda de una montaña, al extremo de su lago y á los dos lados del rio Limmat, se distingue por sus lindos monumentos y el carácter industrioso y emprendedor de sus habitantes, como lo sabe todo el mundo.

—

En Berna, donde se aburren á morirse los ministros diplomáticos, y entre ellos el nuestro, hemos visto la Catedral, no concluida; el Terrado contiguo que ofrece una deliciosa vista sobre el rio Aar, la ciudad y parte de sus alrededores, descubriéndose á lo lejos las montañas heladas; la Torre del reloj adornada con figuras grotescas, encargadas de dar las horas cuyo advenimiento anuncia un gallo con voz de cantor aficionado; el Palacio federal antiguo y el nuevo en construcción y por fin los Osos, uno de los grandes atractivos da Berna que tiene en su escudo y en todas partes osos por docenas.

—

De Berna á Ginebra continúa el mismo paisaje con pocas variaciones. Al acercarse el tren á esta ciudad costea el inmenso lago por su convexidad, pues tiene forma de luna en creciente; sus aguas claras azules encerradas entre montañas y colinas, descansan la vista. Numerosas poblaciones y casas de campo animan sus márgenes y ofrecen agradable retiro durante el verano.

Hemos encontrado á Ginebra en fiesta, toda adornada con flores, arcos triunfales, banderas, lámparas y faroles.

No he visto jamás un espectáculo más alegre; parece que la ciudad se presta para dejarse vestir de gran parada.

El motivo de la fiesta es un concurso musical. No solo de la Suiza sino también de otras naciones, han concurrido numerosas sociedades musicales, reuniéndose en el concurso como seis mil músicos y acudiendo cincuenta mil curiosos.

Los hoteles están llenos; hay camas hasta en los salones destinados habitualmente á otros objetos.

Ha tenido lugar la clausura del concurso; el lago estuvo iluminado durante la noche, lo mismo que las calles cuyo dorno se mantiene.

Tres días seguidos la ciudad ha estado en carnaval. La música y el pasaje de grupos, asociaciones é individuos en gran número, no han cesado un mi-

nuto. La animación, el bullicio y los cantos no han sido interrumpidos en ninguna hora del dia ni de la noche.

Hemos visto desfilar una procesión de cerca de doscientas sociedades con sus banderas y sus estandartes cuajados de medallas.

Literalmente toda la población llenaba las calles y no había puerta ni ventana que no ostentara algún adorno.

Todos los instrumentos de la tierra sonaban á la vez; sin excluir ni los primitivos de los pastores, ni los característicos de algunos pueblos, como los escoceses.

Imposible es estar triste en medio de tanta alegría.

Así las preocupaciones de la patria afligida por la crísis económica y los conflictos de toda especie, solo se apoderan del espíritu con intermitencia, si bien no deja de causar desagrado el contraste de hechos tan diversos.

Ya nos estamos cansando de viajar tanto y hasta el sublime Rin ha sido objeto algunas veces de nuestra indiferencia.

Verdad es que este rio nos ha perseguido por la Alemania y parte de la Suiza y tal vez le haya sucedido ante nuestros ojos, lo que á la niñas bonitas muy pagadas de su hermosura, quienes no perdiendo

teatro, baile, concierto ni carreras, á fuerza de mostrarse acaban por no ser vistas.

Los fuegos artificiales han sido insuperables; el lago y su hijo el rio Rone, iluminados con gas y electricidad, parecían un incendio de brillantes; cien buques cubiertos de luces los surcaban en todas direcciones; en dos sitios opuestos de las dos costas se había establecido baterías que mantuvieron un cañoneo constante, simulando un reñido combate; el fogonazo de los disparos hacía la parte de los fuegos artificiales. Cuando estos se encendieron, los muelles, los puentes, los buques y los edificios aparecieron como envueltos en fuego. Entre tanto una masa humana compacta cubría literalmente el suelo en las orillas del rio y en los puentes; no se veía sino cabezas ó más bien sombreros.

Todas las casas proyectaban mil luces sobre el recinto; todas estaban bordadas con faroles de color y guirnaldas de flores por fuera, y desde el interior de las piezas, por sus ventanas abiertas mandaban al exterior el torrente de luz de sus lámparas encendidas. Al disminuir el combustible de los fuegos, las partes menos iluminadas engañaban la vista simulando caer en pedazos como los muros, los postes, los tirantes y las columnas en los incendios inextinguibles.

Ginebra había sido maestra en materia de fiestas!

—

La ciudad no tiene mucho que ver en comparación de las grandes capitales europeas. Lo más hermoso de ella es el Lago, el Rone y sus dependencias. La furiosa corriente del rio pone en movimiento por medio de turbinas, en el Establecimiento llamado «Fuerzas motrices» ocho pares de bombas horizontales sencillísimas, aspirantes impelentes, que distribuyen su poder á domicilio, mediante una suma anual insignificante.

Estas bombas proveen de agua á la ciudad.

Para poner en movimiento cada turbina, según me explicó el director del Establecimiento, se necesita una velocidad capaz de hacer pasar por el aparato siete metros cúbicos de agua por segundo. Las bombas se dividen en dos categorías; unas son de alta y otras de baja presión, sirviendo, según su poder, para suministrar el agua potable ó la destinada á usos industriales. Unas pueden elevar el agua á cincuenta mentros de altura, otras á ciento treinta metros.

El establecimiento se agranda paulatinamente á medida de las exijencias públicas; actualmente instala nuevas bombas para atender á los pedidos de fuerza á domicilio. Se comprenderá el hecho sabiendo las aplicaciones de esa fuerza. Ella dá ventiladores en los talleres, fuego en las cocinas, movimiento en las máquinas de coser, de hilar, de

bordar, de cortar, de picar tabaco, de enfriar, de calentar y de cuanto Dios crió.

Toda la economía doméstica está servida y es facilitado por el Establecimiento de Fuerzas motrices.

Yo, cuando fuí sirviente, mucamo, cochero, caballerizo ó portero del Congreso, del Poder Judicial y del Poder Ejecutivo, es decir, cuando fuí Ministro de Estado, favorecí un proyecto del malogrado Dr. Figueroa para establecer la fuerza motriz á domicilio en Buenos Aires; como él importaba un singular beneficio y un adelanto de la mayor civilización, no se ha realizado hasta ahora; si se hubiera llevado á la práctica, cómo se hablaría de los progresos de la gran capital del Sud y cuánto beneficio habría obtenido la población!

—

Los baños en las casas flotantes del Rone, son excelentes; el agua viva, corriente, es muy saludable; hasta las mismas dificultades de la natación aguas arriba constituyen una ventaja, proporcionando un enérjico ejercicio físico.

—

Ginebra tiene un buen Teatro, además de otros malos y un Café concierto, excelente, con grandes salones y jardines sobre la avenida de la ribera.

—

Su principal paseo es el Jardín inglés, donde se vé una linda fuente y en un kiosko, el grupo de montañas del célebre Monte blanco y de todos sus accidentes, incluyendo sus parajes habitados.

—

Los edificios principales de esta ciudad, á más de los mencionados, son el Museo Rath, el Conservatorio de Música, la Academia y el Ateneo.

El monumento más elogiado, y con razón, es el del duque de Brunswick, mal ideado en mi opinión pues en su segundo plano tiene el sarcófago y en el tercero la estatua del duque.

No es natural presentar á un pobre difunto en un papel doble; en la tumba por un lado y á caballo por otro lado, es decir, muerto y vivo al mismo tiempo.

La estátua de Rousseau figura en la isla de su nombre ligada á uno de los cinco puentes que unen las dos partes de la ciudad separada por el Rone ó Rhone.

El grupo representando á Ginebra apoyándose en la Confederación suiza, es imponente, y llama también la atención la estátua ecuestre del caballero Dufour que se alza en una plaza.

—

Uno de los Rotschild tiene aquí su casa de campo suiza, encantadora. Los extranjeros pueden visitarla dos veces por semana; reune cuanto puede hacer

la delicia de una morada: parques, colecciones zoológicas y botánicas, lagos, cascadas, jardines en terrenos quebrados y un regio palacio por añadidura. Su dueño, aunque judío, es muy liberal.

—

En cuanto á museos, institutos, residencias célebres y otras curiosidades, dejo á mis lectores el cuidado de consultar los libros especiales.

Una sola cosa me ha chocado en Ginebra; la instalación de mercados en las calles durante las primeras horas del día, defecto que comparte con Berna y otras ciudades suizas.

En general he encontrado en toda la Europa una mezcla de hábitos que denuncian una civilización poco homogénea.

CHAMONNIX—PORQUÈ NO HAY VÍA FÉRREA—UN POCO DE FÍSICA—BELLO ESCENARIO—EL HIELO EN BOSSON.

Confieso haber venido á este valle incitado por el recuerdo de la «Linda de Chamonnix», ópera en cuatro actos, y me he sentido enteramente desconcertado no viendo bajar, como esperaba de la escarpada montaña, á la joven heroina precedida del bien aventurado pastor que la hacía caminar tocándole el organito.

No había tal heroina ni tal pastor, pero en cambio formaban fila los agentes de diez hoteles, prontos, no á contraer matrimonio como la Linda de Chamonnix, sino á elejir sus víctimas entre los recién llegados.

Hicimos el viaje de Ginebra en tren, por una gran parte del camino, y el resto en diligencia. El viajero no se explica cómo no continúa el tren hasta Chamonnix, cuando el terreno es, en la mayor distancia, casi horizontal y se presta admirablemente para la construccion de una vía férrea de poco costo.

Yo no me tomé el trabajo de meditar sobre este punto; conocía las razones alegadas contra la vía

férrea, y en una conversación con el dueño de mi hotel en Ginebra, obtuve una ratificación de mi juicio,

—Porqué no hay camino de hierro á Chamonnix? le pregunté; no conozco el trayecto, pero nada es imposible ahora y ustedes tendrían el interés del capital asegurado con tanto viajero.

—La via férrea á Chamonnix me contestó, sería el último golpe á sus encantos. Ya llega hasta Clusse y si se facilita más la excursión, perderá su interés, se destruirá su novedad y podrá hacerse en dos días, y eso no conviene.

—Usted se equivoca; si hacen un camino de hierro á Chamonnix tendrán cada año cuatro veces el número de los viajeros actuales y por lo tanto mayores entradas para la Suiza en general y para cada punto del tránsito en particular.

Una empresa podría añadir algunos atractivos artificiales á los naturales de aquel delicioso paraje y aumentar su población y sus ventajas. Durante la estación podrían representar la ópera de la «Linda» sobre el cuerpo del delito; cuando ya tuvieran bastante de «Linda» pondrían en escena alguna otra pieza de ópera, drama ó comedia sobre asuntos de carácter local, haciéndola componer á propósito: «El Monje de San Bernardo» sería un buen tema de ópera; «La doncella del Monte Blanco», no sería

malo para un drama, aun cuando no haya habido jamás ninguna doncella en el Monte Blanco «Doña Nieves» se prestaría á una excelente comedia de costumbres, y así por el estilo.

Con estas y otras cosas semejantes pronto se haría de Chamonnix un lugar de cita para toda la Europa y la América, y se convertirían los sitios del pasaje forzoso por el territorio suizo, en un inmenso hotel, mientras que ahora solo la mitad de las casas son hoteles.

El propietario no quiso convencerse con mi raciocinio

Después supe que era socio de una compañía de diligencias á Chamonnix. ¡Oh la moral, siempre la moral!

En resumidas cuentas, ó por lo de ahora, como dicen los españoles, la vía férrea llega solo á Clusse, y de ahí á Chamonnix ván los pasajeros semi-estivados, admirando los paisajes, teniendo lástima á los caballos, mirando los valles, las montañas vestidas ó desnudas de verdura, las vías y arroyos y esperando en cada taberna del camino, que el conductor concluya su vaso de vino ó de cerveza.

Hablar de las bellezas del paisaje es cosa inútil; el más parco de los viajeros por Europa no ha dejado á un lado Chamonnix y todos los recién casados de las grandes y pequeñas capitales, han ido á ese

paraje á enfriar los ardores de su luna de miel enfrente de las heladeras de sus montañas.

Dificilmente se encuentra en parte alguna contrastes de belleza natural más sorprendentes que las del valle de Chamonnix. Los cerros amenazan juntarse y cerrar el camino; los arroyos de rápida corriente atentan contra el reposo de las piedras enormes; los hielos se funden y las montañas lloran su agua sobre las hondonadas, dejándola correr como hilos de lágrimas por sus mejillas inclinadas; los pinos trepan en las colinas vistiendo de verde oscuro sus faldas y los picos de los Alpes con nombre y apellido, como si pertenecieran á una sola familia, parecen punzarle el vientre al cielo.

Los picos se llaman á imitación de los nombres italianos Garibaldi Giuseppe, Garibaldi Pietro ó Garibaldi Anita; Aguja Verde, Aguja del medio dia, Aguja del Monje, Aguja del Dru, Aguja del Gigante y otras agujas que no son tales porque no tienen ojo, sino picos y muy picos, semejantes á los de las gallinas cuando beben agua, muy altos y muy enhiestos capaces de causar la mayor admiración y un acentuado dolor en la nuca.

Yo iba en la diligencia con una niña muy preguntona, mi compañera de viaje, y mantuve con ella el siguiente diálogo, muy oportuno dado el paraje, y muy bueno para la próxima edición de Ganot tratado elemental de física.

—Porqué hay hielo en las montañas altas?

—Porque hace frío.

—Y porqué hace frío cuando las cumbres están más cerca del sol?

—Porque hay corrientes de aire más libres y porque la presión atmosférica es menor.

—Y qué importa que sea menor la presión y que haya corrientes?

—Importa mucho porque las dos causas favorecen la evaporación.

—Y qué tiene que ver la evaporación con el hielo?

—Para hacerse vapor, el agua toma calor de la subyacente y la hiela.

—Pero una vez helada toda ya no debe haber más evaporación y porqué hay nubes sobre las cumbres heladas?

—Porque el vapor flota y se condensa de nuevo en forma de agua y ésta se vuelve á evaporar produciéndo el mismo efecto.

—Bien, pero antes que hubiera hielo, ¿como fué el agua tan arriba?

—Fué en las nubes por la evaporación de los mares y de los rios.

—Y porqué los picos como aquellos que se vé allá, no tienen hielo siendo tan altos?

—Porque se cae apenas se forma, dada la configuración del piso. Así, el Monte Blanco está cubierto

de hielo no solo por su altura sino por su disposición.

—Esas son teorías é invenciones, yo no creo nada de eso.

—Ni yo tampoco. La ciencia que trata de estos fenómenos se llama meteorología como la parte de la literatura que trata de los juegos de palabras y de las metáforas arriesgadas se llama poesía.

—Y entonces porqué dán esas explicaciones?

—Porque sí, señorita, porque sí. Uno necesita dar exámen de física y no puede cortarle á esta ciencia la meteorología.

—Cómo hay hielo allá abajo y no hay más arriba?

Porque ha rodado á causa de los demoronamientos del formado en las cumbres.

—Y porqué no se funde estando abajo?

—Sí, se funde, pero es reemplazado en la parte fundida.

—De aquí en adelante, cuando vaya á la ópera voy á entenderla mejor.

—Pero esta es la gran ópera, el escenario inimitable, la naturaleza en todo su esplendor, las elevadas cumbres, el hielo, el rumor de las aguas chocando con las piedras, los valles, los árboles y hasta el cielo nublado que aumenta la belleza óptica!

—Sí, todo muy lindo si no fuéramos en Diligencia.

—Dios tendrá en cuenta este sacrificio para la redención de nuestras culpas.—Amen.

—

Hoy 24 de Agosto de 1892, dia en que escribo esta página en Chamounix, había sido domingo; lo he sabido con sentimiento pues no vendrá el *Times* ni leeré telegramas de Buenos Aires.

El nombre de los días se pierde en los viajes; apenas sabe uno las fechas.

Ha llovido toda la noche y la lluvia ha continuado durante el dia hasta tarde, aumentando la ociosidad de las doscientas personas del hotel. Hoy me han parecido todos más desconocidos que ayer. Tengo gana de preguntarles cómo se llaman y porqué han venido.

Solo ha dejado de llover una hora; el tiempo necesario para emprender una excursión. No bien hecha la tercera parte del camino, la lluvia comenzó de nuevo y sufriéndola hemos ido á ver el *Glacier* de Bossons.

Glacier quiere decir *heladera ó nevera*, pero heladera ó nevera no quiere decir glacier; la palabra francesa se ha hecho técnica por la pobreza del idioma é induce en error presentándose como intraducible.

Mientras encuentro la palabra castellana propia, notifico á mis lectores que un *glacier* es una enor-

me masa de hielo. Esta masa afecta varias formas, según la pendiente del terreno en que se asienta y las causas determinantes del depósito. Unas veces figura un torrente, otras una montaña escarpada ó un mar agitado.

Para tener idea de estos depósitos, es necesario verlos; ninguna descripción los representa.

Lo más sorprendente es su estabilidad; pasan los años y la masa helada conserva sensiblemente sus formas.

Cuando uno piensa que se trata de amontonada, edificada, agua puesta de pie, diré, estática, contra las leyes hidráulicas, la admiración crece. Se puede edificar con el hielo una casa de larga duración. En el promotio de Bosson han construido un túnel, llamado cueva, de 80 metros de largo, por el cual los ingleses más altos caminan sin sacarse el sombrero; ni el piso ni los muros ni la bóveda del túnel sufren detrimento apreciable en mucho tiempo.

De trecho en trecho han practicado nichos á los lados, donde ponen velas encendidas para alumbrar el parage; los nichos duran años como el mismo túnel. Los desgastes, grietas ó canales que se observa, son debidos á corrientes de agua provenientes de los deshielos superiores.

La causa de esta solidez y estabilidad, debe ser no solo la temperatura sino la consistencia del hie-

lo, producida por la presión de las masas superpuestas.

El agua cristalizada en la profundidad de estos depósitos, es la única agua quieta, invariable, no sujeta á nivel ni á evaporación. Ahí se estará los siglos mientras sus compañeras de los ríos y los mares anden viajando de la tierra á las nubes y de las nubes á la tierra.

He necesitado venir á Chamonnix para tener idea de la eternidad; lo único invariable, inmutable en la naturaleza, es el centro de estos formidables cristales.

Para que todo sea extraordinario, ocurre lo siguiente: en el túnel de hielo no hace frío ¿podrá atribuirse la temperatura moderada de su atmósfera á la concurrencia de señoras, caballeros y niñas que frecuentan sus entrañas durante el dia?

La luz no penetra cuando el espesor del hielo es grande y donde no lo es, se la ve difusa, blanca, uniforme y suave, sin reflejos mortificantes.

Al bajar de la montaña de hielo de Bossons, que tiene aparentemente como cincuenta metros de altura, otros tantos de ancho y una logitud incalculable, el camino se hizo más divertido, no solo por la comodidad del descenso y la calma de la lluvia, sino por la presencia de unas singulares caricaturas; varias viejas exóticas prototipos de lo ridículo, montadas en nulas.

CHAMOUNIX—LA LLUVIA—DATOS SOBRE ALTURAS—EXCURSION AL MAR DE HIELO—LA DAMA DEL MONTE BLANCO.

La lluvia continúa; imposible es hacer ninguna excursión.

Los cerros siguen despachando sus volúmenes de agua por entregas; los ríos y arroyos están crecidos y mandan su canto monótono acompañado del rumor de la lluvia, anidándolo en nuestros oidos.

Las cumbres de las montañas están envueltas en su túnica de blancos nublados; no se vé ni los hielos y ya todos los habitantes del hotel han recorrido cuanto libro y periódico existe en el salón de lectura.

Yo ya sé de memoria la biografía del Monte Blanco y estoy dispuesto á pelearme sosteniendo que el primer hombre que subió á su cima fué un médico, el Dr. Paccard; acompañado del Guía Balmat; que Saussure solo subió un año después y que la altura del Monte Blanco es de 4.810 metros y 50 centímetros y no la de 4,810 metros solamente, como dicen las guías.

Los detalles de las alturas de los pisos de la ca-

dena del Monte Blanco son los siguientes: (nota; los copio de una hojita que me han dado en el hotel y por pura beneficencia, para evitar que ustedes se descrismen buscándolos en los diccionarios).

Aguja de Gouter.....	4072	metros.
Cúpula de Gouter.....	4331	»
Monte maldito.....	4340	»
Aguja del medio dia...	3843	»
Aguja del Plan.....	3673	»
Aguja del Blaitiere.....	3533	»
Aguja del Crépon.....	2866	»
Aguja de Charmoz.....	3442	»
Aguja Verde.....	4127	»
Aguja del Dru.....	3815	»
Aguja Floria.....	2858	»

Una mañana de dudoso tiempo nos hemos decidido sin embargo á visitar el Mar de hielo. Nos habríamos creido deshonrados si no hubiéramos hecho esa excursión. Los viejos más gordos de la tierra cuentan entre sus grandes hazañas haber atravesado «La Mer de glace» y se les llenan la boca cuando relatan su travesía.

La razón de semejante proliferación de hazañas es que la excursión es de las más agradables y más fáciles, pero el nombre es un encanto, una pomposidad preñada de peligros: la Mer de Glace!! El Mar de hielo no significa nada al lado de ¡¡¡¡LA MER DE GLACE!!!!

Más difícil es ir á Quilmes en diligencia que pasar y repasar *la Mer de glace*.

Preparativos:

Un par de polainas para cada persona, destinadas á presentar á la dicha persona con la figura de una gallina calzada.

Un par de medias, para encima de los botines, destinadas á evitar los resbalos. (Nota: á los cuatro pasos sobre el hielo, ha perdido uno las medias y queda librado á la habilidad de su calzado habitual.)

Una pica, destinada á aumentar en cinco francos el fondo económico del vendedor y á incomodar durante todo el viaje al comprador. (Nota: esta pica lleva grabada una fecha y las palabras «Monte Blanco» para que el viajero pueda mentir á su gusto en su tierra, teniendo un testigo de madera incapaz de decir lo contrario.)

Uno ó dos centenares de francos en el bolsillo, para comprar fotografías, piedras del Monte Blanco labradas en París, mosáicos suizos, hechos en Florencia, y para pagar el almuerzo y otros gastos durante la excursión.

Mulas, Guías y un muchacho para cuanto se ofrezca.

Todos estos preparativos, excepto el de los francos, son indispensables y completamente inútiles. Uno puede hacer perfectamente la excursión con tra-

je de mañana, botín fino y bastón flexible y aun sin bastón. Pero ¡qué dirían en Chamonnix de semejante resolución!

Nosotros emprendimos el viaje en compañía de varias personas, entre las cuales iba una señora todavía joven, bastante gorda, bastante blanca y demasiado ágil para su edad y su volumen.

Esta señora era escocesa; desgraciadamente no hablaba una palabra de inglés y no siendo francesa según ella, hablaba el francés como una parisiense encurtida.

Intentaba subir á la cumbre del Monte Blanco; contaba llevar dos Guias jóvenes, uno para su mucama y otro para ella; dormir la primera noche en «Las mulas» como es de regla, continuar su ascesión al dia siguiente y volver á Chamounix el mismo dia. Los dos Guías estaban muy contentos con esta determinación, sobre todo el Guía de la mucama, por ser esta más jóven que la señora, más bonita y sobre todo más tímida, circunstancia final fecunda en ocasiones para prestarle un fuerte apoyo en la difícil y y solitaria travesía.

Todo esto en su parte de proyecto nos fué referido, en medio de la nieve, en el Mar de hielo, después de haber subido en mula hasta Montanvers, haber almorzado y comprado curiosidades allí y haber bajado hasta los hielos.

El Mar de hielo es una montaña de agua helada, endurecida desde hace siglos, que llena una inmensa hondonada, entre dos series de peñas; los hielos han bajado y continúan bajando de las cumbres; se han amontonado en la quebrada y forman un promontorio colosal. La nieve es compacta, dura y presenta solamente por excepción, grietas más ó menos profundas, por las que se escapa el agua de fundición destinada á alimentar los arroyos. En las márgenes del relleno de hielo, la nieve se halla mezclada con trozos de piedra y conglomerados de tierra desprendidos de las alturas.

Parándose en medio del Mar de hielo y mirando en la infinita distancia los picos elevados, blancos, que determinan la cristalización de las nubes para mandarlas en ejércitos de avalanchas hacia los valles, las peñas descarnadas con sus flancos á pico y el apiñamiento gigantesco de los monolitos de hielo representantes de una nueva formación geológica, el viajero siente una impresión de atontamiento y de admiración capaz de hacerle creer que todo aquello no es obra de la naturaleza!

El espíritu más positivo y más científico se deja invadir, á lo menos durante un momento, por la superstición, en presencia del asombroso fenómeno.

Nuestra arriesgada excursionista del Monte Blanca iba delante de nosotros, apoyada más allá de

la justa medida, en el brazo de su joven Guía, un mocetón robusto, sano y elegante. En mi opinión la señora exajeraba los peligros y se resbalaba un veinticinco por ciento de más con relación á las calidades del camino entre la nieve. Y cosa extraña! el Guía no se quejaba de tamañas exajeraciones y más bien desplegaba un exeso de fuerzas musculares en sostener á su corrediza compañera.

La mucama y su correspondiente Guía, mantenían un paso más seguro. Verdad es que se encontraban recíprocamente apoyados y en una forma muy científica; ella tenía la mano puesta sobre el hombro del Guía y éste rodeaba con uno de sus fornidos brazos la cintura de su liviana compañera.

Cualquiera comprende la dificultad de resbalarse en semejantes condiciones.

Así llegamos al Mal Paso, un camino cortado en la falda empinada de la montaña que forma el límite derecho del Mar de hielo. En los pasos más difíciles hay pasamanos de hierro fijados en la roca para seguridad de los viajeros; pero tales pasamanos no prestaron el menor servicio á la lista mucama ni á su ágil patrona; ellas prefirieron los brazos de hierro de sus complacientes Guías durante el trayecto.

Llegados al Chapeau (Sombrero) un sitio llamado así porque no hay en él ningún sombrero, ni cosa

parecida, la señora obsequió á los Guías con un vaso de cerveza, servido en la choza allí ubicada para descanso y explotación de los viajeros, y los Guías á su vez colocaron en los adorables pechos de sus respectivas compañeras, un ramo de flores silvestres, como precursores de otros presentes que les harían en el Monte Blanco.

Durante el viaje de regreso desde el Chapeau á Chamounix perdimos de vista á las dos parejas y solo encontramos á cada cinco centímetros, muchachas graciosas y pobres vendiendo leche.

Todo cuanto se puede imaginar de pintoresco se encuentra en el camino de regreso desde el primer paso en tierra firme sobre la margen derecha del Mar de hielo hasta Chamonnix. Inmensas alturas, cortes verticales en la roca, cascadas de agua espumosa, arroyos, figuras de edificios y de ruinas en los promontorios y grietas de la nieve, praderas verdes y floridas, moles de granito reposando de paso en la pendiente y otros mil accidentes del paisaje forman un conjunto encantador.

Nos quedaba por hacer la excursión á la Flégére, sitio desde donde se vé, de una altura de 1806 metros, todo el escenario del Monte Blanco, sin ganar un ápice de ventaja para la impresión ya recogida con la sola permanencia en Chamonnix.

Ningún viajero sin embargo, se atreve á decir «yo

estuve en Chamonnix y no subí á la Flégére,» aun cuando todos después de la excursión, preguntados sobre el éxito de su viaje se ven obligados á confesar la inutildad de su molestia.

Advertencia importantísima: el dueño del hotel de la Flégére, los idem de los hoteles de Chamounix, los Guías y los viajeros ya caidos en la trampa, no participan de mi opinión.

¿Por qué suben casi todos los extranjeros á la Flégére?

Por la misma razón que obliga á los estudiantes á seguir el curso de latín y á los solteros á casarse; ya hubo otros que estudiaron y se casaron, y estos no dejarán de aconsejar á sus relaciones el estudio y el casamiento para tener compañeros de causa.

De la Flégére se vé el Monte Blanco, las agujas, los mares de hielo, los valles y las aldeas en él ubicadas y de cualquier punto de Chamonnix se vé el Monte Blanco, las agujas, los mares de hielo, los valles, las aldeas en ellos ubicadas y además la Flégére.

ADELANTE POR SUIZA Y POR ITALIA—PASAJE POR LAS VILLAS, CIUDAEES, MONTAÑAS, TUNELES Y LAGOS SEGUN PROGRAMA DISCUTIDO Y ACEPTADO.

—

ITINERARIO—Martigny—Lausana—Lago Thune—Brienze—Meringen—Alpnachstad—Lucerna—Túnel del San Gotardo—Locarno—Lago Mayor—Luino—Ponte Tressa—Lago Lugano.—Fortezza—Menaggio—Lago de Como.

La distancia entre Chamonnix y Martigny puede salvarse en dos horas ó tres, pero los cocheros y hosteleros no lo consienten y despliegan un talento increible para alargar el viaje, no solo con el fin de dar lugar á todas las explotaciones del camino, sino también para obligar á los pasajeros á quedarse en Martigny haciéndoles perder el tren.

Nuestro cochero consiguió en parte su objeto; nos hizo llegar un cuarto de hora después de salido el tren que habíamos elegido, nos forzó á comer en Martigny, pero no consiguió hacernos quedar á dormir: había otro tren más tarde.

Todas las fantasías de la tierra fabricando paisajes no hacen una composición igual á los instalados por

la naturaleza á lo largo del trayecto de Chamonnix á Martigny.

Debe haber al rededor de doce millones de descripciones de esos sitios, por lo cual me creo obligado á no aumentar el número; solo diré que al dar vuelta el último recodo en la montaña y descubrir el valle de Martigny y la pequeña ciudad escondida en su planicie, cree uno estar soñando con locuras pintadas en un espejo mágico.

Y los habitantes de estos parajes ni caen en cuenta de la feria geológica y vegetal extendida al alcance de su vista!

El viaje á Lausana se hace encantador cuando el tren comienza á costear el lago Leman. Nosotros fuimos obsequiados por el cielo con una tormenta deliciosa, con truenos amables y relámpagos divinos compañeros de una lluvia robusta de gruesas gotas sonoras y frescas como señoras blancas, casadas y provincianas.

El lago se iluminaba de tiempo en tiempo y mostraba sus costas provistas de montañas y colinas, volviendo á sumirse en la oscuridad tras de cada relámpago (El lector habrá sospechado que era de noche.)

Bien á lo lejos entre la bruma, aparecía el farol de algún buque con su luz vaga, ó una serie de puntos luminosos en la costa, denunciando un grupo de casas.

Al otro dia la bella, plácida y accidentada ciudad de Lausana se presentaba radiante de luz y refrescada por la lluvia á nuestros ojos, mostrándonos sus alegres plazas y sus lindos y nuevos edificios, como para hacernos sentir la pena de dejarla pronto.

—

Otra vez en el tren hasta el lago Thune, un gracioso lago, como dicen en Italia; continuación del viaje en vapor hasta Darlingen; desembarque en este punto y otra vez tren hasta Interlaken.

Allí nos detuvimos el tiempo necesario para conocer el paraje justamente ponderado. Ya no cabía más gente en el pueblo; las calles estaban llenas, los hoteles rebosando, los talleres de escultura en madera muy concurridos; había ómnibus por todas partes acarreando viajeros de la Estación á las casas y de las casas á la Estación; ninguna ciudad tiene más ómnibus, hay cuatro por cada habitante al parecer. Grande era la animación en el puelo con tanto viajero. En nuestro hotel se sentaban á la mesa cuatrocientas personas. La variedad de caras era infinita. Durante la noche los inmensos salones de lectura, de conversación y de conciertos eran pequeños para la concurrencia; en cada grupo se hablaba un idioma diferente. Las mujeres más hermosas de todas las naciones de la tierra habían mandado á ese

palacio sus representantes. Las armonías de la música, como decía Julio Núñez cuando era cronista del «Nacional», flotaban en la atmósfera, y los perfumes de las flores y el aroma de las plantas, le prestaban los adormecedores efluvios de su aliento (frase del mismo autor.)

En una palabra, Interlaken es un paraiso con tiendas, hoteles, ómnibus, música, Evas europeas, orientales y americanas, Adanes jóvenes, adolescentes y viejos, Padres eternos ciegos ante los pecados originales, Angeles esterminadores dormidos, Serpientes de última moda y manzanas ya mordidas.

—

Lástima grande fué vernos obligados á cambiar las delicias de este paraiso suizo por un asiento en el tren con destino á Boningen donde tomamos el vapor para atravesar otro lago, el Brienze, muy lindo también, como todos los lagos, desembarcar en Brienze, tomar otra vez el tren hasta Meringen, cambiar allí nuestros vehículos por otros, maravillosos, arrastrados por una locomotora con dientes adaptables á las canaletas de un riel central y subir por engranaje, metiendo un ruido infernal, á la cumbre de una montaña empinada.

Nunca me olvidaré de *Meringen* ni de *Alpnachstad*, dos nombres de fácil pronunciación como se vé, y cuyas dulces y melodiosas sílabas encantan el oido,

como el crugido del tren ascensor, unido en mi memoria al recuerdo de estos parajes.

De las alturas á que nos condujo la locomotora, vimos el cielo abajo, las nubes formando plataformas por trechos, los lagos, los ríos y los valles, las ciudades y villas, las sementeras en las planicies del fondo ó en las cumbres niveladas de algunas eminencias, el camino tortuoso con sus rieles curvos subiendo como serpientes por las laderas y la insondable comarca con su variedad infinita de accidentes.

De una cosa está sorprendido el lector; de no haber encontrado en todo este trayecto un solo hotel ¡Error funesto causado por un olvido de mi parte! El tren con dientes se paró á cierta altura y todos los pasajeros tuvieron ocasión de mostrar la utilidad de los propios, ante una mesa bien servida y capaz de retemplar el ánimo aun de los más asustados por los peligros de la singular excursión.

Y había sin duda motivo para alimentar cierta inquietud, pues una descompostura de la máquina á la subida ó bajada de la montaña, habría dado con nosotros en un precipicio, á pesar de su casi perfecta seguridad y científico arreglo.

—

Llegamos á Lucerna preciosa ciudad suiza, habitada por ingleses, alemanes, rusos, norte-americanos y muy pocos suizos; cubierta literalmente de hote-

les y desprovista de casas particulares, consideradas allí como una anomalía; poblada de ómnibus como Interlaken; situada á orillas y sobre el Reuss á su salida del complicado lago de los Cuatro Cantones, mirando al Righi y al Pilatos dos montañas; dueña de un león de piedra famoso y de un jardin de la misma materia, siendo de advertir que todos y cada uno de estos objetos son especialmente destinados á hacer pasar el dinero del bolsillo de los viajeros al tesoro de la ciudad predilecta, durante una estación del año que comprende las cuatro estaciones.

Particularidades de Lucerna:

El lago de los cuatro cantones—todo cuanto se diga en su favor es poco; goza de un gran crédito mantenido por su acrisolada honradez.

El león muriendo, tallado en un lienzo de roca vertical; es el famoso león de Lucerna, representante del heroismo de los suizos en su defensa de las Tullerías. El modelo es de Thorvaldsen, aumentado hasta catorce metros de largo por más de ocho de alto. Tiene una lanza rota metida en el cuerpo; la cara es la de un muribundo, casi humana; da lástima y asombra; la boca sobre todo expresa el dolor en la agonía.

El jardín de los hielos (des glaciers) vecino al león; constituido por unos hoyos hechos en la piedra dura por la acción de las piedras sueltas puestas en mo-

vimiento circular por el hielo. El fenómeno es curioso; las excavaciones de diversa configuración muestran el trabajo de desgaste en sus espirales pulidas. Las piedras, supuestas autoras de la novedad geológica, yacen en el fondo de las concavidades como cuerpos del delito; son grandes y chicas y de forma esferoidal. Supongo, sin herir el crédito de Lucerna, que muchas de estas piedras tienen una relación reciente con los hoyos cuya construcción data según los eruditos, de la época en que toda la Suiza era un gran depósito de nieve. Los mismos eruditos explican cómo las escavaciones han sido hechas por el hielo y nada más que por él; yo no entendí la explicación y aun si me propusiera, le haría muy serias objeciones.

El Righi, montaña trepada actualmente por los trenes, adornada con puentes atrevidos, provista de hoteles y digna de una inspección seria en dia de sol. Desgraciadamente, los más de los viajeros hacen la excursión y no ven nada á causa de las nubes. Un Diorama admirable establecido en Lucerna, muestra á á la perfección cuanto se vé del Righi, así como los paisajes, ferro-carriles, puentes, hoteles, valles y picos del mismo Righi; la ilusión es absoluta; ha sido hecho para suplir al Righi en los días nublados y lo reemplaza con ventaja; no hace frío en el recinto y se llega á él en cinco minutos, pudiendo uno

mirar desde la cumbre de su asiento en los bancos, un espacio de cien leguas cuadradas, los hielos, los lagos, ríos, montañas y la puesta y salida del sol, exactamente como si hubiera hecho la excursión obligada en las mejores condiciones.

Los que no quieran moverse de su casa, admirables sabios, pueden, contentar su fantasía mirando un panorama mil veces más extenso que el del Righi: tomen un mapa, el de Europa por ejemplo, y verán campos, ciudades, cerros, lagos, ríos volcanes y cuanta Dios crió, con tal que el editor lo haya pintado.

El Pilato, monte muy calvo, con la cabeza enteramente pelada y mucha verdura abajo como barba. De su cima se vé también el mundo entero y la Suiza, su ilustre beneficiaria.

—

Mi compañera de viaje se había propuesto ver todos los lagos y yo tenía entre ceja y ceja pasar por todos los túneles largos. La revista de lagos iba á ser completa; ya estaban en la lista los de Norte-América, Irlanda, Escocia, Alemania y Suiza; nos faltaban los de Italia que íbamos á ver.

Pero en cuanto á túneles no podíamos vanagloriarnos hasta no pasar el del San Gotardo y el del monte Cenis.

Mi compañera había sido complacida á lo menos en parte y era necesario complacerme á mí mismo,

razón por la cual nuestro itinerario comprendía los lagos de Italia y los célebres Túneles, socabones ó galerías como les llaman los ingenieros.

Para verificar nuestro programa necesitábamos dar una gran vuelta y entrar de nuevo á Italia, lo cual no nos pesaba.

Me creo medianamente hábil en componer itinerarios; he viajado mucho viendo todo lo interesante sin pasar dos veces por el mismo punto, salvo excepciones inevitables. He recorrido toda la Europa menos España que dejo para el postre, por ser la madre patria, he visto parte de Asia y Africa y lo más importante de Norte-América, combinando mis viajes por las líneas más cortas, entre los puntos notables y al volver á Buenos Aires, solo llevaré el sentimiento de no haber ido á la India, al Japón, á la China y Australia.

—

La línea férrea de San Gotardo es variadísima casi desde Lucerna; los túneles y las aberturas sobre los precipicios se suceden, preparando al viajero para el deseado pasaje. El túnel del San Gotardo tiene como cinco leguas métricas, es decir como dos quintos de legua más que el túnel del monte Cenis; se halla entre Gaschenen por el lado suizo y Airolo por el italiano.

En los numerosos túneles largos y cortos del ca-

mino, uno se sofoca con el humo; en el del San Gotardo no hay humo, ni se necesita cerrar las ventanas; la ventilación es perfecta; yo pasé las cinco leguas parado en la plataforma del vagón sin experimentar ninguna sensación desagradable, pero tampoco encontré novedad alguna, extrañando yo mismo no sentirme impresionado.

Hay dos vías en el túnel que permiten á los trenes cruzarse en él. Nosotros encontramos uno; este y el nuestro hicieron un ruido atronador.

—

El mismo dia fuimos á Locarno, cambiando tren, y de ahí por el hermosísimo lago Mayor, en buque á Luino, pueblito encantador como todos las de la costa de los lagos italianos. Durante la navegación nos tomó una tormenta espantosa, y como los buques no son construidos para responder á esos contratiempos, todos los pasajeros se mojaron ó más bien, nos mojamos, llegando á Luino tarde.

Felizmente allí un hotel cómodo, abrigado y bien servido, nos prestó asilo agradable.

Al otro dia 1° de Setiembre de 1890 salimos de Luino en un tren-via á vapor, llegando á Ponte Tressa donde nos embarcamos para atravesar el lago Lugano, tan lindo como el mejor y pobladísimo en sus costas. Paramos en Lugano para cambiar de buque siguiendo en el nuevo hasta Forlezza. De allí en

otro tren-via fuimos á Menaggio, tocando así la costa del lago de Como. Nos embarcamos de nuevo en este punto y después de parar en veinte partes para dejar ó recibir pasajeros, llegamos de noche á Como, encontrando á éste animadísimo por dos razones, la inundación de las casas vecinas al lago á causa de la tempestad de la noche anterior y la lujosa y profusa iluminación de su puerto.

—

La excursión en los lagos de Italia, según el itinerario que he descrito intencionalmente con detalles, es una de las más agradables y fáciles.

No son los lagos de Italia ni más ni mi menos lindos que los del resto de la Europa. Con ligeras diferencias todos los lagos son lo mismo y causan impresiones semejantes, variando estas solamente por alguna causa adventicia, tal como una tormenta, un dia muy lindo, una sociedad alegre ó mal humorada, una favorable disposición de ánimo, el estado de salud ó cualquier otro accidente.

Quien haya visto un lago, los ha visto á todos y solo por manía de viajero empecinado se empeña uno en completar la colección de excursiones.

El lago de Como, la noche de nuestra navegación en sus aguas, estaba bellísimo. Todas las villitas de la orilla, sepultadas en las tinieblas, por la pobreza de sus habitantes á estar á la explicación de un via-

jero, solo daban señales de su existencia cuando las luces del vapor se proyectaban sobre ellas; el perfil caprichoso de las montañas se dibujaba en el cielo deslustrado y semi-claro; las aguas se movían apenas. Nosotros íbamos contentos de haber visto por fin este lago de Como tan nombrado por los italianos de Buenos Aires, y tan querido por los que han nacido en sus costas.

ITALIA—COMO—UN CHASCO—MILAN DE PASO—LA CARTUJA DE PAVIA—BOLONIA—LA UNIVERSIDAD—DOS TORRES—PISA Y SU TORRE INCLINADA—MONTE CENIS—OTRA VEZ FRANCIA—PARIS JUZGADA POR SUS HOSPITALES.

Habían puesto unas tablas suspendidas sobre cajones y tirantes en el zaguán de nuestro Hotel en Como, único medio de facilitar la entrada cómoda de los pasajeros sin obligarles á mojarse.

El lector recordará, si ha leido el fin del capítulo anterior, que la noche de nuestra llegada, todas las casas de la orilla del lago estaban inundadas.

Al pasar por el puente improvisado, encontramos razón á nuestro conductor, quien interrogado por una señora curiosa sobre si se veía del Hotel el lago contestó:

—Sí, señora, un poco.

Algo más de un poco se veía, pues el Hotel estaba dentro del lago.

Nuestras piezas tenían una exposición admirable; miraban al puerto, á las montañas, á las costas en una gran distancia.

El cansancio del viaje no nos dió tiempo á cerrar

las ventanas ó más bien los postigos. Gracias á esta circunstancia los primeros rayos del sol de la mañana, autores de la aurora, después de haberla fabricado en los cielos, metieron su luz difusa á nuestro cuarto mostrándonos un escenario inolvidable.

La noche había sido ventosa; la tempestad no estaba aún calmada; el lago había continuado con sus pretensiones á mar y tenía olas él también. La música del viento y de las olas cuando no es bastante poderosa para despertar, sirve para adormecer.

Al amanecer los ruidos se fueron apagando poco á poco, y cuando la mitad del sol se asomó por sobre los montes, nuestros ojos vieron una feria de paisajes iguales solo á sí mismos.

En un largo viaje cambia uno tan frecuentemente de alojamiento y de dormitorio, que al despertarse nunca sabe con seguridad dónde se halla.

La variedad se hace uniforme y hasta los mozos y patrones de hotel concluyen por tener la misma figura.

Después de meditar un poco, orientando la situación de mi almohada con relación al cuarto y la de éste con relación al lago, me dije á mí mismo en voz alta:

«Estamos en Como, sobre el lago de Como, en el país de Ardenghi y de otros hombres célebres (Ar-

denghi es célebre para mí, porque fué mi condiscípulo) voy á buscarles inmediatamente; debe estar aburrido en su patria como cada hijo de vecino educado fuera de ella y que ha editado en la ajena la mejor parte de sus años.»

—Conoce usted al Dr. Ardenghi? pregunté al mozo que acudió á mi llamado.

—Ardenghi, Ardenghi, dijo poniéndose un dedo en la frente. Ardenghi . . . no lo conozco, pero el patrón lo ha de conocer. El patrón no lo conocía, pero en su opinión en el Correo debían conocerlo. El encargado de la Posta restante no lo conocía tampoco, pero pensaba que sí había tal Ardenghi sobre la tierra, los carteros debían conocerlo.

Unos cuantos carteros fueron interrogados; ninguno pudo dar noticia; jamás Ardenghi Philipo ni Ardenghi Nada había recibido, ni tenido carta ni telégrama en Como ni en su jurisdicción.

Así se desvanecen todas las ilusiones; hace usted un largo viaje para ver el lago de Como y á su amigo Ardenghi, calcula las impresiones de la sorpresa, se prepara á ser recibido con cariño ó con indiferencia, todo prevee menos esto: no hay tal Ardenghi.

Felizmente la decepción de no encontrar en Como al condiscípulo y amigo fué mitigada por las impresiones del viaje y permanencia en sitios de una belleza eternamente joven y perpétuamente nueva.

¡No comprenderé jamás que un hombre pudiendo vivir en las orillas del lago de Como, se resigne á vivir en otra parte!

—

Por entre peñas, árboles y ríos nos fuimos á Milán, ya visitado y contado en otra ocasión. Allí debíamos parar dos días, empleando uno en hacer la excursión á la Chartosa de Pavía, como lo verificamos.

La Chartosa consta de un convento, una iglesia y varias huertas, contenido todo ello en un gran terreno cultivado.

La iglesia es una de las más ricas de la Italia. Posee mosáicos, frescos, cuadros, mármoles esculpidos y monumentos de valor histórico. La belleza y mérito de los altares y capillas por sus bajos relieves en mármol, sus columnas y demás adornos, no puede ser descrita. En el inmenso convento, vacío ahora de religiosas, la distribución y comodidad de las celdas, muestran que los cartujos, sus antiguos moradores vivían holgada y decentemente.

Cada religioso tenía un departamento compuesto de un dormitorio, un comedor, un jardín y una pequeña galería. Dá pena ver esas habitaciones vacías.

El refectorio ó comedor general es digno del mejor convento y de los mejores tiempos de la vida monástica.

La Cartuja pertenece ahora al Gobierno y está bajo su cuidado.

—

De vuelta de nuestra visita, emprendimos viaje para Bolonia, ciudad muy nombrada entre los estudiantes por sus pergaminos universitarios, ahora un poco borrados. Vimos allí iglesias, paseos, villas, plazas y estatuas, consagrando un gran tiempo á la Universidad, más por las noticias referentes á ella que por los méritos actuales de su viejo edificio. En Bolonia honran la ciencia perpetuando la memoria de los hombres que se han distinguido en ella, por medio de estatuas y otros monumentos.

Dos Torres, una nueva y otra vieja, excesivamente alta la una y á cuyo lado se colocó la otra para servir de término de comparación, fueron las curiosidades que el Guía nos enseñó como las más dignas de llamar nuestra atención. Una de las Torres tuvo la intención de ser inclinada; no lo es sino en apariencia; no está concluida y tiene más de cien metros de altura. Lo admirable de estas torres es su perfecta y absoluta inutilidad, compañeras de causa en esto, de la famosa torre de Eiffel, la más alta del mundo y, sin duda, también la más inútil.

—

Continuamos nuestro viaje á Florencia; allí nos quedamos muchos días descansando y reposando la

vista sobre la plácida hermosura de las obras de arte y seguimos después á Pisa donde vimos la torre inclinada *sorprendente*, *estupenda* como diría un periodista de la nueva escuela; *admirable* por este solo hecho: haber llamado la atención del mundo entero siendo muy fea y no teniendo el más pequeño mérito por su estructura. ¡Cualquiera hace una torre inclinada con tal de no sacar la vertical correspondiente á su centro de gravedad del área de su base! Entre la torre de Pisa y la tontera de los viajeros, la torre no es lo más asombroso!

—

Para pasar el túnel del Monte Cenis, nuestro itinerario debía ser como fué, de Pisa á Génova, de Génova á Turin y de Turin á Paris.

Admiramos en el viaje la costosa construcción del camino de hierro de Pisa á Génova que tiene como cien galerías ó túneles, entre ellos algunos muy grandes y de un nombre especial, y ofrece las más agradables sorpresas al viajero, ya haciéndolo trepar en puentes aéreos sobre precipicios, ya mostrándole las ciudades á sus pies ó sobre su cabeza, ya sumiéndolo en las tinieblas, ya acercándolo tanto á la orilla del mar como si fuera á embarcarlo.

El pasaje del Monte Cenis á pesar de los preparativos, no hace impresión. Preparativos digo, por los anuncios del Guarda-tren. «Ya llegamos al túnel» «Yo le avisaré el momento» «Ahora» «Ya!»

Hasta la locomotora se paró y parecía encojerse de miedo antes de entrar al túnel.

El pasaje duró 25 minutos, tres más que el del San Gotardo, aun cuando este tunel, como se sabe, es más largo; la ventilación era muy buena y no se sentía la menor incomodidad.

A la salida del túnel me esperaba esta pregunta destinada á dejarme sin réplica.

—Ya has pasado los dos túneles y ¿qué has sacado con eso?

En efecto nada había sacado con eso; pero, en algo se ha de emplear la vida, siquiera sea en pasar túneles.

—

Y aquí me tiene usted por quinta vez en Paris ocupado en ver, examinar, comparar y analizar los órganos de la vida de esta singular capital, sus calles, sus casas, sus paseos, su agua, su aire, sus institutos de todo género, museos, bibliotecas, exposiciones, academias, colegios, escuelas, fábricas, industrias y especialmente hospitales y cuanto se liga con ellos, habiéndome convencido de que es más fácil calcular aproximativamente las condiciones generales de un pueblo y los caracteres de su civilización, examinando sus hospitales, que dedicándose á numerosas y variadas observaciones fuera de ellos.

Así como por una pústula ó una llaga se conoce

el estado de un organismo, así por estos Establecimientos de beneficencia que representan una fórmula y dan la resultante de un millón de componentes, puede apreciarse un estado social.

Para insinuar los elementos de una fácil demostración de esta tésis, me basta, creo, apuntar lo siguiente:

En un hospital público un observador inteligente encontrará datos para darse cuenta:

Del carácter de la población.

De su moralidad.

De su caridad y beneficencia.

De su riqueza.

De su vitalidad.

De su generosidad.

De su higiene.

De su administración.

De sus costumbres.

Y sobre todo de este elemento importante y trascendental:

Del valor asignado por los habitantes de cada localidad á la vida de sus semejantes, no solo por cuanto ella afecte á los sentimientos humanos, sino también á los grandes intereses de la población nacional.

Podría tal vez arriesgar algún juicio sobre Paris basándome en esos datos y en otros recojidos du-

rante mis numerosas y pacientes investigaciones en esta capital; pero no me atrevo; no tengo seguridad de mis aptitudes para esa tarea y aunque mis convicciones respecto á este colosal organismo, están casi completamente formadas en mi mente, desconfío de mis fuerzas para trasmitirlas á otras. Paris y Lóndres se escapan á mi examen por su tamaño físico y moral, por el carácter universal y complicado de sus funciones y por no prestarse á un juicio certero sino de quien viviera en su seno un siglo por lo menos, en posesión de la más poderosa inteligencia.

Pero una palabra le debo á esta incomprensible metrópoli.

París interpretado á través de sus hospitales, muestra ordinarias calidades. París es sábia, caritativa, generosa y humana en la más digna significación de esta palabra.

ESPAÑA—CONSIDERACIOUES GENERALES—CAUSAS Y ORIGENES DEL ESTADO ACTUAL—ESPERANZAS —LA MADRE PATRIA—LOS TOROS—CARACTER DE LOS ESPAÑOFES—LITERATURA CASTELLANA.

Nuestro viaje de París á Madrid no ofreció ninguna particularidad digna de contarse. La parte de España recorrida en el trayecto es árida, pobre de de agricultura, de comercio y de población. Podría ser toda la Península tan rica como la mejor comarca de la tierra; la naturaleza lo permite, pero los hombres han dispuesto otra cosa. Este semiabandono del extenso y variado territorio, no es debido, según los autores, á la índole del pueblo, sino á la mala administración y á la instabilidad de la paz, sin la cual no hay confianza, ni previsión, ni proyectos para el porvenir. Nadie planta un árbol si no tiene la seguridad de verlo crecer, ni la esperanza de sentarse á su sombra ó recoger sus frutos, y esa seguridad y esa esperanza no nacen sino á favor de la fé en una garantía eficaz, la que deriva de una dirección política impresa á la nación por mandatarios cuya autoridad legítima tenga raices en el amor del pueblo y bases en instituciones relativamente in-

mutables. Pocos labradores en el mundo son más empeñosos y más trabajadores que los españoles, más parcos y más sobrios ¿por qué entonces toda la España no es una sementera como otras comarcas del mismo continente?—Por qué el español labrador no ha contado en los últimos síglos con el dia de mañana; porque formada la nación por la asamblea de reinos distintos, cada provincia de las del nuevo reino ha tenido desconfianza en el apoyo tutelar de un gobierno que cada una de ellas miraba como extraño para los fines de la organización interna. Todos los antiguos reinos convertidos en provincias han conservado su índole especial, sus costumbres, su amor propio, su orgullo territorial y si bien sabían que eran partes de un todo llamado Nación española, el sentimiento de la nacionalidad no se hacía sentir sino cuando se trataba de la defensa contra el extranjero.

El vínculo más fuerte entre las diversas agrupaciones esparcidas en la Península era y es la unidad de religión y la sumisión á una soberanía mirada teóricamente, como el alma de la Nación con referencia á las relaciones exteriores. Pero la fé católica ha debido sufrir rudos enfriamientos con las atrocidades de la Inquisición; y la confianza en una soberanía, que antes de la aparición de los republicanos, visaba solo á la monarquía, ha debido á su vez

debilitarse en vista de la merma del poder y la gloria de la Nación antes omnipotente. Sus Colonias se emancipaban de su dominio, su significación internacional mermaba, sus Escuadras se aniquilaban y por fin la Entidad territorial se lastimaba con la separación de Portugal, cuyos límites marcados en el mapa de la Península, chocan á quien los mira, como una mutilacion en un cuerpo sano.

Este pueblo simpático, á pesar de las crueldades que enrostra la historia á sus capitanes y mandatarios, ha perdido sus ideales ó ha decaido á lo menos en su optimismo, no por culpa suya, sino por la torpeza de los hombres dirigentes encargados de manejar los grandes resortes de un pueblo, la religión y la política. La religión se convirtió en sus manos en persecución y en tortura y la política, cómplice de la religión mal entendida, en instrumento de anarquía y de ruina.

La nobleza española, tan justamente orgullosa, ha sido diezmada y el pueblo aunque en cierto modo favorecido ante los agentes de la persecución religiosa y política, salvado diremos, por su intrascendencia relativa, no ha dejado por eso de sufrir las consecuencias de un regimen monstruoso, disolvente y contrario á las leyes del progreso humano.

El fanatismo en España ha sido asfixiante, y comenzando por enloquecer á los reyes, concluyó por

esterilizar el poder popular, encaminándolo con los ojos vendados hacia la intolerancia, es decir, hacia la muralla que separa la civilización de la barbarie.

No seamos exclusivos sin embargo en este juicio respecto á la España; todas las naciones de Europa, en mayor ó menor grado, han caido en iguales errores y han empleado la mayor parte de su vitalidad en guerras estériles y su instinto productor, industrial y artístico, en obras inútiles, destinadas á mantener y fomentar aberraciones. Toda la Europa está llena de catedrales, iglesias, oratorios y santuarios cuya erección ha insumido inmensos materiales, inmensos capitales é inmenso esfuerzo, todo en pura pérdida. Las catedrales, las iglesias, los conventos y los santuarios, están ahora desiertos con pocas excepciones y donde hacen excepción, están todavía perjudicando á la razón humana y al bienestar de las sociedades.

Hay ciudades en Europa donde ha existido una iglesia ó monumento destinado al culto, por cada diez casas y la fabricación de cualquiera de estos edificios erigidos en virtud de la creencia irracional de que Dios es susceptible de ser adulado y de halagarse con que consagren un templo á sus imágenes supuestas, de barro ó de madera, ha distraido de la tarea moral de civilizarse toda la savia de los pueblos durante siglos.

La España, como las otras naciones y tal vez en mayor grado, ha sido víctima de esta mal atinada dirección dada al esfuerzo humano.

Sus reyes fanáticos, olvidaban su alta misión por atender al confesionario ó á la salvación de su alma, en tanto que la Nación se empobrecía y estrechaba el límite de sus dominios. La civilización introducida por los moros, como se sabe, fué destruida. No negaré por cierto los motivos patrióticos que impelen á un pueblo á expulsar de su territorio á los invasores extraños; la expulsión de los moros puede admirarse como un acto patriótico, pero las consecuencias de ese acto que importaron un retroceso por haber aniquilado los gérmenes de una cultura innegable, no pueden ser legitimadas.

La historia de las artes en Europa y por lo tanto en España, muestra la lucha del espíritu de innovacion, es decir, de adelanto y hasta del de conservación de lo ya adquirido, con el fanatismo intransigente.

La arquitectura tenía como único tópico, la iglesia, el convento, el santuario. La escultura, los santos, las vírgenes, los ángeles de forma convencional y reglamentaria. La pintura, los mismos santos y vírgenes, los mártires, las escenas de la religión, el cielo y el infierno; y todo esto sometido á reglas caprichosas y generalmente estúpidas.

El fanatismo ha sido una traba, una cadena para los artistas.

¿Cómo se podía pintar una virgen adorable y capaz de despertar sentimientos suaves, aunque religiosos, cuando todo era obligado so pena de heregía, cuando la forma y los colores eran impuestos y no debían apartarse de su significado?

La belleza humana, la mayor belleza que la mente concibe, estaba desterrada del arte y no bastando esto, era todavía necesario admirar, adorar y encontrar sublime cualquier monstruosidad pintada ó esculpida, con tal que llevara un nombre ó un apodo religioso.

Ciertamente, no diré la religión, pero sí la interpretación corriente de este sentimiento, ha sido una terrible enemiga del arte.

Ha habido Papas y eclesiásticos, sabios, amantes de las artes y libres de los reatos de esa rutina idiota que establecía una separación entre lo intrínsecamente bello y lo esencialmente religioso, por cuyo camino se llegaba á hermanar lo horrible, lo monstruoso ó lo simplemente insignificante, con la pureza de los sentimientos relativos al culto divino; pero todavía aun en las obras amparadas por la autoridad de los Papas, como se ve en los Museos, en los Templos y hasta en el mismo Palacio de los Pontífices en Roma, figuran cuadros, frescos y esta-

tuas con mutilaciones, vestidos ó adiciones que denuncian la devoción retrógrada y el afán execrable de una piedad enferma,

Vasto es el tema y podría tratarlo extensamente con los innumerables datos recogidos en mis viajes, si no considerara que mis lectores ilustrados son capaces de desarrollarlo por sí mismos y los no ilustrados, incapaces de comprenderlo.

Tendré sin embargo ocasión de tocar algunos tópicos aferentes á este punto en el curso de mi reseña en adelante.

—

La España me ha hecho la impresión de un pueblo que renace. He visto en todas partes cierto afán, cierto movimiento como si estuviera por revelarse la decisión de actuar al despertarse después de un sueño reparador.

Hay todavía en los campos y ciudades una actitud estática cuya contemplación, sin embargo, no induce á pensar en la indolencia sino en la preparación para la lucha y la conquista de un bienestar ambicionado. Las industrias viejas se animan, otras nuevas aparecen y aun cuando no se note todavía en ellas una grande energía, se adivina la decisión de no abandonarlas.

La paz, la estabilidad política transformarán la España en medio siglo. Barcelona se parecerá á Li-

verpool, y Madrid á cualquier ciudad industrial de la Europa; Toledo saldrá de su silencio dejando que se caigan cien de sus iglesias desiertas y quedando todavía muy bien dotada; Sevilla y Cádiz serán un emporio, y Málaga y Granada, un mercado de ricos productos. Las minas mejor trabajadas, darán mayores rendimientos; todos los metales serán manufacturados en el territorio sin salir á mendigar en otra parte su transformación en útiles de industria, en buques, en armas ó en rieles. Los ferro-carriles, cuyas redes comienzan á extenderse, activarán la metamórfosis, ya lo están haciendo, y su administración, criticada cruelmente y con singular injusticia por los extranjeros, salvará sus actuales deficiencias.

Todo esto se siente palpitar y anunciarse viajando por España. Tal vez mi deseo instigado por mis simpatías hacia este pueblo, haga nacer en mí esperanzas demasiado optimistas, pero disminúyase cuanto se quiera el cuadro, siempre quedará patente este raciocinio cuya verdad quisiera trasmitir al lector: si mis augurios é impresiones no tuvieran un fondo de realidad, el espectáculo de la España actual, no me habría sujerido semejantes pensamientos; yo no creo en las ideas sin antecedente y una cosa para emerjer en la mente, necesita estar antes en la naturaleza, en todo ó en parte.

—

He dicho en algún párrafo de mis correspondencias que dejaba á España para postre; creo que le llamé la Madre patria. Tengo algunos resentimientos con Pizarro y los otros conquistadores por haber dado muerte estos caballeros á muchos de mis antepasados los indios, primeros habitantes de América, emperadores, reyes, caciques, curacas y simples particulares, cuya sangre corre por mis venas, como se dice vulgarmente, aun cuando la sangre de persona alguna corra por sus venas, á causa de tener estas, válvulas que se oponen á las carreras; cuya sangre, decía, circula en mi cuerpo, diré ahora, caracterizando mi personalidad india y muy india, como se revela en mi color y en el apellido de mi padre y mío, Wilde, que en araucano quiere decir «guanaco salvaje» y en el de mi madre, García, que en quichua significa «gracia» un simple anagrama (recomiendo estas traducciones á los sabios descifradores de geroglíficos, que mienten á mansalva); pero el tener particular ojeriza á los conquistadores crueles, no me impide estar vinculado á España por la tradición, por la lengua, por los amigos españoles que tengo, por la admiración de algunas de sus altas calidades de índole nacional y porque me dá la gana, suprema razón!

—

Entré pués á España como á mi casa, seguro de

poder hablar con abandono completo, cuanto quisiera, entendiéndome todos. La comunidad de idioma dá un aplomo increible; nadie es extranjero donde hablan su lengua, aun cuando no medie la relación de padres á hijos por razones de colonización como media entre españoles y americanos del Sud.

Por una de esas singulares traslaciones que hace el cerebro, del hecho de hallarme entre hombres cuya lengua era la mía, yo deduje que conocía los caminos, que los coches de los trenes me eran familiares, que podía andar con más libertad en las calles, que me era lícito entrar á cualquier parte, que en las tiendas me debían vender los objetos más baratos, como á cliente conocido y por fin, que entendía mucho de arquitectura, de escultura, de pintura y de música, estando por lo tanto habilitado para juzgar de los monumentos arqueológicos de la Península, de sus estatuas, de sus cuadros originales, y de su música eternamente dolorida, siempre tierna y amante, siempre fácil y pronta para derramar sus melodías encantadoras en oidos americanos donde encontrarían compañeras de su raza, de su índole y de su gusto.

Lo único que no encontraba en mis sentimientos era la afición á las corridas de toros; eso no, jamás; repudio y detesto semejante diversión; me parece indigna de la nobleza humana, cruel y salvaje.

No quisiera atentar contra la libertad del gusto, pero ese me subleva. Si los españoles no fueran afectos á tal deleite emigrado de las épocas primitivas de la humanidad en que predominaban los instintos feroces, no habría hombres á quienes yo juzgara mejor.

Confieso que los preparativos de la fiesta son singularmente atractivos; el circo, la concurrencia, el ceremonial, los ginetes y los caballos adornados, la animación en las caras de los aficionados, la presencia del toro á su salida, hermoso animal lleno de vida y de sangre, su ignorancia del peligro inevitable, su confianza, su orgullosa actitud; todo es féerico y fecundo en motivos de entusiasmo. Pero después?

—Después viene la crueldad más cobarde, aún que la de los combates entre hombre y fieras de los circos romanos.

Allí siquiera había una sombra de legitimidad; los combatientes, hombres, eran condenados á muerte. Se establecía cierta equidad en el combate y no existía una superioridad incontrastable de la fiera humana.

Aquí el toro está vencido de antemano, porque se conoce sus instintos, su modo infalible de atropellar, sus ilusiones ópticas, sus procedimientos en línea recta, su desfallecimiento al encontrar el vacío por toda resistencia á su empuje poderoso; y tras

de sus errores, una banderilla con dientes clavada en su carne que le estorbará en adelante para atacar y defenderse.

En tanto el hombre está garantido por su habilidad y por la ignorancia de su antagonista respecto á sus ardides y sanguinarios engaños.

El toreador conoce el circo, los espectadores son animales de su misma especie, no lo asustan, más bien lo animan; sabe que puede saltar las barreras y ponerse en salvo en caso de apuro; todo para él es viejo, previsto y trillado.

Para el toro, á la inversa, todo es ignorado, asombroso é inquietante; el recinto es nuevo, el conjunto de objetos, extraño; alarmante la gritería y nunca vista la feria de colores; los espectadores no son toros como él, sino hombres entre los cuales no ve una cara conocida. La pobre bestia es tomada por sorpresa en un caso único en su vida, mientras su asesino repite un acto mil veces ejecutado. El torero conoce á los toros, el toro no conoce á los hombres y aun cuando su inteligencia le permitiera intentar medirlos según las leyes de los instintos animales, nunca los creería tan desalmados.

No hay pués igualdad en la situación moral de los dos combatientes y por lo tanto las condiciones de la lucha son inícuas.

Un espectador bien dotado de sentimientos natu-

rales se encona, se irrita y se avergüenza ante semejante tragedia, considerando la inocencia de la víctima y la ferocidad alegre, calculada é infame del victimario, cuyas entrañas se han desnaturalizado ya por la costumbre y el encomio, hasta ocultarle la perversidad de su acto.

Ningún torero, y esta es la única disculpa, cree atentar á las leyes de la moral humana al martirizar y dar muerte á un pobre animal que ningún daño le hizo; sólo vé en la exposición posible de su vida, un acto de heroismo fecundo en aplausos de veinte mil espectadores.

No sé qué impresión extraña de dolor, de cólera, de tristeza y de reproche se produce en todo espíritu recto y caritativo, sensible á lo menos al tormento inútil, cuando contempla á su salida al valiente animal, rebozante de vida, airoso, bellísimo, lleno de fuerza, y lo ve poco á poco perder sus bríos por el dolor de las heridas, disminuir su defensa, suprimir sus ataques y entregarse perdido exangüe, aturdido y desesperado á su enemigo gratuito é implacable, para recibir de él la muerte.

La destrucción en un momento de tan arrogante valentía y de tan potente vitalidad, causa una aguda, mortificante é infinita tristeza!

¡Y los pobres caballos de los picadores que mueren destrozados, sin mérito y sin gloria y cuyos

nobles instintos les prestan bríos para salvar la vida á sus ginetes, aun con el vientre abierto y los intestinos colgando!

No soy ni puedo ser cruel; la textura de mi cerebro no me lo permite; pero confieso que por evitar ó castigar una crueldad, soy capaz de cometer actos irreflexivos propios para presentarme ante los ojos de quien no aprecie justamente mis sentimientos, como el salvaje más destituido de sentido moral.

Una vez en Buenos Aires, cuando había aún Terceros (zanjones flanqueados por veredas muy altas, en las calles) por defender á una criatura á quien una vieja estropeaba cruelmente, tomé á la vieja de un brazo y la precipité en el zanjón; podía haberla muerto. Otra vez iba en un carruaje; el conductor de un tramway fastidiado de no encontrar paso, enderezó la lanza al pecho de uno de los caballos de mi coche dándole un golpe feroz; yo ví la maldad pintada en la cara del conductor y sin decirle una palabra me bajé y á golpes de puño rompí todos los vidrios del tramway, uno por uno, para castigar á ese perverso procurándole siquiera una reprimenda de su patrón. Una lluvia de vidrios cayó sobre los pasajeros, hubo mil protestas y yo salí del entrevero con la mano ensangrentada y llena de tajos. En otra ocasión un carrero fornido, cien veces más fuerte que yo, daba de palos al caballo de su carro; me

precipité sobre el carrero, le quité el látigo y le dí tres formidables latigazos. Solo el asombro del agredido ante mi atentado pudo salvarme de ser estropeado y tal vez muerto; felizmente varios vigilantes llegaron á tiempo, antes que mi víctima saliera de su éxtasis.

Estos hechos y otros que podría narrar dán la razón de mi falta de gusto por las corridas de toros.

París acaba de completar su colección de vicios (no se infiera de esto que allí no haya virtudes) consintiendo la diversión de las corridas. Verdad es que en ellas el hombre, el torero, el picador ó el aficionado, no está expuesto á ningún peligro serio. Los toros tienen las astas cortadas y provistas en su extremo de una esfera; están pues completamente indefensos; esto siquiera es más humano, pero en cambio es mucho más cobarde!

Cuando por casualidad he asistido á una corrida, he sido invariablemente partidario del toro; su nobleza abogaba por su causa; su antagonista, lleno de habilidades y de destrezas, me ha sido siempre odioso!

—

La índole del ser moral en los hombres, salvo predisposiciones individuales, tiene dos factores, la herencia y el clima. Por esto es muy difícil asignar calidades ó defectos generales á los na-

cidos ó criados en una comarca ó gran extensión de territorio, compuesta de zonas pobladas de diferente modo y con diversa temperatura, suelo y agua y que accidentalmente están bajo un solo régimen político, constituyendo lo que llamamos una Nación.

¡Cuántos contrastes se nota en todos los países entre los habitantes del centro y de los extremos, si las magnitudes territoriales son bastante grandes como para permitir su división según su proximidad al ecuador, aun prescindiendo de las razas!

No obstante, no se porqué razón inexplicable, el vínculo político, produce á la larga una modelación especial de los caracteres que sirve como de marca de fábrica y da facciones propias á la fisonomía nacional.

Hechas estas salvedades, yo como la inmensa mayoría de los viajeros que han residido en la Península, creo encontrar algunas propiedades inmanentes en los españoles. No hablaremos de los extremadamente cultos ni de los extremadamente ignorantes, sino del pueblo, de ese pueblo cuya entidad conocemos sin poderla definir.

Los españoles son francos, leales, altivos, generosos, alegres y hospitalarios. Tienen por consiguiente los defectos equilibradores de estas cualidades; nadie posee una caalidad en su justa medida, y en la

falta ó en el exceso está el defecto correspondiente; nadie es perfecto ni aun en un detalle.

La franqueza española á veces se convierte en descortesía, la lealtad en imposición, la altivez en desdén, la generosidad en imperio, la alegría en falta de respeto y la hospitalidad en exigencia.

Pero aun esto mismo es más bien aparente que real. Un español no se deshará en cortesías, pero le prestará el servicio que usted le pida, si puede, con toda buena voluntad y sin hacérselo valer; se comprometerá con usted en cualquier sentido, pero usted deberá guardarse muy bien de manifestar ó dejar traslucir la menor duda acerca de la lealtad del compromiso; exigirá ser tratado como él cree merecerlo y si usted no lo trata así, aun cuando deba adivinarlo, el español, igual á usted en su conciencia y á otro mejor que usted, sentirá erguirse su altivez; le ofrecerá un cigarro ó un vaso de vino, quizá sin conocerlo y como se lo ofrece con la intención formal de dárselo, si usted lo rehusa, él se ofende, se lastima ó se enfanda; llevado de su buen humor, su conversación será jaranista, y quedará desconcertado si usted no responde en el mismo tono; le hospedará en su casa, pero si usted intenta corresponder á esa hospitalidad pagándola en dinero, sus avances serán mal recibidos, si bien cualquier demostración que no tenga ese significado, será debidamente estimada.

Estos caracteres predominantes aun entre la gente pobre, vánse perdiendo ó debilitando á lo menos, no tanto por las necesidades de la vida, cuanto por el roce con el egoismo extranjero. La franqueza, la hospitalidad y la confianza de este pueblo ha sido en mil ocasiones pagada por los viajeros con la más amarga é injusta censura y á veces con la denigración y el insulto.

Yo entré á España creyendo que todo era allí malo, y no he tenido el menor contratiempo ni el más leve desagrado; he sido obsequiado y atendido cordial y generosamente y no se me ha presentado una sola vez la ocasión de extrañar comodidad alguna de cuantas procura la vida civilizada.

—

Un reproche me perdonarán sin embarbargo los señores españoles y aun este no les haría si la causa que lo motiva no afectara singularmente á las república hispano-americanas: son muy dados á la política y un si es no es pendencieros.

Felizmente en España se han suspendido por ahora los pronunciamientos y no hay tampoco ya necesidad de cuadrilleros ni de la santa hermandad para cuidar los caminos y garantir la vida de los viajeros; pero el espíritu de resistencia á la autoridad y la anarquía de las ideas, continúan favorecidas como en todas partes por los periódicos.

Acabo de leer una novela de uno de los más populares escritores de la presente época en España. Se pinta en esa novela una tranquila población llamada Villavieja, donde jamás acontecía accidente alguno que turbara la tranquilidad pública y privada; solo un dia en cada mes llegaba un vapor á su puerto á levantar un poco de carga y ese era el único diferente de los demás en la pacífica villa; esto duró hasta la aparición de un periódico escrito por la juventud brillante y editado por su redactor en jefe el señor Maravillas; pues todo fué salir á luz el «Fenix» periódico político, literario, comercial y noticioso, órgano de los intereses de Villavieja, y armarse una de San Quintín en el átrio de la iglesia, convertido en campo de batalla, donde una lluvia de palos y mojicones dejó deslomada á media población, habiendo tomado parte en la refriega hasta el cura y el boticario del lugar. La crítica es reciente; la novela lleva la fecha del año 1891.

En un pueblito de la Provincia de Buenos Aires «de cuyo nombre no quiero acordarme», vivían en santa paz, allá por el año mil ochocientos ochenta y tantos, los habitantes masculinos y femeninos, criollos y extranjeros de la localidad. Las gallinas del cura buscaban su alimento en las calles sin ser molestadas; el caballo del carnicero y la vaca de una señora viuda, pastaban en los albardones de las veredas, li-

bres de toda preocupación; el tendero se montaba en su silla colocada en medio de la acera, en mangas de camisa, sin escandalizar á nadie; los vecinos se prestaban unos á otros las ollas, las escobas y hasta ciertas piezas de ropa, sin la menor etiqueta. La vida realmente era patriarcal en la bendita aldea.

Pero, todo tiene su fin en este mundo; acaeció que un jóven español (no quiero decir de cuál de las provincias de la Península era) fué enviado de la capital por su patrón á establecer un almacén allí.

El jóven español era locuaz, conocía y repetía de memoria los versos de Espronceda, de Zorrilla, de Quintana y otros poetas; leía en alta voz los discursos de Castelar y era furioso admirador de los políticos paisanos suyos que por aquel entonces brillaban en su patria. Con estas y otras cualidades supo hacer de su almacén un verdadero club; á él concurría la crema de la juventud desocupada y algunos señores de cierta edad, admiradores platónicos de cuanto se decía y leía en casa del español, quien una noche de sofocante calor soltó, en lo más álgido de la tertulia este fecundo pensamiento:—A este pueblo le hace falta un diario!

La idea fué aclamada y quince días después se repartía con profusión «El Regenerador» periódico literario, satírico, político y cosmopolita.

Como su congénere el de Villavieja, sus artículos

eran sobre asuntos de la localidad; he aquí algunos tópicos.

Las gallinas del cura,
El caballo del carnicero,
La vaca de la viuda,
La silla del tendero,
Costumbres criollas.

Leer los habitantes del pueblo el periódico literario y satírico y ponerse como una furia, todo fué uno. A la dueña de la vaca no le paró la lengua en todo el dia. «Es el pícaro gallego, decía, el literato, mire usted que sin vergüenza, venir á meterse en política en nuestra tierra, en la patria de San Martín; en vez de acordarse de mi vaca debía repetir y repetir «á sus plantas rendido un león», si pués, á sus plantas rendido un león, pícaro gallego; y los ociosos que lo acompañan y que le ayudan á escribir en su pasquín! ¿qué me dice usted? es necesario defenderse y seguir el consejo del Evangelio ojo por ojo. Allá nos veremos».....

Tanta propaganda hizo la viuda, que á los pocos día apareció otro periódico «El Crucero» redactado, decía su programa, per una sociedad de criollos.

«El Crucero» era una injuria desde la primera letra hasta la última.

Con estos dos órganos de los intereses de la localidad, la vida se hizo imposible en ella: el cura mu-

rió loco, la viuda pide limosna, no hay ya tendero, ni carnicero, ni vacas, ni caballos, ni gallinas, «El Regenerador» y «El Crucero» lo han destruido todo; la enemistad ha hecho imposible todo contacto, no existen tres familias que se saluden; todas han sido difamadas, unas por «El Crucero», redactado por una sociedad de criollos y otras por «El Regenerador» periódico literario.

Yo era amigo del español autor de la disolución social del pueblito aludido y hablando con él, algún tiempo después de tan lamentables sucesos, le dije:

—Pero hombre? para qué diablos fundó usted «El Regenerador»?

—Vea, me respondió, yo no lo hice con mal fin; nosotros los españoles no podemos estar sin hablar, sin escribir, sin movernos; no tenemos esa flema del norte; la política, cualquiera política, nos atrae; si alguna vez prescindimos, tenemos que hacernos violencia; además, esta es como nuestra tierra y aunque extranjeros legalmente, somo patriotas de corazón.

No tuve qué contestarle; nosotros somos lo mismo por herencia.

—

La literatura española es dividida en épocas por los críticos; yo no creo en semejantes divisiones; nadie tiene autoridad ni conocimientos para hacerlas; ellas equivalen por lo demás á las secciones convencionales hechas en el tiempo.

Cambian los caracteres de una literatura acomodándose á las modalidades ó modas de las épocas, pero siempre hay entre ellos una penumbra representante del vínculo y signo de la continuidad.

La creeencia en una literatura nacional es un absurdo; la prueba es que en todos los siglos puede señalarse obras monumentales de la misma índole, nacidas en pueblos diferentes. Llamemos al pensamiento secreción cerebral y entonces se entenderá cómo Espronceda puede parecerse á Lord Byron, sin que á nadie se le ocurra tomar al Estudiante de Salamanca como ejemplar de literatura inglesa.

Hay tipos de literatura, eso es cierto, porque hay tipos cerebrales, pero no hay nacionalidades. En una época de gloria artística, búsquese las obras célebres de diversas naciones igualmente civilizadas y se encontrará los mismos temas tratados de la misma manera, llevando, seguramente, cada uno, rasgos especiales que sirven para mostrar su orígen accidental, pero incapaces de borrar la indole íntima, el parentesco intelectual de los auores.

Bueno, todo esto es muy largo y muy intrincado.

Hay un prototipo variable de belleza literaria; este prototipo es humano pero no tiene patria; ha sido alcanzado en Inglaterra, en Alemania, en Francia, en Italia, en España y lo será probablemente en todas partes.

Si por la popularidad y el número de ediciones de un libro hubiera de juzgarse el mérito literario de un pueblo, la España sería la nación más grande, porque solo de la Biblia, libro sin patria, se ha hecho mayor tiraje en la prensa, que de D. Quijote, traducido ahora á todos los idiomas conocidos.

No hay un género literario en que la España no pueda presentar maestros en todas las épocas y clásicos notables, poetas, romancistas, filósofos, historiadores, viajeros, jurisconsultos, autores dramáticos y predicadores, recorriendo todos los tonos de la expresión hablada, desde la sublime ternura hasta la exageración metafórica y ridícula, desde las suavidades de la égloga hasta el gongorismo.

Bástame para probar mi tesis citar en confuso laberinto de épocas y clases los nombres de Alfonso el sabio, Alvaro de Luna. Juan de Mena, Santillana Manrique, Castillejo, Garcilaso, Hurtado de Mendozo, Fray Luis de León, Santa Teresa, Rioja, Lope de Vega, Tirso, Calderón, Cervantes, Alarcón, Quevedo, Ercilla, Quintana, Encina, Meléndez, Moratín, Larra, Espronceda, Zorrilla, Duque de Rivas, Martínez de la Rosa, Fernán Caballero, Campo Amor, Selgas, Becquer, Echegaray, Pérez Galdós, Valera, Ochoa, Bretón, Pereda, Fernández y González y mil otros cuyos versos y prosa conozco de memoria y vuelvo á leer con encanto.

A nadie, creo, se le ha ocurrido tomar como obras literarias la traducción del Fuero Juzgo y Las Siete Partidas de D. Alfonso el Sabio, y yo creo, sin embargo, que pocos libros han de haber influido tanto como esos en la civilización de una parte del mundo. Las Siete Partidas son en las letras, lo que las Pirámides de Egipto en la arquitectura.

—

¿De dónde me vienen á mi estas nociones sobre los autores españoles?

Había en el Colegio del Uruguay una clase de literatura castellana y además un alumno, ya mayorcito, Clodomiro Quiroga; le llamábamos el Cuervito por dos causas:

1ª La forma de su nariz.

2ª Su modo de andar; caminaba como un loro en el suelo.

Este Cuervito tenía las obras de Quevedo en dos formas, una dentro de su cabeza, otra dentro de su baul.

Todavía me parece oirlo repetir con una voz resfriada de cuervo de los Andes y con acento español esta quintilla.

«Cansado estoy de cansarme
Y aburrido de aburrirme
Necios, venid á decirme
Cómo tengo de arreglarme
Para poder divertirme.»

¡Ah esto es sublime! decía el Cuervito, riquísimo; *necios,* ese *necios* es una delicia.... y el Cuervito se frotaba las manos y se iba por los corredores murmurando; cómo tengo de arreglarme para poder divertirme!

Otro Quiroga, Pedro, se deleitaba recitando esta amenaza:

«Al campo, don Nuño, voy
Donde probaros espero,
Que si vos sois caballero,
Caballero también soy.»

Sin faltar un Ruiz de los Llanos que contestara

«Non es de sesudos homes
Ni de infansones de pró,
Facer denuesto á un fidalgo
Que es tenudo en más que vos.»

Ojeda Olegario, era ciego admirador de Fray Luis de León, de Fray Luis de Granada, de muchos otros frailes y por fin de Santa Teresa, cuyo sonetos á Jesucristo recitaba en calidad de rezo y aun creo compuso una glosa de sus cuatro primeros renglones:

«No me mueve, mi Dios para quererte
El cielo que me tienes prometido
Ni me mueve el infierno tan temido
Para dejar por eso de ofenderte.»

Manuel Escobar era más dado á la prosa moderna

y encomiaba mucho á Donoso Cortés á quien yo encontraba insoportable, por sus lecciones de historia en el Ateneo de Madrid.

Jorge Austelón Diez Gómez era muy afecto á las composiciones sencillas; entusiasmábase comentando un juguete de Villena Cetina, creo, si mis recuerdo no me engañan, que comienza diciendo:

«En Jaen donde resido
Vive D. Lope de Sosa
Y diréte, Inés, la cosa
Más brava de él que has oido.»

Las fruiciones de Austelon lo conducían al quinto cielo cuando llegaba á esta parte de la composición en que se describe una morcilla asada:

«La ensalada y salpicón
Dieron fin ¿qué viene ahora?
—La morcilla, gran señora
Digna de veneración.»

—

«¡Qué oronda viene y qué bella!
¿Qué través y enjundia tiene!
Paréceme Inés que viene
Para que demos en ella.»

—

«Pués ¡zus! encójase y entre
Que es algo estrecho el camino....
No eches agua Inés al vino
No se escandalice el vientre!»

—

Ese gusto era vulgar en opinión de Crisóstomo Alvarez, que tenía siempre un amor en tramitación, un amor *sine materia*, es decir un sujeto amado sin existencia real. Crisóstomo no perdía sin embargo ocasión de galantear á su ideal maginario diciéndole:

«Ojos claros serenos
Si del dulce mirar sois celebrados
¿Por qué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto más piadosos
Más bellos pareceis á quien os mira
¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros serenos
Ya que así me mirais, miradme al menos.»

Y cómo harás, le pregunté yo un dia, si alguna vez tu amada no tiene ojos claros ni serenos?—Mientras no encuentre otros versos mejores dedicados á una beldad de ojos negros, no le cambio los ojos á mi ideal.

—

Ricardo Sola, un distinguido poeta muerto en la guerra del Paraguay, cultivaba todos los géneros de poesía; nunca acierto sin embargo á resolver cuál de los modelos siguientes era más salvaje:

«1.° En una de fregar cayó caldera,
(Trasposición se dlama esta figura)
De agua acabada de sacar del fuego.»

«2.° Estos, Fabio ¡ay! dolor que ves ahora

Campos de soledad, mustio collado
Fueron un tiempo Itálica famosa.
«3.° Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio Peregrino
Rodaron de marfil y oro las cunas.»

—

Y Damianowich, Jorge, otro poeta, autor de una Elegía que hizo llorar á medio Colegio, tratándose en cierta ocasión de la fluidez del idioma castellano y de la cadencia de los versos, se sintió muy contrariado no pudiendo dar en estos:

«Cristalinas corrientes, puras aguas
Arboles que os estais mirando en ellas.»

una agradable música á cualquier agrupación de las palabras del primer renglón, pues no quedaba bien decir «aguas cristalinas, puras corrientes,» en tanto que no se destruía el compás ni la medida en transposiciones tales como:

«Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Cristalinas, corrientes, aguas puras,
Puras, corrientes, cristalinas aguas.»

A pesar de semejantes entretenimientos el autor de la mencionada Elegía, no gustaba de las trivialidades y en su opinión solo era digna de sus fines la poesía, cuando cantaba:

«Siente bajo sus plantas Galileo

Nuestro globo rodar. La Italia ciega
Le dá por premio un calabozo impío.
En tanto el mundo sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío.»

Pero él mismo daba prueba de su gusto literario cultivando otros géneros. Si no me engaño, es obra suya la delicada glosa que copio á continuación de los preciosos versos siguientes:

«Trémulo rayo de luna
Que se mece de ola en ola,
Flor que abre su corola
Al primer beso del sol;
Ave que por vez primera
Sus alas despliega y canta,
Raudal que al nacer levanta
Dulce murmullo de amor.»

GLOSA

«Trémulo rayo de luna
Que se mece de ola en ola,
Es del hombre la fortuna,
Y es la mía cual ninguna.
A vuestra mirada sola,
Trémulo rayo de luna
Que se mece de ola en ola.»

No recuerdo lo demás.

Nueva aparición del Cuervito.—Y que me vengan

á hablar á mí de composiciones humorísticas, exclamaba, después de la insigne historia del tracio Orfeo, del tra....cio.... Orfeo!

«Al infierno el tracio Orfeo
Su mujer bajó á buscar,
Que no pudo á peor lugar
Llevarlo su mal deseo.»

«Cantó y al mayor tormento
Puso suspensión y encanto,
Más que lo dulce del canto,
La novedad del intento.»

«El triste dios ofendido
De tan extraño rigor,
La pena que halló mayor
Fué volverle á hacer marido.»

«Y aunque su mujer le dió
En pena de su pecado,
En premio de lo cantado
Perderla facilitó.»

Salvatierra, D. Dámaso, actual archivero de los Tribunales de la Capital Argentina, no supo nunca en materia de poesía sino:

«Flérida para mí, dulce y sabrosa
Más que la fruta de cercado ajeno,
Más blanca que la leche y más hermosa
Que el prado por abril de flores lleno»

versos que como ustedes ven se avienen muy poco

con las actuales funciones de su aficionado, quien habría hecho mejor en aprender estos otros de una inocencia infantil.

«Yo ví sobre un tomillo
Posarse un pajarillo.»

—

Era comprometedor hablar por aquellos tiempos en el Uruguay, delante de ciertas señoras, y aún continúa siéndolo en todas partes, de cierto soneto sobre una tal doña Elvira; mas á pesar de esto, apenas un estudiante veía aparecer una dama radiante de hermosura, blanca y rosada como magnolias disueltas en claveles rojos, exclamaba en el colmo del entusiasmo:

«Yo quiero confesar, Don Juan, primero
Que ese blanco y carmín de Doña Elvira
No tiene de ella más, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.

«Pero también que me confieses quiero
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano á competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.»

. . . . . .

Se comprende muy bien que viviendo en semejante atmósfera, por menos dado que uno fuera á la poesía, forzoso había de serle participar de la preocupación general. Yo entré de lleno en el asunto y á prendí de principio á fin el arte poética de Martínez de la Rosa, repitiendo hasta el cansancio:

«Entre el hórrido estruendo y alaridos
De bélicas naciones
Absorta escucha Italia
Del Dante y del Petrarca las canciones;
En tanto que las musas placenteras
A coronar su frente descendían
Del Arno á las bellísimas riberas.»

. . . . . .

«Seguid, seguid su ejemplo:
De memoria sus cantos aprended.
Y repetidos cien veces y otras ciento
El alma acostumbrad á su belleza
Y á su grato sabor y dulce encanto.»

. . . . . .

«Terpsícore divina
No ha menester de su sonora hermana
La lira soberana;
El blando talle inclina,
Con medido compás sus brazos mueve,
Y á tan segura guía
El ágil pie confía.»

Con medido compás hacía yo también mis versos y me salían horribles; eran bien acentuados, cadenciosos, matemáticamente mensurados, de acuerdo en todo con las leyes de mecánica, pero sin la menor poesía; les faltaba perfume, sabor, emoción ó no sé qué. Los temas que elegía no eran tampoco

para menos; una vez le hice una décima al cuadrado de la hipotenusa.

—

Las composiciones de teatro eran estudiadas con delicia. «La vida es sueño» nos había puesto en los labios.

«Nace el arroyo, culebra
Que entre flores se desata.»

. . . . . .

«Nace el pez y no respira
Aborto de ovas y lamas
Y apenas, bajel de escamas.»

. . . . . .

«Nace el ave y con la galas
Que le dan belleza suma
Apenas es flor de espuma
O ramillete con alas.»

. . . . . .

«Nace el bruto y con la piel
Que dibuja manchas bellas,
Apenas signo es de estrellas.»

. . . . . .

La conclusión de todas estas décimas, que no copio íntegras por consideración al lector, tenía gran prestigio. Cuando uno de nosotros decía:

«Y teniendo yo más vida,
Tengo menos libertad»

había puesto una pica en Flandes.

No gozaban de menos fama las pillerías de don Juan Tenorio en su coloquio con doña Inés, aun cuando nos sorprendiera que una dama recatada le dejara decir:

«No es verdad paloma mía
Que en esta apartada orilla
Más pura la luna brilla»
.....
«Esas dos líquidas perlas
Que se desprenden tranquilas
De tus radiantes pupilas
Convidándome á beberlas.»
.....
«¡Oh! sí, bellísima Inés,
Espejo y luz de mis ojos,
Escucharme sin enojos
Como lo haces, amor es»
.....

Nadie calculaba sin duda, que yo supiera tantos versos españoles y quizá alguno, desconociendo mis sentimientos de beneficencia, se imagine que no puedo citar muchos otros ni la conclusión de cuantos en las citas anteriores ha sido reemplazada por puntos suspensivos. ¡Error grave! Mis limitaciones solo tienen por causa la necesidad de terminar alguna vez este capítulo.

—

Segovia Lisandro, otro estudiante del Uruguay, se había dedicado á las fábulas de Iriarte y Samaniego.

Era un modelo para él la del gato, el lagarto y el grillo, que comienza así:

«Ello es que hay animales muy científicos
En curarse con varios específicos,
Y en conservar su construcción orgánica
Como hábiles que son en la botánica.»

A mí me seducía por su sencillez, su bella verificación y su frescura, otra en la cual figura también un gato, pero esta vez como actor principal.

Se trata de un gato criado por un maestro de capilla y el fabulista principia su historia diciendo:

«Cansado de desvanes y rincones
El señor Mirrimís, gato de maña,
Salióse de la villa á la campaña
Y en paraje sombrío,
A la orilla de un rio
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado.»

¿No es verdad que la descripción es amena, el estilo fluido, natural la dicción y placido el concepto!

—

Basta, creo, esta revista, hecha con puros recuerdos de Colegio, para mostrar que ninguna época del arte literario en España nos fué desconocida, totalmente á lo menos.

En cuanto á la prosa castellana y para establecer mis derechos á hablar de ella, á más de lo expuesto en otra parte, básteme decir que mi afición es hereditaria; mi padre rezaba en D. Quijote como un clérigo en su breviario; lo había leido veintisiete veces.

Yo solamente he podido leerlo nueve y me consideraría muy dichoso si pudiera comenzar alguna obra con las formas imperecederas de este párrafo:

«En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo, vivía un fidalgo de los de lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor.»

—

Una última observación séame permitido apuntar: la literatura castellana es tanto más apreciable cuanto que su instrumento, el idioma, á pesar de su inmensa riqueza y quizá á causa de ella, se hace ya pesado para la expresión del pensamiento, en épocas como la actual, en que la percepción del auditorio camina más ligero que las palabras del orador.

ESPAÑA—MADRID—SITUACION Y CLIMA — PLAZAS—PASEOS—ARMERIA—PALACIO REAL—BIBLIOTECA—SAN FRANCISCO Y SANTIAGO ESTRADA—TEATROS—ALGO MAS.

Madrid está situado en terreno sin vejetación, á orillas de un rio sin agua. La historia de su ubicación ofrece una particularidad: no hay entre todas las razones que indujeron á elegir el sitio, una sola de mediano peso; la mejor es la de que aquel punto es casi el centro de la Península ¿cómo serán las otras?

Las crónicas refieren que antes hubo bosques al rededor de Madrid; estos fueron destruidos intencionalmente ó por imprevisión y después no han sido restablecidos.

Todo cuanto pudiera decir del clima de Madrid es muy sabido. Se puede sin embargo hacer de esta capital una ciudad sana relativamente; bastará para ello formar bosques en sus cercanias en una extensión determinada de su campiña. Si los halagos de la vida social no fueran tan grandes, la residencia en Madrid sería muy desagradable.

La ciudad es más bien bonita y cada dia se mejora; no hay ninguna en el mundo que en igualdad de extensión tenga mayor número de calles ó á lo menos mayor número de nombres para ellas; las plazas y vías públicas son muy concurridas y animadas; incomodan un poco los mendigos, pero distraen mucho los vendedores que marcan el precio de sus mercaderías con una variedad de designaciones humorísticas de su moneda de cobre, á la cual llaman perros, perras, perrillos, perros gordos, flacos, grandes, chicos según se trata de uno ó dos centavos. Estas burlas provienen de la desgraciada circunstancia de parecerse el león del cuño de los cobres, á un perro.

—

La Puerta del Sol es famosa en el mundo entero; como se sabe, no es una puerta, sino una plaza á la que todos van como si tuvieran obligación. La Plaza Mayor, célebre por sus antiguas corridas de toros y por los bárbaros autos de fé, es ahora un jardín en cuyo centro se ve la estatua de Felipe III. La Plaza de Oriente contiene muchas estatuas de reyes y una, ecuestre, admirable de Felipe IV. Hay otras muchas plazas más ó menos notables por sus antecedentes históricos ó su belleza actual.

—

El Paseo del Prado es bellísimo por su extensión,

sus jardines, sus fuentes, estatuas y construcciones; está dividido en cuatro partes: Paseo del Prado, Salón del Prado, Paseo de Recoletos y de Castellana; cada parte tiene su sello y sus adornos distintivos. La abundante provisión de agua de la ciudad facilita el embellecimiento de los jardines públicos. La alta sociedad de Madrid y la baja también, pueden ser pasadas en revista en el Prado. Los viajeros suelen salir de este Paseo verdaderamente tantalizados por la belleza de las madrileñas que en número asombroso, concurren á él en los días clásicos, siendo cada una de ellas capaz de destrozar diez corazones ambulantes y masculinos. Otros paseos atraen la concurrencia en días determinados; solo nombraré aquí uno, el antiguo Buen Retiro, modificado, cuya detenida inspección recomiendo al viajero si desea procurarse momentos de solaz y agrado.

—

Todo cuanto en Madrid no tiene bastante valor actual por su belleza, lo tiene por sus antecedentes históricos y muchos de sus Institutos son interesantes por los dos motivos.

La Armería Real es una de las más valiosas y de las más ordenadas en Europa. Generalmente un viajero se encuentra confundido en estas especies de museos por la cantidad de grupos igualmente curiosos; en la Armería Real todo es fácil; uno se dá rá-

pidamente cuenta de las épocas representadas por los trajes, corazas y armas, y goza con esa relativa comodidad que el orden, la metodización y el arreglo conveniente, procuran al entendimiento en la revista de objetos naturalmente complicados. El Palacio Real, á pesar de su desgraciado aspecto exterior, es uno de los más nombrados y bellos de la Europa. Su popularidad me dispensa de la tarea de describirlo. Ningún transeunte por Madrid ha dejado de ver esta regia morada, ni de admirar su extensión, su comodidad y su riqueza. Sus gabinetes, su salón de embajadores, su capilla, su biblioteca y sus caballerizas excitan justamente la admiración de los viajeros. Durante nuestra residencia en la capital de la Península, vimos con agrado las mejoras en vía de ejecución, emprendidas en las vecindades del Palacio.

—

La Biblioteca Nacional contiene como doscientos cincuenta mil volúmenes y es justamente célebre por sus documentos históricos y sus obras antiguas. Toda la literatura española, puede decirse, reposa en sus estantes, ofreciendo á los eruditos fuentes inagotables de información.

Otras bibliotecas de sumo interés instaladas en diversos edificios, sirven de complemento á su hermana mayor.

—

En cuanto á Iglesias, Madrid no es muy notable pero ¿cómo no las había de tener numerosas y regularmente bellas, la ciudad que mandó á la hoguera tantos hereges? Solo hablaré yo de una que visité con Santiago Estrada: San Francisco. El Sacristán, el Cura, los Acólitos y hasta los Santos de esta Iglesia eran íntimos amigos de Estrada. Apenas entramos, el Sacristán trajo una silla para D. Santiago, como él y todo Madrid llamaba á mi amigo, cuya temprana muerte deploro á la par de cuantos le conocieron. ¡Pobre Santiago! ¡Qué caudal de bondad encerraba su alma y cuánta luz su inteligencia, fresca, lozana y robusta. Brillante, nuevo, chistoso en su conversación, encantaba con su palabra; moral, profundo, erudito y tierno, al mismo tiempo en sus obras escritas, enseñaba y deleitaba con ellas. Su nombre está escrito en el índice de los autores del idioma castellano y no será borrado jamás; el cariño que supo inspirar á su amigos vivirá en el corazón de estos mientras duren sus latidos.

D. Santiago, tomó su silla, la colocó en medio de la Iglesia y sin pedir permiso á los altares, á las imágenes ni á los frescos, objetos todos á los cuales trataba con cierta familiaridad, un si es no es irrespetuosa, por su contacto diario, comenzó sus explicaciones diciendo:

Tú no entiendes nada de iglesias; esta es una ro-

tonda, magnífica como ves; todo en ella ha sido bien calculado, pero para gozar de sus bellezas es necesario buscar los puntos de mira; esto fué pintado por Amerigo, aquello por Contreras y el resto por artistas modernos de igual fama. Házme el favor de fijarte en la cúpula mayor que es soberbia y en las otras tres más chicas; nota la riquísima decoración y las esculturas de los púlpitos y dáte bien cuenta de la magnitud y de la proporción en todo. Obedecí á mi amigo mirándolo todo con empeño y me comprometí á firmarle un documento confesando mi admiración.

—No tienes, me dijo, con cierto acento de reproche cariñoso, la veneración que se requiere para sentir la impresión de la hermosura ideal; esas emociones no se atestiguan con recibos ni con documentos mercantiles.

¡Quizá tenía razón!

—

De la Iglesia de San Francisco nos fuimos á comer; esto no le importa al lector, pero á nosotros nos importaba mucho, era necesario, y después al teatro Real, donde daban una ópera.

El boletero le llamaba D. Santiago á Estrada, el portero, D. Santiago, el acomodador, D. Santiago y hasta el director de orquesta, al entrar nosotros al palco, dijo: ahí está D. Santiago.

Ningún americano ha sido más popular ni más querido en parte alguna que Santiago Estrada en Madrid.

El teatro Real es hermoso, cómodo, de liviana arquitectura y despejado; la concurrencia era la noche de nuestra asistencia, muy selecta.

La ciudad cuenta muchos teatros grandes y chicos en los cuales el espectador goza sin que nadie le moleste con ofertas de servicios inútiles, de los espectáculos, generalmente bien elegidos y atractivos. Los madrileños son particularmente afectos á los dramas y comedias. Solo esta afición explica cómo, una población relativamente reducida, puede mantener tantos teatros.

—

Algo más de verdadero interés contiene Madrid como son sus Puentes, sus Acueductos, sus Hospicios, sus Institutos diversos, Universidad, Cámaras legislativas, Casa de Moneda, Bancos, Fábricas y aun ciertas mansiones particulares en cuya descripción no puedo entrar. Sírva á lo menos mi enumeración para incitar al lector viajero á visitar los parajes y establecimientos nombrados, con lo cual se distraerá, se instruirá, se cansará y dormirá bien por la noche.

ESPAÑA—MADRID—ULTIMAS APRECIACIONES SOBRE BELLAS ARTES, POR AHORA, A PROPÓSITO DE LA GALERÍA REAL DE PINTURA—ACADEMIA DE SAN FERNANDO—OTROS MUSEOS—GALERÍAS PARTICULARES.

Hablándose nuestro idioma en Madrid, ya lo he dicho, yo entendía más de pintura; los cuadros estaban pintados en castellano. Naturalmente, es más fácil entender una obra maestra cuando el autor se llama Murillo, que cuando se llama Van Krscitwzch. Con esta confianza emprendí la tarea de estudiar el Museo del Prado, uno de los más célebres del mundo, como dirían en Norte-América. Empezaré manifestando que aun cuando el edificio del Museo tiene su cierta belleza, no es adecuado á su objeto; la luz en las salas no es buena; por lo tanto los cuadros son vistos en condiciones desventajosas. Un edificio para Galería de pinturas debe ser fabricado expresamente para su destino y aun teniendo en cuenta la forma, dimensiones y otras peculiaridades de los materiales que han de constituir su dotación; la casa del Museo del Prado no respon-

de á esa exigencia; ha sido adaptada á su actual uso y no construida deliberadamente.

Yo iba diariamente al Museo; lo he visitado seis veces y cada vez mi visita ha durado de cuatro á cinco horas. Primero lo recorrí para tener una idea de conjunto; después tomé nota de algunos cuadros, de aquellos que me obligaron á detenerme; luego de otros menos exigentes y por fin de los más modestos, en apariencia á lo menos.

Recomiendo este método á los visitantes de Galerias; no debe uno detenerse intencionalmente delante de un cuadro en sus primeras inspecciones, debe esperar que el cuadro lo detenga. Salvo excepciones, siguiendo esta regla, cualquier persona medianamente entendida, puede estar segura de no pararse sino ante una obra de mérito.

Cuando hube recogido los datos necesarios, á mi entender, compré el catálogo y verifiqué mis apuntes, observando si mis notas y apreciaciones concordaban las del libro.

Como mis anotaciones fueron recogidas en diversos días, había en ellas repeticiones de nombres y falta de orden en la colocación, por lo cual la confrontación me ha sido penosa, obligado como estaba á ver dos ó más veces el mismo dato para asegurarme de la identidad entre mis señales y las del catálogo, trabajo minucioso, del cual sin embargo no me arre-

piento porque me ha permitido fijar mejor mis ideas y me ha procurado la satisfacción de encontrar la prueba de que mis primeras impresiones tuvieron su razón de ser.

Así, la lista que va en seguida, es la copia fiel de mi cuaderno de apuntes con la sola alteración de orden necesaria para poner juntos los cuadros de un mismo autor, y expresa al mismo tiempo, en cierto modo, mi juicio sobre esta famosa colección al destacar tan gran número de obras distinguiéndolas entre sus compañeras, sin pretender por ello que muchas de las no mencionadas tengan escaso mérito:

DE LAS ESCUELAS ITALIANAS

(Marco con una estrella los cuadros más bellos en mi opinión.)

De Anguisola—Retrato de un médico.
» Barbalunga—* Santa Agueda (con los pechos amputados).
» Baroccio—El nacimiento de Jesús.
» Bassano—La Adoración de los pastores.
» Buonarotti M. Angel—* La flagelación de Cristo.
» Carracci—Cristo (coronado de espinas.)
» Correggio—* La oración del huerto (copia.)
Leda (copia.) El original está en Berlin.
» Crespi—Jesucrito muerto.
» Dominichino—* San Jerónimo.

» Furini—*Lot y sus hijas.
» Georgione—El Niño y la Vírgen.
» Guido Reni—Lucrecia dándose la muerte.
San Sebastián (muy elegante).
Santiago Apóstol.
* La Magdalena (mil veces citada).
Retrato de una joven (con una rosa en la mano).
» Luini—* Jesús y San Juan, niños (besándose).
* Sacra familia (mismo tema del anterior).
» Mantegna—Muerte de la Vírgen María.
» Palma—Adoración de los pastores.
» Parmigiano—* Sracra familia (el niño alarga la mano hacia unas frutas).
» Procaccino—La Vírgen y el niño Jesús con un pajarito.
» Sanzio Rafael de Urbino—* La Vírgen del Pez (sin cejas; hay varios personajes con cejas).
* El Pasmo de Sicilia—(representa este cuadro una escena de la pasión de Cristo; figuran en él muchas personas, entre las cuales está, naturalmente, la Fornarina; su historia, la del Pasmo, es muy curiosa).
* La Visitación (la Virgen María está en cinta y Santa Isabel lo mismo; en un extremo del cuadro ya están bautizando al

hijo que más tarde tendrá Nuestra Señora).

* La Perla (representa la sacra familia; la escena es deliciosa; las actitudes de las diversas figuras están bien armonizadas; tiene algunos defectos de dibujo, el brazo derecho de la Vírgen, por ejemplo, es muy largo y muchos otros de perspectiva.

La Vírgen de la Rosa (otra escena de familia; la Vírgen no tiene cejas lo que atestigua la autenticidad del cuadro).

La Vírgen del Lagarto (escena de familia también.

» Sarto, Andrea del—* La Vírgen, el niño Dios y San Juan.

* La Vírgen, el niño y San José (María está arrodillada en una escalinata).

* La Vírgen, el niño y San José (descansando á la sombra de los árboles).

* La Vírgen y el niño (el inocente y futuro Salvador mete un dedo de su mano izquierda en su boquita y procura meter su mano derecha en el seno de la Vírgen; la escena es natural).

» Sassoferrato—* La Vírgen en contemplación.

* La Vírgen y el niño dormido.

» Sebastián del Piombo—Jesús llevando la Cruz (muy defectuoso; el dedo pulgar de una de las manos de Cristo nace de la línea del dedo medio.)

» Tintoretto—Batalla de mar y tierra.

El bautismo del Señor.

La purificación del botín de vírgenes medianitas (linda escena).

La castidad de José (este tonto, ni retratado por Tintoretto deja de serlo).

* La muerte de Holofernes.

Retrato de una joven veneciana.

» Tiziano—* La Bacanal (hermosísimo).

* Venus y Adonis.

* El pecado original (Adan y Eva).

* Júpiter y Danae (la lluvia de oro).

* Venus y la música (Venus acaricia un perro; está acostada; hacia los piés de la cama un joven toca el órgano, dándose vuelta á mirar el cuerpo de la diosa, seguramente más interesante que su instrumento musical).

* Venus y el Amor (en este cuadro no hay perrito; en cambio la señora Venus ha colocado una de sus manos de un modo inconveniente).

* Salomé (una bella muchacha llevando en una fuente la cabeza del Precursor).

* La Dolorosa.

La Religión socorrida por España.

* Diana y Calisto (Calisto era una ninfa; fué seducida por Júpiter, á pesar de su nombre masculino y quedó en cinta).

* Diana y Acteon (Diana y sus ninfas se bañan, Ateon mira y es castigado por esta falta de respeto).

» Vaccaro—* Santa Agueda (con los pechos cortados; interesante á pesar de esta mutilación).

» Veronesse P.—* Venus y Adonis (la posición de Adonis es envidiable á pesar de estar dormido).

* La Magdalena penitente.

* Moisés sacado del Nilo (hay en este cuadro un hermoso dorso de mujer).

* Un joven entre el Vicio y la Virtud (no había como dudar; la mujer representante del vicio es mucho mejor).

» Veronesse C.—* Santa Agueda (también sin pechos).

» Sin autor conocido—El diluvio universal.

La Vírgen poniendo al niño sobre la paja en el pesebre.

DE LA ESCUELA ESPAÑOLA

De Antolines—* La Magdalena.

» Cano—* La Vírgen y el Niño (bellísimo; María contempla á su hijo desnudo).

*La Virgen contemplando á su hijo (repetición del anterior con variantes).

» Coello—* La Vírgen en el trono con el niño y varios personajes (este cuadro es semejante á otro del mismo autor sobre un tema análogo).

» Goya—Varios retratos.

Episodio de la invasión francesa.

La familia de Cárlos IV.

» Joanes—El Descendimiento.

» Lopez y Portaña—Retrato de Goya.

Retrato de un organista.

» Llorente—La Divina Pástora (la Vírgen y varias ovejas).

» Menendez—La Vírgen y el Niño, éste en un almohadon.

» Morales—Ecce Homo.

La Vírgen de los Dolores.

La Presentación del niño.

La Vírgen y su hijo.

» Murillo—* Sacra familia del pajarito (llámanlo así porque el niño Jesús tiene un jilguero en la mano).

* Rebeca y Eliezer (la primera dá de beber al segundo).
* La Anunciación (María y el ángel Gabriel).
* Magdalena (esta hermosa pecadora, como le llaman, ha sido dotada por el insigne Murillo con músculos de hombre).
* La Adoración de los pastores (María muestra á estos caballeros su hijo desnudo; San José lo mira con el cariño auténtico de padre legítimo).
* La Vírgen y el Niño.
* El Niño Dios pastor (un tierno cuadro en que figuran Jesús y un cordero; hace más efecto el niño por hallarse solo).
* San Juan Bautista niño y su cordero.
* Los Niños de la Concha (Jesús y San Juan en su infancia; el primero da al segundo en una concha agua á beber; este cuadro es uno de los más lindos del mundo).
* La Anunciación (precioso).
* San Bernardo, la Vírgen y el Niño.
* La Vírgen del Rosario (tiene tres admiraciones marcadas en mis apuntes).
* Santa Ana dando lección á la niña María (esta escena familiar es encantadora).
* La Concepción (hay en el Museo cuatro

cuadros del autor sobre el mismo tema; inútil es describir estas obras inmortales tan conocidas y tan justamente admiradas; solo diré que yo, al fin de cada una de mis visitas y cuando solo faltaba media hora para cerrar las puertas de la Galería, me instalaba delante de una de las Concepciones, un cuadrito de medio cuerpo situado á la izquierda en el grande y principal salón; miraba el lienzo de hito en hito durante la media hora y quedaba siempre aturdido ante su belleza. Si hubiera en el mundo una mujer con la boca de esa Concepción, todos los hombres estarían locos de amor por ella).

*El Niño Jesús dormido sobre la Cruz.

* San Francisco de Paula.

*La Gallega de la moneda (busto de mucho mérito).

» la Escuela de Murillo—*La Magdalena en su gruta. (Todas estas perdidas de los Museos son muy lindas).

*Un muchacho mendigo.

» Ribera—(Encuentro en mi cuaderno de apuntes esta nota: «todos sus cuadros son negros y chocantes.» No sé como he

podido atreverme á escribir semejante apreciación, y si la copio aquí es para dar una prueba de la espontaneidad de mis impresiones. Ribera es émulo de los más grandes pintores, lo sé, lo sabía y lo sabré, pero eso no impidió que sus cuadros me hicieran el efecto apuntado. El lector hará de mis palabras el uso que más le convenga).

* San Bartolomé (mostrando un cuchillo).
* San Andrés.
* San Bartolomé.
* La Magdalena penitente (una Magdalena morena bastante buena moza).
* Otra Magdalena (no menos linda).
* La Escala de Jacob.
* Jacob é Isaac.
* El Martirio de San Bartolomé (suspenden al Santo para desollarlo).
* El Martirio de San Bartolomé (desuellan al Santo; cuadro de anfiteatro anatómico).

Tres Santos Jerónimos, uno en oración, otro con un libro y otro haciendo penitencia.

Prometeo encadenado.

Ixión en su rueda de tormento.

» Sánchez Coello—Los desposorios de Santa Catalina.

» Velazquez—*Nuestro Señor crucificado (cuadro célebre, bellísimo por ciertos detalles, pero si por él había de darse al autor el título de pintor naturalista, se cometería una injusticia. El Cristo crucificado está haciendo pruebas sobre la Cruz; los clavos son inútiles. Verdad es que de igual impropiedad adolecen todas las representaciones de la crucifixión, hechas ya sea en pintura, ya en escultura. Hasta ahora no he visto un solo Cristo que represente la verdad de un cadáver clavado en una cruz. Tal vez lo horrible del espectáculo ha impedido á los artistas ser verídicos; en efecto, un hombre muerto colgado de esa manera, no conserva la forma humana, las articulaciones de los brazos se alargan exageradamente, el cuerpo cae á uno ú otro lado y si la ligadura ó clavo de los piés no está muy abajo, las rodillas se doblan y quedan oscilantes, el vientre hace prominencia y la cabeza pende como un colgajo. Un Cristo reproducido así, es decir, con verdad anatómica, sería un mónstruo horroroso).

La Coronación de la Vírgen.

*Los borrachos (es una lástima que el autor haya elegido para personajes de su cuadro tipos tan ordinarios; algunos más que beodos parecen idiotas).

*La Fragua de Vulcano (como desnudo nada tiene de notable y como composición tampoco; cada personaje está allí por su cuenta).

*La Rendición de Breda (conocido con el nombre de «Las lanzas» y muy ponderado; tiene muchos personajes bien distribuidos; entre ellos está el mismo Velazquez; las actitudes y las expresiones, escollo de muchos pintores en la ejecución de grupos, muestran en este lienzo al gran artista).

*Las Hilanderas (en mi opinión esta es la mejor obra de Velazquez, de cuantas he visto; la composición es complicada y fácil al mismo tiempo; la postura de las jóvenes obreras es natural y llena de gracia; el grupo que forman es muy atractivo; el resto del cuadro no me agrada ni me satisface tanto; entre las hilanderas hay una muy bonita, caso raro en una obra de Velazquez tan dado á pintar caras feas).

* Las Meninas (complicadísimo y de difícil ejecución; es tenido como una obra maestra; yo prefiero Las Hilanderas; en los dos hay relieve y una notable disposición de luz; lo mejor de Las Meninas es el perro).

* Retrato de Felipe IV (á caballo, bellísimo).

* Varios retratos sumamente notables de reyes, príncipes, princesas é infantes.

Retrato del escultor Montañés.

* Retrato de los Enanos y de los *Hombres de placer* del Rey (entre estos cuadros hay algunos realmente admirables; es imposible llevar más adelante que en ellos, el arte y la facilidad de pincel que se adivina; presentar lo horrible con más gracia, la imbecilidad con más inteligencia y lo chocante con más atractivo. Velazquez ha de haber sido enfermo á juzgarle por sus preferencias en la elección de sus sujetos. Si en vez de pintar lo feo hubiera pintado lo bello, su celebridad tal vez no tendría rival).

» Zurbarán—Visión de San Pedro Nolasco.

DE LA ESCUELA FRANCESA

De Malaine—Un florero.
Un florero con un jilguero.
» Mignard—San Juan Bautista (en el desierto).
» Poussin—San Jerónimo (haciendo oración).
Jesús y la Magdalena.
Paisaje con dos hombres y varios animales.
David coronado por la Victoria.
El Parnaso.
Bacante y Sátiro.
La Caza de Meleagro.
Polifemo y Ninfas.
» Watteau—Baile campestre.
Vista de Saint-Cloud.
(La Escuela Francesa no está representada satisfactoriamente en el Museo de Madrid).

DE LAS ESCUELAS FLAMENCA, ALEMANA Y HOLANDESA

De Dürer—Adan (con la manzana en la mano).
» Van Dyck—San Jerónimo penitente.
Retrato de un organista de Amberes.
Retrato de un religioso (con un crucifijo en la mano).

Del Estilo de Van Dyck—La Vírgen de las rosas.

» Van Eick—Un religioso (con hábito pardo).

* El Triunfo de la Iglesia.

De Memling—La Adoración de los reyes.

» Pens—La Caridad.

» Rembrandt—La Reina Artemisa.

» Rubens—La Adoración de los Reyes (gran cuadro).

* Sacra familia (todo es bello en esta composición, hasta el paisaje).

San Jorge á caballo.

El rapto de Proserpina.

* Andrómeda y Perseo.

Ceres y Pomona.

Diana y Ninfas.

Ninfas y Sátiros (se conoce que las Ninfas han sido gordas y se han enflaquecido)

El Juicio de Páris.

* Las Tres Gracias (una excepción del autor; las Gracias no están gordas; me parecieron bellísimas; constituyen un excelente estudio del cuerpo desnudo y no revelan el estilo usual del más fecundo de los pintores nacidos hasta la fecha).

Diana y Calisto.
* La Diosa Flora.
* El Jardín del Amor.
* Baile de Aldeanos.
Adan y Eva (en este hermoso cuadro no reconocía el modo de Rubens; me fijé en el católogo y ví que era copia de uno del Tiziano, lo cual halagó mi amor propio de conocedor en materia de estilos).
» Ruisdael—Bosque espeso con claros (se ve una cacería; su autenticidad es dudosa).
» Teniers—Fiesta y comida de Aldeanos.
* Noche de Reyes.
* La cocina.
* La Fregatriz.
» Wouwerman—* Cazadores en un parque.
* Salida de una posada.

—

Los Ejemplares de los Tapices de Goya están colocados en una sala alta del Museo. Hay algunos preciosos y de riquísimo colorido. Veo anotados en mi borrador, probablemente porque me hicieron especial impresión, los siguientes: Los Aguadores, El Juego de Pelota, Las Lavanderas, El Albañil herido á quien dos hombres trasportan y Las Mozas del cántaro.

—

El Museo de autores contemporáneos, entre muchos cuadros de mérito contiene estos que hallo marcados en mi cuaderno de apuntes:

De Amorós—Lavanderas asturianas.

» Benlliure—Muerte de Alfonso XII (el último beso).

» Bonheure Rosa—Una cabeza de león.

» Cano—Entierro de D. Alvaro de Luna decapitado.

» Casado—Matanza de nobles por Ramiro II.

» Diaz Carreño—Francisca de Rímini.

» Dominguez y Sanchez—Muerte de Séneca.

» García Hispaleto—La lección (una bella institutriz y niños; cuadro muy animado).

» Janvan Beers—Aldeana ordeñando una vaca (linda, hablo de la aldeana, por lo expresiva, aunque fea en realidad).

» Madrazo y Kuntz—Retrato de Isabel la Católica (está muy bonita).

Entierro de Santa Cecilia (degollada).

» Martinez Cubells—Doña Inés de Castro (desenterrada, hay varios personajes en el cuadro, entre ellos una dama buena moza).

De Martinez del Rincón—Una victoria más, (Mosquetero galante y Frutera hermosa).

» Mercadé—Traslación de San Francisco de Asís.

» Plasencia—Orígen de la República romana, (Se muestra el cadáver de Lucrecia).

» Pradilla—Doña Juana la loca (acompañando el cadáver de Felipe el Hermoso).
» Rosales—Isabel la Católica (dictando su testamento).
Mujer (saliendo del baño).
Muerte de Lucrecia.
» Urgell—Un Cementerio. (Qué solo quedan los muertos).

SALON DE ESCULTURA

Declárome ya cansado de Museos ¿cómo estará el lector si me ha seguido? Felizmente él puede abstenerse de leer, pero yo no puedo dejar de escribir si quiero completar mi trabajo.

Buscando una conciliación entre la necesidad y el tormento, por suerte se me ocurre copiar al pié de la letra mis apuntes sobre el Salón de Escultura. Así la tarea es más fácil, sin pérdida esencial de datos. Mi cuaderno dice así:

«Mesas de mosáico preciosas; los dibujos son hechos con piedras finas y perlas cortadas; una de las mesas vale 92.000 pesos fuertes. Trabajos en marfil admirables. Dos estatuas: Tiberio y Augusto, de alabastro oriental y oro (regalo del Vaticano á Cárlos III. Hermafrodita (en bronce). Un Fauno

(atribuido á Fidias por el Guía). Castor y Pollux (grupo de dos jóvenes delante de un altar; el cuidador afirma que el grupo es también obra de Fidias, pero nadie puede asegurarlo; muchas copias de los dos jóvenes figuran en los museos de Europa). Una Cleopatra (sacada de Herculano, dicen). El Buey Apis y una vaca (en mármol los dos animales y muy bien hechos; el Cuidador, sin la menor vacilacion asegura que ese buey y esa vaca han sido adorados en Egipto hace cinco mil años). El niño dormido de Canova. Barron Viriato (en bronce, hermosísimo). Busto de Isabel II (en mármol; á través del velo que le cubre el rostro se ve las facciones). Estatua de la misma Isabel (en traje regio) y una de su marido (primorosamente ejecutada; trabajo difícil por los huecos de las ropas). Cristo *yacente*, muy bueno, de Walmichana. La Cautiva de Canova. Dos mosáicos admirables: el uno representa la cara de una mujer, parece un cuadro de Murillo; el otro un paisaje de Nápoles, Capri, tiene dos millones de piececitas.»

Es notable por sus ecos una rotunda cuya bóveda repite veintiocho veces cualquir sonido de cierta intensidad.

Aun cuando me falta todavía ver el Museo de Sevilla, alguna colección en Cádiz y los cuadros que

existen en las iglesias de estas capitales, habiendo visto casi todos los Museos de la Europa, me creo en el deber de hacer una confesión artística, tanto más necesaria cuanto menos exigida, confesión destinada á sacar ánimas del purgatorio, ó sea aficionados medrosos, de sus dudas.

Antes de ponerme á estudiar estas materias, y notifico al respetable público que las he estudiado, oía hablar á los eruditos ó simplemente entendidos verdadera ó aparentemente, de las Escuelas italianas de pintura, de la Escuela flamenca, de la holandesa de la alemana, de la española, de la francesa y entrando en más detalles, de la romana, de la veneciana, de la florentina, de la sevillana, la madrileña y por fin de tantas Escuelas como ciudades había.

«Yo debo ser muy ignorante, me decía á mí mismo; yo no conozco las diferencias sustanciales entre las Escuelas; un cuadro italiano seguramente me parece muy distinto de uno holandés, y eso no siempre; pero si alguien me preguntara en qué se diferencian positiva, perpetua é invariablemente, no sabría darle reglas seguras».

Por no hacer patente mi ignorancia, yo también hablaba de Escuelas veneciana y bizantina y napolitana, con la más completa confianza, como los otros. Pero un buen día pensé: «no, estos conocimientos á medias, de complacencia ó de palabra, ni

me gustan ni me satisfacen; voy á buscar y aprender la definición científica de cada Escuela; así conoceré las diferencias fundamentales é imborrables».

Y revolví obras de arte por montones; catálogos, diccionarios, tratados de dibujo y pintura, críticas, descripciones y cuanto Dios crió, obteniendo este resultado que apunto para alivio de mi conciencia:

No hay en
ninguna parte
una definición,
ó descripción
equivalente,
capaz de dar
una idea exacta
de las diferencias
fundamentales
entre todas las
escuelas de pintura.

Escribo esta afirmación en forma de verso para grabar mejor sus conceptos en el ánimo de mis lectores.

No habiendo tal cosa, como no la hay, lo establezco parentoriamente, después de pacientes investigaciones, concluyo que cuantos hablan de Escuelas lo hacen con un bagaje de ideas indeterminadas, de nociones asimiladas por aproximación y que las más de las veces colocan á un cuadro entre los de la Es-

cuela italiana por ejemplo, simplemente por ser italiano el autor y.... hacen bien.

Pretender definir, definir, entiéndase bien, definir en el sentido filosófico del verbo, un estilo de pintura, es lo mismo que pretender dar con palabras la sensación del timbre de una voz.

Los puntos de partida son el colorido, el dibujo, la composición, la índole, el carácter, la armonía y hasta las pretensiones de un cuadro; pero como todos tienen algún colorido, dibujo, composición, índole, carácter ó pretensión, toda diferencia es señalada con distinciones de poco más ó menos, por lo tanto arbitrarias.

A un mismo pintor se le reconoce diversos estilos; de unos se dice que tuvieron el primero, el segundo y el último, tres, esto es más fácil; de Murillo, el frío, el cálido, el vaporoso; de Rafael el peruginesco, el florentino y el suyo.

Examinando, se vé que en pintura como en todo, existe la tendencia á la imitación; un artista toma los modos de las personas á quienes admira ó es inducido por la atmósfera en que vive.

Lo mismo sucede con los escritores, no solo en el estilo sino hasta en la materialidad caligráfica Un escritor solo después de muchos cambios llega á parecerse siempre á sí mismo en la forma de sus expresiones y en la de su letra. Algo análogo le sucedió

á Rafael en pintura: fué primero un Perugino chico, porque imitó á su maestro Perugino; después un florentino porque estuvo en Florencia y por fin un Rafael porque se libró así propio ó sea porque no pudiendo dejar de imitar, como todo ser humano, cayó en la autoimitación.

Véase pués por estos datos innegables de fisiología mental, hasta qué grado es posible la clasificación en escuelas y en estilos de las obras de arte.

Cambia de local un pintor y resulta cambiando de modo.

Lo único real es la índole individual que solo al fin de la vida se estereotipa, diré, y se acentúa.

En escultura, no hay un estilo dinamarqués, pero hay un Torwaldsen que estudió, no en Dinamarca sino en Roma.

Un ejemplo patente de estas transformaciones al alcance de cualquiera, puedo citar en otra rama del arte, en música. Las primeras óperas de Verdi tenían todas un carácter, se llamaban música de Verdi; apareció la Aida de Verdi con modos muy diferentes de sus antecesoras; segundo estilo; ahora ha salido Otelo ¿Tiene algo que ver Otelo con la Traviata ó con Aida? — ¿De qué Escuela es por fin Verdi?

Hay indudablemente un modo nacional, no, un modo territorial de hacer las cosas, de pintar, de escribir, de hablar; y lo mismo que es absolutamente

imposible *dar reglas generales* para distinguir por el modo de pronunciar una frase, dos hombres igualmente educados de diferente país, aun cuando sea muy fácil distinguirlos en la práctica, lo es también dar definiciones exactas de las Escuelas y de los Estilos.

En resúmen, cada gran pintor es una Escuela y un Estilo y puede pasarse, ayudando las circunstancirs, á otra Escuela y á otro Estilo.

He visto un cuadro de Rubens que es netamente de la Escuela italiana y un Teniers hecho por un pintor español.

Los eruditos no me vuelven á tomar en otra.

Ahora va el final de mi confesión. Advierto que ni en lo anterior ni en lo siguiente pretendo tener razón (la razón es convencional en ciertas materias). Creo haber escandalizado suficientemente á los poseedores de ideas hechas, rutinas viejas y pretensiones no meditadas, pero he dicho la verdad, á mi entender.

Si alguien me preguntara cuál de los pintores me gusta más le contestaría sin vacilar.

No sé.

Pero si la pregunta se refiriera al arte moderno comparado con el antiguo, mi contestación sería positiva.

Supongamos que se me propone aceptar como

regalo de año nuevo el cuadro más famoso de Rafael ó el que más me guste de los modernos.

¿Qué haría yo?—Muy fácil; aceptaba el cuadro de Rafael, lo vendía, compraba el cuadro moderno y con el resto del dinero me daba una gran vida en las cinco partes del mundo.

—Por qué procedería así.

—Porque los cuadros de Rafael, como los de todos los grandes maestros antiguos, pierden en la comparación con los modernos; no tienen relieve, se ve que son lienzos planos, se sabe desde la primer mirada que se trata de una pintura; no reproducen con fidelidad los objetos de la naturaleza; tienen defectos de perspectiva, de dibujo y de anatomía; están descoloridos, y los sujetos tratados, son generalmente, anti-estéticos.

Cuando uno visita los Museos de Europa buscando impresiones en los cuadros de los grandes maestros de otra época, salvo excepciones, concluye por creer á los autores, aun á los más célebres, vendidos ó idiotas; han enterrado su inspiración pintando solamente santos, vírgenes y Cristos acróbatas.

—

En la Academia de San Fernando ó de Bellas Artes vimos: el cuadro de los Tiñosos, desagradable y famoso ó más bien dicho, famoso y desagradable; la Asención de la Magdalena, por Ribera; un San

Antonio; un Auto de Fé, de Goya y una Maja desnuda, retrato de la Duquesa de Alba, según dicen.

—

Hemos visitado tambien los demás Museos especiales ó colecciones científicas é históricas, cuya descripción no intento por hallarse completa en libros que tratan estensamente de ellos.

—

Aparte de las obras de pintura existentes en las casas de nobles aficionados al arte, llamo galerías particulares á los salones en donde se exhibe los cuadros de autores modernos, jóvenes ó maduros, y en los que los aficionados pueden adquirir obras de cierto mérito, sin grandes desembolsos.

Muchos pintores exponen en estas casas el producto de su trabajo y muestran su talento ante los críticos que les auguran un brillante porvenir.

ESPAÑA—EL ESCORIAL—CORDOBA Y SU MEZQUITA—GRANADA—BARRIOS DE LOS GITANOS—MEJORAS LAMENTABLES—LA ALHAMBRA—EL JENERALIFE—LA CATEDRAL—LA CARTUJA.

El pueblo, supongámoslo una entidad, suele tener ocurrencias originales; entre nosotros por ejemplo les llama partidos políticos ó las agrupaciones interesadas en favor de una persona; en España, con motivo de la forma del Escorial, se le ha ocurrido darle por orígen el deseo de imitar una parrilla, por el hecho de haber sido asado San Lorenzo en cuyo nombre se erigió el edificio.

Pero el Escorial tiene tanto de parrilla como tienen de partidos políticos nuestras falanjes electorales. Todo edificio cuadrado con un pórtico saliente, observa un autor, puede con igual título, aspirar al nombre de parrilla, pero si bien Felipe II no hizo en realidad una parrilla, hizo sin la menor duda una tontera, no tanto en la construcción de su obra monumental y grandiosa, cuanto en la elección del sitio y en dar una extensión innecesaria del Palacio. La erección del Escorial ha sido además perjudicial bajo

ciertos aspectos económicos y políticos. Situado en un paraje agreste, inhabitable, combatido por los vientos furiosos y las nieves arreadas de las montañas vecinas, á tal punto de haber obligado á los monjes que en él vivían, á practicar un pasaje subterráneo para comunicarse con la villa contigua, por no ser posible andar al aire libre durante el invierno, la real Residencia, por su proximidad á Madrid, contribuyó á radicar en esta ciudad la capital del reino y por su desgraciada ubicacion, dió lugar al empleo en pura pérdida de ingentes sumas, siendo además dispendiosa y difícil en grado supremo su conservación en buen estado.

La idea de Felipe II fué, dicen, cumplir un voto hecho en la batalla de San Quintín y construir un sepulcro para los reyes de España; lo del voto no es disculpa, lo del sepulcro es una razón; pero aun en eso se excedió el monarca; la complicación del Escorial lo dice. Por otra parte, el sepulcro pudo estar mejor en otro sitio, en Lisboa por ejemplo, si la España no la hubiera perdido.

Durante el apogeo del Escorial se tuvo razón en llamarle «la octava maravilla» no seguramente por su aspecto exterior ni por las bellezas de su arquitectura, sino por la riqueza de sus adornos, cuadros, frescos, reliquias, ornamentos, joyas y muebles. Cuanto había en la época de selecto al alcance del fun-

dador, fué puesto á contribución en beneficio del Escorial.

Ahora no es ni sombra de lo que ha sido y hay sin embargo todavía mucho que admirar.

Tendrá el lector una idea de su magnitud y distribución, sabiendo que hay en el edificio 16 patios, 15 claustros, 86 escaleras, 88 fuentes y más de 300 metros cuadrados de superficie mural pintados al fresco.

Está rodeado de jardines preciosos. ¡Imagínense ustedes lo que habrá costado crearlos en tales parajes y conservarlos!

Sus reparticiones más dignas de nota son:

La Portería.

El Patio de los Reyes, llamando así por sus estatuas.

La Iglesia, llena de riquezas en cuadros, esculturas y adornos. El coro está encima de una bóveda plana que es un atrevimiento en arquitectura; el peso de un hombre la hace cimbrar pero el de mil no la conmueve. Debajo de esta bóveda hay un recinto oscuro, como ante-iglesia, del cual se ve con la mayor ventaja el templo severo é imponente. Cerca del altar mayor y á un lado, se observa una abertura comunicando con la alcoba donde murió el religioso rey; él desde su cama oía misa y veía las ceremonias del templo.

La Sacristía donde un tiempo estuvieron la Perla de Rafael y otras obras maestras de pintura. Los adornos, ornamentos, muebles reliquias y joyas en forma de objetos de culto, constituyeron antes un tesoro encerrado en esta sacristía; ahora solo quedan los restos.

El Relicario, muy rico en tiempo del fanático rey, muy desprovisto en la actualidad.

El Panteón de los reyes, un octógono subterráneo debajo del altar mayor de la Iglesia; está cuidado y suficientemente lleno de urnas y sarcófagos más ó menos bien trabajados.

El Panteón de los infantes, más vecino al sol.

La Biblioteca, notable por sus libros manuscritos, pinturas y ricos estantes.

Las aulas de moral.

Las salas de los Capítulos.

La iglesia vieja.

Los diversos cuartos del palacio con sus preciosos gobelinos, sus ricos muebles incrustados y otros varios complementos, restos de la antigua grandeza.

Saliendo del Escorial para tomar el tren, se debe gastar tres cuartos de hora en ver la Casita del Príncipe, una agradable mansión rodeada de jardines y árboles. Para vivir es mejor esta Dependencia que el histórico Palacio.

Nosotros al hacer nuestra excursión al Escorial, habíamos dejado Madrid pero no definitivamente; debíamos volver á la capital antes de seguir viaje por la Península, lo que hicimos, pero no sin visitar antes en las vecindades de la Estación una fábrica de chocolate cuyos amables dueños nos mostraron pacientemente todo y nos hablaron mucho de Buenos Aires, plaza comercial con la cual tenían grandes relaciones.

Del Escorial á Madrid por el tren, el viajero tiene la ventaja de transitar por el camino más destituido de atractivos que sea posible imaginar. En el trayecto se siente frío, viento con tierra, malestar y aburrimiento; todo es árido, seco, muerto.

—

Nuestro último dia de Madrid fué destinado á paseos sin programa y á preparativos de partida.

—

Continuando nuestro viaje, llegamos á Córdoba á la madrugada; despertamos á un fondero cuya familia nos recibió muy bien; nos fuimos á recorrer la población por sus calles principales y por sus límites; vimos sus curiosidades antiguas destruidas, sus puentes y viejas construcciones, sus casas de estilo morisco aumentado y corregido, yendo por fin á parar á la célebre y nunca bien ponderada Mezquita, una de las iglesias más grandes del mundo y cuya des-

cripción detallada pueden ustedes buscar en los libros especiales, contentándose por el momento con saber que consiste en un gran espacio plantado de innumerables columnas, formando un bosque regular de infinitas avenidas cubiertas de bóvedas labradas al modo árabe.

Los muros límites del recinto, donde subsisten, tienen también algunos adornos; el piso ha sido destruido, pero aun se conserva alguna parte de él como para dar una idea de su estructura.

Las avenidas en cierta extensión armonizaban en los buenos tiempos de la Mezquita con las formadas por los árboles del patio de los Naranjos, un gran patio árabe, célebre, lleno de encantos y con atingencias celestiales.

En tiempo de Cárlos V los cristianos encontrando demasiado grande la Mezquita, la mecharon con una iglesia entera, á la verdad muy linda, pero que será siempre mirada como una intrusa en el monumento mahometano, desfigurado ya para siempre con semejante remiendo. La iglesia incrustada goza de fama; su altar mayor es una joya; delante de él hay dos púlpitos esmeradamente esculpidos cuya base descansa en las figuras de los atributos de los Santos Evangelistas, una águila, un buey ó toro, un león y un ángel. El Coro es bellísimo y merece particular estudio; las sillas talladas primorosamen-

te, no muestran dos dibujos iguales; á lo largo de los muros se ve dos series de cuadros tallados en madera; una representando escenas del Viejo Testamento, la otra pasajes de la vida del Salvador y de la Vírgen María. Un altar de madera sin pintar, situado en frente del mayor, es también digno de nota.

—

En Granada, á donde llegamos de noche, nos alojamos en el Hotel Siete Suelos, por recomendación de Santiago Estrada á quien llamaban allí también D. Santiago, como en toda la España.

Particularidades del Hotel: no tiene sino un suelo y ese mismo es pésimo en su calidad de tal, por tener diversos niveles debidos á hundimientos ó levantamientos de baldosas ó tablas rebeldes; pero si bien miente ó engaña con su nombre, no deja desairada la recomendación que de él se hace por su trato y sobre todo por estar en la Alhambra.

—

Granada conserva aún muchos de sus caracteres antiguos, pero so pretexto de mejoras, la están echando á perder, abriéndole calles anchas y haciéndole barrios nuevos en sustitución de los planteles de moriscas viviendas. Las calles antiguas forman un laberinto delicioso para el artista; su piso, principalmente en el barrio de los gitanos está lleno

de altos y bajos, sus casas tienen balcones enrejados que casi se tocan con los de en frente. Los gitanos viven en la calle y están generalmente ociosos ú ocupados en algo sin provecho, en tocar la guitarra por ejemplo, los hombres, ó en peinarse unas á otras las mujeres; también suelen bailar para divertir á los viajeros quienes seducidos ó arrastrados por los Guías, concurren á sitios indicados pensando ver algo agradable y solo ven una danza monótona, insípida, ejecutada casi siempre por una mujer sola, al compás de la música rudimental de una guitarra tocada por un mozo sin vergüenza, que se dice hermano de la bailarina, cuando en realidad solo es cómplice del Guía para explotar al extranjero.

El Palacio de la Alhambra está situado en la parte superior de una colina y no la ocupa toda. El promontorio, según opiniones autorizadas, no estuvo aislado en un principio; su aislamiento es el efecto del trabajo humano con la complicidad de la naturaleza. Los moros quisieron, parece, tener la ciudad de Granada á las plantas del Palacio, rodear á este de misterio y asegurar á sus felices moradores una residencia encantada, lujosa, fuerte para resistir á las tentativas de cualquier enemigo, deliciosa para encerrar mujeres bellas y fresca para hacer tolerable el verano muy caloroso en aquellas regiones.

No entremos á averiguar las intenciones, contentándonos con saber que la Alhambra en sus buenos tiempos fué un Paraiso y con ver los restos de su primitiva grandeza.

Antes de haber estado en Granada yo había ya visto la Alhambra; la ví en la Inglaterra, cerca de Lóndres, en el Palacio de Cristal, tenía idea de sus edificios, de sus patios y de sus decoraciones, pero no la sensación del paisaje.

Francamente, en la Alhambra las construcciones no me cautivan, pero sí lo hacen el sitio de su asiento, los paisajes, los jardines, las irregularidades del terreno y las perspectivas lejanas de panoramas ideales.

La colina ó eminencia ó montaña en miniatura fué, antes de ser ocupada por el Palacio, un paraje desnudo de vejetación, árido é inhabitado. Los moros la cubrieron de verdura, la llenaron de fuentes y acueductos y la embellecieron con árboles, arbustos y flores. Aun ahora, cada retazo de la Alhambra ofrece una belleza natural en apariencia, lo que aumenta su atractivo. Los desniveles del terreno, los árboles, las corrientes de agua y los puntos de mira, constituyen un conjunto capaz de halagar la más exigente fantasía. En estos sitios, como en todas las cosas buenas de este mundo, se encuentra también la intervención inglesa; muchos de los árboles de la Alhambra fueron enviados de Inglaterra por el Duque de Wellington.

Cierra el recinto de lo edificado una muralla, subsistente en parte, de líneas que forman un perímetro irregular, interrumpido por Torres, algunas de las cuales hacen parte del Palacio. Los nombres de las Torres destruidas unas, refaccionadas otras é incompletas todas, son: Prisiones, Duque, Siete Suelos, Agua, Infantes, Cautiva, Justicia, Homenaje, Vela, Damas, Quebrada, Vino, Puñales y Picos.

Cada torre tiene su tradición, su historia, su cuento, su leyenda ó su fábula. Las torres de la Cautiva y de los Infantes, que visitamos por dentro, son verdaderas prisiones en las cuales no sé cómo podían vivir sus reales moradores; falta en ellas local y adaptación para las comodidades indispensables de una casa habitable. La decoración interna de estas torres ha sido hecha con los conocidos arabescos ó sea inscripciones repetidas al derecho y al revés, arriba y abajo, de dibujo muy complicado para quien no está en el secreto.

Entrando al Palacio se fija el viajero principalmente en lo que ya conoce de nombre, principiando por el *Patio de los Arrayanes* con su estanque en el medio, sus dormitorios y su Sala de los Embajadores, en la cual se admira sobre todo el techo de madera tallada; hace parte de la Torre de Comares, la antecede una sala llamada de la Barca y tiene como otras, en el grueso de los muros unos grandes

nichos, para colocación de las camas. Pasamos en seguida al *Patio de los Leones*, donde está la fuente sostenida por doce figuras de cuadrúpedos desconocidos que tienen metido en la boca un pequeño tubo, á modo de cigarro, el que les da un aspecto ridículo y grotesto; parecen estar fumando y próximos á escupir su propio cigarro. (Pido perdón por usar una expresión desagradable, pero ninguna otra dá la idea exacta de la actitud de los pretendidos leones.

A uno y otro lado del patio hay pabellones bonitos, especie de glorietas sustentadas por columnas delgadas y en los contornos las siguientes salas: la de Justicia ó sea el Tribunal; la de Abencerrajes, donde se muestra una gran paila manchada, dicen, con la sangre de los degollados sobre ella, y la de las Hermanas, llamada así por haber en su piso una loza partida (vaya una ocurrencia). La decoración de estas piezas corresponde al estilo ya conocido. En la sala de las Hermanas está el mirador de Lindaraja con vista á un precioso patio, llamado de los naranjas ó de Lindaraja y provisto de su fuente.

Se encuentra en otra repartición el comedor de Cárlos V, cuyo techo de madera labrada es lo único notable. Por piezas y corredores contiguos se pasa al tocador de la reina, de cuya ventana saliente, moderna, se goza de una linda vista; en un án-

gulo del cuarto hay una loza de mármol con muchos agujeros, cuyo uso era el de un sahumador para perfumar la ropa. De estas piezas se ve el Albaicín ó sea el barrio viejo de Granada.

Pasamos del tocador al *Patio de la reja*, cuyo nombre le viene supongo, é invito al lector á suponer lo mismo, de tener una ó varias rejas en sus galerías; Juana la loca, dicen, estuvo encerrada en ellas. El verdadero patio al cual dan las galerías enrejadas, se llama de los Cipreces. (Nota: hay en él unos cipreces).

Otra nota: de la de torre Comares nos mostraron la torre de los Puñales y del patio de los Leones la de las Damas; son en verdad muchas las torres y yo sospecho que algunas tienen dos ó más nombres por cierta desconformidad entre mi cuenta y la nomenclatura.

Bajamos á los baños y nos encontramos en la sala del Reposo, desde cuyos balcones se puede ver bañar á cualquiera y supongo se ha de haber visto; en la galería se situaba la orquesta; las odaliscas se bañaban con música (hablen ahora de refinamientos modernos). Se vé en la sala de baños en el medio, una fuente y entradas á los lados para los divanes. Los camarines aislados tienen sus piletas y reciben la luz de arriba; entre estos y el salón de reposo, está el tocador del gusto más morisco y su-

jestivo. Los baños de la Alhambra son muy semejantes á los del Cairo, descritos en mis cartas de Egipto.

Por un corredor oscuro y estrecho se va al patio de la Mezquita y á ella misma, convertida ahora en iglesia, por lo tanto estrafalariamente acomodada, pues ni es iglesia ni mezquita; en cambio sus altares están dorados con oro del Darro (gran disculpa del Guía á nombre de los autores del daño). El coro de la iglesia quita un poco el mal humor producido por los efectos de la transformación.

Vimos finalmente la Sala de los Blasones en donde las inscripciones de textos religiosos ó morales están reemplazadas por pequeños escudos y á la salida, el enorme Palacio de Cárlos V, verdadero Castillo en España, inconcluso é incongruente con la Alhambra.

No dejaré de señalar los notables azulejos que en diversas partes del edificio se muestran; estos tienen un mérito imperecedero.

Antes de abandonar el recinto el curioso viajero debe entrar al taller de reproducciones, situado cerca de la entrada y comprar un recuerdo á elección, tomando la copia en relieve de la parte que más le hubiere gustado en su visita al palacio morisco. Hay en este taller á más de las reproducciones, muebles riquísimos, algunos de los cuales han ganado premios en las exposiciones.

Dicen todos, y yo entre ellos, que una de las más suaves delicias de este mundo es pasear por la Alhambra en las noches de luna.

—

Por una senda flanqueada de árboles y cubierta con el follaje de ellos, en parte, se llega sin caminar mucho al Generalife, casa quinta ó villa como le llamarían los italianos, situada también en una altura. Debió ser una encantada residencia y es todavía uno de los parajes más bellos de Granada. El agua clara mostrándose en diversos niveles, en fuentes, surtidores ó estanques le presta un nuevo atractivo. Subsisten aún dos ó tres piezas decoradas al estilo morisco con vista á la Alhambra y á la ciudad que se desarrolla á sus plantas. Un patio, donde un estanque encuadrado en márjenes de arbustos y de flores renueva lentamente sus aguas transparentes desde hace siglos, invita á un sereno reposo; de sus corredores abiertos hacia el campo y el valle sobre el cual se encuentran suspendidos, la vista es sin paralelo. En algunas habitaciones que conservan aún sus puertas labradas, sus arcos, sus arabescos y sus bien trabajados cielos rasos, los muros ostentan algunos retratos históricos auténticos ó apócrifos.

Muéstrase á los viajeros unos cipreces viejos, plantados en el año 1300, muy malos protectores de citas amorosas, como se deduce de haber sido sor-

prendida junto á ellos, la bella y frágil Zoraya en tierno coloquio con su amante el Abencerraje. Una escalera hecha en la roca en cuyos descansos brota el agua en surtidores, conduce á un jardín alto y posteriormente á una plataforma llamada la Silla del Moro, en la cima de una colina con vistas iguales á las ya observadas.

—

A pocos pasos del hotel Siete Suelos y al lado mismo del Washington Irving, abre sus puertas la Casa de Calderón, jardín precioso, abundantemente regado, con árboles tres ó cuatro veces seculares y vista excepcional hacia la Vega.

—

Una de las cosas buenas de Granada es su Catedral de un estilo de arquitectura compuesto, con altas y elegantes naves, bellos arcos y espléndida cúpula. Los altares ostentan difíciles tallados y cuadros notables de Alonso Cano de Ribera y de Bocanegra. La Capilla Real muestra su preciosa reja hecha por el maestro Bartolomé, las efigies de Fernando é Isabel, notables, dicen, por su parecido, las esculturas de madera pintadas representando episodios históricos y la tumba de los soberanos católicos tan merecidamente celebrados y cuyo alto carácter y virtudes les han conquistado la estimación del género humano; las esculturas de las urnas los retra-

tan reflejando en el modelo inanimado las calidades que todos mencionan y admiran. En la Capilla Real existen también otras esculturas y cuadros notables.

—

La Cartuja un antiguo convento, muy rico antes, fué despojado por Sebastiani de sus mejores cuadros con excepción de uno precioso, de Cano, representando á la Vírgen y al Niño. Hay también una cabeza de Cristo atribuida á Murillo, que no sé si estuvo en el convento al tiempo del saqueo ó fué adquirida después. En la Iglesia el Santuario está adornado con mármoles extraños y el tabernáculo con esculturas caprichosas. Las puertas de la Capilla y las de la Sacristía son de madera riquísima con incrustaciones delicadas y valiosas; las paredes de ésta tienen molduras de yeso muy bien trabajadas y muebles para los ornamentos que no ceden en nada á las puertas, por la belleza exquisita de sus incrustaciones. El refectorio reproduce los sonidos con un eco particular. En una pared se ha pintado con pintura amarilla una cruz cuyo relieve es sorprendente. Los claustros del convento están adornados ó más bien han sido estropeados con frescos detestables pintando escenas atroces de martirio y persecución.

ESPAÑA—SEVILLA—LAS GENTES DE LAS CALLES—FABRICA DE TABACOS—ALCAZAR— RUINAS DE ITALICA—LA CARTUJA, AHORA FABRICA DE LOZA—PASEO DE LAS DELICIAS—LA CASA DE PILATOS — LA CATEDRAL — LA GIRALDA—BIBLIOTECA COLOMBINA—ARCHIVO DE INDIAS—LA CASA DE MURILLO—MUSEO PROVINCIAL.

A las cinco de la mañana de un día granadino, salimos de los Siete Suelos de la Alhambra para tomar el tren y trasladarnos á Sevilla. Nunca olvidaré la deliciosa impresión que en esa madrugada me hizo el paisaje al bajar de las verdes colinas á través de los bosques. Cuando un viajero no puede quedarse en su cama durante la madrugada, lo mejor para él es verla como si se hubiera levantado voluntariamente á gozar de sus encantos; nosotros procedimos como prudentes viajeros y desde las ventanillas del tren vimos levantarse el blanco tul de las primeras horas del dia y luego un sol español, grande y encendido, chamuscando con sus rayos ardientes las barbas despeinadas del horizonte montañoso (Reco-

miendo estas figuras de retórica á los jóvenes aprendices de literato).

—

En Sevilla todas las gentes habían salido de su casa cuando recorrimos la ciudad siguiendo nuestra costumbre; digo todas habían salido, porque nos fué casi imposible andar por las calles sin volteat algún sevillano ó ser volteados por él; la calle de las Sierpes principalmente, estaba cubierta de transeuntes y de mendigos, á tal punto que no pude ver si había veredas ni descubrir un palmo de suelo.

La calle de las Sierpes, llamaráse así por lo enredada, pero si tal es la razón de su nombre, todas las otras debían tener el mismo. Me atrevo á andar en Lóndres con menos probabilidad de extraviarme que en la pequeña ciudad de Sevilla. Todo es aquí tortuoso é intrincado; las vías públicas son estrechas y llenas de curvas de modo que nadie sabe si un pedazo de cuadra corresponde á una calle ó á otra. ¡Sea todo por el amor de Dios! Los sevillanos no se aperciben del laberinto y usan como expresiones de significado práctico las palabras «recta, derecha, directamente,» cuando hablan de trasladarse de un punto á otro en la ciudad. La animación es sorprendente; todos jesticulan como si fueran italianos y hablan con ese tono peculiar andaluz que parece de burla, comiéndose la mitad de las palabras de una manera

improbable, como si no hablaran por su cuenta y solo remedaran á otros ó refirieran un trozo de conversación jocosa entre personas bromistas. Cuando el mozo del hotel me decía: «Zi eñó ó no eñó» su contestación me era indiferente por su sentido, solo notaba que se había comido con suma gracia una *s* y una *r*.

Lo difícil en las calles es distinguir las jentes inofensivas de las que piden limosna, pero se puede llegar á una clasificación razonable ateniéndose á esta regla: de siete transeuntes probablemente dos no son mendigos.

Adviértase que la mendicidad es más que una exigencia de la vida, un vicio en algunas poblaciones; ciertas personas creen ofender á los extranjeros si no les piden limosna y se imaginan llenar un deber y hacerles casi un obsequio proporcionándoles la ocasión de distribuir caritativamente su dinero.

No obstante estas pequeñas incomodidades, la vida en Sevilla es de las más agradables y atractivas; ni los medigos incomodan después de algún tiempo; cuando ya la cara del viajero les es familiar, más bien lo protejen contra las agresiones de los pedidores tenaces, apartando á estos con un ademán cuyo significado es «déjenlo en paz, ya es de la ciudad ó ya ha dado bastante»; hasta son capaces de darle un cobre al pasajero si les parece muy necesitado.

A pesar de la animación de las calles los hoteles estaban desiertos en la época de nuestra permanencia. Los diarios españoles, siguiendo la costumbre hispano-americana de denigrarse ó perjudicarse á sí mismos, se habían inventado para el año corriente una epidemia de cólera y otra muy fuerte de viruela; no había tales enfermedades, pero todas las publicaciones de la Península daban el grito de alarma é impedían el aflujo de extranjeros. Nosotros pasamos de París á Madrid á pesar de las malas noticias porque no las creímos y estuvimos en lo justo, conocíamos las exageraciones andaluzas de nuestros dignos padres.

Cuán diferente es la conducta de los suizos por ejemplo; éstos hacen cuanto es humanamente posible por exagerar las bellezas de su país y las ventajas de una excursión por él, llegando á convertir en atractivos nunca vistos los accidentes más insignificantes con tal de atraer huéspedes.

—

La fábrica de tabacos ocupa un gran edificio bastante feo y bastante sucio, cuyos salones alojan diariamente por término medio, cinco mil mujeres, jóvenes, viejas y de regular edad, bonitas y feas, alegres casi todas, livianas de costumbres muchas y todas muy habladoras. Es muy divertido visitar la fábrica en horas de trabajo, pasear por los salones,

oir las críticas de las graciosas sevillanas que no tienen escrúpulo de reirse de los visitantes y sobre todo es agradable presenciar la salida de las obreras que en grandes grupos brotan, diré, á través de las puertas y se derraman por la población para prestarle su alegría durante la noche. La fábrica de tabacos es una institución benéfica. ¿Qué harían esas cinco mil mujeres si no tuvieran ese recurso?

—

El Alcázar, un gran palacio, hace recordar á la Alhambra con sus patios, sus decoraciones y hasta con el nombre de sus habitaciones, distribuidas de acuerdo con las exigencias de la vida de sus fundadores y adornadas con los arabescos, molduras, techos, azulejos y demás detalles conocidos. Llaman sobre todo la atención la magnitud del edificio y en seguida sus jardines, sus juegos de agua y sus grandes estanques situados al pie de una galería alta desde la cual los magnates veían bañarse á sus mujeres semejantes á las ninfas de los tiempos mitológicos.

Pasando los estanques se llega á una construcción llamada pabellón de Cárlos V, se da con una preciosa fuente y se descubre el baño de la sultana. Debajo de uno de los patios del Alcazar hay un estanque subterráneo con galerías al redor; un agradable salón de baño en el verano; el Guía nos dijo que las ga-

lerías continuaban hasta la Torre del Oro, antigua construcción usada por Pedro el Cruel como prisión, situada á orillas del Guadalquivir.

Uno de los más bellos jardines de la ciudad es el del Alcázar; en su circuito; el ambiente se carga con el perfume de los naranjos durante las épocas en que estos están en flor.

Las ruinas de Itálica tan celebradas en verso y prosa, entristecen y conmueven por el contraste entre el espectáculo presente y las referencias históricas. La casi totalidad de la ciudad ha desaparecido ya destruida, ya enterrada. No se ha descubierto, sino el circo que estaba fuera de ella y aun no del todo. Este recuerda al Coliseo de Roma; todos los circos romanos deben haber sido hechos por un modelo. Se ve en el de Itálica parte de los muros, galerías y escalinatas, el escenario ó arena, los conductos y pasajes subterráneos y otras reparticiones más ó menos conservadas cuyo uso ha sido señalado por los anticuarios. Las excavaciones en estos parajes no continúan, dice un autor, porque el valor arqueológico de las ruinas no compensa los gastos ni merece los trabajos que se haría para descubrirlas. A mí me parecieron las del circo tan interesantes como cualesquiera otras, pero quizá debo mi impresión á la tan conocida oda de Rioja, quien ha pinta-

do la escena dando más bien una sensación de ella que una descripción, como correspondía á la índole de su trabajo y á las necesidades intelectuales de cualquier lector libre de la monomanía de antigüedades.

Al volver de Itálica se puede visitar una bodega de las vecindades, cuyas pretensiones superan sus méritos; toda ella no ocuparía la vigésima parte de uno de los depósitos subterráneos de la Aduana de Lóndres.

Hay en las inmediaciones de Sevilla una antigua Cartuja, degradada ó ennoblecida en la actualidad por la instalación en sus dominios de una fábrica de loza. No sé si los que visitaban antes la Cartuja, cuya capilla perfectamente conservada puede servir de consuelo á los monjes de los tiempos actuales, se deleitaban y adquirían indulgencias durante su visita, pero sí puedo afirmar que nosotros fuimos sorprendidos agradablemente al ver los trabajos de alfarería en la fábrica, todas las manipulaciones, los infinitos detalles y la abundante producción en las diversas reparticiones. La manufactura ha extendido prodigiosamente su comercio, da grandes rendimientos á sus dueños, unos ingleses, y presta importantes servicios á la población de Sevilla ocupando cientos de obreros de ambos sexos y de todas eda-

des. El taller de pintura de las vasijas, platos, floreros y demás productos, en donde trabajan principalmente las mujeres, ofrece un espectáculo interesante.

—

A lo largo del rio en parte extiende sus plácidas avenidas plantadas de naranjos, granados, palmas y rosales, el Paseo de las Delicias. Allí se junta la selecta sociedad en las horas y días legislados por la costumbre y allí el viajero puede ver las sevillanas más distinguidas y más bellas y los apuestos jóvenes caballeros montados á lo andaluz en sillas inglesas y tan elegantes como cualquier ginete de Lóndres y mucho más graciosos que todos ellos. El extranjero transeunte se queda pesaroso después de su revista por haberse visto obligado á mirar sin ulteriores consecuencias íntimas ó simplemente sociales el desfile de las hermosas mujeres.

El Palacio del Duque de Montpensier, concurre en su calidad de agradable vecino á embellecer el Paseo, dejando ver su lindo edificio y sus jardines llenos de plantas raras y exquisitas flores. La regia casa contiene una notable colección de cuadros de los mejores autores españoles y de otros extranjeros, muchos objetos de arte y varios de valor histórico de mucho mérito.

—

La casa de Pilatos. Llámase así á una propiedad perteneciente al Duque de Medina Celi hecha por sus antecesores, imitando la del Juez de Jesucristo, según dibujos tomados en Jerusalem en el año 1500 y tantos. Excepto el patio morisco adornado con bonitos arcos y ventanas, el jardín y el pretorio (y todo eso es muy poco) nada hay en esta casa propio para compensar la incomodidad de una visita.

La Catedral con su solemne grandeza, según el calificativo general, asombra y admira. Tiene cinco naves, gran número de capillas laterales con preciosos altares, ochenta y tantas ventanas, algunas con vidrios pintados, de los mejores existentes en España, esculturas en mármol y madera muy buenas, muebles riquísimos para la conservación de los ornamentos, objetos ó útiles para el culto, de un valor inmenso, y cuadros de los grandes maestros. Esta catedral, sin perder sus caracteres de templo cristiano, es un Museo en el cual la piedad, la devoción, el fanatismo, la generosidad y hasta el amor propio de los fieles, reyes, nobles, y simples particulares han acumulado durante siglos tesoros de arte, metales preciosos, joyas y tejidos de incalculable precio. Aquí yacen también en tumbas artísticamente trabajadas, monarcas, súbditos y damas eminentes junto con los príncipes del ingenio humano. Cada

capilla, cada recinto, cada columna, cada bóveda merece una descripción particular y requiere conocimientos históricos y de bellas artes que yo no poseo. Me contentaré por lo tanto con llamar empeñosamente la atención de mis lectores, sobre este célebre monumento y hacer mención de algunos sitios, decoraciones, adornos, esculturas, cuadros y objetos varios que encuentro indicados en mis apuntes, sin el menor método.

Nótese: Una Vírgen de alabastro, escultural de Martínez Montañez, llamado el Fidias sevillano. El Tenebrario, en bronce, un raro trabajo. El retablo gótico, con sus cuarenta y tantos compartimentos, sin igual en España. La Capilla Real, casi una iglesia con las tumbas de Alfonso el Sabio, Beatriz, San Fernando y la hermosa María Padilla domesticadora de D. Pedro el Cruel; hay también varias estatuas y cuadros de mérito. La Vírgen y el Niño, de Cano, en la capilla de Nuestra Señora de Belén. El grande y famoso cuadro de Murillo, su San Antonio en éxtasis, de accidentada historia, pues habiendo sido robado, por casualidad fué recobrado y vuelto á colocar en su sitio; en mi opinión no merece muchas ponderaciones; estuve mirándolo una hora y después puse estas tres palabras entre mis notas: no me gusta. La Sacra familia, de Tobar en la capilla de Nuestra Señora del Consuelo. La Nati-

vidad, de Vargas. La Generación, del mismo, muy linda, representa á Adam y Eva; la Eva atormentó con su seno al Capítulo; éste mandó cubrírselo. En la Sacristía de los cálices, Santa Justa y Santa Rufina, de Goya, representadas en un circo con un humilde león delante; son dos preciosas jóvenes y no fantásticas, vivían en Madrid y se llamaban Ramona y Sabina, pero jamás fueron mártires, solo sirvieron de modelo al pintor. La Vírgen besando á su hijo, de Morales. El Descenso de la Cruz, por Campaña. Varias reliquias preciosas, ornamentos bordados, objetos de uso para el culto, cálices, incensarios, cruces y demás enseres cuajados de joyas. Las llaves de Sevilla. En la Sala capitular digna de mención por sí sola, está una Concepción de Murillo, divina, como todas las suyas. En la primera Capilla de la Catedral se ve un inmortal cuadro del mismo, el Angel de la Guarda cuya belleza supera á toda ponderación, y más adelante la tumba de Fernando, hombre notable, lleno de méritos, digno hijo de Colón á cuya alta figura debe la desgracia de su relativa oscuridad. No me acuerdo dónde hállase una Cabeza de Cristo también de Murillo.

Y con esto ya tenemos bastante de Catedral sevillana.

La Giralda es la Torre de la Catedral y tomó su

nombre de su veleta; es muy alta, se sube á su campanario por 35 planos inclinados y de cada plano se distingue un panorama diferente, tanto más bello cuanto más arriba está el espectador. Los moros la veneraban como parte integrante de la Mezquita, ahora Catedral é intentaron destruirla para que no sirviera á los cristianos. Adornan su parte superior cuatro enormes esferas de bronce, cuyo uso y significado no conozco. El campanario, de exquisito gusto, aloja 22 campanas; la mayor se llama Santa María y pesa 18 toneladas. La Giralda servía de minarete en tiempo de los moros para llamar á los fieles; hoy las campanas, sustituyendo al muchacho gritón que en los minaretes árabes anuncia la hora de comenzar las oraciones, llaman á los cristianos á oir misa.

Al pie de la Giralda está el Patio de los Naranjos, moro á más no poder, provisto de su Fuente de ablusiones; á él se entra por la puerta del Perdón; las puertas de bronce y el arco primitivo se conservan.

—

La Biblioteca Colombina ó del Capítulo á la cual se entra por el Patio de los Naranjos, contiene 18.000 volúmenes, y entre mil tesoros históricos, las notas y manuscritos de Colón relativos á sus viajes, así como los papeles que patentizan los esfuerzos hechos por este grande hombre para probar que las santas escrituras habían anunciado el descubrimiento de Amé-

rica, á fin de responder á las persecuciones de la Inquisición; una biblia traducida por Pedro Palencia en el siglo trece é innumerables documentos de inmortal memoria.

—

El Archivo de Indias es uno de los institutos de su género mejor arreglados que haya visto en Europa; sus catálogos son perfectos, la distribución de sus materiales excelente y el cuidado y orden de los papeles minucioso; es muy poco frecuentado desgraciadamente y si no fuera por la tarea que los empleados se imponen á sí mismos de revolver y clasificar cada dia con más detalle los documentos, no tendrían ocupación alguna causada por las exigencias del público. El local del Archivo es amplio, aereado y lleno de luz.

—

La casa donde vivió y pintaba Murillo es como muchas de Sevilla y solo llama la atención en ella la estrechez de la habitación en donde, según dicen, el gran pintor tenía su estudio; siendo los cuadros pintados más grandes que la pieza, no sé cómo se compondría el maestro para tomar perspectivas sin poder retirarse más de dos metros de su caballete. Ahora esta casa es un pequeño museo con algunos cuadros de su antiguo morador, repetición de los existentes en los museos, y varios de diversos autores,

más ó menos aceptables. La casita donde murió Murillo, una miniatura, un pañuelito, como dicen vulgarmente, está á pocos pasos de la mencionada que lleva su nombre.

Sevilla tiene también su Museo provincial compuesto de dos principales reparticiones: la de pintura y la de escultura.

Uno oye con frecuencia decir en España: «Para conocer á Murillo es necesario estudiarlo en Sevilla». Contradice en cierto modo la precedente regla, la siguiente observación apuntada en algunas guías: «Extraño es, dicen sus autores, que ni en Sevilla ni en ninguna otra parte de España exista la repetición del cuadro de los Niños mendigos, cuando casi á él solo debe Murillo su reputación en Europa».

No estoy conforme con ninguna de estas dos apreciaciones. Murillo puede ser muy bien estudiado en Madrid y si bien el cuadro de los Niños mendigos, tan celebrado, no está en España, seguramente no es el mejor ni mucho menos el motivo de su fama. Si se atribuyera su alto renombre á sus cuadros de la Concepción, ello sería más atinado y más justo; en este tópico ha mostrado en realidad Murillo su talento. En los demás asuntos se ha señalado algunas deficiencias; en los cuadros representando á la Vírgen y al Niño, las vírgenes no tienen el sello divino y

los niños son simplemente criaturas bellísimas é inocentes de la tierra, en cuya tierna fisonomía no se adivina al futuro Salvador. Su Concepción, entre tanto, llega á tocar las sublimidades celestiales de la vida inmaterial, sin abandonar los encantos de la humana ternura. Todas estas serán, quiero suponerlo, fantasías del espectador que ha dado cuerda á su cerebro, pero no por eso dejan de ser sentimientos reales. Las vírgenes de Rafael son demás despegadas del mundo; yo las admiro y las respeto. Las de Murillo son mujeres de la tierra con una aspiración al cielo; yo no las respeto, pero las adoro.

—

He anotado en los salones de pintura del Museo provincial, los siguientes cuadros que coloco según el orden alfabético del nombre de los autores.

De Alonso Cano—Las Almas del Purgatorio (único del autor en esta galería).

» Gutiérrez—Santo Domingo.

» Malloni—Las Postrimerías de Fernando III (de mucho mérito).

» Martín Rico—Las Lavanderas de Lancavue.

» Mulato—Concepción y grupo de ángeles.

» Murillo—San Juan Bautista y su cordero.

San José y el Niño.

San Agustín en oración.

La Vírgen de la servilleta (el nombre le

viene del pedazo de lienzo en que fué pintada).

San Félix de Cantalicio.

San Agustín y la Trinidad.

Una Concepción rodeada de ángeles.

San Antonio con el Niño.

La Vírgen con el Niño en los brazos.

La Concepción (de gran tamaño; está acompañada de ángeles, uno de los cuales pertenece al sexo femenino, ó poco entiendo en materia de formas; el cuadro es bellísimo).

Una Vírgen con el Niño en brazos (parece enferma).

La Piedad (Jesús muerto y un ángel; este cuadro es netamente malo, feo, aun cuando sea de Murillo).

San Pedro Nolasco y la Vírgen.

San Leandro y San Buenaventura.

Santo Tomás de Villanueva (tiene defectos de dibujo).

Nacimiento de Jesús (muy lindo cuadro).

Jesús y San Francisco.

San Félix de Cantalicio, el Niño y la Vírgen.

San Antonio de Padua (de rodillas, con el Niño sobre un libro; está marcado con dos admiraciones en mis apuntes).

Una Concepción (con el Padre Eterno y ángeles).

Santas Justa y Rufina (sosteniendo la Giralda).

La Anunciación (parece el retrato de española graciosa).

» Pacheco—Retrato de un hombre y de una mujer.

San Pedro Nolasco.

San Francisco de Asis.

» Ramirez—Una limosna para enterrar á D. Alvaro de Luna (muy bueno).

» Roelas—Santa Ana y la Vírgen.

» Tejedor—Los padres del celebrante (después de la misa nueva).

» Valdez Leal—La Tentación de San Jerónimo.

» Zurbarán—Santo Tomás de Aquino (Este cuadro ha sufrido muchos contratiempos, es muy grande y muy estimado; entre las caras de los personajes de su composición figura la del autor).

Sran Gregorio (mediocre).

Jesús coronando á San José (bueno).

San Bruno.

La Vírgen de las Cuevas.

El Beato Punzón.

—

La Sección de escultura contiene fragmentos en-

contrados en Itálica, de poco interés, y entre ellos las estatuas colosales de Nerna y Trajano, la de este con la cabeza hecha pedazos. Lo mejor de esta sección es una estatua de San Jerónimo por Torrigiano, en terra-cota.

—

Aparte del Museo, se ha establecido una Exposición de Bellas Artes donde los aficionados pueden adquirir buenas copias de los lienzos antiguos y originales de los pintores españoles modernos, cuyos trabajos adquieren cada dia mayor reputación.

—

Para concluir mis notas sobre Sevilla, recomendaré á sus visitantes que vean la estatua de Murillo en la Plaza del Museo, que den algunos paseos por los encantados alrededores de la ciudad y vayan por la mañana á orillas del Guadalquivir á presenciar el embarque de naranjas para Lóndres (esto último si es tiempo de naranjas).

ESPAÑA—CADIZ—EL PUERTO—IGLESIA DE LOS CAPUCHINOS—LAS CATEDRALES—EL MUSEO—LA BIBLIOTECA—EL INSTITUTO—EL JARDIN BOTANICO—LA ALAMEDA—CONCLUSION.

La situación de Cádiz debía asegurarle un rico y extenso comercio; desgraciadamente no es así. Ha tenido su época de apogéo y tiene elementos para volver á sus buenos tiempos, pero por el momento su movimiento comercial no es de los más activos, debiéndose esto principalmente á la falta de facilidades para la carga y descarga de los buques. Reconocida esta deficiencia, una Empresa á cuyo frente se halla un rico y progresista español, construye ahora mismo á gran costo, diques, dársenas, depósitos y demás complementos de obras del género y prepara un cómodo puerto. Hemos visitado el Establecimiento que será dotado de todas las maquinarias y aparatos modernos en oportunidad y que está destinado á trasformar la ciudad de Cádiz, á dar inmensas ventajas á la marina mercante y á labrar la fortuna de la Empresa. En el mismo local se prepara también un astillero.

—

Después de recorrer la bonita y limpia ciudad y pasear por sus alrededores, como era de regla, fuimos á visitar iglesias. Vimos la de los Capuchinos y admiramos en ella la última obra de Murillo, su lindo cuadro «El casamiento de Santa Catalina.» Estaba el inmortal sevillano próximo á dar los últimos toques de pincel cuando cayó de los andamios causándose lesiones que lo condujeron poco tiempo después al sepulcro. Hay en esta misma iglesia un cuadro más de Murillo, un San Francisco, y otro de autenticidad dudosa, atribuido al mismo, una Concepción. Zurbaran se halla también representado por algunas pinturas sin importancia.

En el convento al cual la iglesia pertenece, ya no hay frailes; en cambio hay escolares que estudian sus lecciones cantando y rezan sus oraciones del mismo modo.

Dos Catedrales por falta de una posee Cádiz, la vieja y la nueva; la vieja que no campea ya por sus respetos, tiene una Custodia digna de mención, mide ocho metros de alto, es de plata y junto con sus adornos vale 50,000 pesos oro; la nueva nada tiene de notable á no ser los muebles del coro y debe su terminación, en el interior á lo menos, al Obispo Domingo de Silos Moreno, quien gastó en la obra millón y medio de pesos fuertes. La estatua de este Santo Varón está enfrente de la Catedral.

—

El Museo, muy chico, tiene algunos cuadros de antiguos autores, siendo los más de pintores modernos. Anoté un Ecce Homo atribuido á Murillo, un Paisaje de Venecia, nuevo, y Las Lavanderas de Madrid, cuadro de gran relieve, también de nuestra época.

—

La Biblioteca posee como 28,000 volúmenes.

Un Establecimiento llamado «El Instituto» tiene un buen gabinete de física.

El Jardín Botánico, muy bien tenido, conserva un árbol cuya edad es 500 años, una joven planta como se vé.

Por fin recomiendo á los viajeros un paseo por la Alameda.

—

Concluyo aquí la tarea que me impuse; viajando por todo el mundo casi, he debido muchas veces privarme del sueño para llevarla á cabo, leer mucho, mirar las cosas con atención y trabajar con empeño á fin de hacer tolerables ante mis propios ojos las descripciones pesadas y minuciosas de sitios, edificios é institutos, siempre semejantes. Si hubiera medido la magnitud de la obra, seguramente no la habría emprendido, pero una vez terminada no me pesa haberla comenzado y continuado hasta su fin.

Seguramente he cometido muchos errores, lo de-

ploro y he atentado en el curso de mis escritos, contra ideas recibidas; pero así como yo no pido á nadie que sea de mi opinión, creo justo usar de mi libertad para no someterme á la de otros violentando mi criterio.

Ahora solo me resta dar las gracias á los Directores y Redactores de la «Prensa» por haber publicado mis cartas y sobre todo por haber tomado á su cargo la edición de ellas en forma de libro, deferencia que obliga mi más sincero reconocimiento.

—

Se me iba olvidando ya dedicar la colección de mis cartas, en cumplimiento de un compromiso contraido conmigo mismo.—Quién será la víctima de este pesado obsequio?—Quién ha de ser! mi compañera de viaje cuya paciencia no se agotaba ni aun en los terribles Museos donde, después de satisfacer su curiosidad artística, esperaba sentada en los escaños, que yo tomara mis notas, y cuya conformidad no se alteraba ni aun en las excursiones más aburridas y menos interesantes para una persona de su edad y de sus gustos.

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

Página

Florencia—Los talleres de los artistas—La rutina en el juicio sobre obras de arte, á próposito de algunos ejemplares de los museos florentinos..... 1

Venecia—La plaza de San Marcos—La Basílica—El palacio ducal—El puente de los suspiros y sus vecindades—Monumento á Canova—Consideraciones sobre el talento—El mundo se ha hecho triste..... 14

Milan—La catedral—Brera—Otros institutos y monumentos..... 30

Turin—Duelo por el duque de Aosta—Paseos—Monumentos—Institutos—Un hospital y una estancia..... 39

Génova—Una casa sobre el mar—Lo antiguo y lo Moderno—El cementerio—Un paseo y un teatro..... 45

Niza y sus encantos—Monte Carlo y el juego—Cannes—Marsella..... 51

Nada sobre París y Lóndres..... 64

Abordo del «Teutonic» en viaje para norte-América—Digresión filológica—Liverpool—La vida á bordo..... 70

Estados Unidos—Filadelfia—Primeras correrías 107

Estados Unidos—Filadelfia—Ultimas correrías..... 117

Estados Unidos—Baltimore—Naturaleza—Obra Humana Gusto artístico—Afición Mercantil—Los niños grandes. 126

Página

Estados Unidos—Washington—Las Cámaras—La moda de los discursos—El capitolio—El tesoro y otros edificios 134
Estados Unidos—Washington—Institutos—Charlestown, su cementerio y su colegio 146
Estados Unidos—Cincinati—Noticias y reflexiones 153
Estados Unidos—De Cincinati á Chicago—La ciudad improvisada 160
Estados Unidos—Chicago ó más bien cosas argentinas y costumbres Norte-Americanas 169
Estados Unidos—Niagara—La catarata—Impresiones—Geología—El porvenir 178
Estados Unidos—Niagara—Nuevos aspectos 190
Norte-América—Niagara—Prospect Park—Vaporcitos valientes—Puentes sobre el abismo—Los rápidos—El remolino—Ascensores y fotografías—Debajo de la gran cascada—El hervidero—La villa Niagara 198
Norte-Américá—Niagara—Mal empleo de doncellas—Accidentes, suicidios y Hazañas 207
Estados Unidos—Boston—Sus atractivos, sus reliquias históricas y su amor por las hipérboles 214
Estados Unidos—Cambridge—Su universidad—Un paseo con el Dr. Gould—Conversación sobre pesos y medidas—Crítica del sistema Métrico 225
Estados Unidos—En Nueva-York de vuelta—Hospitales—Ladíes Exchange—Hudson River—Ultimos datos—Una conversación sincera 232
A bordo del «Britania»—En viaje de Nueva-York á Queenstown—Lo que dicen las olas 243
Irlanda—Belfast—La cuna de Teutonic Majestic y Hermanos—Una rareza geológica: Giant's Causeway 262

Página

Escocia—Glasgow—Su comercio é industrias—Institutos, edificios y parques—Lagos de Escocia—Forth Bridge—Edimburgo—El castillo viejo—El palacio Holyrood y María Stuard—San Giles—La Universidad—La casa de John Knox—Calton Hill—Monumentos y Galerías.... 274

Alemania otra vez—Colonia idem—Viaje por el Rin—Dialogos de á bordo de nuestro buque..... 290

Alemania otra vez—Frankfort—La Ariadna—La casa de Goethe—Palmer Garten—Heiidelberg—Un paraiso—Los estudiantes—La Universidad—El célebre Bunsen—El castillo—Un café concierto y sus concurrentes. 301

Otra vez Alemania—Baden-Baden—Posición deliciosa—Bienestar físico por el clíma—Baños medicinales—Castillo viejo—Palacio favorita—Cómo se roba y destruye por amor al arte—La civilización medida en una pileta.... 311

Otra vez Alemania—Strasburg—Fortificaciones—La catedral—Otros edificios—El parque—Suiza—La antigua Basilea ó Baal—Los tres reyes Magos—Un inglés y la temperatura universal—Mirando el Rin..... 320

Suiza—Neuhausen—La cascada del Rin y los juegos de Luz—Magnífico espectáculo..... 329

Suiza—Schaffhausen—Zurich—Berno—Ginebra—Fiestas en honor de un concurso musical—Establecimiento de fuerzas motrices—Baños de natacion—Edificios, monumentos y paseos..... 333

Chamonnix—Porqué no hay vía férrea—Un poco de física—Bello escenario—El hielo en Bosson..... 342

Adelante por Suiza y por Italia—Pasaje por las villas, ciudades, montañas, tuneles y lagos segun programa discutido y aceptado..... 359

Página

Italia—Como—Un chasco—Milan de paso—La cartuja de Pavia—Bolonia—La Universidad—Dos torres—Pisa y su torre inclinada—Monte Cenis—Otra vez Francia—Paris juzgada por sus hospitales..... 371

España—Consideraciones generales—Causas y orígenes del estado actual—Esperanzas—La madre patria—Los toros—Carácter de los españoles—Literatura castellana. 380

España—Madrid—Situación y clima—Plazas—Paseos—Armeria—Palacio Real—Biblioteca—San Francisco y Santiago Estrada—Teatros—Algo más..... 417

España—Madrid—Ultimas apreciaciones sobre bellas artes, por ahora, á propósito de la galería real de pintura—Academia de San Fernando—Otros Museos—Galerías particulares..... 424

España—El Escorial—Córdoba y su mezquita—Granada Barrios de los Gitanos—Mejoras lamentables—La Alhambra—El Jeneralife—La catedral—La Cartuja. .. 451

España—Sevilla—Las gentes de las calles—Fábrica de tabacos—Alcazar—Ruinas de Italica—La Cartuja, ahora fábrica de Loza—Paseo de las delicias—La casa de Pilatos—La catedral—La Giralda—Biblioteca Colombina—Archivo de indias—La casa de Murillo—Museo Provincial 467

España—Cádiz—El Puerto—Iglesia de los Capuchinos—Las catedrales—El museo—La biblioteca—El instituto—El jardin botánico—La alameda—Conclusión... : 485

Abbreviations, 1
Abdomen, 19
Abdominal segments, 19
Abdominal stigmata, 19
Abdominal tracheæ, 19
Abdominal viscera, 19
Abdominal wall, 19
Abdominal wall, muscles of, 19
Abdominal wall, nerves of, 19
Abdominal wall, tracheæ of, 19
Abdominal wall, vessels of, 19
Accessory gland, 19
Accessory gland, nerves of, 19
Accessory gland, tracheæ of, 19
Accessory gland, vessels of, 19
Accessory nerve, 19
Accessory nerve, nerves of, 19
Accessory nerve, tracheæ of, 19
Accessory nerve, vessels of, 19
Accessory stigmata, 19
Accessory tracheæ, 19
Accessory vessels, 19
Adductor, 19
Adductor, nerves of, 19
Adductor, tracheæ of, 19
Adductor, vessels of, 19
Adipose tissue, 19
Adipose tissue, nerves of, 19
Adipose tissue, tracheæ of, 19
Adipose tissue, vessels of, 19
Alimentary canal, 19
Alimentary canal, nerves of, 19
Alimentary canal, tracheæ of, 19
Alimentary canal, vessels of, 19
Anal segment, 19
Anal segment, nerves of, 19
Anal segment, tracheæ of, 19
Anal segment, vessels of, 19
Anterior, 1
Antero-posterior, 1
Antero-posterior axis, 1
Antero-posterior plane, 1
Antero-posterior section, 1
Antero-posterior view, 1
Antrum, 19
Antrum, nerves of, 19
Antrum, tracheæ of, 19
Antrum, vessels of, 19
Aorta, 19
Aorta, nerves of, 19
Aorta, tracheæ of, 19
Aorta, vessels of, 19
Appendage, 19
Appendage, nerves of, 19
Appendage, tracheæ of, 19
Appendage, vessels of, 19
Appendix, 19
Appendix, nerves of, 19
Appendix, tracheæ of, 19
Appendix, vessels of, 19
Arch, 19
Arch, nerves of, 19
Arch, tracheæ of, 19
Arch, vessels of, 19
Artery, 19
Artery, nerves of, 19
Artery, tracheæ of, 19
Artery, vessels of, 19
Auditory nerve, 19
Auditory nerve, nerves of, 19
Auditory nerve, tracheæ of, 19
Auditory nerve, vessels of, 19
Auditory organ, 19
Auditory organ, nerves of, 19
Auditory organ, tracheæ of, 19
Auditory organ, vessels of, 19
Auditory vesicle, 19
Auditory vesicle, nerves of, 19
Auditory vesicle, tracheæ of, 19
Auditory vesicle, vessels of, 19
Axial, 1
Axial plane, 1
Axial section, 1
Axial view, 1
Axis, 1
Axis, antero-posterior, 1
Axis, dorso-ventral, 1
Axis, lateral, 1
Axis, longitudinal, 1
Axis, transverse, 1
Basal, 1
Basal plane, 1
Basal section, 1
Basal view, 1
Basement membrane, 19
Basement membrane, nerves of, 19
Basement membrane, tracheæ of, 19
Basement membrane, vessels of, 19
Blood, 19
Blood, nerves of, 19
Blood, tracheæ of, 19
Blood, vessels of, 19
Blood corpuscle, 19
Blood corpuscle, nerves of, 19
Blood corpuscle, tracheæ of, 19
Blood corpuscle, vessels of, 19
Blood vessel, 19
Blood vessel, nerves of, 19
Blood vessel, tracheæ of, 19
Blood vessel, vessels of, 19
Body, 19
Body, nerves of, 19
Body, tracheæ of, 19
Body, vessels of, 19
Body cavity, 19
Body cavity, nerves of, 19
Body cavity, tracheæ of, 19
Body cavity, vessels of, 19
Body wall, 19
Body wall, muscles of, 19
Body wall, nerves of, 19
Body wall, tracheæ of, 19
Body wall, vessels of, 19
Brain, 19
Brain, nerves of, 19
Brain, tracheæ of, 19
Brain, vessels of, 19
Branch, 19
Branch, nerves of, 19
Branch, tracheæ of, 19
Branch, vessels of, 19
Buccal, 19
Buccal, nerves of, 19
Buccal, tracheæ of, 19
Buccal, vessels of, 19
Buccal cavity, 19
Buccal cavity, nerves of, 19
Buccal cavity, tracheæ of, 19
Buccal cavity, vessels of, 19
Buccal ganglion, 19
Buccal ganglion, nerves of, 19
Buccal ganglion, tracheæ of, 19
Buccal ganglion, vessels of, 19
Buccal nerve, 19
Buccal nerve, nerves of, 19
Buccal nerve, tracheæ of, 19
Buccal nerve, vessels of, 19
Buccal tracheæ, 19
Buccal vessels, 19
Caudal, 1
Caudal plane, 1
Caudal section, 1
Caudal view, 1
Cavity, 19
Cavity, nerves of, 19
Cavity, tracheæ of, 19
Cavity, vessels of, 19
Cell, 19
Cell, nerves of, 19
Cell, tracheæ of, 19
Cell, vessels of, 19
Central, 1
Central nervous system, 19
Central nervous system, nerves of, 19
Central nervous system, tracheæ of, 19
Central nervous system, vessels of, 19
Cephalic, 1
Cephalic plane, 1
Cephalic section, 1
Cephalic view, 1
Cerebral, 19
Cerebral, nerves of, 19
Cerebral, tracheæ of, 19
Cerebral, vessels of, 19
Cerebral ganglion, 19
Cerebral ganglion, nerves of, 19
Cerebral ganglion, tracheæ of, 19
Cerebral ganglion, vessels of, 19
Cerebral nerve, 19
Cerebral nerve, nerves of, 19
Cerebral nerve, tracheæ of, 19
Cerebral nerve, vessels of, 19
Cerebral tracheæ, 19
Cerebral vessels, 19
Chitin, 19
Chitin, nerves of, 19
Chitin, tracheæ of, 19
Chitin, vessels of, 19
Circulatory system, 19
Circulatory system, nerves of, 19
Circulatory system, tracheæ of, 19
Circulatory system, vessels of, 19
Clypeus, 19
Clypeus, nerves of, 19
Clypeus, tracheæ of, 19
Clypeus, vessels of, 19
Coelom, 19
Coelom, nerves of, 19
Coelom, tracheæ of, 19
Coelom, vessels of, 19
Coelomic epithelium, 19
Coelomic epithelium, nerves of, 19
Coelomic epithelium, tracheæ of, 19
Coelomic epithelium, vessels of, 19
Coelomic fluid, 19
Coelomic fluid, nerves of, 19
Coelomic fluid, tracheæ of, 19
Coelomic fluid, vessels of, 19
Commissure, 19
Commissure, nerves of, 19
Commissure, tracheæ of, 19
Commissure, vessels of, 19
Compound eye, 19
Compound eye, nerves of, 19
Compound eye, tracheæ of, 19
Compound eye, vessels of, 19
Connective, 19
Connective, nerves of, 19
Connective, tracheæ of, 19
Connective, vessels of, 19
Connective tissue, 19
Connective tissue, nerves of, 19
Connective tissue, tracheæ of, 19
Connective tissue, vessels of, 19
Cornea, 19
Cornea, nerves of, 19
Cornea, tracheæ of, 19
Cornea, vessels of, 19
Corneagen cell, 19
Corneagen cell, nerves of, 19
Corneagen cell, tracheæ of, 19
Corneagen cell, vessels of, 19
Corneal lens, 19
Corneal lens, nerves of, 19
Corneal lens, tracheæ of, 19
Corneal lens, vessels of, 19
Crop, 19
Crop, nerves of, 19
Crop, tracheæ of, 19
Crop, vessels of, 19
Cuticle, 19
Cuticle, nerves of, 19
Cuticle, tracheæ of, 19
Cuticle, vessels of, 19
Cuticular, 19
Cuticular, nerves of, 19
Cuticular, tracheæ of, 19
Cuticular, vessels of, 19
Cuticular hair, 19
Cuticular hair, nerves of, 19
Cuticular hair, tracheæ of, 19
Cuticular hair, vessels of, 19
Cuticular spine, 19
Cuticular spine, nerves of, 19
Cuticular spine, tracheæ of, 19
Cuticular spine, vessels of, 19
Dermal, 19
Dermal, nerves of, 19
Dermal, tracheæ of, 19
Dermal, vessels of, 19
Dermal muscle, 19
Dermal muscle, nerves of, 19
Dermal muscle, tracheæ of, 19
Dermal muscle, vessels of, 19
Dermal tracheæ, 19
Dermal vessels, 19
Dermis, 19
Dermis, nerves of, 19
Dermis, tracheæ of, 19
Dermis, vessels of, 19
Dermo-muscular, 19
Dermo-muscular, nerves of, 19
Dermo-muscular, tracheæ of, 19
Dermo-muscular, vessels of, 19
Dermo-muscular tracheæ, 19
Dermo-muscular vessels, 19
Digestive, 19
Digestive, nerves of, 19
Digestive, tracheæ of, 19
Digestive, vessels of, 19
Digestive gland, 19
Digestive gland, nerves of, 19
Digestive gland, tracheæ of, 19
Digestive gland, vessels of, 19
Digestive tracheæ, 19
Digestive vessels, 19
Dilator, 19
Dilator, nerves of, 19
Dilator, tracheæ of, 19
Dilator, vessels of, 19
Dorsal, 1
Dorsal plane, 1
Dorsal section, 1
Dorsal view, 1
Dorso-ventral, 1
Dorso-ventral axis, 1
Dorso-ventral plane, 1
Dorso-ventral section, 1
Dorso-ventral view, 1
Duct, 19
Duct, nerves of, 19
Duct, tracheæ of, 19
Duct, vessels of, 19
Ectoderm, 19
Ectoderm, nerves of, 19
Ectoderm, tracheæ of, 19
Ectoderm, vessels of, 19
Ectodermal, 19
Ectodermal, nerves of, 19
Ectodermal, tracheæ of, 19
Ectodermal, vessels of, 19
Ectodermal tracheæ, 19
Ectodermal vessels, 19
Efferent, 19
Efferent, nerves of, 19
Efferent, tracheæ of, 19
Efferent, vessels of, 19
Efferent duct, 19
Efferent duct, nerves of, 19
Efferent duct, tracheæ of, 19
Efferent duct, vessels of, 19
Efferent vessel, 19
Efferent vessel, nerves of, 19
Efferent vessel, tracheæ of, 19
Efferent vessel, vessels of, 19
Epidermis, 19
Epidermis, nerves of, 19
Epidermis, tracheæ of, 19
Epidermis, vessels of, 19
Epithelium, 19
Epithelium, nerves of, 19
Epithelium, tracheæ of, 19
Epithelium, vessels of, 19
Esophagus, 19
Esophagus, nerves of, 19
Esophagus, tracheæ of, 19
Esophagus, vessels of, 19
Excretory, 19
Excretory, nerves of, 19
Excretory, tracheæ of, 19
Excretory, vessels of, 19
Excretory duct, 19
Excretory duct, nerves of, 19
Excretory duct, tracheæ of, 19
Excretory duct, vessels of, 19
Excretory organ, 19
Excretory organ, nerves of, 19
Excretory organ, tracheæ of, 19
Excretory organ, vessels of, 19
Excretory tracheæ, 19
Excretory vessels, 19
Facial, 19
Facial, nerves of, 19
Facial, tracheæ of, 19
Facial, vessels of, 19
Facial nerve, 19
Facial nerve, nerves of, 19
Facial nerve, tracheæ of, 19
Facial nerve, vessels of, 19
Facial tracheæ, 19
Facial vessels, 19
Fat body, 19
Fat body, nerves of, 19
Fat body, tracheæ of, 19
Fat body, vessels of, 19
Fat cell, 19
Fat cell, nerves of, 19
Fat cell, tracheæ of, 19
Fat cell, vessels of, 19
Female, 19
Female, nerves of, 19
Female, tracheæ of, 19
Female, vessels of, 19
Female genital, 19
Female genital, nerves of, 19
Female genital, tracheæ of, 19
Female genital, vessels of, 19
Female genital duct, 19
Female genital duct, nerves of, 19
Female genital duct, tracheæ of, 19
Female genital duct, vessels of, 19
Female genital gland, 19
Female genital gland, nerves of, 19
Female genital gland, tracheæ of, 19
Female genital gland, vessels of, 19
Female genital organ, 19
Female genital organ, nerves of, 19
Female genital organ, tracheæ of, 19
Female genital organ, vessels of, 19
Female genital tracheæ, 19
Female genital vessels, 19
Female gland, 19
Female gland, nerves of, 19
Female gland, tracheæ of, 19
Female gland, vessels of, 19
Female organ, 19
Female organ, nerves of, 19
Female organ, tracheæ of, 19
Female organ, vessels of, 19
Female tracheæ, 19
Female vessels, 19
Fibrous tissue, 19
Fibrous tissue, nerves of, 19
Fibrous tissue, tracheæ of, 19
Fibrous tissue, vessels of, 19
Flagellum, 19
Flagellum, nerves of, 19
Flagellum, tracheæ of, 19
Flagellum, vessels of, 19
Flexor, 19
Flexor, nerves of, 19
Flexor, tracheæ of, 19
Flexor, vessels of, 19
Fluid, 19
Fluid, nerves of, 19
Fluid, tracheæ of, 19
Fluid, vessels of, 19
Frontal, 1
Frontal plane, 1
Frontal section, 1
Frontal view, 1
Ganglion, 19
Ganglion, nerves of, 19
Ganglion, tracheæ of, 19
Ganglion, vessels of, 19
Gastric, 19
Gastric, nerves of, 19
Gastric, tracheæ of, 19
Gastric, vessels of, 19
Gastric gland, 19
Gastric gland, nerves of, 19
Gastric gland, tracheæ of, 19
Gastric gland, vessels of, 19
Gastric tracheæ, 19
Gastric vessels, 19
Gastro-intestinal, 19
Gastro-intestinal, nerves of, 19
Gastro-intestinal, tracheæ of, 19
Gastro-intestinal, vessels of, 19
Gastro-intestinal tracheæ, 19
Gastro-intestinal vessels, 19
Genital, 19
Genital, nerves of, 19
Genital, tracheæ of, 19
Genital, vessels of, 19
Genital duct, 19
Genital duct, nerves of, 19
Genital duct, tracheæ of, 19
Genital duct, vessels of, 19
Genital gland, 19
Genital gland, nerves of, 19
Genital gland, tracheæ of, 19
Genital gland, vessels of, 19
Genital organ, 19
Genital organ, nerves of, 19
Genital organ, tracheæ of, 19
Genital organ, vessels of, 19
Genital tracheæ, 19
Genital vessels, 19
Germ cell, 19
Germ cell, nerves of, 19
Germ cell, tracheæ of, 19
Germ cell, vessels of, 19
Germ layer, 19
Germ layer, nerves of, 19
Germ layer, tracheæ of, 19
Germ layer, vessels of, 19
Gland, 19
Gland, nerves of, 19
Gland, tracheæ of, 19
Gland, vessels of, 19
Gland cell, 19
Gland cell, nerves of, 19
Gland cell, tracheæ of, 19
Gland cell, vessels of, 19
Glandular, 19
Glandular, nerves of, 19
Glandular, tracheæ of, 19
Glandular, vessels of, 19
Glandular tracheæ, 19
Glandular vessels, 19
Hair, 19
Hair, nerves of, 19
Hair, tracheæ of, 19
Hair, vessels of, 19
Head, 19
Head, nerves of, 19
Head, tracheæ of, 19
Head, vessels of, 19
Heart, 19
Heart, nerves of, 19
Heart, tracheæ of, 19
Heart, vessels of, 19
Hemocœl, 19
Hemocœl, nerves of, 19
Hemocœl, tracheæ of, 19
Hemocœl, vessels of, 19
Hemocœlic, 19
Hemocœlic, nerves of, 19
Hemocœlic, tracheæ of, 19
Hemocœlic, vessels of, 19
Hemocœlic tracheæ, 19
Hemocœlic vessels, 19
Hemolymph, 19
Hemolymph, nerves of, 19
Hemolymph, tracheæ of, 19
Hemolymph, vessels of, 19
Hemolymph vessel, 19
Hemolymph vessel, nerves of, 19
Hemolymph vessel, tracheæ of, 19
Hemolymph vessel, vessels of, 19
Hypoderm, 19
Hypoderm, nerves of, 19
Hypoderm, tracheæ of, 19
Hypoderm, vessels of, 19
Hypodermal, 19
Hypodermal, nerves of, 19
Hypodermal, tracheæ of, 19
Hypodermal, vessels of, 19
Hypodermal tracheæ, 19
Hypodermal vessels, 19
Hypodermis, 19
Hypodermis, nerves of, 19
Hypodermis, tracheæ of, 19
Hypodermis, vessels of, 19
Integument, 19
Integument, nerves of, 19
Integument, tracheæ of, 19
Integument, vessels of, 19
Integumental, 19
Integumental, nerves of, 19
Integumental, tracheæ of, 19
Integumental, vessels of, 19
Integumental tracheæ, 19
Integumental vessels, 19
Intestinal, 19
Intestinal, nerves of, 19
Intestinal, tracheæ of, 19
Intestinal, vessels of, 19
Intestinal tracheæ, 19
Intestinal vessels, 19
Intestine, 19
Intestine, nerves of, 19
Intestine, tracheæ of, 19
Intestine, vessels of, 19
Labial, 19
Labial, nerves of, 19
Labial, tracheæ of, 19
Labial, vessels of, 19
Labial ganglion, 19
Labial ganglion, nerves of, 19
Labial ganglion, tracheæ of, 19
Labial ganglion, vessels of, 19
Labial nerve, 19
Labial nerve, nerves of, 19
Labial nerve, tracheæ of, 19
Labial nerve, vessels of, 19
Labial tracheæ, 19
Labial vessels, 19
Lateral, 1
Lateral axis, 1
Lateral plane, 1
Lateral section, 1
Lateral view, 1
Lens, 19
Lens, nerves of, 19
Lens, tracheæ of, 19
Lens, vessels of, 19
Ligament, 19
Ligament, nerves of, 19
Ligament, tracheæ of, 19
Ligament, vessels of, 19
Longitudinal, 1
Longitudinal axis, 1
Longitudinal plane, 1
Longitudinal section, 1
Longitudinal view, 1
Male, 19
Male, nerves of, 19
Male, tracheæ of, 19
Male, vessels of, 19
Male genital, 19
Male genital, nerves of, 19
Male genital, tracheæ of, 19
Male genital, vessels of, 19
Male genital duct, 19
Male genital duct, nerves of, 19
Male genital duct, tracheæ of, 19
Male genital duct, vessels of, 19
Male genital gland, 19
Male genital gland, nerves of, 19
Male genital gland, tracheæ of, 19
Male genital gland, vessels of, 19
Male genital organ, 19
Male genital organ, nerves of, 19
Male genital organ, tracheæ of, 19
Male genital organ, vessels of, 19
Male genital tracheæ, 19
Male genital vessels, 19
Male gland, 19
Male gland, nerves of, 19
Male gland, tracheæ of, 19
Male gland, vessels of, 19
Male organ, 19
Male organ, nerves of, 19
Male organ, tracheæ of, 19
Male organ, vessels of, 19
Male tracheæ, 19
Male vessels, 19
Malpighian tubule, 19
Malpighian tubule, nerves of, 19
Malpighian tubule, tracheæ of, 19
Malpighian tubule, vessels of, 19
Mandibular, 19
Mandibular, nerves of, 19
Mandibular, tracheæ of, 19
Mandibular, vessels of, 19
Mandibular ganglion, 19
Mandibular ganglion, nerves of, 19
Mandibular ganglion, tracheæ of, 19
Mandibular ganglion, vessels of, 19
Mandibular nerve, 19
Mandibular nerve, nerves of, 19
Mandibular nerve, tracheæ of, 19
Mandibular nerve, vessels of, 19
Mandibular tracheæ, 19
Mandibular vessels, 19
Maxillary, 19
Maxillary, nerves of, 19
Maxillary, tracheæ of, 19
Maxillary, vessels of, 19
Maxillary ganglion, 19
Maxillary ganglion, nerves of, 19
Maxillary ganglion, tracheæ of, 19
Maxillary ganglion, vessels of, 19
Maxillary nerve, 19
Maxillary nerve, nerves of, 19
Maxillary nerve, tracheæ of, 19
Maxillary nerve, vessels of, 19
Maxillary tracheæ, 19
Maxillary vessels, 19
Median, 1
Median plane, 1
Median section, 1
Median view, 1
Mesenteron, 19
Mesenteron, nerves of, 19
Mesenteron, tracheæ of, 19
Mesenteron, vessels of, 19
Mesoderm, 19
Mesoderm, nerves of, 19
Mesoderm, tracheæ of, 19
Mesoderm, vessels of, 19
Mesodermal, 19
Mesodermal, nerves of, 19
Mesodermal, tracheæ of, 19
Mesodermal, vessels of, 19
Mesodermal tracheæ, 19
Mesodermal vessels, 19
Metathoracic, 19
Metathoracic, nerves of, 19
Metathoracic, tracheæ of, 19
Metathoracic, vessels of, 19
Metathoracic ganglion, 19
Metathoracic ganglion, nerves of, 19
Metathoracic ganglion, tracheæ of, 19
Metathoracic ganglion, vessels of, 19
Metathoracic leg, 19
Metathoracic leg, nerves of, 19
Metathoracic leg, tracheæ of, 19
Metathoracic leg, vessels of, 19
Metathoracic nerve, 19
Metathoracic nerve, nerves of, 19
Metathoracic nerve, tracheæ of, 19
Metathoracic nerve, vessels of, 19
Metathoracic tracheæ, 19
Metathoracic vessels, 19
Mouth, 19
Mouth, nerves of, 19
Mouth, tracheæ of, 19
Mouth, vessels of, 19
Mouth cavity, 19
Mouth cavity, nerves of, 19
Mouth cavity, tracheæ of, 19
Mouth cavity, vessels of, 19
Muscle, 19
Muscle, nerves of, 19
Muscle, tracheæ of, 19
Muscle, vessels of, 19
Muscular, 19
Muscular, nerves of, 19
Muscular, tracheæ of, 19
Muscular, vessels of, 19
Muscular tracheæ, 19
Muscular vessels, 19
Nephridial, 19
Nephridial, nerves of, 19
Nephridial, tracheæ of, 19
Nephridial, vessels of, 19
Nephridial duct, 19
Nephridial duct, nerves of, 19
Nephridial duct, tracheæ of, 19
Nephridial duct, vessels of, 19
Nephridial tracheæ, 19
Nephridial vessels, 19
Nephridium, 19
Nephridium, nerves of, 19
Nephridium, tracheæ of, 19
Nephridium, vessels of, 19
Nerve, 19
Nerve, nerves of, 19
Nerve, tracheæ of, 19
Nerve, vessels of, 19
Nerve cell, 19
Nerve cell, nerves of, 19
Nerve cell, tracheæ of, 19
Nerve cell, vessels of, 19
Nervous, 19
Nervous, nerves of, 19
Nervous, tracheæ of, 19
Nervous, vessels of, 19
Nervous system, 19
Nervous system, nerves of, 19
Nervous system, tracheæ of, 19
Nervous system, vessels of, 19
Nuchal, 19
Nuchal, nerves of, 19
Nuchal, tracheæ of, 19
Nuchal, vessels of, 19
Nuchal ganglion, 19
Nuchal ganglion, nerves of, 19
Nuchal ganglion, tracheæ of, 19
Nuchal ganglion, vessels of, 19
Nuchal nerve, 19
Nuchal nerve, nerves of, 19
Nuchal nerve, tracheæ of, 19
Nuchal nerve, vessels of, 19
Nuchal tracheæ, 19
Nuchal vessels, 19
Nucleus, 19
Nucleus, nerves of, 19
Nucleus, tracheæ of, 19
Nucleus, vessels of, 19
Œsophagus, 19
Œsophagus, nerves of, 19
Œsophagus, tracheæ of, 19
Œsophagus, vessels of, 19
Optic, 19
Optic, nerves of, 19
Optic, tracheæ of, 19
Optic, vessels of, 19
Optic ganglion, 19
Optic ganglion, nerves of, 19
Optic ganglion, tracheæ of, 19
Optic ganglion, vessels of, 19
Optic nerve, 19
Optic nerve, nerves of, 19
Optic nerve, tracheæ of, 19
Optic nerve, vessels of, 19
Optic tracheæ, 19
Optic vesicle, 19
Optic vesicle, nerves of, 19
Optic vesicle, tracheæ of, 19
Optic vesicle, vessels of, 19
Optic vessels, 19
Organ, 19
Organ, nerves of, 19
Organ, tracheæ of, 19
Organ, vessels of, 19
Ovarian, 19
Ovarian, nerves of, 19
Ovarian, tracheæ of, 19
Ovarian, vessels of, 19
Ovarian duct, 19
Ovarian duct, nerves of, 19
Ovarian duct, tracheæ of, 19
Ovarian duct, vessels of, 19
Ovarian tracheæ, 19
Ovarian vessels, 19
Ovary, 19
Ovary, nerves of, 19
Ovary, tracheæ of, 19
Ovary, vessels of, 19
Oviduct, 19
Oviduct, nerves of, 19
Oviduct, tracheæ of, 19
Oviduct, vessels of, 19
Ovum, 19
Ovum, nerves of, 19
Ovum, tracheæ of, 19
Ovum, vessels of, 19
Palpus, 19
Palpus, nerves of, 19
Palpus, tracheæ of, 19
Palpus, vessels of, 19
Parietal, 19
Parietal, nerves of, 19
Parietal, tracheæ of, 19
Parietal, vessels of, 19
Parietal muscle, 19
Parietal muscle, nerves of, 19
Parietal muscle, tracheæ of, 19
Parietal muscle, vessels of, 19
Parietal tracheæ, 19
Parietal vessels, 19
Peripheral, 19
Peripheral, nerves of, 19
Peripheral, tracheæ of, 19
Peripheral, vessels of, 19
Peripheral nervous system, 19
Peripheral nervous system, nerves of, 19
Peripheral nervous system, tracheæ of, 19
Peripheral nervous system, vessels of, 19
Peritoneal, 19
Peritoneal, nerves of, 19
Peritoneal, tracheæ of, 19
Peritoneal, vessels of, 19
Peritoneal cell, 19
Peritoneal cell, nerves of, 19
Peritoneal cell, tracheæ of, 19
Peritoneal cell, vessels of, 19
Peritoneal membrane, 19
Peritoneal membrane, nerves of, 19
Peritoneal membrane, tracheæ of, 19
Peritoneal membrane, vessels of, 19
Peritoneum, 19
Peritoneum, nerves of, 19
Peritoneum, tracheæ of, 19
Peritoneum, vessels of, 19
Pharyngeal, 19
Pharyngeal, nerves of, 19
Pharyngeal, tracheæ of, 19
Pharyngeal, vessels of, 19
Pharyngeal ganglion, 19
Pharyngeal ganglion, nerves of, 19
Pharyngeal ganglion, tracheæ of, 19
Pharyngeal ganglion, vessels of, 19
Pharyngeal nerve, 19
Pharyngeal nerve, nerves of, 19
Pharyngeal nerve, tracheæ of, 19
Pharyngeal nerve, vessels of, 19
Pharyngeal tracheæ, 19
Pharyngeal vessels, 19
Pharynx, 19
Pharynx, nerves of, 19
Pharynx, tracheæ of, 19
Pharynx, vessels of, 19
Pigment, 19
Pigment, nerves of, 19
Pigment, tracheæ of, 19
Pigment, vessels of, 19
Pigment cell, 19
Pigment cell, nerves of, 19
Pigment cell, tracheæ of, 19
Pigment cell, vessels of, 19
Plane, 1
Plane, antero-posterior, 1
Plane, axial, 1
Plane, basal, 1
Plane, caudal, 1
Plane, cephalic, 1
Plane, dorsal, 1
Plane, dorso-ventral, 1
Plane, frontal, 1
Plane, lateral, 1
Plane, longitudinal, 1
Plane, median, 1
Plane, sagittal, 1
Plane, transverse, 1
Plane, ventral, 1
Posterior, 1
Prothoracic, 19
Prothoracic, nerves of, 19
Prothoracic, tracheæ of, 19
Prothoracic, vessels of, 19
Prothoracic ganglion, 19
Prothoracic ganglion, nerves of, 19
Prothoracic ganglion, tracheæ of, 19
Prothoracic ganglion, vessels of, 19
Prothoracic leg, 19
Prothoracic leg, nerves of, 19
Prothoracic leg, tracheæ of, 19
Prothoracic leg, vessels of, 19
Prothoracic nerve, 19
Prothoracic nerve, nerves of, 19
Prothoracic nerve, tracheæ of, 19
Prothoracic nerve, vessels of, 19
Prothoracic tracheæ, 19
Prothoracic vessels, 19
Proximal, 1
Pulmonary, 19
Pulmonary, nerves of, 19
Pulmonary, tracheæ of, 19
Pulmonary, vessels of, 19
Pulmonary tracheæ, 19
Pulmonary vessels, 19
Pupil, 19
Pupil, nerves of, 19
Pupil, tracheæ of, 19
Pupil, vessels of, 19
Pupillary, 19
Pupillary, nerves of, 19
Pupillary, tracheæ of, 19
Pupillary, vessels of, 19
Pupillary muscle, 19
Pupillary muscle, nerves of, 19
Pupillary muscle, tracheæ of, 19
Pupillary muscle, vessels of, 19
Pupillary tracheæ, 19
Pupillary vessels, 19
Reproductive, 19
Reproductive, nerves of, 19
Reproductive, tracheæ of, 19
Reproductive, vessels of, 19
Reproductive duct, 19
Reproductive duct, nerves of, 19
Reproductive duct, tracheæ of, 19
Reproductive duct, vessels of, 19
Reproductive gland, 19
Reproductive gland, nerves of, 19
Reproductive gland, tracheæ of, 19
Reproductive gland, vessels of, 19
Reproductive organ, 19
Reproductive organ, nerves of, 19
Reproductive organ, tracheæ of, 19
Reproductive organ, vessels of, 19
Reproductive tracheæ, 19
Reproductive vessels, 19
Respiratory, 19
Respiratory, nerves of, 19
Respiratory, tracheæ of, 19
Respiratory, vessels of, 19
Respiratory tracheæ, 19
Respiratory vessels, 19
Retina, 19
Retina, nerves of, 19
Retina, tracheæ of, 19
Retina, vessels of, 19
Retinal, 19
Retinal, nerves of, 19
Retinal, tracheæ of, 19
Retinal, vessels of, 19
Retinal cell, 19
Retinal cell, nerves of, 19
Retinal cell, tracheæ of, 19
Retinal cell, vessels of, 19
Retinal pigment, 19
Retinal pigment, nerves of, 19
Retinal pigment, tracheæ of, 19
Retinal pigment, vessels of, 19
Retinal pigment cell, 19
Retinal pigment cell, nerves of, 19
Retinal pigment cell, tracheæ of, 19
Retinal pigment cell, vessels of, 19
Retinal tracheæ, 19
Retinal vessels, 19
Sagittal, 1
Sagittal plane, 1
Sagittal section, 1
Sagittal view, 1
Salivary, 19
Salivary, nerves of, 19
Salivary, tracheæ of, 19
Salivary, vessels of, 19
Salivary gland, 19
Salivary gland, nerves of, 19
Salivary gland, tracheæ of, 19
Salivary gland, vessels of, 19
Salivary tracheæ, 19
Salivary vessels, 19
Section, 1
Section, antero-posterior, 1
Section, axial, 1
Section, basal, 1
Section, caudal, 1
Section, cephalic, 1
Section, dorsal, 1
Section, dorso-ventral, 1
Section, frontal, 1
Section, lateral, 1
Section, longitudinal, 1
Section, median, 1
Section, sagittal, 1
Section, transverse, 1
Section, ventral, 1
Segment, 19
Segment, nerves of, 19
Segment, tracheæ of, 19
Segment, vessels of, 19
Segmental, 19
Segmental, nerves of, 19
Segmental, tracheæ of, 19
Segmental, vessels of, 19
Segmental duct, 19
Segmental duct, nerves of, 19
Segmental duct, tracheæ of, 19
Segmental duct, vessels of, 19
Segmental organ, 19
Segmental organ, nerves of, 19
Segmental organ, tracheæ of, 19
Segmental organ, vessels of, 19
Segmental tracheæ, 19
Segmental vessels, 19
Segmentation cavity, 19
Segmentation cavity, nerves of, 19
Segmentation cavity, tracheæ of, 19
Segmentation cavity, vessels of, 19
Sense organ, 19
Sense organ, nerves of, 19
Sense organ, tracheæ of, 19
Sense organ, vessels of, 19
Septum, 19
Septum, nerves of, 19
Septum, tracheæ of, 19
Septum, vessels of, 19
Sheath, 19
Sheath, nerves of, 19
Sheath, tracheæ of, 19
Sheath, vessels of, 19
Skeletal, 19
Skeletal, nerves of, 19
Skeletal, tracheæ of, 19
Skeletal, vessels of, 19
Skeletal muscle, 19
Skeletal muscle, nerves of, 19
Skeletal muscle, tracheæ of, 19
Skeletal muscle, vessels of, 19
Skeletal tracheæ, 19
Skeletal vessels, 19
Skeleton, 19
Skeleton, nerves of, 19
Skeleton, tracheæ of, 19
Skeleton, vessels of, 19
Skin, 19
Skin, nerves of, 19
Skin, tracheæ of, 19
Skin, vessels of, 19
Somatic, 19
Somatic, nerves of, 19
Somatic, tracheæ of, 19
Somatic, vessels of, 19
Somatic muscle, 19
Somatic muscle, nerves of, 19
Somatic muscle, tracheæ of, 19
Somatic muscle, vessels of, 19
Somatic tracheæ, 19
Somatic vessels, 19
Somatopleure, 19
Somatopleure, nerves of, 19
Somatopleure, tracheæ of, 19
Somatopleure, vessels of, 19
Spermatheca, 19
Spermatheca, nerves of, 19
Spermatheca, tracheæ of, 19
Spermatheca, vessels of, 19
Spermatic, 19
Spermatic, nerves of, 19
Spermatic, tracheæ of, 19
Spermatic, vessels of, 19
Spermatic duct, 19
Spermatic duct, nerves of, 19
Spermatic duct, tracheæ of, 19
Spermatic duct, vessels of, 19
Spermatic tracheæ, 19
Spermatic vessels, 19
Spermatid, 19
Spermatid, nerves of, 19
Spermatid, tracheæ of, 19
Spermatid, vessels of, 19
Spermatocyte, 19
Spermatocyte, nerves of, 19
Spermatocyte, tracheæ of, 19
Spermatocyte, vessels of, 19
Spermatogonium, 19
Spermatogonium, nerves of, 19
Spermatogonium, tracheæ of, 19
Spermatogonium, vessels of, 19
Spermatozoon, 19
Spermatozoon, nerves of, 19
Spermatozoon, tracheæ of, 19
Spermatozoon, vessels of, 19
Spinal, 19
Spinal, nerves of, 19
Spinal, tracheæ of, 19
Spinal, vessels of, 19
Spinal ganglion, 19
Spinal ganglion, nerves of, 19
Spinal ganglion, tracheæ of, 19
Spinal ganglion, vessels of, 19
Spinal nerve, 19
Spinal nerve, nerves of, 19
Spinal nerve, tracheæ of, 19
Spinal nerve, vessels of, 19
Spinal tracheæ, 19
Spinal vessels, 19
Splanchnic, 19
Splanchnic, nerves of, 19
Splanchnic, tracheæ of, 19
Splanchnic, vessels of, 19
Splanchnic muscle, 19
Splanchnic muscle, nerves of, 19
Splanchnic muscle, tracheæ of, 19
Splanchnic muscle, vessels of, 19
Splanchnic tracheæ, 19
Splanchnic vessels, 19
Splanchnopleure, 19
Splanchnopleure, nerves of, 19
Splanchnopleure, tracheæ of, 19
Splanchnopleure, vessels of, 19
Spongy tissue, 19
Spongy tissue, nerves of, 19
Spongy tissue, tracheæ of, 19
Spongy tissue, vessels of, 19
Stigma, 19
Stigma, nerves of, 19
Stigma, tracheæ of, 19
Stigma, vessels of, 19
Stomach, 19
Stomach, nerves of, 19
Stomach, tracheæ of, 19
Stomach, vessels of, 19
Subcutaneous, 19
Subcutaneous, nerves of, 19
Subcutaneous, tracheæ of, 19
Subcutaneous, vessels of, 19
Subcutaneous tissue, 19
Subcutaneous tissue, nerves of, 19
Subcutaneous tissue, tracheæ of, 19
Subcutaneous tissue, vessels of, 19
Subneural, 19
Subneural, nerves of, 19
Subneural, tracheæ of, 19
Subneural, vessels of, 19
Subneural tracheæ, 19
Subneural vessels, 19
Supporting, 19
Supporting, nerves of, 19
Supporting, tracheæ of, 19
Supporting, vessels of, 19
Supporting cell, 19
Supporting cell, nerves of, 19
Supporting cell, tracheæ of, 19
Supporting cell, vessels of, 19
Supporting tracheæ, 19
Supporting vessels, 19
Suprarenal, 19
Suprarenal, nerves of, 19
Suprarenal, tracheæ of, 19
Suprarenal, vessels of, 19
Suprarenal body, 19
Suprarenal body, nerves of, 19
Suprarenal body, tracheæ of, 19
Suprarenal body, vessels of, 19
Suprarenal tracheæ, 19
Suprarenal vessels, 19
Sympathetic, 19
Sympathetic, nerves of, 19
Sympathetic, tracheæ of, 19
Sympathetic, vessels of, 19
Sympathetic ganglion, 19
Sympathetic ganglion, nerves of, 19
Sympathetic ganglion, tracheæ of, 19
Sympathetic ganglion, vessels of, 19
Sympathetic nerve, 19
Sympathetic nerve, nerves of, 19
Sympathetic nerve, tracheæ of, 19
Sympathetic nerve, vessels of, 19
Sympathetic tracheæ, 19
Sympathetic vessels, 19
Tarsus, 19
Tarsus, nerves of, 19
Tarsus, tracheæ of, 19
Tarsus, vessels of, 19
Tendon, 19
Tendon, nerves of, 19
Tendon, tracheæ of, 19
Tendon, vessels of, 19
Testis, 19
Testis, nerves of, 19
Testis, tracheæ of, 19
Testis, vessels of, 19
Thoracic, 19
Thoracic, nerves of, 19
Thoracic, tracheæ of, 19
Thoracic, vessels of, 19

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT